JAKE M.O.

Eagle Crest

PROFESORA Girasol



Libro 1

1ª edición: junio de 2025
Título original: Profesora Girasol
© Jake M.O., 2025
Diseño de la cubierta y contracubierta: Jake M.O.
Maquetación y correcciones: Jake M.O.
Imágenes del interior: Canva.

Esta publicación es posible gracias a Amazon KDP, es una publicación independiente.

De esta edición: 2025, Amazon KDP, autopublicación.
jakemowriter@gmail.com

Sígueme en redes sociales:



ISBN: 9798283394268

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser ni total ni parcialmente reproducida, almacenada, registrada o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, ni mediante fotocopias o sistemas de recuperación de la información, o cualquier otro modo presente o futuro, sin la autorización previa y por escrito de la autora.


PROFESORA
Girasol
JAKE M.O.

Nota de la autora

Antes de que comiences a leer *Profesora Girasol*, déjame decirte que este es el primer libro de la serie *Eagle Creast*.

Son obras autoconclusivas, de parejas diferentes, pero conectadas entre sí. Todos los protagonistas masculinos de esta serie, excepto el protagonista del spin off, son hermanos. Por lo tanto, recomiendo leer la serie en orden para no hacerte spoiler.

Con esto dicho, me gustaría que tuvieras en cuenta que esta historia no es como mis otras obras, no es un *dark romance* ni un *mafia romance*. Aquí encontraremos a hombres posesivos o mujeres de armas tomar, pero no habrá torturas ni venganzas sangrientas. Aun así, podrás encontrar una serie de advertencias que siempre recomiendo leer, pues algunos temas mencionados podrían herir la sensibilidad de los lectores.

¡Comienza la era cowboy!

Advertencias

Esta historia incluye ***violencia explícita*** o ***muertes traumáticas***. ***Abuso físico***, ***emocional***, ***mental*** y ***verbal***, así como ***manipulación*** y ***relaciones tóxicas***. También se abordan temas delicados como ***infidelidad***, ***enfermedades mentales*** o ***físicas*** (incluyendo algunas ***discapacidades***), ***violación sexual*** (fuera o dentro de escena), ***abortos***, ***infertilidad masculina*** o ***femenina***, ***suicidio*** o ***autolesión***, y situaciones de ***maltrato infantil***. La trama contiene ***contenido sexual explícito*** para mayores de 18 años, con ***dinámicas de poder posesivas*** y ***abuso doméstico***. Además, se incluyen temas de ***discriminación***, ***machismo***, ***racismo*** u ***homofobia*** por parte de algunos personajes, así como el posible ***consumo de drogas*** o adicciones a otras sustancias. Todo lo mencionado es completamente ***ficción***, aunque trata sobre situaciones que podrían suceder en la vida real. No se pretende ofender a nadie con esta historia.

***Recuerda que esta historia es para mayores de 18 años. Si no cumples con esta edad, lees bajo tu responsabilidad.*

Playlist

1. Jolene - Dolly Parton

“Jolene” es una canción sobre celos, inseguridad y el miedo a perder a alguien que amas.

2. I don't dance -Lee Brice

Refleja el amor y la conexión entre Charlie y Ezequiel, un hombre serio y amoroso, perfecto para el primer encuentro.

3. Die a happy man - Thomas Rhett

Una canción sobre encontrar el amor verdadero, que representa lo que Ezequiel siente por Charlie al conocerla.

4. Humble and kind - Tim McGraw

Refleja los valores que Ezequiel tiene como padre y hombre de familia, y la manera en que trata a Charlie.

5. If i had a boat - Lyle Lovett

Una canción sobre las dificultades y los sueños, algo que resuena con la transición de Charlie hacia una vida nueva.

6. From the ground up - Dan & Shay

Refleja la construcción de una nueva vida, lo que Ezequiel y Charlie comienzan a hacer juntos a pesar de sus pasados complicados.

7. What Hurts the Most - Rascal Flatts

Canción sobre el dolor de perder algo que se quería profundamente.

8. Broken Halos - Chris Stapleton

Una canción melancólica sobre las pérdidas y cómo seguir adelante.

9. Dirt road anthem - Jason Aldean

Una canción que captura la esencia de la vida en el campo y el estilo de vida cowboy, ideal para situar a Ezequiel en su rancho.

10. Tennessee Whiskey - Chris Stapleton

Canción apasionada que refleja la atracción intensa entre Charlie y Ezequiel, algo que va surgiendo lentamente.

11. When I Get Where I'm Going - Bradley Paisley & Dolly Parton

Una canción sobre esperanza y redención, perfecta para la historia de superación personal de Charlie tras la tragedia.

12. You're Still the One - Shania Twain

Refleja ese sentimiento de amor eterno, de algo que siempre estuvo destinado, y que podría ser lo que Charlie y Ezequiel sienten el uno por el otro.

13. Love like crazy - Lee Brice

Canción sobre los altibajos del amor, pero también sobre su poder duradero. Ideal para la evolución de la relación de Charlie y Ezequiel.

14. In Case You Didn't Know - Brett Young

Una balada country que habla sobre las emociones de no haber expresado completamente el amor, pero deseando que la otra persona lo sepa.

Ponte el sombrero y monta al vaquero.



Prólogo



Algunas cosas no estaban yendo bien para la dulce Charlotte. La universidad y la vida eran difíciles, a ello había que añadirle que su abuelo había fallecido hacía poco y que sus padres apenas podían hacerse cargo de su abuela; quien insistía en que no necesitaba ayuda a sus setenta años. Si bien era cierto que Agnes Pierson podía valerse por sí misma, la pérdida de su compañero de vida desde hacía cincuenta y cinco años la tenía triste. Agnes conoció a su difunto esposo a la temprana edad de quince años. Él la cortejó como todo un caballero de dieciséis tiernos años. Aunque para aquella época, allá por los años cincuenta, casi los sesenta, el abuelo de Charlotte se comportaba como un chico salido de los años 1900. Llevó flores y chocolates a casa de Agnes, pidió a su padre salir con su hija en una cita —superromántica— y, por último, y después de varios años, pidió la mano de Agnes.

La historia de sus abuelos siempre le había fascinado a Charlotte, quien, desde que era pequeña, siempre pedía que se la contara una y otra vez. No había forma de que ella se cansara de oír aquella maravillosa historia de amor. No era igual que la de sus padres. Quienes simplemente se habían hecho novios y, con el tiempo —mucho tiempo—, se habían terminado casando. Charlotte quería una historia como la que habían tenido sus abuelos. Ella quería enamorarse y vivir una historia de amor de película.

Pero su novio, al que de verdad amaba, no era para nada como lo había imaginado. *Solo vivimos en una época diferente*. Se decía a sí misma, quizás para autoconvencerse o quizás porque no le quedaba más remedio que estar con él. Fuera como fuere, Charlotte lo amaba,

quería que su relación funcionara y que Andy estuviera a su lado. Especialmente en estos momentos tan complicados.

—¿Estás segura? —le preguntó Andy a Charlotte, con un tono algo acusatorio en su voz.

—La he repetido varias veces. —Charlotte le mostró cada una de las pruebas de embarazo que se había hecho esa misma mañana; todas positivas—. ¿Qué vamos a hacer, Andy?

Ella siempre quiso ser madre, le gustaban mucho los niños. Estaba estudiando en la universidad para poder dar clases a niños pequeños. Pero no esperaba ser madre tan pronto, no cuando solo tenía veintidós años y su novio y ella todavía estaban en la universidad. Ella tenía un trabajo. Cuidaba de los hijos de dos familias, le pagaban bien y los niños la adoraban. Pero apenas tenía tiempo entre los estudios y el trabajo. Y, a veces —demasiadas—, tenía que cuidar al hijo de Andy, Jack.

Se había enamorado de ese niño desde la primera vez que lo vio hacía ya un año. Jack era inteligente, a pesar de tener solo cuatro años. Un pequeño terremoto, eso sí. Pero a Charlotte le encantaba y, para él, pasar un rato con la novia de su padre era su pasatiempo favorito.

Habían sido más de una las ocasiones en las que la madre de Jack se había presentado en el pequeño apartamento que Charlotte y Andy compartían cerca de la universidad para dejarle al niño. No importaba que Charlotte no tuviera tiempo en ese momento porque estuviera estudiando para un examen importante, ella le dejaba entrar y cuidaba de él. Jack se quedaba dibujando al lado de Charlotte mientras ella estudiaba. Tenían una buena relación.

Andy comenzó a pasear de un lado a otro. Sabía, él sabía, que había cometido el gran error de tener relaciones sexuales con Charlotte estando ambos un poco borrachos. Ese día no tomaron precauciones y pasó lo que se suponía que debía pasar: *la naturaleza siguió su curso*.

—Nos casaremos —dijo Andy.

—¿Casarnos? Pero… no tenemos dinero para una boda.

—Sin lujos, Charlie. Esta vez lo haré bien, iremos al juzgado y firmaremos la licencia de matrimonio.

Charlotte no pudo evitar sentirse triste. Había soñado con su boda desde pequeña, tenía un álbum con ideas para su gran día. Al parecer, ese momento nunca llegaría como ella lo había imaginado.

Se dejó caer en el sofá, mirando la prueba de embarazo en su mano. El positivo en ella parecía gritarle, exigirle que renunciara a sus sueños. Ahora tenía que trabajar más duro para graduarse y encontrar un buen empleo. Podría hacer algo mientras tanto, su trabajo como niñera estaba bien… por ahora.

Andy se acuclilló frente a Charlotte, poniendo las manos en las rodillas de ella.

—Charlie…

—Lo haremos, tienes razón, tenemos que hacerlo bien.

Él sonrió, aunque Charlotte no pudo determinar si su sonrisa era sincera o si solo estaba fingiendo. En ese momento, Charlotte no era capaz de pensar con claridad, pero sabía lo que tenía que hacer. Así que se puso a ello, llamó a sus padres, a su hermano pequeño y a su abuela. Esta última le pidió que pensara las cosas durante un tiempo. Pero Charlotte no contaba con ese tiempo, quería que su bebé naciera en un núcleo familiar tradicional.

Por ese motivo, a la mañana siguiente, Charlotte y Andy, en compañía de dos amigos de la universidad, se dirigieron al juzgado. De un momento a otro, se habían convertido en marido y mujer.

Hasta que la muerte los separe.

Charlotte y Andy habían ido a celebrar su reciente unión a un restaurante de comida rápida. Ella no estaba tan radiante como se esperaba de una novia recién casada. Las náuseas se estaban empezando a notar y, por esa razón, tampoco había disfrutado de la

comida. Eso y que echaba de menos a Jack. Ella había pasado con el niño tanto tiempo que lo sentía como suyo. Charlotte esbozó una débil sonrisa a Andy, ella lo quería… Diablos, lo amaba con todo su corazón. Por eso estaba dispuesta a luchar por él, por su ahora marido y por el bebé que esperaban juntos.

—¿Estás feliz? —le preguntó Andy—. Sé que deseabas otro tipo de boda, Charlie. Pero quería hacer bien las cosas esta vez. No quiero que pase lo mismo que con Jessica.

Charlotte no supo cómo sentirse con ese comentario. No era la primera vez que se sentía comparada con la exnovia de Andy. Pero, como siempre, lo dejó pasar por alto y se concentró en las pocas patatas fritas que le quedaban. Al parecer, a su bebé le gustaban y no sentía tantas náuseas como con la hamburguesa.

—Tengo que irme —dijo Andy.

—¿Qué?

—Tengo partido esta tarde y mañana un examen. Y tú tienes que ir a trabajar.

—Sí… —La comida empezó a revolverse en el estómago de Charlotte—. Creo que no iré hoy, llamaré a los Whitmore.

—Charlie, necesitamos el dinero, vamos a tener un bebé y tengo que comprarle a Jack unos tenis nuevos.

—¿Y Jessica?

—La han echado del trabajo.

—¿Otra vez?

—Dijo que su jefa era una déspota.

Charlotte dudaba de eso, había conocido a la exjefa de Jessica cuando fue a la peluquería para cortarse el pelo por petición de Andy, dijo que así le daría más trabajo a Jessica y su jefa agradecería que llevara nuevas clientas. La mujer se portó bien con sus empleadas durante las horas en las que Charlotte estuvo allí. No hubo gritos,

Charlotte no tuvo la sensación de que esa mujer fuera una tirana. Las otras empleadas se veían felices en su trabajo.

Charlotte también tenía la sensación de que a Jessica le encantaba echar la culpa de sus últimos cinco despidos a los demás. Cuando no era una compañera que la había tratado mal, había sido el jefe o una persona externa a la empresa. Nunca era culpa de ella quedarse sin trabajo. Charlotte aparcó esos pensamientos a un lado. Envió un mensaje rápido a los Whitmore para avisarles que hoy estaría disponible para cuidar de los niños. Después de que ellos le respondieran, ella se levantó de la mesa y se marchó del restaurante donde Andy la había dejado sola.

Se subió al primer autobús que se detuvo en la parada más cercana mientras chateaba con su hermano pequeño, Nathaniel, quien tenía dos años menos que ella. Charlotte y su hermano estaban muy unidos, ella lo había cuidado en innumerables ocasiones, ya que a sus padres les gustaba hacer vida social y viajar. Cuando eran pequeños y sus padres decidían que era el momento de irse de viaje, Charlotte y Nathaniel se quedaban con sus abuelos. Cuando Charlotte cumplió catorce años, sus padres creyeron que ya era hora de que ella tuviera más responsabilidades, así que cuando viajaban, era Charlotte quien cuidaba de la casa y de su hermano pequeño. A ella no le importaba, aunque sabía que no estaba bien tener esas responsabilidades siendo tan pequeña.

Charlotte suspiró y guardó el móvil en su bolso. Sacó un libro del interior. Mientras leía esa maravillosa historia de amor, imaginaba una vida diferente, como la de la protagonista de la historia. Se imaginaba viviendo una historia de amor como las de antes, con un hombre que la cuidara y la protegiera. Quería estar rodeada de hijos y de animales. Tener un campo de girasoles, su flor favorita. El amarillo era el color que más le gustaba a Charlotte. Apartó de su mente esos pensamientos. Charlotte se sentía mal, como si estuviera traicionando a Andy.

Tocó su vientre y una sonrisilla apareció en su cara. A pesar de todo, estaba emocionada por ser madre. Se prometió a sí misma y a

su bebé que conseguiría cumplir todas sus metas y tendrían una buena vida, una llena de amor.



Los días pasaron, también las semanas y los meses. El vientre de Charlotte había crecido considerablemente. Aunque nunca fue una chica delgada, era notable que estaba embarazada de veinticuatro semanas. Charlotte siempre había sido de caderas anchas, pero el embarazo las había acentuado. A ella no le importaba, nunca le importó ser una mujer con curvas. Era feliz. Su hija crecía sana y fuerte dentro de ella. Charlotte se detuvo frente a una pastelería cercana a su universidad, quería comprarle a Jack un pequeño pastel, pues mañana sería su cumpleaños y pasaría la tarde con Andy y con ella. Hacía dos semanas que le había comprado un regalo a Jack, no era nada del otro mundo, pero sabía que era algo que él había querido desde hacía un tiempo.

Un escalofrío recorrió a Charlotte cuando entró en la pastelería. El calor la recorrió como un fogonazo. En los últimos días, había estado sintiéndose mal y había tenido unas décimas de fiebre. El dinero escaseaba y Andy se había olvidado de pagar el seguro médico de ese mes, así que no podía permitirse ir al médico por una gripe. Charlotte se tocó la frente, no estaba caliente, pero no se sentía del todo bien. Se sentía pesada, muy pesada por la zona del vientre. La mujer de la pastelería le preguntó algo, pero Charlotte no podía escucharla. Un dolor sordo le atravesó el vientre, fue cuando Charlotte supo que algo no estaba yendo bien. Un grito le desgarró el pecho. Las cosas se volvieron borrosas debido al sudor que corría por su frente y sus ojos.

—Ayuda —musitó.

Capítulo 1



Charlie

—¿Qué color es este? —pregunté, enseñando una pelota de color azul. Algunos soltaron risillas nerviosas, que me hicieron sonreír—. A la de una, a la de dos, a la de… ¡Tres!

—¡Azul! —gritaron todos mis niños al mismo tiempo.

—¿Y este? —Agité en el aire un cactus verde de tela—. Una… Dos…

—¡Verde!

Me reí en silencio. Adoraba mi trabajo, nunca tenía un día igual al anterior. Los niños podían ser realmente creativos con su comportamiento y sus historias, la mayoría inventadas por su increíble imaginación. Me senté en mi silla mientras les mostraba un bloque para que dijeran de qué color era. Cada actividad didáctica que hacía con ellos era una nueva aventura, pues siempre había algún graciosillo que amenizaba la clase.

A la hora del recreo, me senté junto a mi amiga y compañera en una mesa cercana al pequeño parque de juegos en el patio. Charlábamos sobre cosas triviales al mismo tiempo que teníamos un ojo puesto sobre los niños. Era increíble que este fuese el último año con los niños que había visto crecer en los últimos tres años desde que terminé de estudiar a los veinticuatro años. El colegio privado en el que estaba contratada les daba la oportunidad a los niños de permanecer con el mismo profesor hasta que llegaba la hora de ir a

otro centro para comenzar con el primer grado. No había tenido otros alumnos. En realidad, yo era una sustitución de su anterior profesora, pero hice bien mi trabajo y terminaron contratándome.

Me crucé de brazo, escuchando a Rachel hablarme de su marido. Ella era unos años mayor que yo, había sido madre hacía un año y se había reincorporado a su puesto un par de semanas atrás. La escuché atentamente hablar de su hijo, aunque por dentro el dolor estaba comenzando a arañar. Solía llevar bien que otras mujeres fuesen madres. Pero no estos días. Se aproximaba el quinto aniversario de la muerte de mi hija, el quinto aniversario de aquel aborto que sufrí en la pastelería el día 10 de enero de 2013. No había ni un solo día que no me acostase con mi pequeña hija en mis pensamientos y me levantara sin que ella fuera lo primero en lo que pensaba al abrir los ojos. Sin embargo, nadie tenía culpa de eso. Así que escuché a Rachel, que ni siquiera sabía lo que me había pasado, siempre evitaba hablar de *ella*.

—¡Millie! —chilló de repente—. ¡No hagas eso!

Resoplé. Millie solía ser un torbellino, pero no se portaba mal intencionadamente, solo era una niña con TDAH. Me acerqué a ella y la tomé de las manos. Me miraba con sus grandes ojos azules.

—¿Qué hablamos sobre saltar desde el columpio? —le pregunté con mucha calma.

—Que me puedo hacer daño.

—Exactamente, cariño. ¿Quieres volver a romperte un hueso? —Sacudió la cabeza, negando—. Está bien, hagamos algo. Juguemos las dos juntas en la casita, ¿quieres?

—¡Sí!

Una sonrisa floreció en mi cara. Millie era solo una niña con mucha energía y, la mayoría de las veces, no sabía cómo gestionarla.

Arranqué el motor de mi viejo Chevy Impala que compré de segunda mano cuando me gradué en la universidad. Me había salido barato y me llevaba a todos lados. La nieve cubría las calles de Laramie. Andy y yo nos habíamos mudado de nuestro apartamento universitario a una casa cuando comencé a trabajar en el colegio privado. Subí el volumen de la radio. *Jolene* de Dolly Parton sonaba por los altavoces de mi coche. Mis dedos golpeaban el volante al ritmo de la música. Comencé a cantar en voz alta. Esta era una de mis canciones favoritas.

Llegué a casa un rato después. Aparqué delante de mi garaje, justo al lado del coche de Jessica. Me quedé durante largos minutos mirando hacia la nada. Me había acostumbrado a su constante presencia. Al fin y al cabo, era la madre de Jack y él pasaba muchos fines de semana con su padre y conmigo. Además de algunas tardes a la semana, cuando Jessica tenía algo que hacer. No me importaba cuidar de Jack, era un niño amable y bueno, siempre se portaba bien conmigo y me quería. Tenerlo conmigo me había ayudado a sobrellevar mejor la muerte de mi hija. Pero Jessica… era otra historia. Me molestaba su presencia constante en mi vida y en mi casa. Le puse límites, pero Andy los quitó uno a uno.

Sentí un suave pinchazo en el pecho. Esta situación había durado demasiado, esta desgana por todo, por seguir con… él. Agarré mi bolso y la carpeta con los dibujos que los niños habían hecho hoy. Les emocionaba que les pusiera nota. Creí que sería una buena forma de prepararlos para el primer grado. Normalmente, solía señalar pequeños fallos y el porqué de una nota baja. No quería que creyeran que todo sería fácil, eso sería engañarlos y podría amargarles la vida estudiantil. Además, siempre se esforzaban más en el siguiente dibujo. Si en el anterior alguno se había salido de las líneas, en el próximo eso ya no sucedía y le ponía una mejor nota.

Me bajé del coche. Enseguida escuché las voces de Andy y Jessica. De nuevo, discutían. Odiaba que hicieran eso, sobre todo porque no se contenían delante de Jack, a quien encontré sentado en el pequeño porche coloreando con unos cascos puestos, los que le

regalé junto a un walkman y varios CD de su música favorita, y algo de la mía, hacía dos años para su cumpleaños número siete. Pensé que sería un buen método, precisamente para evitar que escuchara a sus padres insultarse. Jack levantó la vista del libro de colorear.

—Hola —lo saludé. Jack se quitó los cascos.

—Hola, Charlie. —La tristeza en su voz era como un puñetazo en el estómago. Me senté a su lado en el banco de madera.

—¿Has comido? —Negó con la cabeza—. ¿Pedimos pizza? —Jack esbozó una sonrisa enorme—. ¿Con piña?

—¡No! —chilló riéndose.

Le di un abrazo y un beso en la mejilla. Jack sollozó en mi hombro. Maldije en silencio mientras pensaba en todas las cosas que le diría a Andy más tarde, cuando Jack estuviera dormido. Esta situación no podía seguir así. La puerta de casa se abrió y se cerró de golpe. Rompí el abrazo con Jack y le limpié las lágrimas con mis dedos.

—¿Por qué está llorando? —Puse los ojos en blanco. Al parecer, para Jessica no era evidente el porqué de las lágrimas de su hijo.

—¿Tú qué crees? —le pregunté, mirándola por encima de mi hombro—. Jack, cariño, ¿por qué no vas un rato a tu habitación?

—Vale —respondió con voz queda. Jack se detuvo antes de entrar —. ¿Cuándo vamos a recoger a Mocca y a Cheddar?

—Nate los traerá mañana por la tarde —respondí. Jack asintió. Cuando mi hermano se llevaba a mi perro y a mi gato, Jack se ponía triste.

Jessica siguió con la mirada a su hijo. Negué con la cabeza. Esperé un rato, hasta que supuse que Jack ya estaba en su habitación con la puerta cerrada. Miré a Jessica de arriba abajo. Era una mujer guapa, siempre le había gustado cuidar su físico. Su figura delgada y su cara con forma de corazón se habían ganado muchos admiradores. Tenía el pelo de color casi negro por encima de los

hombros. A diferencia de mí, que lo llevaba por debajo de los omóplatos y era castaño. Sí, Jessica y yo éramos muy diferentes físicamente. Tras la muerte de mi hija, engordé un poco, lo que provocó que mis caderas se ensancharan aún más y mi vientre, aunque plano, no era delgado. Mi trasero también había crecido y mis pechos ahora contaban con una o dos tallas más. En cambio, Jessica era casi perfecta. Sus uñas largas y arregladas, al igual que sus pestañas postizas, que resaltaban sus ojos azules. Nunca salía de su casa sin maquillar.

Se sentó a mi lado sin invitación, algo muy común en ella. Respiré hondo antes de comenzar a hablar, sabía que iba a necesitar de toda mi paciencia para no golpearla con una de las macetas.

—Jack no es tonto, Jessica.

—Lo sé, es mi hijo.

—Pues por eso mismo deberías preocuparte por él.

—Me preocupo.

—Jessica, os escucha discutir a Andy y a ti. Llora por eso.

—No puede ser tan débil. Debería comportarse como un hombre de verdad.

Mi mandíbula se desencajó. ¿Qué acababa de decir? Yo no había escuchado bien, había sido eso.

—¿Qué? —pregunté confundida. Jessica se encogió de hombros—. Es un niño de nueve años, no un hombre.

—Mira, tengo que irme, he quedado con mi novio.

—¿Te importa más tu novio que tu hijo?

—Claro que no, no seas tonta.

Jessica se levantó, la vi caminar y subirse al coche que había estado todo este tiempo parado al otro lado de la calle. No podía creer que esa mujer de verdad hubiera dicho algo así de su propio hijo. La ira bulló en mi interior. Pero ni siquiera tuve tiempo de

calmarme cuando Andy salió de casa con su equipación de fútbol puesta.

—¿A dónde crees que vas? —le pregunté.

—Tengo partido con los chicos, Charlie.

—Y a tu hijo en casa.

—Está jugando en su habitación.

—Andy, ni se te ocurra marcharte, tenemos que hablar.

—Más tarde. —Lo vi subirse al coche de Jessica y marcharse. No era algo inusual que Andy usara el coche de Jessica cuando ella se iba con su novio, pues ella traía a Jack a mi casa y dejaba también el coche.

Incrédula por toda esta situación, entré en casa. El silencio era agónico. Odiaba cómo trataban a Jack sus propios padres. Qué diferentes eran sus abuelos, los padres de Andy. Para ellos, Jack era un tesoro al que tenían que cuidar, lo adoraban y cada vez que Walter lo traía a mi casa después de pasar unos días en la suya, Jack siempre estaba sonriente y feliz.

Llamé a la puerta de la habitación de Jack con los nudillos.

—Jack, ¿puedo pasar?

—Sí —respondió desde dentro.

Abrí y asomé la cabeza por una rendija.

—¿Peli y pizza? —le pregunté. Se encogió de hombros. Entré y me senté en la cama a su lado—. ¿Quieres hablar?

—¿Por qué no me quieren?

Metí un mechón de su pelo por detrás de la oreja. A Jack siempre le había gustado llevarlo un poco largo.

—Tus padres te quieren, Jack.

—No lo parece.

—Ser adulto no es fácil, ya lo descubrirás. Tus padres te tuvieron muy jóvenes, aún están aprendiendo a ser padres y sé que no es justo para ti y que es una excusa de mierda. —Jack se rio—. Yo te quiero muchísimo.

—¿De verdad?

—Claro que sí. Eres un niño muy bueno y amable, siempre quieres ayudarme con todo lo que hago y eso me gusta.

—¿Te gusta pasar tiempo conmigo?

—¡¿Qué?! —Mi voz salió tan aguda que Jack comenzó a reír a carcajadas. Le hice cosquillas por la barriga—. Claro que me gusta pasar tiempo contigo —dije sin detenerme—. Eres mi mejor amigo en todo el mundo.

—¡Para! —chilló riéndose. Lo abracé fuerte—. Tú también eres mi mejor amiga, Charlie.

—Te quiero, cariño. Ahora, vamos a pedir esa pizza con piña.

—¡Ni hablar! —Mi pecho vibró por la risa—. Me pondré en huelga de hambre.

—Dejarás de crecer y te quedarás pequeñito para siempre.

Jack se separó de mí abruptamente. Sus ojos marrones ahora tenían el horror escrito a fuego.

—No es verdad —balbuceó—. Quiero ser el mejor jugador de baloncesto del mundo, tengo que crecer.

—Entonces, vamos a pedir pizza y a cenar.

—¿Vemos *Space Jam*?

—Me encanta esa película.

La pizza llegó unos treinta minutos más tarde. Jack y yo nos sentamos en el sofá acurrucados con una manta que compramos para ver películas. Lo observé de vez en cuando embelesado en la televisión mientras comía un trozo tras otro de pizza. Solo era un

niño que quería estar con sus padres y me dolía en el alma que ni Jessica ni Andy se dieran cuenta. Jessica lo quería, pero a veces se comportaba como una perra. Pero la había visto interactuar con él en otras ocasiones y a Jack reírse con ella.

Me comí el último trozo de pizza mientras Jack se quedaba dormido con la cabeza en mi regazo. Apoyé el codo en el respaldo del sofá a mi derecha. Era una rinconera con forma de *U*. Dejé mi cabeza descansando sobre mi mano, aunque no le presté atención a la película. Me la sabía de memoria, de tantas veces que Jack y yo la habíamos visto. Dos horas más tarde y con la película terminada, llevé a Jack a su cama y lo arropé. Dejé la puerta de su habitación cerrada, puesto que yo estaba esperando a Andy para hablar seriamente con él de lo descuidado que se había vuelto con su hijo y no quería que Jack se despertara y escuchara nada.

Andy no tardó mucho más en entrar en casa y dirigirse directamente a la cocina, donde yo me encontraba fregando los platos que él mismo había ensuciado a la hora de comer. No dije nada cuando Andy se acercó a mí por detrás y me dio un beso en la mejilla.

—¿Estás enfadada? —preguntó, como si no lo supiera. Andy resopló al mismo tiempo que daba un paso atrás—. Fue culpa de Jessica, la discusión. —No respondí—. Charlie, vamos, deja de hacer eso, te comportas como una niña pequeña.

Ahí fue cuando dejé el último plato a un lado y me giré hacia mi marido.

—Me estoy comportando como Jessica y tú soléis hacer.

—¿Y cómo es eso?

—Como unos inmaduros que no saben cuidar a su único hijo. Jack ha llorado por vuestra culpa.

—No, fue Jessica la que comenzó la discusión.

—Eso no importa, deberías haberla detenido y no comportarte como ella.

Andy me miraba fijamente en silencio. Me crucé de brazos.

—Le pediré perdón a Jack —dijo al rato.

—¿Crees que pedir perdón a tu hijo es suficiente?

—Es un niño.

—Tiene nueve años y entiende más de lo que crees. Me ha preguntado que por qué Jessica y tú no lo queréis.

Andy tragó grueso.

—Claro que le quiero —musitó.

—Pues deberías demostrárselo más a menudo, ¿no crees?

—Supongo.

—Lo único que Jack desea es estar con su madre y con su padre, Andy.

—Está bien, está bien. Lo haré mejor, te lo prometo.

—No, a mí no me prometas nada. Y si se lo prometes a Jack, cumple con ello, no decepciones a tu hijo.

Andy se acercó a mí con una sonrisa que conocía demasiado bien. Me acorraló entre su cuerpo y la encima de la cocina.

—¿Por qué no vamos a la cama tú y yo y te pido perdón como sé que te gusta? —dijo coqueteando conmigo.

—Estoy cansada, Andy. He tenido que limpiar la casa.

—Joder, Charlie. Te dije que lo haría yo.

—Sí, me lo dijiste hace dos días. —Respiré hondo—. Quedamos en que te encargarías de las tareas de casa hasta que encontraras un nuevo empleo.

—Sabes que nadie quiere contratarme.

Sacudí la cabeza débilmente. Siempre decía lo mismo y estaba empezando a sospechar que era mentira. Andy solo había tenido un trabajo después de graduarse, lo echaron de la empresa por,

supuestamente, culpa de un compañero. Me encargué de nuestras finanzas desde entonces. Hasta llegué a tener dos malditos trabajos para poder pagar las facturas. Empujé a Andy por el pecho con la mano.

—Me voy a la cama —dije—. Mañana tengo que madrugar.

—Mañana es miércoles y no trabajas. ¿Para qué tienes que madrugar?

Eso me dolió más que cualquier otra cosa que hubiera dicho. Ni siquiera se acordaba de qué día era mañana. Con el corazón roto, caminé hacia mi habitación arrastrando los pies por el suelo. Mañana era el quinto aniversario de la muerte de nuestra hija. Pero Andy nunca se acordaba y a mí me dolía cada vez.

Capítulo 2



Charlie

Me desperté temprano, aunque aún estaba en la cama, mirando hacia el techo mientras me replanteaba toda mi existencia. Mi vida había cambiado en los últimos años. Me casé con el hombre que amaba, pero no me sentía del todo feliz. Las cosas entre Andy y yo estaban… estancadas. Ni bien ni mal, solo estancadas. Sentía que ambos nos habíamos acostumbrado a estar juntos. Aparté las mantas con desgana y me levanté de la cama; mis pies quedaron colgando al borde, rozando el suelo frío de la habitación.

Agarré mi ropa del armario sin hacer ruido. Como de costumbre, Andy aún no se había levantado. Abracé con fuerza mi jersey favorito, el que usaba cada año para esta ocasión. No era casualidad que mi hermano se llevara a Mocca y a Cheddar para esta fecha. Sabía que yo no podría cuidar de ellos como solía hacer siempre, pues el dolor de lo que perdí apenas me permitía sobrevivir. Era tan doloroso incluso caminar hacia el baño del pasillo. Me sentía más fría que nunca, como si estuviera muerta en vida. Al entrar en el baño, lo primero que me recibió fue mi reflejo en el espejo. Mi pelo castaño estaba revuelto, señal de lo mal y poco que había dormido. Las ojeras también eran vistosas, tendría que usar algo de maquillaje. Aparté la vista y dejé la ropa sobre el inodoro. Me desvestí y me metí en la bañera para darme una ducha rápida.

El agua despejó un poco mi mente, mas no el dolor en mi pecho. Sequé mi pelo con el secador, luego lo recogí en una cola alta.

Cuando acabé en el baño, bajé a la cocina solo para tomar una taza de café, pues sabía que no sería capaz de meter nada de comida en mi estómago.

—¿Charlie?

Me giré abruptamente, frunciendo el ceño.

—¿Qué haces despierto, cariño? Es muy temprano. —Jack estaba vestido con su ropa de salir.

—Quiero ir contigo.

—¿Qué? —Él nunca me había acompañado al cementerio, Jessica no lo dejaba—. No puedes, cariño.

—Por favor, no quiero quedarme aquí. —*Con su padre*, le faltó decir.

—Está bien, pero no puedes decirle nada a tu madre. —Me regañé mentalmente a mí misma, aunque a Jack pareció divertirle, o solo estaba sonriendo porque vendría conmigo y no estaría aquí aburrido, esperando a que Andy decidiera hacerle un poco de caso—. Siéntate. ¿Quieres cereales?

—Sí, por favor.

Mi boca se curvó levemente, era tan malditamente educado. Jack desayunó en silencio mientras veía sus dibujos animados en mi móvil. Entre tanto, yo me movía de acá para allá, ordenando cosas que ya estaban ordenadas.

En cuanto terminó de comerse los cereales, salimos de casa directamente a la floristería. Jack se sentó en los asientos traseros de mi coche.

—Me gusta tu jersey —dijo.

—Gracias, cariño.

No podía ser más amarillo y hortera, pero me encantaba. Tenía girasoles y ellos siempre me daban la alegría que, en algunos días, me faltaba. Conduje por la carretera con música country de fondo.

Observé algunos carteles en las calles llenas de nieve del día anterior, que anunciaban los próximos eventos en la ciudad. La gente ya se estaba preparando para la época de rodeo, aunque faltaran más de cinco meses. El rodeo era una forma de vida en Wyoming. Personalmente, nunca había asistido a ningún rodeo.

—¿Estás emocionado? —le pregunté a Jack. Su abuelo Walter era un aficionado a ese deporte y se lo había pegado a su nieto—. Por la época de rodeo.

—Sí, tengo muchas muchas ganas.

Giré a la derecha y detuve el coche. Me di la vuelta en el asiento para mirar a Jack.

—¿Vienes conmigo a por las flores? —Él asintió.

Jack me dio la mano cuando salió del coche. Le di un suave apretón mientras nos aproximábamos a la floristería. Estaba un poco nerviosa, pero no podía negar que tener a Jack en este momento me ayudaba con la ansiedad. Después de recoger los girasoles, nos dirigimos al cementerio local, a donde no tardamos en llegar. Cruzamos el largo camino hacia donde se encontraba la lápida de mi hija. Noté a Jack ponerse un poco inquieto cuando vio la lápida blanca de mármol en la que nos paramos.

—Charlie. —Su voz casi inaudible y temblorosa.

—¿Quieres volver al coche? —le pregunté.

—No, es que… —Hizo un puchero con el labio inferior y se abrazó a mi cintura.

—Cariño —sollocé—. Está bien, ¿vale? —Él nunca había visitado a su hermana. Nos arrodillamos en el frío césped casi congelado por la nieve, tenía pequeñas escarchas de hielo—. Ven, cariño. —Pasé mi brazo por encima de sus hombros.

—¿Puedo decirle algo? —Se me hizo un nudo en la garganta.

—Sí —respondí con la voz rasposa por la emoción.

Escuché a Jack atentamente decirle a su hermana que la quería, aunque no la había conocido. Le dijo tantas cosas bonitas que no pude retener las lágrimas y él tampoco. Sentí su pena y su dolor por no haber tenido una hermana como él quería. El silencio nos envolvió un rato después. Yo no era capaz de decir nada por la emoción que se había atascado en mi garganta. Una mano se posó en mi hombro y otra en mi otro hombro. Supe quiénes eran sin necesidad de girarme, porque ellos me acompañaban cada año a visitar la tumba de mi niña.

Dejamos atrás el cementerio más de una hora después, a Jack le costó despedirse de *ella*. Se quedó dormido a mitad de camino al restaurante, le prometí que iríamos. Solo quería que se sintiera bien de nuevo. Tuve que pasar por casa para cambiarme de ropa, no me gustaba pensar que podía manchar mi jersey especial.

Abrí la puerta de casa con mi llave y entré. Todo estaba en silencio. Andy debió haber salido... Mi corazón comenzó a palpitar rápido dentro de mi pecho cuando escuché sonidos provenientes de mi habitación. Caminé de puntillas, sin hacer ruido, hacia allí. Los sonidos se volvieron más claros a medida que me acercaba. La saliva pasó por mi garganta con mucha dificultad. Agarré el pomo y lo giré despacio. No abrí mucho la puerta, estaba nerviosa, con la respiración agitada y, aun así, no quería que nadie notara mi presencia. Mis ojos se abrieron ante la imagen que vi. Andy estaba encima de ella... de Jessica. Sus caderas se movían contra las de ella. Mi estómago se revolvió. Cerré despacio y... No supe cómo llegué a mi coche de nuevo.

Agarré el volante con fuerza. Sabía que las cosas habían cambiado entre Andy y yo, pero lo quería y confiaba en él. ¿Desde cuándo estaba engañándome con Jessica? Debería haberme dicho que ya no quería estar conmigo. ¿Por qué hacer algo así? Estaba confundida, enfadada y dolida. Quería gritar y romper cosas. Jamás esperé que Andy me hiciera algo como esto. Podríamos haber solucionado las cosas entre nosotros o habernos divorciado antes de llegar a algo así. Yo nunca le he sido infiel y tampoco pensaba serlo.

Me limpié las lágrimas. Entonces recordé que no estaba sola en el coche. Mi abuela estaba detrás con Jack y mi hermano Nate estaba a mi lado. Todos me miraban confundidos.

—¿Charlie? —me llamó Nate.

—Estoy bien, es que… me siento un poco mal.

—Podemos dejar lo del restaurante para otro día —intervino mi abuela.

—No. No. —Respiré hondo—. Creo que es mejor que vayamos y mi mente se despeje.

Pero no lo hizo, mi mente no se despejó ni un rato. Comimos escuchando las historias de mi abuela y de Jack. Dimos un paseo por las principales calles de la ciudad, visitando tiendas de segunda mano a las que mi abuela era adicta. La tarde cayó y era hora de volver a casa. *Casa*. Esa palabra comenzaba a darme asco. Bien, Andy y yo no estábamos en nuestro mejor momento, pero eso no le daba derecho a meter a otra persona en nuestra cama.

—Nate, cuida de Jack un momento —dijo mi abuela—. Tengo que contarle un secreto a tu hermana.

—¿Y yo no puedo enterarme? —protestó mi hermano.

—Si quieres saber cómo tu abuela engendró a tu padre, entonces puedes.

Mi hermano hizo un gesto de asco con la boca antes de levantar a Jack por los aires y sentarlo en su hombro. Nate era muy alto, al menos veinte centímetros más alto que yo, que medía poco más de 1,70 cm. Se parecía mucho a mí, aunque su pelo era más oscuro y sus ojos no eran verdes como los míos o los de nuestra abuela. Los de él eran más marrones. Mi abuela y yo nos quedamos a solas.

—Dime qué ha pasado, cielo.

—No lo sé —admití con voz llorosa—. Las cosas no iban bien, pero nunca esperé que Andy me traicionara así.

—¿Jessica?

Giré la cabeza hacia ella con tanta rapidez que sentí que podría haberme caído al suelo del mareo que me dio.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque siempre está metida en tu casa, cielo.

—Es la madre de Jack.

—Y una sanguijuela. Deberías haber puesto límites con ella.

—Lo hice, pero Andy…

—Nunca me gustó.

—Lo sé, abuela.

Me froté la cara con las manos. Estaba agobiada y llena de rabia. La aflicción era profunda y dolorosa, me arrastraban hacia abajo, como si fuera el ancla de un barco. Me sumergían tan profundamente a la desesperación que me sentía que me estaba ahogando. Inspiré y exhalé varias veces. Tenía que calmarme. No podía permitir que ni Jack ni Nate me vieran así e hicieran preguntas. Andy no solo era el padre de Jack, sino también era el mejor amigo de mi hermano pequeño, y el único amigo que tenía.

—¿Qué vas a hacer? —me preguntó mi abuela.

—Aún no lo sé.

—¿Vas a quedarte con él?

—No… Abuela, no sé. Necesito que este día de mierda pase y pensar con claridad.

—Bien, eso está bien. Cuando sepas qué hacer, habla conmigo, sabes que te apoyaré en todo.

Lo sabía. Mi abuela nunca me dejaría sola y menos en un momento como este. Aunque todavía no sabía qué quería hacer, sí tenía la seguridad de que Andy y yo ya no teníamos una vida juntos.

Si es que se le podía llamar vida a lo que teníamos. Y por primera vez en mucho tiempo, vi algo de luz alumbrar mi camino en la vida.

Por fin llegamos a casa. Yo estaba agotada y Jack se caía de sueño, ya había anochecido y me lo había llevado a cenar a otro lugar. Me estaba resistiendo volver a casa, no quería enfrentarme a Andy y decidí que eso era lo que haría. No le diría nada por ahora, actuaría como siempre, como si no lo hubiera pillado follándose a Jessica en nuestra cama.

Jack entró por la puerta dando saltitos, eso me hizo sonreír un poco. Me quité el abrigo y lo colgué en el perchero de la entrada. Andy estaba en el sofá, jugando videojuegos. ¿Debería sorprenderme? Por supuesto que no, ese era su estado habitual. Mientras yo trabajaba para pagar la casa, la comida y todos los servicios, él se quedaba en casa sin hacer absolutamente nada de provecho. Había estado aprovechándose de mí y yo no me había dado cuenta, o quizás sí, y preferí ignorarlo porque creía que eso era lo que tenía que hacer como su esposa.

—Hola, Charlie —me saludó Andy—. ¿Qué hay de cena?

—Jack y yo ya hemos cenado.

Andy pausó el juego, se quitó los cascos y se giró hacia mí con el ceño fruncido.

—¿Y yo? —preguntó.

—Tienes sobras en la nevera y el número de la pizzería.

—Dame dinero para pedirme una pizza.

—No tengo nada.

—¿En serio?

—Sí. Y ahora, voy a acostar a tu hijo en la cama y yo también voy a irme a dormir, mañana trabajo.

Aunque no fue eso lo que hice en realidad. Me acosté en la cama, pero con mi portátil, y me puse a buscar trabajos fuera de Laramie.

Necesitaba irme de aquí. Esa era mi mejor opción. Irme lejos de Andy y de su amante. Me daba pena Jack, ojalá pudiera llevarlo conmigo. Pero no era mi hijo. Solicité puestos en tantos pueblos que perdí la cuenta. Algunos al norte de Wyoming, cerca de la frontera con Montana. Otras solicitudes pertenecían a otros estados. Cerré el portátil y lo dejé en mi mesita de noche. Deseaba con todo mi ser que me aceptaran en algún puesto como profesora en otro lugar lejos de aquí. Andy no solo me había sido infiel en nuestra propia casa y cama, sino el mismo día del quinto aniversario de la muerte de nuestra hija, de la cual nunca se acordaba.



Andy no había sospechado nada de lo que yo sabía. Para él todo seguía igual. En cambio, para mí, todo se había roto. Mi plan para irme ya estaba en marcha. Me había contratado en un colegio de un pueblo a 30 km al oeste de Cody, que se encontraba al norte de Wyoming. Estaría a más de 600 km de distancia de Andy, casi 6 horas en coche. Y lo mejor es que él no sabría a dónde me iba. No tenía ni la más mínima idea de que hoy, cuando yo emprendiera el camino hacia mi nuevo hogar, él recibiría los papeles del divorcio.

Mi abuela me había puesto en contacto con un abogado matrimonialista que me ayudó con todo el tema del divorcio. Hoy, Andy saldría de mi vida para siempre y yo saldría de la suya. Nunca más tendría que preocuparme por él. Mi vida iba a comenzar de nuevo, lejos. Y estaba deseando irme de esta casa para siempre. Estas semanas, me había dado cuenta de que ya no estaba enamorada de Andy como creía; aun así, su traición me había dolido en el alma. Ahora, lo que más pena me daba era tener que despedirme de Jack. Le había dejado una carta diciéndole lo bueno y amable que era. Que, aunque yo no estuviera en su vida ya, él tenía que seguir siendo como era y que no cambiara por nada ni por nadie. Al final de la carta escribí que lo quería mucho y que si hubiera podido elegir a mi hijo, sin duda, lo habría elegido a él.

Metí en la maleta la última prenda y encima mi libro favorito. Eché un vistazo a la habitación, parecía exactamente igual, pero no era así. Veía los pequeños cambios. Mi perfume ya no estaba encima de la cómoda. Mi ropa no se encontraba colgada en el armario. Ya no había nada mío aquí. Mi mente estaba en otro lugar, en el que estaría dentro de unas horas. Un pequeño pueblo llamado *Eagle Creast*.

Capítulo 3



Ezequiel

Subido a mi caballo, eché un vistazo a los bisontes que pastaban cerca del lago de mis tierras. El horizonte se extendía hasta donde mi vista no alcanzaba, hacia los picos aún nevados de las Montañas Rocosas a lo lejos y las vastas llanuras de Yellowstone. Bison Valley era el rancho más grande de todo el estado de Wyoming y uno de los más importantes de todo el país.

Golpeé con el talón suavemente a Rogue para que comenzara a caminar hacia mi hermano Adam, que se encontraba cerca de los bisontes, redirigiéndolos hacia la otra pradera donde el pasto estaba más fresco por las últimas lluvias. Adam era menor que yo, pero el segundo más mayor de los chicos Bennet, como nos llamaban en el pueblo. Eagle Creast era pequeño, no más de tres mil habitantes, y todos nos conocíamos. Mis padres eran creyentes, mis hermanos y yo los acompañábamos cada domingo a la iglesia local. Aunque ninguno de los cuatro creíamos en nada.

—¡Adam! —vociferé—. ¡Hora de irse!

Los bisontes se quedarían pastando en esta zona hasta la tarde, cuando volveríamos a recogerlos y acercarlos a la zona donde solían dormir. Mi hermano me alcanzó. Su pelo largo rebotaba en su espalda con el galope de su yegua. Era tan diferente a mí y a cualquier otro de nuestros hermanos. Adam era el más alto de los cuatro. Tenía tatuajes en los brazos, algo que nuestra madre odiaba y

que una vez le intentó quitar con un estropajo. Adam estuvo riéndose durante todo el proceso.

Esa otra cosa en la que nos podían diferenciar fácilmente. Mi hermano era divertido, siempre riendo y haciendo bromas. En cambio, a mí me decían que era serio y, a veces, un poco gruñón. Nunca discutí eso, sabía que tenían razón. Además de eso, mi pelo no era largo como el de Adam, y las abundantes canas ya habían asomado por todo mi pelo. Aunque nuestros ojos eran del mismo color, azules como los zafiros. Pero donde yo tenía treinta y ocho años, Adam acababa de cumplir los treinta y cuatro. Le gustaba hacer ejercicio y a mí no. Si mi cuerpo se mostraba musculoso, era por el trabajo en el rancho. Tampoco es que tuviera tiempo para hacer esas cosas. Mi tiempo de ocio consistía en estar con mis hijas, Emily y Kitty.

Vi de reojo a mi hermano sonriendo.

—¿Qué? —le pregunté.

—Pienso en Kitty Cat.

—Adam —gruñí, sabiendo en qué estaba pensando exactamente. A mi hermano le encantaba molestar a mi hija pequeña hasta que ella le gritaba y le pegaba con sus pequeños puños. Adam decía que solo la estaba enseñando a defenderse de los hombres malos—. Déjala en paz.

—Es mi sobrina, tengo que enseñarle.

—Ten tus propios hijos y enséñales a pelear, pero no lo hagas con Kitty.

Mi hermano puso los ojos en blanco. No me haría caso, en cuanto pusiéramos un pie en casa, iría directamente a buscar a Kitty para molestarla mientras a Emily le daba besos por toda la cara, era su ojito derecho. Era el momento en que Kitty le sacaba la lengua y corría hacia Ben, el más pequeño de los chicos Bennet. Kitty provocaba que Adam y Ben fingieran pelear, incluso se revolcaban por el suelo mientras nuestro padre los regañaba. No vivíamos en la

misma casa, ni Adam ni yo lo hacíamos. Mis padres habían ido construyendo casas a varios kilómetros de la suya para mis hermanos y para mí a medida que íbamos naciendo. A mí me la entregaron cuando cumplí los dieciocho años, lo mismo hicieron con el resto de mis hermanos. Pero Jared y Ben habían decidido que no la usarían todavía.

La casa de mis padres apareció treinta minutos más tarde por el horizonte; seguía como siempre. Una casa que se alzaba sobre una suave loma. Era más grande de lo que uno podría imaginar al verla desde lejos, construida con troncos gruesos y cálidos, de esos que huelen a hogar incluso en la distancia. Los listones color miel claro, quemados en algunos puntos por el sol, le daban un aire acogedor que contrastaba con su tamaño. Las ventanas amplias reflejaban el cielo de mediodía y las montañas al fondo, como si guardaran dentro un pedazo del paisaje.

El porche, ancho y cubierto, rodeaba la casa por completo, con columnas de tronco y sillas que crujían al viento. Desde allí, de niños, mis hermanos y yo solíamos mirar las tormentas. Ahora, lo hacíamos con mis hijas, a quienes les encantaba pasar ese ratito de tormenta con sus tíos, bebiendo chocolate caliente hecho por sus abuelos.

Me bajé de mi caballo y lo dejé atado en el amarradero. Una risilla provocó mi propia sonrisa, esa era mi Kitty. Adam me dio una palmada en el brazo, llamando mi atención. Levanté la vista del suelo y la dirigí hacia donde mi hermano miraba fijamente. Apreté la mandíbula.

—¡Kitty Bennet! —ladré. Los ojos de mi hija pequeña se abrieron mientras empezaba a correr a tropezones—. ¡Suelta a esa cabra!

—¡Papiiiiiii! —protestó.

Fui hacia mi hija. Sus pequeños y redondos ojos azules escupían fuego. Mi hermano se estaba riendo a mis espaldas.

—No puedes robar animales, Kitty —la regañé—. Y mucho menos las crías, la madre podría haberte hecho daño.

—¡Luciana jamás me haría daño, ella me ama!

Cerré los ojos al mismo tiempo que me pellizcaba el puente de la nariz. Kitty le había puesto nombre a cada uno de los animales del rancho —y eran muchos—. Yo apenas recordaba alguno, pero Luciana era su cabra predilecta. Abrí los ojos, encontrándome con los de mi hija. Tenía a la cabritilla berreando, pegada a su pecho al tiempo que la abrazaba fuerte.

—Dámela, Kitty —ordené.

—*Porfi*, papi.

—Kitty Cat, no puedes robar animales —le dijo mi hermano.

—Son míos.

Adam se acuclilló delante de mi hija.

—Nadie te dice lo contrario, pero las crías tienen que estar con sus mamás para que puedan ser alimentadas —le dijo con suavidad.

Kitty torció la boca a un lado y, de mala gana, le entregó a la cabritilla a su tío. Respiré hondo antes de coger a mi hija en brazos.

—Voy a dejar a la cabra con su madre. Ahora vuelvo —dijo mi hermano.

—¿Por qué has ido a por esa cabra y tú sola? —le pregunté a mi hija mientras entrábamos en casa de mis padres.

—La profe dijo que teníamos que convivir con animales y que dormir con ellos era… gra… gra… —Su ceño se arrugó de forma cómica—. Grafiticicante.

Mi pecho vibró por la risa.

—Kitty Cat —suspiré—, es más difícil decir lo que has dicho que lo que pretendías decir. —Mi hija se cruzó de brazos, ahora estaba enfadada conmigo—. ¿Tu profesora ha dicho que tienes que dormir con los animales?

Nada más cruzar la puerta principal de la casa, me envolvió el mismo olor de siempre: el de mi hogar. Olía a pan recién horneado, a comida casera. El recibidor estaba flanqueado por un perchero antiguo, con los sombreros de vaquero de mi padre colgados igual que hacía años, y una consola donde mi madre seguía dejando las llaves. Todo estaba igual. Las brasas chisporroteaban en la chimenea del salón a mi derecha. La casa no era de esas modernas con espacios abiertos. Cada estancia tenía sus puertas o arcos de madera.

—Sí, le dije que en casa teníamos muchos y dijo que podía dormir con todos los que quisiera. Ella tiene un perro que se llama Mocca y un gato que se llama Cheddar. Son nombres increíbles, papi.

—Tu abuela tendrá que hablar con ella. No puedes meter animales del campo en la cama, Kitty.

—¿Por qué? —refunfuñó.

—Princesa, los animales del campo pueden tener bichos en el pelaje.

—Pero la profesora…

—Se acabó la conversación, Katherine.

Seguí recto por el pasillo. Al fondo se encontraba la cocina, con muebles de color nogal y encimeras blancas de mármol. Mis padres habían instalado un pequeño comedor aquí para los desayunos más informales o para cuando eran pocos comiendo en esta casa. Normalmente, todos mis hermanos, mis hijas y yo almorzábamos con ellos, así que usábamos el comedor más grande, que estaba a la derecha de la cocina, cruzando uno de los arcos. Senté a mi hija en la isla de la cocina. Mi madre se giró hacia nosotros con un gesto de preocupación.

—¿Qué ocurre? —le pregunté.

—La profesora de Kitty quiere reunirse contigo.

—¿Por qué?

—Porque no te conoce, hijo.

Puse los ojos en blanco, exasperado. Mis padres solían llevar y recoger a mis hijas al colegio. Yo me levantaba demasiado temprano para trabajar en el rancho y no podía hacerlo. El resto del tiempo, cuidaba a mis hijas. Emily venía conmigo a trabajar cuando tenía el día libre en el colegio. En cambio, a Kitty le gustaba quedarse con mis padres, sobre todo con mi padre, pues le permitía hacer casi todo lo que ella quería.

—No tengo tiempo, mamá. —Mis hermanos pequeños entraron por la puerta trasera. Ben agarró a Kitty y la subió sobre sus hombros. Jared fue directo a meter las manos en la ensalada que nuestra madre había dejado preparada en la isla—. Lo que sea que tenga que decir en esa reunión, puede decírtelo a ti.

—Ezequiel —advirtió mi madre—. En trece años, dime cuántas veces te has reunido con las profesoras de tus hijas.

—Conocía a la profesora Stampton —murmuré.

—Porque nos daba clases —señaló Jared—. Mamá tiene razón, hermano, apenas has ido a las reuniones escolares de Kitty. Incluso yo conozco a su nueva profesora y al hermano de ella. Son buenas personas. Aunque su abuela es…

—Una persona increíble —continuó nuestra madre—. Deja de comerte la ensalada y pon la mesa, Jared.

—¿Cuándo es la reunión? —pregunté, derrotado. No me gustaba perder el tiempo en estúpidas reuniones escolares. Kitty solo tenía cinco años, no hacía exámenes ni deberes, era imposible que la reunión tuviera que ver con eso.

—El viernes a las tres de la tarde —respondió mi madre.

—¿El viernes? —pregunté con los dientes apretados—. Eso es después del jueves. —Jared y Ben se rieron.

—Y después del viernes es sábado —se burló mi hija, haciendo reír más alto a sus tíos.

—El jueves es la fiesta del pueblo, se presentarán los toros para el rodeo de dentro de un mes, listilla. —Mi hija me dedicó una sonrisa, abrazando el cuello de Ben—. El viernes tendré mucho trabajo. Reprograma la cita, mamá.

Ella frunció el ceño. Mis hermanos y yo dimos un paso atrás al mismo tiempo cuando me señaló con el cuchillo.

—¿Tengo pinta de ser tu secretaria, Ezequiel Bennet?

—No, mamá.

—Pues no me trates como tal. El viernes vas a asistir a la reunión y no quiero escuchar quejas al respecto.

Jared se rio tras su puño. Daba igual los años que tuviéramos, mamá siempre sería mamá. Me giré hacia la puerta del comedor, pero me quedé paralizado cuando vi a mi hija mayor, Emily, con un ojo morado.

—¿Qué cojones? —pregunté al aire. Tomé a mi hija por la mandíbula con cuidado e incliné su cabeza hacia la derecha—. ¿Qué te ha pasado, Em?

—Nada, papá, me caí en el recreo.

—No me jodas, Em, esto no es una caída.

—¿Quién ha sido? —preguntó Jared a mi lado. Los ojos de Emily se habían llenado de lágrimas no derramadas, ella no solía llorar nunca—. Responde, Em.

—Gemma Lockwood.

—¿Otra vez? —gruñí—. ¿Te has peleado con ella otra vez, Em?

—¡Sí! —chilló, deshaciéndose de mi agarre—. Dijo cosas de mamá que no eran ciertas.

—Emily, ya hemos hablado de esto, no puedes ir por ahí peleándote con la gente —la regañé.

Mi hija me dio la espalda, lista para ir a la mesa del comedor y sentarse, tratando de terminar esta discusión. Jared dio un paso adelante para detenerla, pero se lo impedí. Era mejor dejar las cosas así. Emily era muy sensible con el tema de su madre. Le afectaba demasiado y no aceptaba que nos había abandonado cuando Kitty estaba recién nacida. La terapia ayudó a Emily durante un tiempo, sin embargo, ya no. Desde hacía mucho tiempo, Emily había vuelto a ser la niña enfadada en la que se convirtió cuando Wendy se fue sin mirar atrás.

Me senté en mi sitio de siempre en la mesa. Em había decidido sentarse al lado de mi hermano Adam, quien no había estado muy feliz al ver el ojo morado de ella. Mi padre en su lugar, en la cabecera de la mesa. El pelo completamente cubierto de canas y las arrugas acentuando su rostro. Le guiñó un ojo a Kitty, quien se rio.

—¿Y cómo se llama la profesora? —pregunté. Ben se rio.

—Lleva tres meses siendo la profesora de tu hija y ni siquiera sabes su nombre —murmuró mi hermano pequeño. Lo fulminé con la mirada. Los meses previos al rodeo de Eagle Creast siempre eran muy atareados y él lo sabía—. Lo siento —se disculpó con burla.

—Se llama *girasol* —dijo Kitty con convicción.

—No puede llamarse así, Kitty. —Le serví agua en su vaso con dibujos de animales de granja—. Debe tener un nombre normal, igual que tú te llamas Katherine y te decimos Kitty. —Mi hija arrugó el ceño, parecía muy confundida.

—Se llama Charlie —intervino mi madre.

—Charlotte —dije.

—Charlie —me corrigió—. A ella le gusta que la llamen así.

—¿Y a qué viene lo de *girasol*? —Kitty se dio una palmada en la frente al tiempo que negaba con la cabeza—. ¿Qué he dicho?

—Mi clase es la clase girasol y ella es la Profesora Girasol, papi. Eres taaaan tonto. —Las risas estallaron en la mesa.

—Kitty Cat, respeta a tu padre —la regañó mi padre—. Aunque sea un poco lento. —Ella se rio.

—Joder —gruñí.

Jared palmeó mi espalda, como si me compadeciera. Puede que lo hiciera. Mi boca se curvó hacia arriba. Puede que a veces no prestara atención a las cosas que me decían; de hecho, estaba seguro de que mi hija me había tenido que decir en algún momento pasado que su clase se llamaba así.

«Charlotte». El nombre resonó en mi cabeza durante horas. Estaba a punto de meterme en la cama y no podía dejar de pensar en esa profesora. Seguramente otra mujer mayor y ajada por el paso del tiempo. La señora Stampton solía tirarme de los mofletes como cuando era niño. Se había jubilado a una edad tardía, con poco más de setenta años. Me deslicé bajo las mantas. Acostado, mirando hacia el techo, coloqué un brazo por detrás de mi cabeza. Charlotte debía de ser la típica mujer casada, tendría más de cuarenta años y estaría… ¿amargada? ¿Por qué siquiera estaba pensando en eso? No me importaba. El viernes, iría a esa reunión y acabaría con esta tontería de querer conocerme. No tenía tiempo.

Mis hijas eran lo más importante para mí. Pero el colegio de ambas me quitaba tanto tiempo que… Me pasé una mano por cara. No tenía excusa. Tal vez en los últimos años había descuidado algunas cosas con respecto a mis hijas. Desde el abandono de Wendy me había tenido que hacer cargo de todo yo solo, por eso le pedí ayuda a mi madre con las niñas y el colegio. En Eagle Creast, al ser un pueblo pequeño, el colegio y el instituto se encontraban en el mismo terreno, en edificios separados. Era un buen arreglo, sobre todo para los padres solteros.

Exhalé un suspiro y apagué la luz de la mesita de noche. En cuanto la oscuridad se apoderó de mi habitación, me sentí solo en una cama fría y vacía. Extrañaba la compañía de una mujer.

Capítulo 4



Charlie

El jueves 3 de mayo era festivo local en Eagle Creast, pues se celebraba la fiesta del ganado de rodeo. Los toros serían presentados para la temporada de rodeo en el pueblo. A lo largo de tres meses, me había ido empapando de las costumbres locales. Al parecer, aquí era muy importante el rodeo y era una de las mayores fiestas del norte de Wyoming. Gente de todo el estado y de Montana asistía al gran evento. Así que me levanté más temprano de lo que solía hacer para preparar dos tartas de zanahoria. Pues, aunque la fiesta había sido organizada por el ayuntamiento en la plaza del pueblo, los habitantes que asistían solían llevar comida.

Mentiría si dijera que no me encontraba emocionada por el día de hoy. Me había costado mucho reconducir mi vida, aún me estaba encontrando a mí misma. Estos meses me sirvieron para darme cuenta de lo mucho que me había perdido y todo lo que había dejado atrás por la depresión. Mi terapeuta fue quien me advirtió de mi estado depresivo. Yo creía que era normal después de la muerte de mi hija encontrarme desganada, cansada constantemente o mi ausencia total de deseo sexual. «*Venga ya. Me rio mucho*». Eso fue lo que le dije a mi terapeuta. Ella sonrió y me dijo que era un pensamiento común de muchísimas personas. Que la depresión no siempre se siente como una tristeza abrumadora. Y eso me golpeó en el pecho profundamente. Entonces entendí que yo ya no era yo. Que la mujer alegre con grandes sueños se había dormido. Y ahora la

estaba despertando. Venir a Eagle Creast fue la mejor decisión que pude haber tomado.

Partí una galleta para animales en dos y le di un trozo a Mocca y otro trozo a Cheddar. Era increíble la cantidad de productos para mascotas que había en este pueblo. Era evidente que aquí trataban a los animales como miembros de la familia. Así me sentía yo con mi gato y mi perro, eran mis bebés y me encantaba mimarlos. Susan Bennet me había dado la receta para hacer galletas y otras delicias a mis mascotas. La señora Bennet vino un día a una reunión con una libreta explicando paso a paso cada receta. Me sorprendió lo agradable que eran ella y otras personas del pueblo. Fue cuando supuse que se debía a que era una comunidad pequeña y familiar. Todos se conocían, así que era algo normal.

Saqué las dos tartas de zanahoria de la nevera. El glaseado estaba firme y reluciente, y el aroma dulce y especiado seguía impregnando el aire de la cocina. Esta casa había sido comprada por mi abuela. Cuando le dije que quería dejar atrás Laramie y que me habían contratado en el colegio de Eagle Creast no dudó en vender su casa y comprar esta. Mi hermano Nate se había venido con nosotras, dejó atrás su trabajo de camarero en el bar de un amigo de nuestros padres, quienes se habían quedado en Laramie.

Dejé las tartas sobre la encimera de madera de roble. La cocina era el lugar favorito de mi abuela. Nos dijo a mi hermano y a mí que al abuelo le habría encantado tener una tan amplia y bonita. Los muebles blancos de madera contrastaban con la encimera y con la pared de fondo de piedra natural. Era una casa de dos pisos con tres habitaciones. Las ventanas, grandes y de cristal, dejaban entrar la luz suave de la tarde, iluminando las pequeñas plantas en macetas de barro que adornaban las repisas. El suelo de cerámica rústica, en tonos terracota, estaba gastado por los años, pero aún mantenía ese aire acogedor.

En el salón, una chimenea de ladrillo descansaba en una esquina, con una alfombra de lana gruesa sobre el suelo, junto a un sofá de tela a rayas. Desde la ventana del comedor se podía ver el camino de

entrada a la casa, enmarcado por césped verde. Estaba rodeada por una cerca de madera pintada de blanco, con flores silvestres que se asomaban entre las tablas. Era el tipo de casa que parecía hecha para tardes tranquilas, escuchando el viento entre los árboles y el sonido lejano de los perros del pueblo ladrando. Desde el porche trasero teníamos unas hermosas vistas a las montañas rocosas. Jamás pensé que viviría en un lugar así de bonito.

Nate entró en la cocina para llevarse los pasteles al coche. Mi viejo Chevy nos había traído aquí desde Laramie y una empresa de mudanzas trajo los antiguos muebles de mis abuelos.

—Huele genial, Charlie.

—Como metas el dedo en la crema, te lo corto, hermanito. —Nate sonrió de lado—. Te lo digo en serio, Nathaniel. —Sus cejas escalaron por su frente. Solo mi abuela y yo usábamos su nombre completo cuando lo queríamos regañar.

—Entendido, sargento.

Me reí suavemente mientras terminaba de guardar en mi bolso mis cosas.

—Charlie —titubeó mi hermano. Levanté la vista—, estás preciosa.

Las comisuras de mi boca se elevaron en una sonrisa. Mi cambio no solo estaba siendo mental y emocional, sino también físico. Había perdido un par de kilos, aunque no era eso lo que más se me notaba, sino el brillo que volvía a desprender, ese que perdí cuando *ella* murió y mi vida se desmoronó.

—Gracias, Nate.

Mi hermano salió de la cocina con una sonrisa en los labios. Me colgué el bolso en el hombro y seguí a Nate al coche, donde nuestra abuela ya nos esperaba sentada en el asiento de copiloto. La notaba más feliz aquí, había hecho nuevas amigas con las que quedaba para ir a la cafetería del pueblo y pasar algunas tardes hablando y

cotilleando. No la veía así de sonriente desde antes de que mi abuelo enfermara y muriera. Me subí al volante.

—¿Con quién hablabas por teléfono? —le pregunté a mi abuela.

—Con Susan. —Ella era la abuela de una de mis alumnas, Kitty Bennet—. Toda su familia va a estar en la plaza.

Solté un resoplido. Solo conocía a tres de los hijos de Susan y su esposo, Richard. Casualmente, al único que no conocía era al padre de Kitty y eso no me gustaba, me recordaba a la situación de Jack. Mi pecho se apretó. Echaba mucho de menos al hijo de Andy. Lo último que supe por boca de mi madre es que Jessica se había ido a vivir con su novio. No sabía si su relación íntima con Andy seguía en pie y tampoco me importaba, dejé todo eso atrás. Jack estaba viviendo con sus abuelos y me alegraba por él, ellos eran buenos para el niño. Andy tuvo que mudarse de la casa matrimonial, estaba a mi nombre y la había vendido hacía ya un mes. Las únicas comunicaciones que hubo entre mi esposo y yo fueron a través de mi abogado, quien me informó que se había negado a firmar el divorcio sin hablar antes conmigo. Pero yo no quería saber nada de él y, con todo el asunto de mi terapia y la depresión, mi divorcio quedó estancado.

Detuve el coche en una calle paralela a la plaza, que ya se encontraba llena de gente y niños corriendo de aquí para allá, lo que me hizo sonreír de forma inconsciente. Nate se bajó con las dos tartas.

—¿Estás segura de que esto será suficiente? —preguntó mi hermano cuando lo alcancé.

—Sí, Susan dijo que habría más postres —respondí.

Bajé mis gafas de sol a mis ojos. Aunque no hacía exactamente calor en Eagle Creast para esta época, tampoco hacía un frío exagerado como en invierno. Faltaba un mes para el verano y las temperaturas ya estaban subiendo. Aun así, traje conmigo mi cárdigan color tierra. Había decidido ponerme el vestido nuevo que mi abuela me regaló hacía unos días. El estampado fue lo primero

que vi al desenvolver el papel de regalo; eran malditos y hermosos girasoles. Me llegaba justo por las rodillas. La tela, ligera y suave, se movía con cada paso como si bailara con el viento. Las mangas largas eran algo abullonadas. Lo había combinado con unas botas de cowboy marrones que me compré en una tienda local y un chaleco del mismo tono con flecos que colgaban de la zona del pecho. Solo me faltaba el sombrero vaquero.

Me había adaptado bien a la moda rural y vaquera del pueblo, de hecho, la prefería a la moda más moderna de Laramie. Me sentía cómoda y guapa con ella. Metí un mechón de pelo detrás de mi oreja al tiempo que echaba un rápido vistazo a la gente del pueblo. No los conocía a todos, en realidad, solo conocía a los padres y madres de mis alumnos y a algunos otros que mis compañeras de trabajo me habían presentado por casualidad.

—¡Charlie! —chilló Mónica, la que se había convertido en mi amiga y compañera. Me dio un abrazo—. Qué bien que estés aquí.

Nate carraspeó detrás de mí.

—¿Y no te alegras de que yo esté aquí? —preguntó coquetamente. Mónica tenía casi cuarenta años, pero Nate era… Nate. Coqueteaba con todo el mundo solo por bromear.

—Claro que sí, aunque te advierto que mi esposo está por aquí y no puede saber lo nuestro.

Me mordí el labio inferior. Lo peor de todo esto era que tanto Mónica como su esposo Vincent le seguían el juego a mi hermano. Miré a Nate, quien tenía una ceja levantada.

—¿Y quién te dice a ti que tu esposo no lo sabe ya y está totalmente de acuerdo? —Mónica soltó una risotada de las suyas, de esas que eran tan estridentes. Nate sonrió ampliamente, con una tarta en cada mano.

—Anda, dame las tartas —dije, arrebatándole las cajas en las que las había metido para transportarlas.

—Ven, cariño, te diré dónde dejarlas. —Mónica me guio a donde se encontraba toda la comida en una larga mesa.

—Esto es increíble —dije, girándome hacia la muchedumbre esparcida por toda la plaza—. En Laramie no existía nada como esto.

Mónica pasó su brazo por encima de mis hombros. El contraste de nuestras pieles era como la noche y el día. Mónica era de piel negra y yo tan blanca como la leche. Me dio un suave achuchón.

—Aquí estarás como en casa, cariño. —Le había contado todo sobre mí. No sabía por qué lo había hecho, pero Mónica me dio la confianza de hablar de mi depresión, de mi pérdida y mi fallido matrimonio—. Y quién sabe, quizás encuentres a alguien con quien pasar un buen rato.

Resople entre risas.

—No estoy interesada en el amor, Mónica.

—Nadie ha hablado de amor, cariño. Puedes darle un buen meneo a tu cuerpo, eso no es ilegal y eres guapísima. —Echó mi pelo hacia atrás, por encima de mi hombro—. No te cierres a tener un ligue ocasional.

—Me lo pensaré, pero no prometo nada.

Realmente no pensaría en eso en lo absoluto. No quería a ningún hombre en mi vida en un largo plazo de tiempo. Tendría que dar muchas explicaciones sobre mí y mi pasado, sobre mi… futuro. No, no estaba lista para nada de eso. Mónica me llevó a conocer a otras mujeres del pueblo. Todas eran amables y hospitalarias. Una de ellas, Kendra, era la ayudante del sheriff y también era la esposa del hijo del alcalde. Tenía un hijo pequeño, al que señaló mientras estaba corriendo alrededor de un árbol tratando de pillar a otro niño. No pude evitar reír, terminarían mareados.

—Ven, voy a presentarte a Adam, es mi mejor amigo y el de mi esposo. Te encantará.

—Por Dios, no actúes como Mónica —supliqué, aunque estaba divirtiéndome de verdad. Kendra se rio suavemente.

—Adam es una buena persona.

Fruncí el ceño. Me sonaba ese nombre, di vueltas y vueltas en mi mente. Hasta que nos detuvimos con un grupo de hombres que se reían a un volumen más alto que el de Mónica. Kendra me presentó primero a su esposo, William Thomas, candidato a alcalde cuando su padre se retirara. Estreché mi mano con la suya. Luego la de los otros hombres presentes.

—¿Dónde está Adam? —le preguntó Kendra a su esposo.

—Los Bennet aún no han llegado —respondió William.

Mis ojos se abrieron y Kendra lo notó, pues me había quitado las gafas de sol y ahora estaban sobre mi cabeza sujetando mi pelo.

—¿Los conoces? —me preguntó.

—Sí. Soy la profesora de Kitty.

—¡Oh, Dios, es cierto! —chilló Kendra—. Había olvidado por completo que Mónica lo había mencionado.

Me callé, un poco confundida. No hacía ni dos minutos que Mónica le había contado al grupo de mujeres que yo era su compañera y daba clases a los niños más pequeños y los de primaria.

—Disculpa a mi mujer —dijo William—. Tiene memoria de pez. —Kendra soltó una risita.

—Sí, él tiene razón, suelo olvidar algunas cosas.

—No es nada grave, ¿no? —pregunté, preocupada de verdad por ella. Kendra sacudió la cabeza riéndose.

—Está todo bien, solo tengo mala memoria.

William le dio un beso en la cabeza a su esposa, un gesto que me pareció tierno y… no encontraba la otra palabra.

—¡Profe! ¡Profe!

El grupo se rio ante la vocecilla chillona de Kitty. Mis piernas fueron rodeadas por dos pares de mini bracitos. Miré hacia abajo, encontrándome con los ojos azules de Kitty y los verdes de Willa, dos de mis alumnas más revoltosas.

—Hola, peques —las saludé.

—¡Es un vestido de girasoles! —chilló Willa, mirando a Kitty.

—Nosotras también deberíamos tener uno.

—¡Yo de amapolas! —La voz aguda de Willa era tan… de ella.

—Vamos a decírselo a nuestros padres. Mi papi me comprará todo lo que le pida porque soy su hija superfavorita.

Mi mandíbula se desencajó, nunca había conocido a dos niñas con las ideas más claras que ellas. Realmente sabían lo que querían y buscarían los medios para conseguirlo.

—Por Dios —se rio Kendra.

—Si yo fuese Ezequiel —dijo William—, estaría temblando con esa Kitty.

—¿Por qué? —le pregunté curiosa.

—Porque esa niña es de armas tomar, Charlie.

—Es una buena niña —dije—. Aunque sí, cuando quiere algo… —No terminé la frase, dudaba que fuera necesario, pues esta gente conocía mejor a Kitty Bennet que yo.

—Ahí está Adam —dijo Kendra—. Ven, voy a presentártelo.

—Ya lo conozco, Kendra… —No le importó lo que estuviera a punto de decir. Me agarró de la mano y me llevó hasta los Bennet.

El hombre que estaba al lado de Adam se dio la vuelta hacia nosotras al notar nuestra presencia. Mis ojos recorrieron su espalda ancha y fuerte antes de que se girara. Y cuando lo hizo, mi interior se removió. Tenía el mismo color azul en los ojos que Kitty. Su espesa barba ocultaba lo que estaba segura de que era una mandíbula

cincelada. Tenía los pómulos altos y fuertes y una mirada tan penetrante como preciosa. Era una cabeza más alto que yo.

Capítulo 5



Ezequiel

Mis ojos vagaban solos por su cuerpo. ¿Era real la mujer que tenía delante de mí? Me demoré más tiempo del necesario en las voluptuosas curvas de sus caderas, en la estrecha cintura que casi ocultaba el chaleco marrón. Subí… y no debería haberlo hecho. Esos pechos llenos y suaves conducían a los pensamientos más pecaminosos. Aunque… el verde de sus ojos y ese aro dorado alrededor de la pupila encandilaban a cualquier hombre. Tragué grueso.

—Ezequiel, ella es Charlie —dijo Kendra—. Charlie, él es Ezequiel Bennet, el padre de…

—Kitty —masculló Charlie. *Charlotte*—. Un gusto conocerte, *señor Bennet*. —No se me escapó el resentimiento con el que pronunció mi apellido. Estreché la mano que me ofreció y la apreté fuerte.

—Tú eres la profesora —gruñí, muy lejos de mi deseo inicial por alguien tan guapa como ella—. No esperaba que fueras así. —Su ceño se arrugó y rápidamente dio un tirón de su mano.

—¿Así? —espetó—. ¿Qué quieres decir, señor Bennet?

Abrí la boca para responder, pero Adam se entrometió entre los dos, ocultándola de mi vista.

—¿Qué has traído de comer, Charlie? —le preguntó, pasándole un brazo por encima de los hombros.

Los vi alejarse, aunque ella miró por encima de su hombro y del brazo de mi hermano, me fulminó con la mirada. Sí. Ella había hecho eso. ¿Cuántos años tenía? Me giré hacia mi madre, ávido de respuestas. Pero ella tampoco estaba. ¿Dónde coño se habían metido todos? Ni siquiera Kendra se encontraba cerca de mí.

—Papi. —Bajé la vista ante la vocecilla de Kitty—. Dame dinero.

—¿Qué?

—Quiero dinero, papi.

—¿Y eso para qué?

—Porque quiero un vestido taaaaan bonito como el de mi profe. ¿Me lo compras?

Mis ojos viajaron directamente hacia *la profe*, que llevaba un vestido blanco con un estampado de girasoles. *Profesora Girasol*. Así la había llamado Kitty. Al parecer, esa mujer se tomaba muy en serio el nombre de su clase. ¿O habría otro motivo para ese vestido? Kitty tiró de la pernera de mi pantalón vaquero.

—Papi, préstame atención, soy tu hija más favorita en todo el mundo y te ordeno que me des dinero para comprarme un vestido de girasoles.

«Jesús». Murmuré por dentro. Cuando a Kitty se le metía algo en la cabeza, nadie lograba hacerle cambiar de opinión. Hinqué una rodilla en el suelo y posé mis manos sobre los delgados y pequeños hombros de mi hija.

—Kitty Cat, te quiero muchísimo, lo sabes. —Ella sonrió ampliamente—. Pero no voy a financiar tus innumerables caprichos.

—No es un capricho, papi —dijo con la voz llena de tristeza—. Quiero un vestido tan bonito como el de mi profe, por favor.

¿Cómo iba a negarme si me hablaba así, de esa forma tan manipuladora? Me reincorporé, arrastrando a Kitty conmigo. Sus brazos rodearon mi cuello mientras presionaba su mejilla en mi hombro.

—Veré qué puedo hacer con ese vestido que quieres, ¿de acuerdo?

—Vale, papi. Te quiero tantísimo que mi corazón duele.

Cerré los ojos al tiempo que una carcajada burbujeaba en mi pecho. Kitty era una manipuladora nata, había nacido con el don de hacer con la gente a su alrededor lo que quería. Funcionaba hasta con Emily, que solía ser la más lista de la familia. Me reuní con mi hermano Adam y el grupo de adultos que no dejaba de reírse a carcajadas.

—Tío Adam, papi me va a comprar un vestido de girasoles —dijo mi hija. Las cejas de mi hermano treparon por su frente—. Estaré tan guapa como mi profe.

Negué con la cabeza, al menos, Charlotte no se encontraba por aquí para escuchar a mi hija.

—Estarías guapa hasta con un saco de patatas, Kitty Cat —dijo Ben.

—Lo sé, soy sensacional.

—De mayor quiero tener la autoestima de la preciosa Kitty Cat —murmuró Adam antes de dar un sorbo a su cerveza.

Mi hija sonrió, como si su tío le hubiera hecho el mayor cumplido del mundo y era así, pero ella no entendía ni la mitad de lo que él le había dicho. Le di un beso en la mejilla a mi hija. Mis ojos volaron directamente a la mujer que se había bajado del coche de lujo. Kitty se puso tensa en mis brazos y rápidamente apartó la vista. Abrazándome por el cuello, ocultó la cara lo mejor que pudo. Adam resopló. Nadie esperaba que Wendy apareciera por aquí y menos con sus hijastros, esos dos gemelos que parecían haber salido de *El Resplandor*.

—Papi, quiero irme —susurró mi hija.

—Adam, ¿puedes llevarla con mamá?

—Sí, por supuesto.

Mi hermano cogió a mi hija de mis brazos, ella no dudó en retomar la postura que había tenido conmigo. Apreté la mandíbula. Odiaba estos momentos, esos en los que Wendy aparecía como si nada hubiera pasado, como si no hubiera abandonado a sus hijas durante meses. Apenas las veía, según ella, no tenía tiempo. Claro que no lo tenía, se ocupaba de dos malditos niños que ella no había parido.

—Hola, Ezequiel —dijo.

Me rehusé a responder demasiado pronto. Apenas la reconocía, no había nada en ella que me dijera que era la mujer buena y humilde con la que me casé. Aquella que conocí en el instituto. No solo por las múltiples operaciones estéticas a las que se había sometido, era algo mucho más profundo. Era la crueldad para con sus hijas, dos niñas que ella había llevado en su vientre y dado a luz. No les importaba. Nunca recordaba los cumpleaños, ni siquiera los de Emily, que era con quien más había convivido.

—Hola —la saludé secamente. Jared extendió su cerveza hacia mí, no la rechacé, necesitaba beber. Me llevé la lata a los labios y le di un sorbo sin apartar la mirada de Wendy—. ¿Qué haces aquí?

—Los gemelos querían ver… *esto*. —Mi labio superior se enroscó en una mueca de rabia ante el tono de asco de ella.

—¿Esto? —escupí.

—Sí, esta absurda fiesta ganadera.

—¿Cuánto hace que no vives aquí? —preguntó Jared—. No demasiado, deja de hacerte la interesante, no has olvidado cómo se llama esta fiesta y lo importante que es para el pueblo.

Mi boca se curvó hacia arriba. Jared podía ser callado en múltiples momentos, pero si tenía que defender a su familia, *a sus*

sobrinas, lo haría sin dudarlo. Miré a esos dos gemelos, un niño y una niña de unos diez años. Eran espeluznante, iban vestidos como si fueran muñecos. Dudaba que estuvieran cómodos con esa ropa.

—Jared, deja de meterte en lo que no te llaman —protestó Wendy.

—Podría decirte algo muy grosero, Wendy. —Jared se calló, dio un sorbo a la cerveza que había recuperado y sonrió—. Que te jodan, Wendy, y, créeme, dudo mucho que ese marido tuyo lo haga.

Ben escupió el líquido de su boca, que cayó justo en el vestido de diseñador de mi exesposa. No pude evitarlo y solté una carcajada. Que se fue tan rápido como vino al ver a Emily correr hacia aquí con una sonrisa y ese típico brillo en su cara cuando su madre aparecía.

—¡Mamá! —chilló. Se abrazó a la cintura de Wendy.

—Emily, aparta, me vas a arrugar el vestido y es muy caro.

Me clavé las uñas en las palmas al apretar los puños. Deseé haber sangrado con tal de no ver el gesto de dolor en la cara de Emily cuando se separó de su madre. Wendy le dio un par de golpecitos en la parte superior de la cabeza, como si eso fuera suficiente cariño para Emily. La garganta de mi hija subió y bajó cuando tragó saliva. Jared fue quien dio un paso adelante para tomarla por los hombros y separarla de Wendy.

—Wendy —mascullé, los dientes me dolían de lo apretados que los tenía—, ¿podemos hablar a solas?

—Por supuesto que no, estoy ocupada, tengo que enseñarles este lugar a los gemelos y después tenemos una cita con mis amigas en el campo de golf. No he conducido casi dos horas hasta aquí para perder el tiempo.

—Wendy, joder, ven de una puta vez conmigo.

Puso los ojos en blanco con un resoplido exasperado, pero me siguió a un lugar más apartado. Los gemelos espeluznantes la seguían como los polluelos a las gallinas. Tuve ganas de vomitar. Me

detuve debajo de un árbol frondoso, alejado de la multitud, aunque cerca, para seguir vigilando a mis hijas. Atisbé a Emily, abrazada a la cintura de Jared, vi sus hombros temblando y supe que mi niña estaba llorando. Me mordí el interior de la mejilla. Tenía tantas cosas que decirle a Wendy, pero ninguna era apropiada para gritar delante de tantos niños. Porque gritaría, no importaba si estábamos lejos, yo gritaría y los niños me escucharían.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó de mala gana.

—¿Qué coño crees que haces apareciendo aquí de esa forma y con estos dos? —Señalé con la barbilla a los gemelos, seguían perturbadoramente callados, ni siquiera habían hecho ruido al caminar.

—No hables así de ellos, son buenos niños.

—¿Te crees que me importa? Vete y no regreses, eso se te da bien.

—No voy a irme porque te incomode mi presencia.

—¿En qué puto mundo vives, Wendy? Me importa una mierda tu presencia, pero a mis hijas les molesta.

—A Emily no.

Di un paso adelante, pegándome a Wendy. Mi respiración golpeaba su cara como bofetadas invisibles.

—No te atrevas a mencionar a mi hija —gruñí—. No tienes ni idea del daño que le haces.

—Sigue siendo mi hija.

—Por desgracia para ella, sí. Compartís sangre y eso es todo. No eres su madre desde hace cinco años, la dejaste, la abandonaste a su suerte.

Wendy se miró las uñas, ignorando mis palabras. No había nada en su pecho, ni un puto sentimiento. Me pasé una mano por la cara.

—Wendy, estoy tratando de no sacarte de aquí yo mismo y… —Mis palabras se vieron acalladas por la risa de mi Kitty, ella nunca

reía cuando su madre estaba cerca. La busqué por todos lados, quería saber qué la estaba haciendo reír. Eran Charlotte y su hermano Nate.

—¿Quiénes son? —preguntó Wendy, pero la ignoré.

Pasé por su lado, golpeando mi hombro con alguna parte de su cuerpo; no presté mucha atención. Caminé mirando la escena ante mí. Jared y Emily se habían acercado al… baile ridículo y divertido de Charlotte y su hermano. Tenían una canción country sonando de algún móvil. No sabían bailar, pero lo intentaban y era eso lo que estaba haciendo reír a los niños, a mis hijas. Emily se estaba riendo. Mi corazón se aceleró, aporreó mi pecho por dentro con tanta fuerza que dolió, pero no de una forma mala. Me detuve delante de Charlotte, aunque ella no hizo apreciación de mi presencia.

—¡Ahora yo, profe! —gritó Kitty, levantando los brazos hacia ella para que la cogiera, y ella lo hizo—. ¡Una vuelta! —Charlotte giró con Kitty riéndose a carcajadas.

Nate agarró a Emily mientras ella se retorcía para que no lo hiciera y giró y giró, haciéndola reír más alto. Noté una mano en mi hombro, miré de reojo a mi hermano Adam. Estaba sonriendo, observando a sus sobrinas.



Aún seguía agitado por lo que mis ojos habían sido testigos. Mis hijas habían estado felices en presencia de la mujer que las trajo al mundo. Eso nunca sucedía. Cada vez que Wendy había aparecido en el rancho con la excusa de hacer una visita a las niñas, ellas solían estar tensas. Kitty era la peor, ni siquiera quería ver a Wendy. Mi niña corría hacia las vaquerizas para estar con sus preciadas vacas. Emily se quedaba cerca de Wendy todo el tiempo que ella se lo permitía, viendo cómo su madre trataba con cariño y cuidaba a esos dos gemelos del demonio en vez de a ella.

Miré a Charlotte, se había sentado frente a mí, un poco hacia la derecha. Quien tenía delante era la que me habían presentado como

su abuela y ella no le quitaba la vista de encima a Wendy. No decía nada, solo la miraba, parecía estar analizándola. Me reí suavemente.

—¿De qué te ríes? —me preguntó Ben.

—De nada que a ti te importe, enano.

—Ya no soy un enano, deja de llamarme así o se lo diré a mamá y a papá.

Negué con la cabeza, sonriendo. Iba a responderle a mi hermano algo extremadamente infantil cuando Agnes habló.

—¿Esos niños están bien? Parecen demasiado pálidos, me recuerdan a esas gemelas de El Resplandor. —Adam se giró a un lado y escupió la cerveza de la boca.

—Abuela —masculló Charlotte.

—No pretendo ofender, es que me preocupan.

Wendy carraspeó, se notaba molesta. Me crucé de brazos con una sonrisa adornando mi cara. Quizás ahora decidiera marcharse finalmente. No sabía por qué se había quedado a comer aquí, ella odiaba este pueblo y había sido una de las razones por las que se fue. La otra era porque se había dado cuenta de que no quería una vida en un rancho, sino una en otra ciudad que fuera más grande y más llena de vida. Me pareció bien que quisiera eso, pero no era necesario abandonar a sus hijas. Kitty ni siquiera había cumplido el mes de nacida.

—Mis gemelos están bien —espetó Wendy a la abuela de Charlotte.

—¿Segura? ¿Y por qué van así vestidos? No parece muy cómodo.

Mis hermanos intentaron disimular sus risitas, fue imposible, sobre todo la de Adam, a quien no le importaba mostrar públicamente que Wendy no era de su agrado.

—Disculpa a mi abuela —dijo Charlotte—. Nunca se calla nada y…

—Pues deberías meterla en un asilo si tiene comportamientos tan… vulgares.

Charlotte se quedó muy quieta, me pregunté si aún respiraba. Nate murmuró un «mierda» al tiempo que empezaba a reírse. Charlotte miró a su abuela, sonrió y luego devolvió su mirada a Wendy. Abrió la boca, pero no dio a tiempo a que ninguna palabra saliera de ella, pues su abuela se le adelantó.

—¿Ese vestido es de Cristóbal Laguna? —La sonrisa de Wendy apareció de inmediato, le encantaba presumir de los lujos que su nuevo esposo le proporcionaba. Agnes se levantó de la silla y dio la vuelta a la mesa para acercarse a Wendy—. Es precioso. ¿Puedo verlo mejor?

Nate estaba totalmente colorado, aguantándose la risa, parecía adivinar lo que fuera que su abuela estaba a punto de hacer. El grito agudo e histérico de Wendy llamó la atención de todo.

—¡Lo siento muchísimo! —se disculpó Agnes, tenía un plato vacío en la mano—. Últimamente estoy muy torpe. Debe de ser por la mala leche que me entra cada vez que veo a alguien molestando con su mera presencia.

Wendy la fulminó con la mirada. Su vestido blanco estaba totalmente manchado. No solo por la comida que Agnes le había tirado encima, sino también por la mancha anterior que Adam le había ocasionado. Los ojos de Wendy se posaron sobre mí, me encogí de hombros y regresé a mi comida.

—¡Deja en paz a mi madre! —chilló Emily—. Ella no te ha hecho nada.

—Em —advertí—. Vuelve a sentarte.

—Papá, pero esta mujer le ha manchado el vestido a mamá, la ha humillado. Tienes que defenderla.

—Siéntate.

—Pero… —La sonrisa de triunfo en la cara de Wendy me dio escalofríos.

—Niños, nos vamos de este maldito pueblo. Tenemos cosas más importantes que hacer —les dijo a los gemelos del demonio.

Respiré hondo. Sabía lo que vendría en cuanto Wendy desapareciera, lo mismo que pasaba siempre. Emily sería como un fantasma durante los próximos días, discutiría con todo el mundo y se encerraría en su habitación sin apenas comer algo. Agnes se sentó de nuevo en su silla, sin una pizca de remordimientos.

—Perdón —murmuró Charlotte.

—No tienes que disculparte, Charlie —le dijo Adam—. Esa mujer ha insultado a tu abuela.

—Aun así, siento que todo se haya puesto tan tenso. —Miró a Emily directamente—. Lamento mucho que te hayas sentido insultada con el comportamiento de mi abuela.

Mi hija se cruzó de brazos, en silencio, escupiendo fuego por los ojos en dirección a Charlotte y a su abuela. Puse mi mano en la rodilla de Emily y le di un suave apretón. Ella desvió la vista de inmediato.

—La ha humillado, papá —susurró.

—Algún día entenderás a los adultos, princesa. No siempre actuamos bien y también nos equivocamos.

—Entonces, ¿por qué a ti te cuesta perdonar a mamá?

—Porque no me hizo daño a mí, sino a ti.

Capítulo 6



Charlie

La culpa me invadió el resto del día. No debería haber permitido que mi abuela actuara como lo hizo, aunque esa mujer se lo mereciera por lo que le dijo. Bien, ella tampoco había sido del todo educada, pero no debí permitir que la cosa fuera a más. Me sentía mal por esa niña, la hermana mayor de Kitty. Quería acercarme a ella y pedirle perdón por lo que mi abuela hizo, pero algo me decía que ella no aceptaría esas disculpas tan fácilmente. Nos había ignorado el resto del día a mi hermano, a mi abuela y a mí.

Le di un sorbo a mi café. La fiesta se había trasladado a los campos cercanos a la plaza para presentar a los toros que participarían en el próximo rodeo de junio. Todavía quedaba un mes para eso, pero este pueblo se tomaba muy en serio sus eventos. Los toros eran bestias enormes y parecían muy enfadados.

—No te sientas culpable —dijo una voz a mi lado, era Kendra.

—Lo hago.

—No conoces a Wendy. Ella no es esa pobre mujer a la que le han manchado su precioso vestido de diseñador.

—No es por ella, sino por Emily.

—Oh. —Kendra se calló unos minutos que a mí se me hicieron demasiado largos—. Emily no entiende del todo lo que su madre hizo.

—Las abandonó, ¿verdad?

—Sí, pero hizo más que eso… hace más que eso.

—¿Qué quieres decir?

La garganta de Kendra se movió con mucha brusquedad cuando tragó saliva, miraba hacia los toros que estaban siendo presentados por sus dueños.

—Cuando Wendy se fue, dejó a dos niñas sin madre. Kitty no la recuerda, no tiene ninguna conexión con ella. Pero Emily… —Soltó un suspiro demasiado tembloroso—. Apenas tenía ocho años, pero su madre era su mundo y ella se fue sin mirar atrás. No le importó si su hija sufría o le suplicaba llorando que no se marchara.

Mi corazón se encogió hasta que empezó a doler. No podía imaginar que alguien pudiera hacer algo así a un niño, mucho menos una madre. ¿Cómo era posible que después de haberla tenido nueve meses dentro de ella, ocho años criándola y dándole amor, un día decidiera quitárselo de repente? No… no podía pensar en ello sin que me doliera por Emily.

—Y, aun después de todo eso, Emily la sigue esperando —continuó Kendra—. No le importa si Wendy la empuja cuando ella la abraza. Emily sigue intentando llegar a su madre.

Una lágrima cayó por mi mejilla. Quería abrazar a Emily y no soltarla nunca. El dolor por el que debía estar pasando debía de ser desgarrador.

—Ezequiel la llevó a terapia durante un tiempo, demasiado, porque nunca funcionó nada. Emily jamás ha abierto su corazón con nadie, al menos, no de verdad.

Kendra me dio un suave apretón en el hombro y se marchó a otro lado. Busqué a Emily con la vista, necesitaba verla un momento. Y esa necesidad me estaba arañando por dentro. La encontré sentada debajo de un árbol, sola. Quizás era una soledad buscada; sin embargo, no me dolía menos verla así. ¿Se sentía de esa forma por dentro? Bueno, sabía lo que era eso. Así que caminé hacia ella, podía

gritarme o ignorarme, pero me sentaría a su lado y estaría en silencio. Yo… solo quería que supiera que estaba ahí si ella lo necesitaba. Mi espalda resbaló por el tronco áspero del árbol. Noté que Emily me miraba de reojo mientras seguía arrancando la hierba con los dedos. Crucé los tobillos, uno por encima del otro.

El silencio pesaba entre las dos, no era incómodo, pero tampoco agradable. Aun así, no dije nada. Esperaba que ella quisiera decir algo. Pero claro, si no había hablado con nadie sobre lo que sentía, no podía esperar que lo hiciera conmigo, una total desconocida y la nieta de la mujer que había humillado a su madre.

Exhalé un suspiro. Esto no sería fácil y ni siquiera sabía si merecería la pena entablar una conversación con Emily. ¿Y si me odiaba más de lo que ya lo hacía? Era muy probable que eso fuera lo que iba a suceder. De todas formas, no me moví, me dediqué a contemplar los enormes toros.

—¿Es la primera vez que ves uno? —Me sorprendió tanto escuchar la voz de Emily que mi corazón martilleaba rápido contra mi pecho.

—Sí, en persona, sí.

—Yo estoy acostumbrada.

—Supongo. —El silencio regresó, aunque no tan espeso como antes—. ¿Estás bien? —Su cuerpo sufrió una pequeña sacudida ante esa simple pregunta.

—No lo sé.

—¿Por qué no lo sabes? —Se encogió de hombros—. Lo siento.

—Ya te has disculpado —espetó.

—Sí…

—Mi padre dice que mi madre se lo buscó.

—Y supongo que mi abuela también. —Emily se rio—. Digamos que ambas se buscaron ser insultadas.

—A mí tampoco me gustan esos gemelos, me dan escalofríos.

—Vale —dije riéndome—, puede que a mí también.

Emily recostó la espalda contra el árbol y cruzó los tobillos como yo los tenía.

—No me gustan —dijo—. Mi madre siempre está con ellos.

Tenía celos, joder. Era normal. ¿Cómo iba a entender que su madre se hiciera cargo de dos niños que no eran suyos y no de ella y de su hermana? Ni siquiera lo entendía yo y tenía veintisiete años.

—Está bien que no te gusten, Emily. No tienes por qué sentir cariño por ellos.

—¿Y por qué siento que debería ser así?

—¿Alguien te ha dicho que deberías quererlos o siquiera tolerarlos? —No respondió, aunque creía saber quién le había dicho algo así: su maldita madre—. Quien sea que te haya dicho eso, se equivoca.

—Mi padre dice que los adultos se equivocan mucho. —Me reí y ella sonrió.

—Nos equivocamos más de lo que nos gusta admitir y con la edad vamos a peor.

—¿Como tu abuela?

—Sí —suspiré—, como mi abuela. —Miré a Emily—. No tengo muchas amigas por aquí, aunque me han presentado a todas las mujeres. Me gustaría tener a alguien como tú en mi grupo de amigas.

—¿En serio?

—Claro que sí.

—Yo… no tengo amigas. En el colegio todas se ríen de mí por no tener… madre.

—Eso es una estupidez… —Me mordí la lengua.

—Creo que sé lo que ibas a decir —dijo Emily riéndose.

—Mentirosilla.

—¡Ibas a decir que ellas también son estúpidas! —Su risa resonó por todos lados. No reprimí mi propia risa, porque realmente es lo que iba a decir, pero no estaría bien que una profesora dijera eso—. Estoy de acuerdo contigo, Charlie, son todas unas estúpidas.

—Está bien saberlo, por si me encuentro con ellas.

Le ofrecí mi mano, sin saber muy bien dónde llevarla. No conocía nada de esto en realidad, era mi primera fiesta en el pueblo. Así que mejor le dije que me llevara a ver los toros de rodeo. Y lo hizo. Emily me llevó de la mano hacia donde se encontraban los asistentes a la fiesta. Me dijo uno a uno cada nombre de los enormes animales; era impresionante cómo conocía cada rancho y toro. De su familia eran quince toros. Quince bestias que pesaban casi una tonelada. Emily debió ver la expresión de sorpresa. Sabía que pesaban mucho y serían enormes, pero verlos de cerca era… increíble, en el buen sentido. Cada toro estaba aislado en un pequeño corral para él solo. Supuse que sería peligroso que tantos machos estuvieran juntos en un mismo espacio.

Los tíos de Emily se habían dividido para vigilar los corrales, aunque también había trabajadores que no conocía. Emily me llevó a uno de los corrales. Se subió al primer peldaño de la valla de metal, así que hice lo mismo.

—¡Papá! —chilló. Reprimí una maldición. Ese hombre me había caído mal desde que supe de él cuando Susan lo mencionó en una reunión escolar—. Charlie nunca ha visto un toro de cerca —le dijo, cuando él estaba lo suficientemente cerca de nosotras.

—¿Nunca? —preguntó.

—No —espeté—. Vivía en Laramie y allí no había mucho de esto.

Ezequiel esbozó una estúpida sonrisa, que su barba casi ocultaba, mientras enrollaba una soga alrededor de su mano y codo.

—En Laramie hay rodeo, chica de ciudad.

Apreté los puños, quería sacarle el dedo corazón y hacerle un maldito gesto obsceno, pero su hija estaba delante.

—¿Y eso qué, chico de rancho? —protesté. Emily se rio, haciendo sonreír a su padre. Me hizo pensar en que no estaba muy acostumbrado a escuchar a su hija mayor reírse.

—Papá, eres un chico de rancho. —Emily se calló para soltar una risilla—. Bueno, más bien eres un viejito de rancho.

Solté una carcajada. No porque Emily hubiera llamado viejo a su padre, estaba segura de que no era tan mayor, sino por la cara de molestia que él puso.

—¿Viejo? —gruñó—. Tengo treinta y ocho años, mi cielo. —Mi risa cesó. Ese apodo… *mi cielo*, era tan tierno. Ezequiel sonrió a su hija—. ¿Queréis entrar?

—¿Qué? —pregunté asustada—. ¿Y si nos ataca?

—Triturahuesos no nos hará nada. —Mis ojos se abrieron como platos y Emily se rio.

—Se llama Triturahuesos —dije sin aliento— y dices que no nos hará nada.

Ezequiel abrió la puerta de la valla y Emily me tomó de la mano y tiró de mí. Los nervios me recorrían de pies a cabeza. La música country se apagó, aunque seguramente eran mis nervios que me habían ensordecido. Tenía la vista fija en la enorme bestia que con cada paso que daba parecía más y más grande. Tragué grueso. ¿Seguro que pesaba 950 kg como ponían en la ficha de la entrada? Parecía más pesado.

—Es enorme —murmuré.

—Suelen decirme eso.

Giré la cabeza a toda velocidad hacia Ezequiel. ¿Había hecho un chiste sexual o yo lo había entendido mal? Por su sonrisa supe que

había escuchado perfectamente y, peor, lo había entendido.

—Me caes mal —espeté.

—Como tú a mí, ya hablaremos cuando estemos a solas, tengo mucho que decir.

—¿No me digas? Yo también, idiota.

—¿Así tratas a todos los padres de tus alumnos?

—Solo a los que se comportan como imbéciles.

—Lo que tú digas, chica de ciudad.

Lo empujé por el pecho, la espalda de Ezequiel chocó contra el lomo del enorme toro. Casi corrí hacia la puerta, asustada por lo que pudiera pasar. Pero el animal ni se inmutó.

—Triturahuesos es el campeón del año pasado —dijo Emily—. Y del anterior, del otro año, también de anterior a ese.

—¿Gana todos los años o qué?

—Mi rancho tiene los mejores toros —replicó Ezequiel, como si mi pregunta le hubiera molestado—. ¿Es que las chicas de ciudad no saben ni un mínimo de su estado?

Esta vez no me contuve y le enseñé el dedo medio, total, Emily ya era lo bastante mayor como para saber lo que significaba ese gesto.

—Qué educada es la profesora.

—Dios, al final te pego.

—Y violenta.

Emití un gruñido, que a él le hizo mucha gracia, con los puños apretados a mis lados. Respiré hondo, necesitaba relajarme para no arrearle un bofetón y cruzarle toda la cara. Era la primera vez que deseaba pegarle tanto a alguien, sobre todo al padre de una alumna. Tendría que reunirme con él, si es que decidía que yo era lo suficientemente buena para que me dedicara algo de tiempo para hablar de su hija.

—¿Quién monta a este toro? —pregunté, deseando que la crispación abandonara mi cuerpo con el cambio de tema.

—Yo —respondió él.

—¿Tú?

—Sí. ¿Algún problema?

—No sabía que los viejos podían montar en toros. No tienes pinta de *bull rider*.

Ezequiel se acercó mucho a mí. Olía a cuero curtido por el sol, a campo abierto y a humo, como si llevara encima la memoria de cada amanecer de su rancho. Aspiré hondo. ¿Por qué había hecho eso?

—Los viejos, como tú dices, podemos montar muchas cosas —susurró a centímetros de mí—. Una pena para ti que no te lo vaya a demostrar.

—Uy, sí, qué gran cosa me pierdo —me burlé.

Ezequiel sonrió de medio lado.

—Te pierdes una cosa muy grande, chica de ciudad.

Decidí ignorarlo, si no lo hacía nunca terminaríamos esta absurda discusión y su hija estaba delante. Me giré hacia ella, tenía una sonrisa divertida en la cara.

—Yo… —balbuceé.

—Estabais hablando del tamaño de los penes, lo he entendido.

Mi mandíbula se desencajó mientras que la figura de Ezequiel aparecía a mi lado.

—¿Qué acabas de decir? —le preguntó a su hija.

—El tío Adam me habló de ellos cuando cumplí doce años y me dijo que me mantuviera alejada de *“esas cosas que solo causaban problemas”*.

—Maldito Adam —gruñó Ezequiel. Emily se rio, provocando que el gesto tenso de su padre se relajara.

Afiné los labios hasta que formaron una línea, estaba intentando no reírme, no estaba segura de si era por los nervios o por la frustración de Ezequiel.

—Vale, fuera de aquí —nos dijo. Miró a su hija—. Y avisa a tu tío Adam de que está en problemas.

—Papá, tengo trece años —protestó Emily.

—Ni siquiera me lo recuerdes, mi cielo. Te has hecho mayo demasiado pronto.

—Es lo que tienen los niños, que crecen —murmuré.

—Fuera —gruñó.

Me rasqué el puente de la nariz con el dedo medio. Ezequiel dio un paso hacia mí. Levanté la barbilla a modo de desafío.

—No te tengo miedo, viejo de rancho.

—Bien, chica de ciudad que no sabe de toros.

Lo imité con tono burlón, lo que solo provocó que se irritara más.

—Eres muy madura, ¿no te lo han dicho nunca?

—Tienes el honor de ser el primero —respondí con una sonrisa sardónica.

—¿Cómo coño te han contratado para dar clases a los niños?

—Porque hago bien mi trabajo. ¿Cómo es que un viejo como tú es *rider*? ¿Es que no te duelen ya las articulaciones por la artrosis que debes tener?

Me apuntó con su dedo índice.

—Fuera de aquí, chica de ciudad.

—Encantada de irme de tu lado, viejo de rancho.

Capítulo 7



Ezequiel

Apreté la cuerda con la mano enguantada mientras el sudor corría por mi frente y mi espalda desnuda. El sol había salido hoy con fuerza y calentaba el ambiente del mediodía. El cuero del guante crujió cuando moví los dedos y los volví a apretar. El toro bufaba debajo de mí. Triturahuesos se movía incansablemente, no se amedrentaba con nada. Los vítores de los trabajadores y los gritos de aliento sonaban enlatados. Apenas los escuchaba bajo mi respiración agitada. Sus patas chocaban contra la tierra, levantando el polvo.

Cada músculo de mi cuerpo se tensó cuando Triturahuesos embistió con más violencia. Mis muslos se apretaron contra el cuerpo de la enorme bestia de casi mil kilos. Sentí cada movimiento, cada salto, como una descarga eléctrica. La cuerda crujía tanto como el cuero del guante. Los tendones de la palma de mi mano, tan tensa, dolían. Vi las gotas de sudor caer de mi cara al pelaje grisáceo del animal. Dio un giro brusco, lanzándome por el aire al suelo.

—Estás distraído —protestó Jared—. Terminarás siendo pisoteado por Triturahuesos si no te concentras.

Solté un resoplido de frustración. Era la quinta vez que caía del toro, aunque al menos esta vez había durado encima de él medio minuto. Busqué mi sombrero a tientas, pero no lo encontré. Me giré en la tierra con el cuerpo dolorido, mirando hacia el cielo. Más tarde me arrepentiría de seguir compitiendo en los malditos rodeos.

—¡Ben, te toca! —gritó Jared.

—¿Y tú para cuándo? —bufé.

—Nunca. Mamá me ama demasiado como para permitir que me monte encima de un toro.

—Cobarde —murmuré. Mi hermano sonrió y me lanzó mi sombrero a la cara.

Jared nunca se subía a un toro, lo tenía estrictamente prohibido desde que… Sacudí esos pensamientos. Jared no montaba toros, pero se encargaba de todas las cuentas del rancho y del marketing; había estudiado una maldita carrera para ello. Me levanté del suelo, gimoteando por el dolor en la cara interna de mis muslos. Mis ojos se desviaron a las dos niñas que cruzaban corriendo el campo de vacas, perseguidas por una.

—¡Kitty! ¡Emily! —vociferé asustado, pero ellas… se estaban riendo, joder.

La vaca frenó en seco cuando se acercó demasiado a ellas y comenzó a dar saltos. Dejé caer mi cuerpo a la tierra de nuevo, mi brusca exhalación levantó el polvo. Si el toro no me mataba, lo harían mis hijas. ¿Por qué tenían que darme estos sustos? Quizás solo era yo, que me preocupaba demasiado. Ellas conocían bien a los animales y el rancho. Seguí con la vista a Emily, aún seguía sin creer que se estuviera riendo. Desde que su madre se fue, apenas había escuchado su risa y la había extrañado tanto. Puede que esa fuera una de las razones por las que no las regañé cuando saltaron la valla y se lanzaron encima de mi espalda.

—¡Papá, estás sudado, qué asco! —protestó Emily con burla.

—¿Y para qué te tiras encima de mí, mi cielo?

—Porque te quiero mucho.

—¡No seas pelota! —chilló Kitty, y se abrazó a mi cuello—. Papá me ama a mí y yo soy su favorita, me va a comprar un vestido de girasoles.

—Yo no he dicho eso, Kitty —dije.

—Sí, dijiste que me lo comprarías.

—Dije que vería qué puedo hacer.

—Papá —se rio Emily—, eso es como decirle que se lo vas a comprar.

Bufé como un maldito toro, yo no había dicho eso, ¿verdad? Joder, ya comenzaba a dudar de mí mismo. Me di la vuelta en el suelo. Kitty se rio ante el brusco movimiento y se aferró más a mi cuello.

—Me vas a aplastar la cabeza, papi —dijo.

—Pues suéltame.

—Nunca, papi, te quiero mucho.

—Porque te va a comprar el vestido que quieres —convino Emily.

—¡Sí! —chilló Kitty riéndose.

Mierda, estaba en problemas. ¿Dónde se compraban ese tipo de vestidos? Normalmente, era mi madre quien llevaba a las niñas de compras. Kitty cogió mi sombrero y se lo puso en la cabeza, demasiado grande para ella, pues le tapó los ojos. Esbocé una sonrisa. Kitty no se parecía en nada a su madre. Sus ojos eran como los míos, su personalidad guerrera era de Jared y la bondad en su corazón era de Ben. Lo molesta que era, lo había sacado de Adam. Levanté el sombrero para ver sus ojos. Iguales a los de su hermana mayor también. Rodeé la cintura de Emily con mi brazo y la atraje hacia mí.

—Te quiero, mi cielo —le dije.

—Y yo a ti, papá.

Ella era más parecida a su madre, pero no demasiado. Realmente, mis hijas no se parecían tanto a su madre. Emily quizás sí a una versión más joven de Wendy, cuando era normal y no una estirada. Aunque el pelo de Emily era más del color de Ben y de Jared, de un

castaño claro tirando a rubio. Agarré un mechón con mis dedos, mirándola a los ojos. La sonrisa de mi hija había permanecido desde ayer, desde que pasó tiempo con la profesora de Kitty.

—¿Por qué me miras así? —me preguntó.

—Porque tenerte es lo mejor que he hecho en mi vida, mi cielo.

—¿Y a mí, papi? —Emily se rio por la pregunta de su hermana.

—Tenerte a ti es lo segundo mejor que he hecho en la vida. —El ceño de Kitty se arrugó y se cruzó de brazos, sentada a horcajadas encima de mi barriga—. Kitty, te quiero con todo mi corazón, pero a veces te pareces demasiado a tu tío Adam.

—¡Eh! —protestó mi hermano a lo lejos—. Tengo oído, ¿sabes?

—Yo no me parezco en nada a ese togrodlita.

Emily y yo nos miramos con el ceño fruncido. ¿De dónde había sacado esa palabra mi hija pequeña?

—¿Cómo acabas de llamar a tu tío? —le pregunté.

—Togrodlita —repitió con confianza.

—Se dice troglodita. ¿Y dónde has escuchado eso?

Kitty abrió la boca y soltó un gritito cuando Adam la levantó por el aire y la lanzó hacia arriba.

—¿Me acabas de llamas troglodita? —La volvió a lanzar para arriba, haciéndola reír.

—¡Tío Ben, ayuda!

Emily recostó la cabeza en mi pecho. Le hice cosquillas en el brazo, lo tenía helado.

—¿Tienes frío, mi cielo?

—Estoy bien, papá. Y tú deberías irte.

—¿Por qué? Me encuentro bien aquí.

—La reunión con Charlie, papá —suspiró—. Y ya vas tarde.

—Joder. ¿En serio? Creí que todavía era mediodía

—No, casi son las tres —se rio.

—¿Te encargas de Kitty Cat?

—Sí, papá. Vete ya, te va a regañar por ser impuntual.

—Tú eres demasiado listilla, mi cielo. —Le di un beso en la cabeza —. ¿Quieres que traiga cena del bar de Marlow?

Emily levantó la cabeza y asintió. Me levanté a regañadientes, de verdad que quería quedarme con mis hijas justo en este momento. Pero esa profesora quería una maldita reunión, solo ella sabía para qué. Kitty solo tenía cinco años, no necesitaba ninguna reunión. Me monté en mi caballo y cabalgué a mi casa. Emily tenía razón, llegaba tarde a la reunión con Charlotte, pero no me importaba. De hecho, me hizo feliz saber que le estaba haciendo perder el tiempo esperándome. ¿Por qué me gustaba molestarla? Oh, sí, porque le había dicho a mi hija que metiera animales del campo en su cama y porque, por su culpa, ahora tenía que comprar un vestido de girasoles y no tenía ni idea de en qué tienda lo vendían. Quizás en Cody podría encontrar algo.

Me di una ducha rápida y me vestí con un pantalón vaquero y una camiseta de manga corta gris. Agarré mi sombrero y las llaves de mi coche de la entrada. Mi casa era algo más grande que la de mis padres. Tenía dos plantas, porche delantero y trasero, y estaba construida en madera oscura, envejecida por los inviernos duros. No era una casa moderna ni pretendía serlo. Me gustaba lo rústico y así había decorado mi casa cuando me mudé a ella a los dieciocho años. Las vigas del techo quedaban a la vista y contrastaban con el blanco de las paredes. El salón tenía el suelo de madera maciza oscura. El sofá, en forma de U, quedaba frente a la chimenea, que tenía colgada encima la televisión que usaba poco.

La cocina era funcional, con armarios de madera oscura y encimera de mármol blanco, una isla que usaba más para dejar cosas que para cocinar, y una mesa lo bastante grande para una familia de

doce miembros. Arriba estaban las habitaciones: la mía, con vistas al valle, y las de las niñas, cada una con su puerta cerrada y sus mundos propios detrás. No era una casa perfecta, pero era mía. Y olía a hogar, aunque a veces se sintiera vacía.

Me subí a mi camioneta Ford Raptor de color gris oscuro mate. Me la habían regalado mis hermanos en mi último cumpleaños al ver que yo no cambiaba mi antiguo coche, que ya estaba para el arrastre. Encendí la radio para que me hiciera compañía durante el viaje al colegio. A medida que me iba a acercando, notaba cómo me ponía nervioso y no en el buen sentido. Sabía que esa mujer tendría toda la artillería preparada para discutir conmigo. Sí, bueno, hoy le había dado razones para hacerlo. Pero no me conocía y sentía que me estaba juzgando. Quizás como yo a ella, ¿no?

Detuve el coche dentro del aparcamiento del colegio, justo cuando la profesora salía por las puertas. ¿Era en serio? Solo me había retrasado veinte minutos. Me bajé y sus ojos se posaron sobre mí.

—Buenas tardes, señor Bennet —saludó… ¿O se estaba despidiendo?

—Teníamos una reunión —señalé, siguiéndola por el aparcamiento.

—Sí, usted lo ha dicho, *teníamos*.

—Vamos, solo me he retrasado un poco.

Charlotte miró la hora en su reloj al tiempo que se detenía al lado de un viejo Chevy Impala. Sus cejas treparon por su frente. Joder.

—Son las 03:25 de la tarde. Exactamente, se ha retrasado veinticinco minutos.

—No es tanto.

—Para usted puede que no, para mí, lo es. Que pase una buena tarde.

—Espera, por favor.

Esbozó una sonrisa de sorpresa fingida y se puso una mano en el pecho.

—Pero si tiene modales, señor Bennet. —Maldita sea, debería dejar de llamarme así.

—¿Cuántos años tienes? Deja de burlarte de mí. —Se cruzó de brazos—. Lo siento, ¿vale? Estaba muy ocupado, ya dije que no tenía tiempo para reuniones escolares.

Puso los ojos en blanco y se dio la vuelta. Desbloqueó el Chevy, así que era suyo.

—Mire, señor Bennet, si no tiene tiempo para ser padre, no es mi problema.

—No te confundas, niña…

—No soy una niña —me interrumpió—, soy una persona adulta.

—Pues no lo parece.

—Reprogramaremos la reunión para otro día, si es que tiene tiempo para hablar de su hija.

Di la vuelta al Chevy al mismo tiempo que ella lo hacía y la agarré por encima del codo, dio un giro brusco hacia mí. Nuestros cuerpos quedaron pegados, muy pegados.

—Hoy también llevas un vestido de girasoles —musité.

—¿Y?

—Nada, solo lo señalaba. —Guardó silencio y yo… abrí la boca—. Charlotte, por favor, discúlpame por llegar tarde.

—¿Me tomas por tonta? —Mis cejas se arrugaron—. Sé que lo has hecho a propósito.

—¿Ah, sí?

—Sí —dijo con seguridad.

—Puede que lo haya hecho. —¿Por qué cojones estaba confesando mi crimen?

—Y dices que la inmadura soy yo, Ezequiel. —Apreté los dientes, preferiría que me llamara *señor Bennet* que Ezequiel—. Tengo que irme. ¿Me sueltas o vas a secuestrarme?

—¿Siempre tienes que estar hablando, Charlotte?

—¿Y tú siempre tienes que molestar a los demás?

—No, eso solo lo hago contigo.

—Soy una privilegiada, entonces.

Acerqué mi cara a la suya, el ala de mi sombrero rozó su pelo largo y ondulado. Esos malditos ojos verdes, del color del bosque en primavera, eran hipnotizantes. Y su olor… ¿Cómo podía una persona oler como ella? A calor, a sol, a días de verano.

—Charlotte, te pido que tengamos esa reunión, por favor.

—Cinco minutos, Ezequiel, es todo lo que tenemos.

—¿Tienes prisa?

—Es evidente que sí.

—¿Con quién has quedado? —Su ceja izquierda se levantó.

—¿Y eso por qué tendría que ser asunto tuyo?

—Tienes razón, no es asunto mío y no me importa. —Mis dedos se abrieron con dificultad para soltarla—. ¿Qué es lo que quería hablar de Kitty?

—Últimamente, se distrae mucho y distrae a Willa, quien ya de por sí no prestaba mucha atención.

—Tienen cinco años, ¿qué se supone que tienen que aprender?

—Ezequiel, terminan el curso pronto y en septiembre comenzarán en primer grado. Por supuesto que deberían aprender algunas cosas ya.

—Vale, no presta atención. ¿Qué es lo que la distrae?

—Ella misma, tiene mucha imaginación y la desperdiga por todos lados. Cuenta historias sobre su familia y creo que miente.

—¿Y por qué crees eso? —Charlotte inclinó la cabeza a un lado.

—Porque dice que tiene crías de unicornios escondidas en un establo.

Mi boca se cerró sola. ¿Kitty estaba diciendo a sus compañeros de clase que tenía crías de unicornios?

—No lo sabía.

—Por supuesto que no, si hubieras asistido a alguna de las reuniones en vez de enviar a tu madre, lo habrías sabido.

—No tenía tiempo, no tengo. ¿Crees que un rancho del tamaño de Bison Valley se lleva solo?

—Mira, no tengo ni idea de cómo se lleva un rancho, pero sí de padres que no prestan atención a sus hijos.

—Mis hijas son lo más importante para mí, no te atrevas a insinuar que no les presto la suficiente atención. ¿Qué crees que hago cuando me levanto temprano por la mañana? Prepararles el desayuno y las cosas que deben llevar ese día al colegio. Si Emily tiene un proyecto, siempre la ayudo. Cuando Kitty quiere colorear, dejo lo que esté haciendo para acompañarla. Me acuesto después de arroparlas y darles las buenas noches.

Su postura se relajó. Di un paso más cerca de ella, aprisionándola entre mi cuerpo y su coche.

—Nunca más me juzgues como padre.

—No… Lo siento, no era mi intención.

—Entiendo que hayas visto padres que no cuidaban de sus hijos, supongo que tienes mucha experiencia con eso, pero yo no soy ese tipo de padre. Aunque tú no lo veas.

—Tienes razón. De verdad que lo siento.

—Disculpas aceptadas.

—¿Qué hacemos con Kitty?

—¿Hacemos?

—Sí, tú y yo. Tenemos que enseñarle que mentir está mal, pero no que use su imaginación.

—¿Y eso cómo se hace?

—Pues es una niña de cinco años, tiene que aprender que su imaginación es buena, siempre y cuando señale en sus historias que todo es ficción.

—Entiendo. —Me separé un poco de Charlotte—. Kitty siempre ha tenido mucha imaginación —dije—. Le gustan los cuentos de princesas y príncipes que son rescatados.

—¿Qué?

La miré a los ojos y sonreí.

—A ella no le gustan las princesas en apuros, Charlotte. Le gustan las que pueden defenderse por sí misma de los ogros.

—Es una niña lista.

—Se parece a mí. —Entornó los ojos—. ¿Tienes algo que decir?

—Muchas cosas, pero no quiero empezar a discutir contigo.

—Pues me temo que eso no va a ser posible. ¿Se puede saber por qué coño le dijiste a Kitty que metiera cabras en su cama? —Me miró confundida, muy muy confundida—. Espera, no le dijiste eso, ¿verdad?

—¡Por supuesto que no! ¿Ves lo que te digo? Tu hija inventa historias a su conveniencia.

—¿Qué gana inventando que tiene crías de unicornios?

—La atención de sus compañeros, Ezequiel. Le encanta ser el centro de atención.

Sí, eso sonaba a mi Kitty, a ella le encantaba ser el centro de atención en todos lados.

Capítulo 8



Charlie

La había cagado con Ezequiel. Lo prejuzgué a causa de mis traumas. No podía sacarme de la cabeza lo que había dicho y, sí, tampoco podía dejar de compararlo con Andy. Eran tan diferentes.

—Charlie, ¿qué pasa? —preguntó mi hermano.

—Que he metido la pata hasta el fondo, Nate. —Le di un sorbo a mi cóctel.

—¿Quieres hablarlo?

—No.

Nate no sabía por qué había decidido abandonar a Andy, así como tampoco sabía lo mal padre que era con Jack. Cada vez que Nate venía a mi casa, Andy se comportaba como si Jack fuera su mundo, así que nunca vio cómo lo ignoró. Sí, sabía que algo había pasado entre nosotros como para que yo tomara la decisión de irme del pueblo y puede que sospechara algo. Si ese era el caso, no podía estar totalmente seguro y yo no estaba lista para hablar de la traición de Andy. A medida que pensaba en mi vida junto a él, me fui dando cuenta de pequeños detalles que antes no veía por estar ciega de amor. Un amor que Andy nunca mereció. Sospechaba que me había sido infiel en otras ocasiones. Como cuando me hospitalizaron durante días por el aborto y desapareció misteriosamente por horas. Regresó de noche, cuando estaba dormida, con un ramo de flores que no me gustó, porque Andy ni siquiera sabía qué flor era mi favorita.

—Sea lo que sea, estoy seguro de que puedes solucionarlo, Charlie. Tú siempre consigues solucionar todo.

—Nate, me tienes en muy alta estima y me equivoco tantas veces que mi vida parece una carrera de obstáculos. —Mi hermano se rio bajito.

—Charlie, si hay alguien capaz de lograr algo, por muy difícil que parezca, esa eres tú.

Apoyé la cabeza en el hombro de mi hermano. A veces parecía él el hermano mayor en vez de yo. Miré de soslayo hacia la barra del bar. Ezequiel estaba ahí, distraído, esperando algo que había pedido. Nos despedimos en el aparcamiento del colegio hacía varias horas. Yo fui a casa a darme una ducha y cambiarme. Mónica y Kendra me convencieron para salir esta noche, dijeron que era viernes y teníamos que salir. Su idea de salir consistía en venir al bar de Marlow, beber y bailar durante horas y horas.

La música cobró vida, comenzó a sonar más alto cuando Ezequiel se rio por algo que Marlow le dijo. No podía escucharlo desde mi mesa, pero… Sacudí la cabeza, no estaba bien pensar que el padre de una de mis alumnas estaba arrebatadoramente guapo cuando reía, aunque eso acentuara las arrugas en los rabillos de sus ojos.

Me levanté de la silla, agarrando la mano de Nate. Necesitaba bailar y distraerme. Más tarde, pensaría en cómo iba a pedirle disculpas de verdad a Ezequiel por haberle prejuzgado. *Footloose* comenzaba a sonar por los viejos altavoces colgados en las paredes del bar. Mónica y Kendra nos recibieron con los brazos abiertos a Nate y a mí.

—Ya era hora de que os unierais a nosotros —comentó Mónica—. Esta canción es fácil de bailar. Solo tenéis que seguirme.

No creía que fuese tan fácil cuando, como yo, tenías dos pies izquierdos. Aun así, lo intenté y comencé a mover mis pies. Un paso adelante, uno atrás, tal vez. ¿O era al revés? No lo sabía, pero Mónica sí, y me advertía con una sonrisa que no aceptaba excusas. Iba a

terminar este baile de una pieza o con una cojera irreversible, pero lo terminaría. Tropecé con mi propia bota. Me giré en la dirección contraria al resto y choqué con el hombro de un vaquero enorme que apenas se inmutó. Me reí y él también. Qué carajos. Ya estaba aquí. Nadie esperaba que lo hiciera bien, ni siquiera yo misma. Así que lo volví a intentar.

La música retumbaba en mis costillas, las palmas chocaban al ritmo del estribillo, y las botas golpeaban la madera como truenos marcando el paso. No sabía si lo hacía bien, pero por lo menos ya no parecía que estuviera sufriendo un ataque epiléptico.

Y entonces sentí… *algo*.

Una especie de quemazón sutil en la nuca. Como si una corriente de aire caliente se hubiese instalado justo detrás de mí. O como si alguien me estuviera mirando. No era una mirada casual, de esas que te rozaban la piel sin tocarla. Me forcé a seguir bailando. A fingir que no notaba a esa persona observándome. Que no me estaba afectando.

Pero lo hacía.

Sentía esa mirada clavada en mi espalda, en mis hombros, en el movimiento de mis voluptuosas caderas cuando por fin lograban seguir el ritmo. No necesitaba girarme para saber de quién era. Sabía exactamente quién estaba allí, bebiendo whisky en silencio desde la barra. *Ezequiel Bennet*. Di una palmada en el aire y me giré al mismo tiempo que los demás lo hacían. Mis ojos se encontraron con los de él, parcialmente ocultos tras el ala de su sombrero de vaquero. Creí haber visto una sutil sonrisa curvar sus labios. Trastabillé con Nate cuando dio un paso hacia mí. Casi hice caer a todos a mi alrededor.

Me puse de puntillas para susurrarle al oído a Nate que iba a beber algo a la barra, él solo asintió y siguió bailando, total, a mi hermano sí se le daba bien. Caminé hacia la barra, con la vista de Ezequiel siguiéndome. Me detuve a su lado, apoyando los codos en la madera fría.

—¿Qué te pongo, guapa? —me preguntó el viejo Marlow. Por lo que me habían contado Mónica y Kendra, era el dueño del bar.

—Cerveza de raíz sin alcohol —respondí.

Ezequiel lanzó un par de billetes a la barra.

—Yo invito.

—No necesito que me invites.

—Pero quiero hacerlo. Has hecho el ridículo y has dado un buen espectáculo.

Me giré hacia él, dejando un brazo en la barra y el otro apoyado en puño en mi cadera. Ezequiel recorrió mi cuerpo con sus ojos y el calor me recorrió de pies a cabeza. ¿Por qué me miraba de esa forma tan rara?

—Bonito atuendo, mejor que ese vestido de girasoles —murmuró.

Entorné los ojos. Solo llevaba una falda vaquera corta, una camiseta blanca de manga larga, el mismo chaleco marrón con flecos con el que me vio el otro día y mis botas de cowboy.

—Te falta el sombrero —dijo Marlow, y le sonreí.

—Quizás Ezequiel podría darme el suyo —dije de broma.

Las risitas sonaron a mi alrededor, aunque Ezequiel era el único que permanecía serio, bebiendo whisky.

—No conoces la regla, ¿verdad? —preguntó con voz casi inaudible.

—¿Qué regla? —Mi corazón aporreaba mi pecho. ¿De qué estaba hablando y por qué todos parecían conocer esa regla?

—Ponte el sombrero y monta al vaquero —murmuró Ezequiel con un tono extraño.

—Ponte el sombrero y… —Mis ojos se abrieron como platos. Me abalancé contra Ezequiel, que agarró mis muñecas y me encajó entre sus piernas—. Suéltame.

—¿Quieres mi sombrero, chica de ciudad? —Era muy consciente de la mano de Ezequiel descansando sobre mi cadera, de cómo quemaba mi piel expuesta, ya que mi camisa se había subido—. Ya sabes la regla, *Charlotte* —susurró en mi oído.

—Nadie me habló de ninguna estúpida regla sexual. —Ezequiel se rio, mostrando sus perfectos dientes blancos.

—Es una regla no escrita, Charlotte.

Mis labios se separaron levemente, tenía la respiración agitada. Ezequiel estaba muy cerca de mi cara. Sus dedos se aflojaron lentamente, dejando una marca invisible en la piel alrededor de mis muñecas. Me alejé rápidamente de él y regresé a la mesa, donde Nate estaba coqueteando con Mónica y Kendra y ellas se reían en alto. Tres pares de ojos se posaron sobre mí, curiosos y embotados de alcohol. ¿Cuánto habían bebido en mi ausencia? Me deslicé por el asiento de madera donde estaba Nate.

El bar de Marlow tenía una decoración un poco caótica, pero el resultado era agradable a la vista, lo hacía acogedor. Rústico, oscuro, como si el tiempo se hubiera quedado atrapado entre las paredes. Algunos de los taburetes de la barra eran sillas de montar desgastadas. Las mesas de madera tenían marcas de quemaduras de cigarros, rayones por algún objeto afilado en el cual no quería pensar. Miré hacia la barra, cruzando por la pista de baile en el centro del bar, para encontrarme con la mirada penetrante de Ezequiel sobre mí. Las risas y la música country se apagaron mientras nos observábamos mutuamente. Ezequiel esbozó una débil sonrisa y no estaba segura de si yo le había respondido. Desvié la mirada de él.

—¿Todo bien, hermanita? Tienes las manos frías.

Di un tirón como si el contacto de mi hermano quemara, y metí las manos entre mis muslos. Nate frunció el ceño.

—Estoy bien —me apresuré a decir—. Solo algo cansada.

—¿Quieres volver a casa?

Negué con la cabeza. Si regresaba a casa, lo más probable era que me comiera la cabeza con… mis cosas. Sacudí la cabeza, había venido a divertirme y eso haría. Me esforcé por seguir el hilo de las conversaciones, sobre todo cuando, un rato después, William y sus amigos se unieron a nosotros. Uno de esos amigos insistía demasiado en coquetear insistentemente conmigo. Traté de no gritarle en la cara que me parecía un pesado, no quería montar un espectáculo y que el pueblo me conociera solo por eso. Nate pareció darse cuenta de mi incomodidad con el amigo de William y pasó su brazo por encima de mis hombros para atraerme hacia él. El tipo no pareció captar la indirecta, se arrimó más a mí. Pero Nate le puso una mano en el hombro y lo detuvo.

—Mi hermana no está interesada —dijo con una frialdad poco característica de él y es que Nate siempre era alguien cercano y amistoso—. Aléjate de ella, tío.

—¿No tiene boca para hablar? —protestó.

—Keith, déjala en paz —intervino Kendra.

—Cariño, no te metas. Charlie es adulta y puede hablar por sí misma si Keith no le gusta. —Entorné los ojos hacia William—. ¿Verdad, Charlie?

Giré la cabeza hacia su amigo, Keith.

—No me interesas —dije sin preámbulos, sin adornar mis palabras o suavizar mi tono—. No me interesas ahora ni mañana ni pasado…

—Lo pillo —me interrumpió Keith.

—Ya era hora —musitó Mónica.

—Nate, ¿nos vamos a casa? —pregunté.

—Sí, por supuesto, hermanita.

—Tampoco eres para tanto. —Mi cabeza voló hacia donde ahora se encontraba Keith, al lado de William.

—¿Disculpa? —preguntó Nate, confundido y un poco alterado.

—Ella, tu hermana, no es para tanto, solo le estaba haciendo un favor coqueteando con ella.

Nate dio un pequeño brinco hacia delante, pero puse una mano en su pecho.

—Pídele perdón a Charlie, Keith —exigió Kendra.

—¿Por qué debería hacerlo? —Me señaló con la mano de arriba abajo—. Solo he dicho la verdad. No es…

—¿No soy qué? —Mis dientes rechinaron—. Dilo.

—Delgada, tía. No eres delgada, ¿no tienes espejo?

Levanté el puño y lo estrellé contra su nariz. Keith rebotó hacia atrás en su silla, su espalda golpeó el suelo y levantó algo de polvo. Me deslicé por el banco hasta estar fuera de la cabina. Marlow y otros clientes se reían desde la barra.

—Buenas noches —les dije.

—¡Así se hace, chica de ciudad! —gritó el viejo Marlow.

Esbocé una amplia sonrisa mientras caminaba hacia la salida de la mano de Nate. Jamás le había pegado a nadie y jamás me había sentido tan bien de callar a un idiota como ese Keith. Nate me dio un beso en la sien.

—Esa es mi hermanita —me dijo—. Jamás dejes que nadie te humille.

—Nunca.

—Y eres preciosa, Charlie.

—Te quiero, Nate.

—Y yo a ti, hermanita.

No pude dejar de pensar en la noche del viernes, ni siquiera cuando el lunes llegó y tuve que ir a trabajar. La mañana había sido agotadora, los niños de segundo grado apenas habían atendido a la clase de hoy. Cuando solicité el puesto en este colegio, venía con una condición que en ese momento acepté encantada. Debía de dar clases a niños de hasta sexto grado, como mi currículum era impecable con mis estudios y el máster, no dudaron en contratarme. Y yo acepté todas las condiciones, aunque mi preferencia era dar clases a mis niños de cinco años.

Cuando el timbre sonó para el recreo, respiré aliviada. No es que no me gustara dar clases a niños más grandes, de hecho, me divertía hacerlo. Había nuevos retos por superar, como mi negativa a corregir exámenes, algo que ya había superado con creces en estos tres meses. El caso era que hoy no estaba teniendo un buen día. Los niños no se concentraban por motivo de la competición de rodeo que se celebraría en poco más de un mes y yo no me concentraba por estar pensando en mi cagada monumental con Ezequiel.

—Estás muy callada —dijo Mónica—. ¿Todo bien?

—Sí… supongo.

—Eso no ha sonado muy convincente.

—Hoy tengo un día raro.

—Odio esos días.

Un movimiento a mi derecha captó mi atención. Fruncí el ceño al ver a Emily parada, dubitativa. Esbocé una sonrisa, que ella me devolvió al tiempo que decidía acercarse.

—Cariño, sabes que no puedes estar en el patio de los niños pequeños —le dijo Mónica.

Emily se detuvo abruptamente.

—Yo me encargo, Mónica —dije.

—Bien, pero recuerda las normas del colegio.

Asentí. Mónica se alejó. Luego le di unas palmaditas al banco de madera para que Emily se sentara a mi lado, y ella lo hizo. Froté su espalda con mi mano.

—¿Ocurre algo? —le pregunté.

—Es que estaba aburrida.

—¿Eso es todo? Sabes que puedes hablar conmigo de lo que quieras, ¿verdad? —Emily se mordió el labio inferior, y después asintió—. Estoy disponible en cualquier momento, cariño.

—Gracias, Charlie.

—¡Mimi, mira lo que hago! —gritó Kitty desde la zona del parque infantil. Dio una voltereta mal hecha en el suelo y se levantó de un salto—. ¿A qué lo hago increíble?

—Sí —respondió Emily riéndose—. Lleva todo el fin de semana haciendo eso, el sábado se cayó del sofá.

Mi pecho vibró por la risa. Kitty era un pequeño terremoto.

—¿Mimi? —le pregunté a Emily, ella se encogió de hombros con las mejillas sonrojadas.

—De pequeña no sabía pronunciar bien mi nombre y me llamaba Mimi, no ha dejado de hacerlo desde entonces. Es la única que me llama así.

—¿Y tú cómo la llamas a ella?

—Kitty Cat, es como un gatito revoltoso y juguetón. —Una carcajada me abandonó—. Todos en mi familia la llamamos así.

—Es precioso, *Mimi*. —Ella se rio.

—¿Nate y tú teníais algún mote?

—¿Teníais? Perdona, pero los seguimos teniendo. La primera vez que Nate me llamó Marisol, yo tenía diez años y él siete.

—¿Marisol? —Fruncí los labios en una fina línea para no reír.

—Tengo una obsesión insana con los girasoles.

—¡Pero te ha tocado la clase de los girasoles! —chilló con tono divertido. Levanté las mano en señal de rendición.

—Juro por Dios que ha sido pura casualidad. —Nuestras risas se mezclaron. Ojalá Ezequiel pudiera ver a su hija ahora mismo.

—¿Y tú cómo llamas a tu hermano?

—Mocoso apestoso. —Las cejas de Emily escalaron por su frente —. Sí, lo sé, no es un mote muy elaborado. No se me dan bien estas cosas.

—La próxima vez que lo vea lo llamaré así.

—Lo vas a molestar, odia ese mote.

—No deberías haberme dicho eso, *Marisol*. —Una sonrisa tiró de mis labios—. Papá ha estado muy enfadado este fin de semana.

Mi sonrisa se esfumó. Empecé a retorcer las manos en mi regazo, nerviosa por creer saber los motivos del enfado de Ezequiel. Si estaba en ese estado por mi culpa, por mi estúpida metedura de pata…

—Mamá llamó para quejarse —continuó Emily—. Dijo que estaba muy disgustada con él y conmigo por no defenderla, pero yo lo hice.

Me quedé paralizada durante unos minutos. ¿Cómo podría estar esa mujer enfadada con su hija por, supuestamente, no haberla defendido? Aclaré mi garganta con un suave carraspeo.

—Lamento mucho la participación de mi abuela en esto, Emily. —Se encogió de hombros—. Si te sirve de algo, defendiste a tu madre como una jabata.

—¿Y por qué no lo siento así? —Su voz se rompió—. Parece que nunca hago lo suficiente para tenerla contenta, Charlie.

—Eso no es culpa tuya, Emily. Los adultos somos complicados. —De repente me callé, recordando tener esta misma conversación con Jack hacía ya varios meses.

—Papá no está enfadado con mamá por lo que le dijo de él, sino de mí. Dice que no le gusta que ella me rompa el corazón.

—Tu padre te ama —musité.

El timbre del final del recreo sonó. Emily se puso de pie de inmediato.

—Ven después de clases a verme —le dije—. Tengo algo para que le des a tu padre.

—¿Un regalo?

—Una disculpa. El viernes le dije algo que lo enfadó y quiero disculparme de verdad con él.

—Charlie, no creo que sea necesario.

—Créeme, lo es. Porque soy tonta y lo tengo asumido. —Emily se rio con ganas—. Bueno, me alegra que te haga gracia mi torpeza social.

Emily se abalanzó hacia mí con los brazos abiertos, rodeándome por la cintura. Le devolví el abrazo. Tenía que hablar con ella más sobre esto y contarle a Ezequiel lo que su hija estaba sintiendo. Aunque pensándolo mejor, si Emily descubría que todo lo que me contó en confianza yo se lo había dicho a su padre… No, ella necesitaba tener a alguien con quien desahogarse. Por ahora no le diría nada a su padre.

Capítulo 9



Ezequiel

Me tumbé de cara en el sofá de mis padres. Me dolía todo el cuerpo, estaba muerto de hambre y muy cansado. Hoy había entrenado más que nunca y no solo subido encima de un toro de casi mil kilos. Kitty se agarró a mi camisa con sus manos y se subió a mi espalda. Solté un resoplido de alivio, su ligero peso aliviaba parte del dolor y la tensión de mis músculos.

—Mi cielo —murmuré—, ven y siéntate en mis muslos.

Emily esbozó una sonrisa, confundiéndome. Este fin de semana no había sonreído ni una sola vez. La llamada que recibí de su madre la destrozó. Me habría gustado ir hasta Montana con mi escopeta y meterle un tiro en la frente a mi exesposa. Pero entonces iría a la cárcel y mis hijas se quedarían huérfanas, nunca podría abandonarlas y menos de esa forma. Seguí con la mirada a mi hija mayor. Se sentó en mis piernas, presionando hacia abajo su peso. Solté un gemido de alivio. Joder.

—Para eso tuve hijas —murmuré.

—Papá, no somos tus sirvientas —protestó Kitty. Emily le dio un suave mordisco en el trasero a su hermana pequeña, haciéndola reír —. ¡Mimi! —chilló Kitty, riéndose.

—Papá —me llamó Emily.

—Dime, mi cielo.

—¿Podemos ir mañana por la tarde al cine, por favor?

Levanté la cabeza del sofá. Kitty y yo nos encontrábamos mirando a Emily con el ceño fruncido.

—¿Al cine? —pregunté—. Nunca has querido ir.

—Han estrenado una nueva película. En mi clase no dejan de hablar de ella y… —Mi hija se calló.

—¿Y qué, mi cielo?

—Ya tengo entradas, tres.

Me levanté despacio, quitando a mis hijas de encima de mí. Senté a Kitty en mi regazo. Emily se quedó sentada a un lado en el sofá, con su pierna debajo de ella.

—¿Quién te ha dado el dinero para comprar esas entradas, Emily?

—No las he comprado yo, papá. —Sacó un sobre doblado del bolsillo delantero de su pantalón vaquero y me lo entregó—. Me lo dio Charlie para ti, dijo que era su forma de pedirte disculpas por lo que te dijo el viernes.

Agarré el sobre. ¿Charlotte me había hecho un regalo? Unas entradas para ir al cine con mis hijas. Abrí el sobre, en el interior, efectivamente, había tres entradas para una película y una nota, que fue lo primero que saqué. La leí atentamente.

Ezequiel, lamento mucho lo que te dije el viernes. Te juzgué sin conocerte y, como dijiste, fue por experiencias pasadas. Quizás pienses que esto no es necesario, pero para mí sí. Por favor, acepta estas entradas y disfruta con tus hijas. En el interior del sobre también hay un cupón para un combo de palomitas de caramelo extragrandes y dos bebidas. Lo siento mucho, de verdad.

Charlotte.

Deslicé mi pulgar por la nota, sintiendo cada trazo de la escritura, la letra de Charlotte. Saqué las entradas, era para una nueva de esos

Vengadores de los que todo el mundo hablaba. Jared y Adam no habían dejado de hacerlo y querían ir a verla. Miré a Emily.

—¿Tú quieres ver esta película? —le pregunté.

—Me gustaría mucho, papá.

—Bien, entonces iremos.

Emily dio un grito de felicidad y se dejó caer en mis brazos, aplastando a Kitty entre nosotros de camino. Le di un beso en la cabeza. No entendía por qué de pronto quería ir al cine cuando nunca había mostrado interés en ver películas. Emily era una niña de campo, prefería estar fuera disfrutando con los animales que en casa, encerrada y pegada a una pantalla. Pero me daba igual con tal de verla así de feliz, eso era lo único que me importaba.

Al día siguiente, llegamos al cine local de Cody media hora antes de que comenzara nuestra sesión. Llevábamos un rato dando vueltas por el lugar, echando un vistazo al merchandising de algunas películas. Kitty estaba tan emocionada que no dejaba de correr de un escaparate a otro. Tuve que apartarla varias veces cuando dejó las huellas de sus manos en varios de los cristales. Observé a Emily detenerse en uno de ellos durante mucho tiempo, no dejaba de mirar una figura de algún superhéroe, era una mujer.

—¿Te gusta? —le pregunté.

—Investigué esta mañana en los ordenadores de la biblioteca del colegio sobre la película, la mencionaban mucho a ella.

—¿Y qué averiguaste?

—Hay dos historias sobre ella: una es la de los cómics y otra la de las películas. —Asentí—. En las películas, es huérfana; la separaron de sus padres cuando era niña y acabó en manos de gente muy peligrosa que la convirtió en una asesina.

—¿Y cómo se convirtió en heroína?

—Al principio trabajaba para la KGB, pero más tarde desertó y se unió a S.H.I.E.L.D., la agencia de espionaje de Estados Unidos. Ahí demostró que quería cambiar, ayudar. Fue Nick Fury quien confió en ella, y con el tiempo acabó siendo parte del equipo de superhéroes más famoso del mundo.

—Los Vengadores —dije, y mi hija asintió—. ¿La quieres? —El ceño de Emily se arrugó—. La figura de esa heroína, ¿la quieres, mi cielo?

—¿De verdad?

—Sí. —Aparté el pelo de su cara, remetiéndolo detrás de su oreja. Emily miró de reojo hacia la figura.

—Es cara, papá.

—¿Y? Te daría el mundo si me lo pidieras. —Se abrazó a mi cintura.

—Te quiero, papá.

—Y yo a ti, mi cielo.

Emily buscó a uno de los empleados del cine. Cuando lo trajo al escaparate donde estaba la figura, tenía una enorme sonrisa en la cara y supe en ese momento que habían sido los mejores trescientos dólares invertidos de mi vida. Abrazó la figura al tiempo que dio saltitos. Kitty la observaba sonriente. Joder. Le compraría el escaparate completo si me lo pidiera.

—No puede ser. —Me giré hacia la voz masculina a mi izquierda —. ¿En serio te has comprado la figura de la Viuda Negra? —Emily asintió varias veces a Nate.

—Hola —saludé al hermano de Charlotte.

—Hola, Ezequiel. —Estreché su mano, aunque él seguía prestando atención a Emily y su nueva figura—. Chica, tienes suerte de tener un padre como el tuyo.

—Tengo mucha suerte —concordó mi hija

—Tenemos —la corrigió Kitty.

—Buenas tardes. —Una descarga eléctrica recorrió mi columna vertebral al oír la voz de Charlotte.

—¡Charlie, mira mi nueva figura! —exclamó Emily—. Papá me la acaba de regalar.

—Es genial. Aunque no tengo mucha idea de estos superhéroes, sé que Natasha es la mejor del mundo.

—Quiero ser como ella —admitió mi hija en voz baja.

—¿Y quién te ha dicho a ti que no lo eres ya? ¿Tú has visto lo fuerte y valiente que eres?

Respiré una brusca bocanada de aire al ver a Emily sonreírle a Charlotte y darle un abrazo. No. Emily nunca hacía eso con extraños, los pocos abrazos que daba eran para su familia. Ni siquiera su terapeuta logró que mi hija se abriera. ¿Por qué Charlotte parecía estar consiguiéndolo? Me hice mil preguntas mientras las observaba hablar, aunque no escuchaba nada. Nate se entrometió en la conversación, pero tampoco pude captar ni una sola palabra. Sentí un tirón de la manga de mi chaqueta. Al mirar hacia abajo, me encontré con los preciosos ojos azules de mi Kitty.

—Papi, vamos, nos perderemos la película y quiero ver a esa señora viuda. —Las carcajadas de Nate, Charlotte y Emily sonaron al unísono. Me seguía pareciendo un sueño escuchar a mi hija reír tan abiertamente.

Kitty tomó la mano de Charlotte para adelantarse a mí. Emily iba caminando junto a Nate, que le estaba explicando algo de la película o de otras, no podía estar seguro. Alcancé a Charlotte y a Kitty.

—¿Y yo también puedo ser una heroína, profe? —le preguntó mi hija.

—Sí, pero no puedes pegar a nadie, eso no está bien. —Levanté una ceja en dirección a Charlotte. ¿No era ella la que amenazó con

pegarme? Puso los ojos en blanco cuando se dio cuenta de que la estaba mirando.

Dejé que Emily entrara en la sala con Nate mientras yo recogía las palomitas y los refrescos en el bar. Kitty se quedó conmigo. Sus ojos recorrían las vitrinas llenas de chocolates y otros dulces. Señaló hacia una barrita de galleta y chocolate.

—¿Esa quieres? —le pregunté.

—Sí, por favor. —Mi mandíbula cayó hacia abajo.

—¿Acabas de pedir algo *"por favor"*, Kitty Cat? —le pregunté. Ella se rio al tiempo que miraba a Charlotte.

—Profe, las cosas hay que pedirlas siempre *"por favor"*, ¿verdad?

—Por supuesto, siempre hay que ser educados. —Volví a mirar a Charlotte con incredulidad. Ella se rascó la nariz con el dedo medio.

—Sí, eso pensaba —murmuré.

Pagué por las chocolatinas que Kitty quiso, sabía que se había llevado más de lo que se comería, pero, bueno, para eso estaba yo. Entré en la sala detrás de Charlotte y Kitty, mi hija seguía aferrada a la mano de su profesora. Las seguí hasta las últimas filas, donde Nate y Emily estaban sentados en sus butacas, charlando… Seguían hablando y mi hija parecía muy interesada. Adam y Jared estarían felices cuando regresáramos a casa y ella les contara todo lo que había aprendido con Nate.

Me senté al lado de Charlotte. Emily estaba a su lado y Nate al otro lado de mi hija. Kitty se sentó en mi regazo y cogió un puñado de palomitas.

—¿Te gustan, Kitty Cat?

—Sí —respondió con la boca llena. Se recostó con la espalda pegada a mi pecho, mirando hacia la pantalla.

Las luces se atenuaron hasta apagarse. Dejé mi brazo apoyado sobre el reposabrazos. Sentí el roce del brazo de Charlotte, pero no se

apartó.

—No sabía que también tenías entradas para esta sesión —le susurré.

—Yo tampoco —admitió—. Nate me sorprendió cuando regresé del colegio.

—¿Seguro que no lo has hecho para verme? Parece un plan muy bien tramado.

—Cállate —espetó. Mi pecho vibró por la risa. Nos quedamos callados durante unos minutos, pero Charlotte habló en voz baja, solo para nosotros dos—. Si quisiera verte, tendría otros métodos.

—¿Cómo cuáles?

—No te importan.

—Claro que sí, acabas de admitir que quieres verme.

—No he admitido tal cosa.

—Lo has hecho, chica de ciudad.

—Cállate, viejo de rancho, y disfruta de la película.

Le di un ligero pellizquito en el dorso de la mano. Charlotte me dio un manotazo en la mano con la que le había pellizcado.

—Profe, pegar está mal —le dijo Kitty.

—Por Dios —musitó Charlotte.

—Tienes que pedir perdón —continuó mi hija.

—Sí, tienes que pedirme perdón —dije, fingiendo tristeza en mi voz—. Me has hecho mucho daño.

—Que te jo… —Se calló de inmediato al darse cuenta de lo que estaba a punto de decir.

Me incliné hacia ella.

—Cuando quieras, chica de ciudad —susurré.

—Jamás, viejo de rancho.

Bajé la vista a su escote. Charlotte se dio cuenta de a dónde fueron mis ojos y me empujó por la frente. Joder. De repente, tenía calor. Aparté los pensamientos lujuriosos de mi mente rápidamente, no era momento para eso.

Capítulo 10



Charlie

—¡Es la mejor película del mundo! —chilló Emily. Tenía los ojos brillosos por la emoción.

—¿Verdad que sí? Charlie no lo entiende. —Puse los ojos en blanco ante el comentario de mi hermano.

—Lo entiendo, mocoso apestoso. —Mi hermano se rio.

—Profe —me llamó Kitty—, ¿por qué llamas a Nathaniel así?

Fruncí los labios en una fina línea, no quería reírme. Nadie que no fuéramos mi abuela o yo llamaba a mi hermano por su nombre completo y no estaba segura de cómo Kitty lo sabía. Quizás me escuchó en la fiesta del pueblo del otro día, ya que cada vez que llamo a Nathaniel a mi hermano es porque me ha hecho enfadar o le voy a advertir de algo. Mi hermano le hizo cosquillas en los costados mientras ella se reía e intentaba seguir comiéndose su helado. Sentí el peso de la mirada de Ezequiel sobre mí. No había dejado de hacerlo en toda la maldita noche, ni cuando la película había empezado.

Giré la cabeza y lo miré. La intensidad en sus ojos era abrumadora, nadie me había mirado así nunca, ni siquiera Andy. El calor corrió por mi cuerpo hasta llegar a mis mejillas. Me aclaré la garganta antes de tomar una cucharada de mi helado; definitivamente, necesitaba algo frío. La pierna de Ezequiel rozó la mía. Di un respingo en la silla.

—El helado está muy frío —murmuré, ante las atentas miradas que se posaron sobre mí.

La casi silenciosa risa de Ezequiel hizo vibrar mi sangre. Se estaba burlando de mí, ¿verdad? Parecía haber encontrado su nuevo hobby. Pero si creía que iba a quedarme callada y no… Me dio un apretón en la rodilla por debajo de la mesa. Salté de la silla al tiempo que lo fulminaba con la mirada. Él se rio, era el único que se estaba riendo.

—Señor Bennet —gruñí—, ¿puede acompañarme a un lugar más privado para hablar?

—Por supuesto, profesora.

Giré por completo hacia la salida del restaurante al que habíamos venido tras terminar la película. A Nate se le ocurrió la brillante idea de que fuéramos a cenar los cinco juntos. No me importaba estar en compañía de Emily y Kitty, pero el padre de las criaturas me estaba desquiciando. Me detuve en un callejón paralelo al restaurante. El pecho de Ezequiel chocó contra mi espalda, haciéndome tropezar hacia delante. Rodeó mi cintura con su brazo… me… me sostuvo con un solo brazo.

—Cuidado, profesora —susurró en mi oído.

—Suéltame, imbécil.

—¿Segura? —No, claro que no. Si lo hacía, me daría de bruces con el suelo. Ezequiel se rio cuando no respondí y me ayudó a recuperar el equilibrio—. ¿Siempre eres tan torpe?

Me di la vuelta hacia él y lo golpeé en el pecho con mis palmas.

—Eres un imbécil, un irritador profesional. —Le pegué de nuevo —. Y un… —Me sujetó por las muñecas, luego me empujó con su cuerpo hasta que mi espalda tocó una pared fría de ladrillos.

—¿Qué más soy, chica de ciudad? Me encantaría oírlo.

La ira rezumaba por cada poro de mi piel. Era un petulante. Y, por Dios, tenía razones para ello. Era guapísimo y alto como una jodida torre. Tenía cuerpo de papá, cuidado y a la vez no. Puse los

ojos en blanco. ¿En qué demonios estaba pensando? Ezequiel agachó la cabeza, con las manos entre nosotros.

—Chica de ciudad, tus mejillas están al rojo vivo —murmuró.

—Tengo calor. —Su boca se curvó hacia arriba—. Y no tiene nada que ver contigo.

—¿Por qué me da a mí que estás mintiendo?

—No miento.

—De verdad que eres muy mentirosa.

Empecé a respirar rápido, demasiado rápido, me estaba mareando. Este hombre tenía un don que nadie más tenía; me ponía nerviosa de múltiples formas, tanto buenas como malas. Intenté empujarlo y él hizo todo lo contrario, apretó su agarre en mis muñecas y pasó su brazo por mi cintura.

—¿Qué haces? —le pregunté.

—Hay algo en ti que me irrita y me atrae a la vez. Quiero molestarte, chica de ciudad, solo para ver ese fuego en tus ojos.

—¿Qué fuego? Has bebido demasiado.

—Ni una sola gota de alcohol, Charlotte. Soy muy consciente de lo que estoy diciendo.

—Entonces también serás consciente cuando te golpeé las pelotas con mi rodilla si no te apartas de mí.

Sonrió. ¿Por qué lo hacía si lo había amenazado con proporcionarle un dolor infernal? Sus dedos se aflojaron lentamente de mis muñecas, dejando una sensación extraña en mi piel. Apartó su brazo de mi cintura y esa sensación se hizo más grande. Pero la ira… esa también creció. Me abalancé sobre él con los brazos extendidos. El bastardo se rio y me atrapó antes de que pudiera darle algún golpe. ¿Qué me pasaba?

—Tan violenta —susurró en mi oído—. Me recuerdas a los toros del rodeo. Y a ellos me encanta domarlos, Charlotte. —Se me escapó

un gimoteo y enseguida sentí que me quería morir de vergüenza—. ¿Qué ha sido ese ruidito, Charlotte?

—Eres un completo imbécil. Dios, te odio.

—Sabes que eso no es cierto. —No, no lo era. Definitivamente, Ezequiel Bennet no era mi persona favorita en el mundo, pero tampoco lo odiaba—. Charlotte —susurró, haciendo revolotear mi estúpido corazón—, ¿sientes la dureza? —Me quedé congelada, en cambio, él se rio.

—¡Suéltame, pedazo de cerdo!

La risa tosca y ronca de Ezequiel se hizo más fuerte, pero me soltó. Rápidamente, me crucé de brazos. ¿Por qué me puse este maldito sujetador de encaje? No hacía nada por ocultar la dureza de mis pezones y él lo había sentido. Quería pegarle hasta que me dolieran las manos. Pero entonces mis pezones quedarían expuestos, esta vez, a su intensa mirada.

—No te avergüences, las mujeres suelen tener esa reacción cuando las toco.

—Por Dios, eres tan… ¡Gilipollas! —escupí—. No te soporto, te lo digo en serio. Ya puedes decirles a tus padres que vengan a las reuniones ellos y no tú.

Negó con la cabeza, con esa estúpida sonrisa en la cara, la que quería borrar de un puñetazo. Ezequiel dio un paso hacia mí.

—De repente voy a empezar a tener más tiempo libre para acudir a las reuniones escolares de mis hijas.

—Te juro por Dios que un día de estos…

—Me encanta tu violencia —me interrumpió—. Te hace ver tan mona.

¿Mona? ¿Me estaba hablando en serio?

—Tengo veintisiete años, no soy una niña mona.

—No dije que fueras una niña.

Las palabras se quedaron atascadas en mi boca. No había dicho que fuera una niña, era verdad. Levanté la barbilla y ese gesto lo hizo sonreír aún más. Le dolerían las mejillas más tarde al muy tonto. Dios, tenía que calmarme, no podía olvidarme que este hombre que no dejaba de molestarme era el padre de una de mis alumnas. Carraspeé, lo que atrajo su atención. Sus ojos bajaron al ligero escote de mi camiseta.

—Aparta la vista de ahí.

—Me gustan estas vistas.

—Eres insufrible.

—Dime algo que no sepa.

—Mira, eres el padre de Kitty y ella es mi alumna…

—Ajá —murmuró sin apartar la vista.

—Me estás cabreando.

—Lo sé. —Sus ojos subieron por mi piel y sentí como si la acariciara.

—Lo estás haciendo a propósito, ¿verdad?

—Ya conoces la respuesta.

—Eres un maldito viejo verde de rancho. —La comisura izquierda de su boca se elevó al tiempo que se cruzaba de brazos.

—No puedo evitarlo, eres guapa y tu cuerpo… —Respiró profundamente y se quedó callado, mirándome.

—¿Mi cuerpo, qué?

Se inclinó hacia mí, pegando su cara a la mía. Mi pecho subía y bajaba, no sabía si era porque estaba enfadada o por su cercanía.

—No estás ciega, Charlotte. Tu cuerpo es un espectáculo de curvas y permíteme decirte que me encantaría recorrerlas todas con mi lengua y tú desnuda.

Mis ojos se abrieron. Ezequiel Bennet era un jodido sinvergüenza. Pero… me gustó —mucho— que me dijera que mi cuerpo le atraía. Nunca había sentido una mirada de deseo y eso me hacía pensar en Andy. Era evidente que no fue mi cuerpo lo que le atrajo de mí, sino mi estupidez. Porque realmente fui una estúpida con él. Era el primer hombre que me prestaba algo de atención y eso me hizo caer en sus garras. Comenzaba a darme cuenta de que él no se había fijado precisamente en mi cuerpo cuando me pidió tener una cita. El ceño de Ezequiel se arrugó.

—¿He dicho algo malo? —Negué con la cabeza—. ¿Y por qué tienes los ojos llenos de lágrimas de repente?

Me giré rápidamente, dándole la espalda. No necesitaba que me viera llorar.

—Charlotte.

—Estoy bien —mentí—. Déjame a solas, por favor.

—¿Dejarte sola? Ni lo sueñes. Si he dicho algo que…

—No —me apresuré a decir—. Son cosas mías, solo necesito estar a solas. —Puso su mano en mi hombro.

—¿Alguien te ha dicho alguna vez algo sobre tu cuerpo?

—No… Por favor, de verdad que necesito quedarme a solas un rato. Iré enseguida.

Pasó la mano por detrás de mi cuello y me giró lentamente; su otra mano se posó en mi mejilla. Acariciaba mi piel con su pulgar y se sintió bien que alguien que no fuera mi hermano o mi abuela me mostrara algo de… cariño. Abrí los ojos, encontrándome con el profundo azul de los suyos.

—¿Quién coño se atrevió a destrozarte tanto? —La ira en su voz provocó una tormenta de emociones en mi pecho.

Mi labio inferior tembló cuando comencé a recordar cada palabra que Andy había dicho de mi cuerpo después del aborto. Quise enterrarlas, el dolor por la pérdida de mi hija era más fuerte. Pero

ahora un desconocido había dicho que le gustaba mi cuerpo y esas emociones salieron a flote como una tromba de agua. No lo dudé y me abracé a Ezequiel.

—Joder, chica de ciudad, el día que tenga delante de mí a ese bastardo, le daré un puñetazo en la puta cara.

Mi mente comenzó a evocar recuerdos. Viaje cinco años atrás, meses después de que pierda a mi bebé.



Andy entró por la puerta, venía de jugar fútbol con sus amigos. Me miraba con el ceño fruncido y no entendía por qué, solo estaba sentada en el sofá viendo una película mientras cenaba comida china que pedí a domicilio. Andy se acercó y dejó la bolsa de deportes a mis pies. Se rascó la barba. Los tatuajes de sus brazos se estiraron cuando se cruzó de brazos.

—¿No había otra cosa? —preguntó.

—¿Qué?

Señaló con barbilla el recipiente de fideos que me estaba comiendo.

—Hay comida más sana, Charlie.

Tragué grueso. Andy resopló y se sentó al lado de la bolsa de deportes. Empecé a sentirme incómoda con su mirada, era como si me estuviera juzgando por algo de lo que no era conocedora. Esperé en silencio a que él hablara, pero no lo hacía. Así que dejé el recipiente a medio comer en la mesa de café y bajé los pies al suelo. La manta que había estado cubriendo mis piernas se quedó en el sofá.

—Seguro que hay otros pantalones que te sientan mejor, cariño —dijo él.

—Andy, ¿de qué estás hablando?

—Mira, hemos perdido el partido, tenía ganas de llegar a casa y estar con mi esposa.

—¿Y?

—Y te encuentro así… —Me señaló de arriba abajo con su mano —. Ese pantalón es demasiado corto para tus muslos, si estuvieras más delgada te quedarían mejor. Y tienes que empezar a mirar por ti y por mí. Quiero tener sexo contigo estando desnuda, no con esa camiseta enorme y, joder, quiero que te pongas encima sin…

—¿Sin qué? —espeté, furiosa por el hilo de esta estúpida y humillante conversación.

—No te enfades, cariño. Lo que te digo es por ti y por nosotros. Necesitas perder peso. Desde que se murió…

—No la nombres —lo interrumpí con la voz temblorosa.

Me levanté del sofá sin mirarlo, no quería que viera las lágrimas que estaba a punto de derramar. Me encaminé a mi habitación.

—¿Te vas a terminar la cena? —preguntó.

—No, toda tuya.

—Gracias, cariño. Sabes que esto te lo digo por tu bien, ¿verdad? —No respondí—. Charlie, necesito usar tu tarjeta mañana. —Me detuve bruscamente en el umbral de la puerta de mi habitación.

—¿Mi tarjeta?

—Sí, tengo que comprarme unas botas de fútbol nuevas.

—Te compré esas que tienes puesta hace dos meses, no pueden haberse roto.

—Vamos a jugar la final del barrio, tengo que parecer profesional.

¿Cómo pude estar tan ciega y ser tan tonta? No sabía por qué me había quedado a su lado. Quizás fue porque me había acostumbrado

a esa vida y creí que era normal. Incluso llegué a pensar que yo era la que estaba equivocada y que Andy realmente se preocupaba por mí. Ahora me daba cuenta de que él jamás me quiso de verdad, solo veía en mí a alguien que lo mantenía y cuidaba a su hijo.

—Charlotte, estás muy callada —susurró Ezequiel.

—Ya te dije que necesitaba estar sola.

—Ya. Pero no quería complacerte, me caes mal.

Mi pecho vibró por la risa. Me separé de Ezequiel, aunque él no dejó de tocarme, ahora tenía las manos en mis hombros.

—¿Estás mejor?

—Sí, creo que sí. —Sorbí por la nariz—. Creo que deberíamos volver dentro, las niñas…

—Esas dos están felices con Nate, no te preocupes.

Me di una palmada en la frente al recordar algo.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—Tengo que regresar a casa, no he corregido los exámenes de cuarto grado y mañana por la tarde tengo reunión con varios padres.

Ezequiel entornó los ojos, lo que me hizo ponerme en alerta, no por nada malo, sino porque estaba segura de que iba a decir algo que me molestaría.

—¿Qué padres? —Su pregunta me sorprendió, definitivamente no era lo que esperaba.

—Pues Robert Taylor, el padre de Willa y Knox. Poppy no puede venir, tiene trabajo.

—¿Bobby Taylor?

—Supongo. Yo no lo llamo Bobby.

—¿Y suele asistir él a las reuniones? —Asentí—. Es raro, porque nunca ha ido a ninguna antes, siempre era Poppy quien acudía. —Los

ojos de Ezequiel se clavaron en los míos—. Tiene interés en ti.

Puse los ojos en blanco. ¿Cómo iba a tener interés en mí si estaba casa…? Mierda. Evidentemente, estar casado no tenía nada que ver para algunas personas: los infieles. Me froté la cara con las manos. Tendría que lidiar con esto cuando llegara el momento. Por ahora, Robert no había dicho nada inapropiado ni había hecho ningún movimiento extraño.

—Puedo acompañarte.

Levanté una ceja. ¿De verdad Ezequiel se estaba ofreciendo a hacerme compañía en una reunión escolar?

—No es necesario, Robert no ha sido grosero conmigo. —Esbocé una sonrisa—. Pero hay un padre que sí. —Ezequiel arrugó el ceño—. Me ha dicho, y cito textualmente, que quiere recorrer las curvas de mi cuerpo con su lengua y conmigo desnuda. Ese sí ha sido grosero.

—Te ha encantado, seguro que te has puesto cachonda. —La sonrisa se esfumó de mi cara.

—De verdad que buscas que te pegue.

Ezequiel se encogió de hombros, restándole importancia a mi amenaza.

—¿Qué puedo decir? Me gustan las mujeres violentas como tú.

—Yo no te gusto, pero sí te gusta molestarme.

—Quizás sean ambas cosas, chica de ciudad.

Negué con la cabeza al tiempo que pasaba por su lado. Teníamos que regresar al restaurante, ya estábamos tardando demasiado y no quería volver a discutir con él, al menos no esta noche.

Capítulo 11



Ezequiel

—Te gusta. —Miré a Adam al tiempo que levantaba sobre mi hombro una paca de paja—. La profesora, quiero decir.

Resoplé. Les había contado a mis hermanos lo que hicimos hacía dos semanas, las niñas y yo. Primero, Jared y Adam se enfadaron por no haberles avisado, ellos también querían ver esa película. Tuve que explicarles que fue un regalo de Charlotte por un malentendido entre nosotros. Después de eso, empezaron a preguntar sobre ella y les conté que habíamos coincidido en el cine con ella y su hermano y que luego nos fuimos a cenar todos juntos. No les conté lo que le había sucedido a Charlotte en el callejón, pero sí las tontas discusiones y lo violenta que era. Eso llamó atención de Ben, que empezó a reírse y a señalarme con el dedo, gritando que estaba enamorado. Ni por asomo lo estaba.

—Me divierte —respondí a mi hermano.

—Eso es que te gusta, Zek.

—Me divierte —repetí, esta vez con un tono más cortante.

—Llámalo como quieras, hacía mucho que no te veía tan implicado con una mujer. Y las conejitas no cuentan.

Puse los ojos en blanco. Podía contar con los dedos de ambas manos las veces que me había acostado con una conejita de rodeo. Ni una sola vez repetí con la misma, precisamente para no implicarme

demasiado. Con Charlotte era diferente, me encantaba molestarla y provocarla para que me amenazara. Empezaba a darme cuenta de que yo tenía un grave problema o simplemente era masoquista. Dejé la paca de paja encima de otra. El sudor corría por mi espalda y mi pecho. Saqué el pañuelo del bolsillo trasero de mi pantalón. Mientras miraba a Adam, me sequé las gotas de sudor de la cara.

—No está mal, Zek.

—No me gusta como crees.

—Lo que tú digas.

Di por finalizada esta conversación con mi hermano, no tenía ganas de seguir discutiendo con él. Sobre todo porque Charlotte no me gustaba románticamente. Era guapa —muy guapa—, era jodidamente astuta y me encantaba la forma que tenía de responder a cada comentario que le hacía. Pero no… no me gustaba. ¿Un revolcón con ella? No diría que no. Como le dije, me encantaría recorrer sus curvas con mi lengua. Joder. No debería estar pensando en eso. ¿Cuánto hacía que no tenía relaciones sexuales con una mujer? Un maldito año. Desde el último rodeo. Quizás debería encontrar a alguien con quien quitarme las ganas y esa no era Charlotte. Algo me decía que ella no era mujer de una sola vez. Además, dudaba mucho que aceptara una proposición así.

—Soy un imbécil —murmuré—. Es evidente que ella no aceptará una invitación para follar. No es una conejita.

No. Charlotte no se dedicaba a ir a los rodeos a ligar con los *riders*. Ella quería algo más, estaba seguro de eso. Descargué de mi hombro otra paca de paja y luego otra, hasta que Ben vino con el tractor y el remolque a recogerlas para transportarlas a otro campo. Entré en el recinto de Triturahuesos, hoy había estado entrenando más temprano, pues tenía demasiado trabajo atrasado en el campo. En una semana comenzaría el campeonato de rodeo y tenía que estar más en forma que nunca. Lo que significaba que montaba a Triturahuesos cada día durante horas. Por lo menos, mis músculos ya no dolían por las agujetas.

Pensé en lo que había estado haciendo estas dos últimas semanas. Puse los ojos en blanco inmediatamente y me di una bofetada mental. Había pasado de no querer asistir a las reuniones escolares de las niñas a pedirle a Charlotte que me informara cada día de los inexistentes progresos de Kitty. Incluso me presenté al día siguiente en el colegio para acompañarla durante la reunión con Robert. Por supuesto, Charlotte no me dejó entrar en la clase, pero me quedé en el pasillo, esperando a que la reunión terminara. El gilipollas de Robert salió con una sonrisa en la cara. Luego, Charlotte me hizo pasar y discutimos. Me exigió saber por qué estaba allí. Cuando, equivocadamente, le dije que solo quería protegerla de Robert, me dio un empujón por el pecho al grito de que ella no necesitaba protección.

Me senté en un banco de madera, observando a Triturahuesos pastar.

—¡Papá! —Miré hacia atrás por encima de mi hombro. Emily caminaba hacia aquí—. Tienes que venir, el tío Jared está a punto de incendiar la casa de los abuelos.

Mi pecho vibró por la risa. Mis padres tenían invitados hoy en su casa y a mi hermano se le ocurrió la idea de hacer una barbacoa. Digamos que a él no se le daba bien cocinar. Una vez, cuando éramos pequeños, intentó cocinar para nuestros padres y acabó prendiendo fuego a la cocina. Nadie salió herido, pero se llevó un buen susto, aunque no el suficiente. A los catorce lo intentó de nuevo y obtuvo el mismo resultado. Me levanté del taburete de madera.

—Qué asco, papá —dijo Emily—, estás todo sudado.

—Mi cielo, llevo trabajando desde temprano y he estado entrenando.

—La abuela te ha dejado ropa limpia en tu antigua habitación, dijo que si te atrevías a presentarte en la comida lleno de sudor, te ibas a arrepentir.

Solté un resoplido al tiempo que pasaba el brazo por encima de los hombros de mi hija. Caminamos mientras ella me contaba quiénes habían llegado. No pude evitar emocionarme al escuchar que Charlotte acababa de llegar con su abuela y su hermano. También llegaron Poppy, Robert y sus dos hijos, Knox y Willa. Por lo que deduje que Kitty ya debía de estar chillando con su mejor amiga. En cuanto estuvimos más cerca de la casa, las pude escuchar a las dos reírse y gritar. Seguramente, Adam y Ben las estaban molestando y jugando con ellas. Emily me dejó al pie de las escaleras y se fue a la parte trasera de la casa, donde estaban todos. Yo subí para encerrarme en mi antigua habitación y ducharme. Mi hija tenía razón, necesitaba esa ducha.

El agua caliente ayudó a que mis músculos adoloridos se calmaran un poco y el olor a la comida mientras bajaba las escaleras de la casa de mis padres me abrió el apetito. Salí al exterior por las puertas traseras. Enseguida busqué a Charlotte con la mirada y la encontré hablando con Poppy y Kendra a un lado, cerca de la mesa. William, Kendra y su hijo debieron llegar cuando me estaba duchando. Saludé rápidamente a los invitados y me acerqué a Jared, que estaba atendiendo la barbacoa. Me entregó una lata de cerveza.

—¿Emily ha ido corriendo a decirte que estaba a punto de incendiar la casa?

Me reí, porque eso era exactamente lo que mi hija había hecho y estaba seguro de que solo lo hizo por molestar a su tío.

—Estos días parece más… feliz.

—Sí —respondí a mi hermano.

—Me gusta, Zek.

—Lo sé, a mí también. —Levanté la vista de la carne y cuando lo hice, me encontré con el profundo verde bosque de los ojos de Charlotte—. Me gusta mucho, hermano.

—No es necesario que lo jures. —Desvié la vista rápidamente hacia Jared—. Adam cuenta cosas.

—Adam dice tonterías.

—Ya… Supongo que te darás cuenta el último, solo espero que no sea tarde. Esa chica parece gustar mucho por aquí.

—¿De qué hablas?

—Hay rumores, Zek. Varios hombres del pueblo le han pedido una cita.

—¿Y ella qué ha dicho?

—Las ha rechazado todas.

—¿Y sabes por qué?

—No. Ella no da razones, solo dice *"no"* a cada invitación a cenar.

Fruncí el ceño. Charlotte era joven, no había ninguna razón aparente por la que pudiera rechazar tener una cita con un hombre. Cabía la posibilidad de que estos no fueran su gusto. ¿Y si era lesbiana? Sería una razón lógica para rechazar esas citas. O a lo mejor es que los hombres que se las pidieron no eran de su agrado. Joder, ella era un monumento de mujer, debería tener a alguien a su altura. Charlotte se movió. La observé aproximarse a mi hermano y a mí.

—Jared, las tripas de los invitados están rugiendo —bromeó Charlotte.

—¿Y qué pretendes que haga? Ni que fuera un X-Men. —Charlotte puso los ojos en blanco.

—Eres peor que mi hermano Nate con los símiles de las películas. —Charlotte me miró—. ¿Podemos hablar en privado?

—Sí, por supuesto.

La seguí a un lugar alejado de la casa, cerca de una valla donde las vacas aún pastaban. Charlotte apoyó los brazos en la madera envejecida por el tiempo. Me puse a su lado, mirándola. Estaba tan guapa como siempre. Llevaba un vestido amarillo pálido con girasoles por todos lados. Me pregunté cuántos de esos vestidos

tenía, al tiempo que recordaba la cara de felicidad de Kitty cuando un día se levantó por la mañana temprano y encontró a los pies de su cama un regalo, era el vestido de girasoles que tanto había deseado. Se lo compré el día anterior y lo envolví yo mismo.

—¿Qué ocurre? —le pregunté a Charlotte.

—Es sobre Emily. —Me crucé de brazos. Charlotte y yo nunca habíamos hablado de mi hija mayor—. Tiene depresión, ¿lo sabías?

Apreté la mandíbula. Claro que sabía que mi hija sufría de depresión infantil desde que se dio cuenta de que su madre no iba a volver y eso fue a los dos meses de que Wendy nos dejara. Tuve que cuidar de una bebé recién nacida y una niña de ocho años que se despertaba cada noche gritando y llorando. Una niña que por el día parecía más un fantasma. Una niña que dejó de sonreír, de jugar con sus muñecas, de culparse a diario porque su madre se fue. Claro que sabía que Emily tenía depresión. Era yo quien le suministraba sus pastillas para la depresión y la ansiedad que la hija de puta que la trajo al mundo le había generado.

Me giré hacia el prado donde estaban las vacas con las manos apoyadas en la madera de la valla, apretándola como si me fuera a caer al suelo en cualquier momento. Las lágrimas amenazaban con salir de mis ojos. Aquellos días fueron tan jodidamente oscuros, una puta pesadilla.

—Ezequiel…

—Sé que Emily tiene depresión desde los ocho años, Charlotte.

Jadeó. Por supuesto que lo hizo. ¿En qué cabeza podría caber que una niña tan pequeña pudiera tener algo tan jodido como una depresión? Sufrí un escalofrío cuando Charlotte puso una mano en mi espalda y otra en mi antebrazo.

—¿Ella te lo ha contado? —le pregunté.

—No, me he dado cuenta por mí misma.

—¿Cómo?

—Pasamos los recreos juntas desde hace dos semanas.

—No lo sabía. —Mi voz salió rasposa, fruto de las fuertes emociones que estaba teniendo. Porque ese era otro problema que vino con la depresión. Emily dejó de tener amigas, se aisló—. ¿De qué habláis?

—Me cuenta cosas sobre ella y su madre.

—No —dije tajante—. Emily nunca habla de su madre.

—Te prometo que lo ha hecho. Pero no puedo decirte qué me cuenta, no me arriesgaré a romper su confianza. —Mi pecho se apretó con un fuerte dolor, creí que me daría un infarto—. ¿Estás bien?

—Yo… No, no lo estoy.

Charlotte levantó la mano de mi antebrazo y la puso sobre mi mejilla, me obligó a mirarla a los ojos.

—¿Qué pasó con el terapeuta de ella? —me preguntó.

—Era un imbécil, le decía que tenía que seguir adelante y olvidarse de su madre. —El ceño de Charlotte se arrugó—. Emily no se lo tomó bien.

—Es normal. ¿Cómo pudo decirle algo así a una niña que acababa de ser abandonada? Espero que no siga ejerciendo.

—No lo hace y tampoco vive en el pueblo.

—Tienes que intentar que vuelva a terapia, le vendrá bien, Ezequiel.

—Lo he intentado, Charlotte. Pero en cuanto escucha la palabra *terapeuta*, se cierra y no escucha a nadie.

—Déjame intentarlo yo.

—No es necesario…

—Lo es —me interrumpió.

—Pero Emily no es tu responsabilidad.

—Es mi amiga, ¿no? Eso ha dicho ella y también lo digo yo. —Sonreí por un lado—. Hablaré con ella y trataré de que vea que la mala experiencia que tuvo no es algo generalizado con todos los terapeutas.

—Te lo agradezco mucho, Charlotte. —Respiré hondo, necesitaba armarme de valor para lo que estaba a punto de salir por mi boca—. ¿Me permitirías agradecértelo invitándote a cenar? —Sus cejas escalaron por su frente.

—¿De verdad me estás invitando a cenar, viejo de rancho?

Apoyé un codo en la valla y me incliné hacia delante.

—Sí, chica de ciudad. Sé que has rechazado invitaciones de otros hombres, pero no permitiré que rechaces la mía.

—Esas invitaciones eran citas. Lo tuyo no, ¿verdad?

—¿En qué cambiaría si lo fuera?

—No podría aceptarla, Ezequiel.

—¿Por qué? —Abrió la boca y la cerró, quedándose en absoluto silencio—. ¿Qué pasa?

—No puedo tener citas.

—¿Estás casada o tienes novio? Quizás seas les… —Algo en su mirada me dejó callado—. Tienes a alguien —dije.

—Es complicado.

—Lo siento, no sabía que ya estabas comprometida.

—No, no lo estoy, te estoy diciendo que es complicado.

—Vale, en estos momentos estoy muy confundido. —La miré durante demasiado rato. Ella parecía sumamente avergonzada y quería entender por qué—. Explícamelo.

—No puedo.

—¿Por qué?

—¡Porque duele! —Su voz aguda y llena de dolor me paralizó—. No… No soy capaz de hablar de eso, todavía no.

Acuné su cara entre mis manos, mis pulgares acariciando sus mejillas salpicadas de pecas.

—Entonces no hables de lo que te duele, pero acepta mi cena como una cita. Ese cabrón al que le guardas respeto, estoy seguro de que no lo merece.

Charlotte se rio sin ganas.

—Y entonces eso me da vía libre para ser infiel, ¿no?

—No eres infiel, Charlotte. Moralmente no —señalé, haciéndola reír de verdad—. Acepta mi invitación, por favor.

—Bueno, si lo pides *por favor*, entonces sí, acepto tu invitación para cenar.

Esbocé una sonrisa. De repente tenía muchas ganas de cenar con esta increíble mujer, de estar con ella a solas en otro ambiente más íntimo que un prado lleno de vacas mugiendo.

Capítulo 12



Charlie

—¿Quiénes son? —le pregunté a Ezequiel, al tiempo que observaba a la mujer joven que iba agarrada del brazo de un hombre ya entrado en la cincuentena. Ella no parecía tener más de veintitrés años.

—Mackenzie y Bruce Sanders —respondió—. Gente rica del pueblo.

—Oh, vale.

Definitivamente, rezumaban dinero por cada poro de su ser. Ella caminaba con superioridad —enganchada del brazo del hombre—, segura de que todas las miradas estaban puestas sobre ellas.

—¿Están juntos? —pregunté. Ezequiel escupió la cerveza de la boca, cosa que Adam y Jared también hicieron—. ¿Qué he dicho?

Los hombros de Ben se movían, también se reía, pero era más discreto que sus hermanos mayores.

—Son padre e hija —dijo Ben—. Aunque no eres la primera que piensa que están juntos. —Hice una mueca de asco con la boca—. Mackenzie es como la sombra de su padre, siempre detrás de él.

—¿Y la madre de ella? —Le di un sorbo a mi limonada.

—Mackenzie es fruto de una aventura del viejo Sanders. —Ben bajó la voz. Me señaló disimuladamente hacia la mujer que seguía a Mackenzie y a su padre—. Esa es Claire Sanders, la esposa de Bruce.

Mi mandíbula se desencajó. No sabía qué decir. En realidad, ¿había algo que decir? No estaba segura, así que mejor me quedé callada y escuché atentamente a Ben contarme cómo el viejo Sanders le había sido infiel a su esposa de toda la vida con varias mujeres, hasta que engendró una hija de la que no se hizo cargo hasta que esta cumplió diecisiete años. Bruce Sanders, al ver que su esposa no era capaz de quedar embarazada y darle un heredero, fue a buscar a Mackenzie. Le dio su apellido y la reconoció públicamente. Eso destrozó a Claire, que fue incapaz de pedir el divorcio. Sentí pena por ella. Sabía lo que era estar atrapada en una relación en la que no querías quedarte. Deseé que Claire encontrara el valor suficiente para dejar a ese hombre y ser feliz.

—¡Nathaniel Pierson! —Giré la cabeza hacia la vocecilla que regañaba a mi hermano—. Regresa aquí y toca esa canción.

Me cubrí la boca con la mano, aguantando la risa. Willa era toda una mandona y ahora exigía a mi hermano que le tocara alguna canción, que estaba segura de que él le había prometido. Jesús, Willa y Nate se llevaban fatal y de maravilla al mismo tiempo. Mi mente no entendía cómo eso era posible. Nate resopló, pero se sentó en una silla con su guitarra. Seguramente ahora se arrepentía de haberla traído.

—Solo una canción —le dijo a Willa, ella se cruzó de brazos.

—Ya veremos, Nathaniel.

Las risas de los chicos Bennet estallaron a la vez. Kitty y Willa se sentaron en la hierba, observando a mi hermano tocar la guitarra.

—¿Sigue sin encontrar trabajo? —me preguntó Adam. Asentí. Nate no había descansado en su afán por encontrar un empleo en este pueblo, pero todo lo que sabía hacer era servir mesas y copas. El único bar disponible en Eagle Creast no estaba contratando a nadie en estos momentos—. Dile que se pase mañana a las siete de la mañana por aquí.

Miré a Adam, él me dedicó una sonrisa.

—¿Lo dices en serio? —le pregunté.

—Totalmente en serio.

—Es época de rodeo, nos vendrá bien la ayuda extra —intervino Ezequiel.

—¡Gracias! —chillé—. Nate es muy trabajador y aprende rápido, lo prometo.

—Nos fiamos de ti y de él, chica de ciudad.

—Y que si no lo hacéis, tendréis a una vieja con mucho tiempo libre molestando. Mis nietos son las personas más confiables del mundo. —Los chicos se rieron por el comentario de mi abuela, que se había acercado a donde estábamos sin ser detectada. Se había vuelto muy silenciosa cuando se trataba de cotillear.

Mi hermano terminó de tocar la canción y se levantó.

—Otra —exigió Willa.

—Por el amor de Dios, Willa, déjalo en paz —protestó su madre, Poppy, al tiempo que la agarraba de la mano.

Fruncí el ceño al sentir un fuerte pinchazo en el pecho. Poppy estaba embarazada y calculaba que se encontraba en el ecuador de la gestación, quizás un poco más o un poco menos. Empecé a respirar rápido y entrecortado. Tenía que alejarme de ella, de todos.

—Cariño, ¿puedes venir conmigo? —me preguntó mi abuela, seguramente se dio cuenta de mi repentino estado de ansiedad—. He visto antes unas vacas demasiado bonitas, quiero enseñártelas.

Me tomó por los hombros, empujándome suavemente para que caminara. Mis pies estaban pesados, apenas lograba dar un paso bien dado. Las voces de la gente se fueron apagando poco a poco, hasta que solo escuchaba los latidos de mi corazón. Mi abuela me tomó por las mejillas. No podía escucharla, aun así, sabía lo que quería decirme. Tenía que calmarme y respirar. Después de tantos años, todavía me dolía ver a mujeres embarazadas, sobre todo las que estaban cerca de la semana 24, que fue cuando perdí a mi bebé.

Verlas me recordaba lo que perdí, lo que mi cuerpo no pudo llevar a término. Si hubiera podido conseguir un mejor seguro médico, nada de eso habría pasado. Pero el seguro del trabajo que tenía en ese momento no cubría el embarazo y yo no tenía dinero para pagar las consultas.

Empecé a recordar a Andy, lo poco empático que fue conmigo cuando todo sucedió. Las cosas que me dijo después de que nuestra hija falleciera. Parecía no importarle nada. Sus palabras fueron frías, vacías, desprovistas de cariño. Dijo que podíamos tener otro bebé, como si la que acababa de morir no contara para nada, como si solo fuera un objeto que habíamos perdido. Después de eso, se marchó a casa con la excusa de que tenía que cuidar de Jack. Y yo sabía que era mentira, porque Jack estaba con sus abuelos ese día. Pero no dije nada, simplemente, enterré eso en lo más profundo de mi mente. Porque yo era experta en enterrar cosas de Andy, en cegarme a mí misma y seguir adelante. Sin embargo, eso se acabó y quizás fuera tarde, pero se acabó y jamás volvería a ser así con nadie.

Cerré los ojos y respiré hondo. Tenía que calmarme, no podía dar explicaciones de esto. Si Nate venía hacia aquí, sabría qué me había puesto mal y él se entristecería por mi culpa. Vale. Pensaría en otra cosa, más tarde lloraría por esto, pero no ahora.

—Eso es, cariño —dijo mi abuela—. Respira.

—Mejor —murmuré con la voz ronca.

—Vale, cariño.

Puse mis manos encima de las de mi abuela mientras la miraba a esos ojos tan verdes como los míos. Estaban llenos de sabiduría, de toda una vida vivida y de amor. Amor por mí y por mi hermano. El abuelo y ella nos criaron cuando nuestros padres decidieron que ya no querían tener hijos. Ella se despertaba temprano por las mañanas para ir a recogernos a casa de nuestros padres y llevarnos al colegio. Nos recogía y nos llevaba a su casa hasta que era de noche. Cuando se enteraba de que mis padres nos habían dejado solos a Nate y a mí en casa, se enfundaba sus pantalones de ogro y los regañaba hasta

que se sentían avergonzados. Aunque nunca era suficiente, pues ellos volvían a comportarse de la misma forma. Pero el abuelo y ella estaban ahí para nosotros.

—Te quiero, abuela.

—Y yo a ti, cariño.

—¿Charlie? —Miré por encima de mi hombro.

—Emily, ¿qué pasa? —Hizo un puchero con el labio inferior, luego miró hacia atrás, como si hubiera algo o alguien…—. ¿Está aquí? —Ella asintió y corrió hacia mí, se abrazó a mi cintura.

—¿Madre Gothel ha venido? —Puse los ojos en blanco. En serio que mi abuela debería aprender a cerrar la boca delante de las niñas.

—Abuela —advertí—. Emily, tienes que tranquilizarte.

—Pero me duele el pecho.

—Lo sé, joder —susurré.

—Papá le está gritando por aparecer sin invitación y porque… —Emily se calló.

—¿Por qué, cariño? —le preguntó mi abuela.

—La he abrazado y me ha empujado, otra vez. Dijo que le iba a manchar su vestido.

—Eso puedo hacerlo yo. —Detuve a mi abuela antes de que pudiera dar un paso.

—No —le dije—. Abuela, por favor… —La risa de Emily me silenció.

—Ven conmigo, cariño, yo seré tu escudo. —Mi abuela tomó a Emily de la mano.

—¿Como el del Capitán América?

—Sí, como el de él.

—Nate te ha hablado de los superhéroes, ¿verdad? —le preguntó a mi abuela.

—Me sé todos los nombres de memoria.

Seguí a mi abuela y a Emily de regreso a donde estaban los demás. La voz de Ezequiel pronto se escuchaba por encima de ninguna otra. Estaba muy enfadado con su exesposa. Mi abuela se quedó a un lado con Emily, continuaban hablando de los superhéroes y sabía que mi abuela solo estaba tratando de distraerla. Miré de reojo a Adam, mostraba el mismo enfado que su hermano mayor y tenía a Kitty apretada contra su pecho. Los padres de los chicos Bennet parecían disgustados y enfadados a partes iguales. Los gemelos la observaban a todos. Inmóviles. Sin parpadear. Con esos ojos grandes y vacíos, como si realmente fueran muñecos a los que solo había que vestir de forma ridícula para su edad.

Me detuve al lado de Ezequiel, que se calló en cuanto me vio. No sabía qué estaba haciendo ni por qué me había acercado tanto a él. Quizás fuera por sus hijas, no quería que vieran a su padre en este estado.

—¿Y esta qué pinta aquí? —Miré a la exesposa de Ezequiel con una ceja levantada.

—Soy Charlotte Pierson, la profesora de Kitty —me presenté.

—Y repito mi pregunta: ¿qué pintas en casa de mis suegros?

—Exsuegros —gruñó Jared—. Hace mucho que dejaste de pertenecer a esta familia. Y Charlie ha sido invitada por mis padres… y por toda la familia.

La mirada de Wendy me recorrió de pies a cabeza con desdén. El cuerpo de Ezequiel se interpuso entre las dos, interrumpiendo su evaluación.

—Lárgate de mis tierras, Wendy, no voy a repetírtelo más veces.

—O te vas o te saco yo mismo —la amenazó Jared. Ella se rio falsamente.

—¿Otra vez te vas a comportar como un abusón? ¿Es que no tuviste suficiente con lo que le hiciste a Hannah James?

Jared se quedó congelado, como si hubiera visto un fantasma, su rostro se puso totalmente pálido. Me despisté un momento, observando el horror en sus ojos. Ezequiel dio un paso al frente, empujando a Wendy con su cuerpo. Ella y los gemelos cayeron al suelo. Agarré a Ezequiel por el antebrazo y tiré de él. No sabía qué estaba pasando y por qué ese comentario de Wendy le había enfadado más de lo que ya estaba. Ezequiel no se detuvo, me arrastró con él.

—Ezequiel, por favor, para —dije temblando.

—Suéltame, Charlotte.

—Tus hijas están presentes y esa mujer sigue siendo su madre.

—¡No lo es! —vociferó sin mirarme, tenía la vista fija en Wendy, que ya se había levantado del suelo—. Ella las abandonó, Kitty ni siquiera tenía nombre cuando se fue. —Tragué grueso.

—Aun así, ellas no deben verte así —musité.

Emily apareció de repente, abrazándose a la cintura de su padre con tanta fuerza que temí que se hiciera daño en los brazos.

—Papá, por favor, basta —suplicó.

—Mi cielo… —Ezequiel tomó mi mano brevemente y me dio un apretón—. Que alguien saque a esta mujer de mis tierras o llamaré a la policía.

—Ya lo hago yo —se ofreció mi abuela con una sonrisa, una que conocía demasiado bien, con ella había amenazado a mi madre más de una vez.

—Por Dios —murmuré. Nate ni siquiera la detuvo, se cruzó de brazos, observando a nuestra abuela agarrar del brazo a Wendy y arrastrarla fuera de nuestra presencia.

Ezequiel se volvió hacia mí.

—Lamento que hayas tenido que presenciar esto, Charlotte.

—¿Estás bien? —Su ceño se frunció por unos segundos. Luego asintió—. Vale, eso es lo que importa. —Puse una mano en la espalda de Emily—. Cariño, ya puedes soltar a tu padre.

—No quiero —susurró con la voz llena de emoción.

—Mi cielo, estoy bien y esa mujer ya no está aquí.

Froté la espalda de Emily suavemente. Poco a poco se fue soltando de su padre. Él la levantó del suelo, como si no fuera una adolescente de trece años. Aun así, Emily se abrazó al cuello de su padre.

—Lo siento mucho, mi cielo. No deberías haberme visto así.

—No importa, papá. Te sigo queriendo. —Ezequiel se rio suavemente.

—Es un alivio escuchar eso.

—Ya he sacado la basura —intervino mi abuela—. No deberíais dejar que se acumule tanta, había dos ratas con ella.

La risa de Emily estalló en medio de toda la tensión acumulada, relajando el ambiente y a su padre.

—Abuela, tienes un verdadero don para decir las cosas —le dijo mi hermano, ella se encogió de hombros.

Susan y Richard nos ordenaron sentarnos a comer antes de que Jared volviera a incendiar la casa. Emily pidió sentarse al lado de mi abuela para seguir hablándole de todo lo que había aprendido de los superhéroes. A mí me tocó sentarme en el sitio que Emily había dejado libre, al lado de su padre. Jared repartió la carne en el centro de la larga mesa, dos bandejas llenas de comida deliciosa. Parecía mucho más apagado que antes de que Wendy dijera lo que dijo. Al parecer, eso le había afectado mucho.

Extendí un brazo para agarrar una de las bandejas con puré de patatas, pero Ezequiel se me adelantó y me sirvió en mi plato.

—Gracias —dije.

—Sigue en pie la cena, ¿verdad? —susurró.

—Sí, claro que sí.

—Bien, no querría que te echaras atrás después de cómo me has visto.

—Ezequiel, entiendo por qué has actuado de esa forma, estabas protegiendo a tus hijas.

No dije nada sobre su hermano, por alguna razón sabía que no debía hacerlo. Si Jared ahora parecía un fantasma moviéndose en automático, era por algo. Comí en silencio, escuchando las conversaciones en la mesa. Sobre todo, atenta a la tal Mackenzie, que parecía ser la sombra de Robert Taylor, el esposo de Poppy.

—Hay algo raro entre ellos —susurró Ben a mi otro lado—. Reyan dice que están juntos.

—¿Y quién es Reyan? —pregunté susurrando.

—Mi mejor amigo, ahora está en la universidad, pero pronto regresará al pueblo. Te va a caer genial.

Esbocé una sonrisa, reflejo de la que Ben tenía en su rostro. Sentí una mano posarse en mi muslo. Rápidamente, miré a Ezequiel con una ceja levantada. Me ignoró y siguió comiéndose su chuletón.

—Aparta esa mano, viejo de rancho.

—No sé de qué me hablas, chica de ciudad.

—Sí, claro. —Sonrió antes de meterse en la boca otro trozo de comida—. Eso no te pertenece.

—Todavía, Charlotte, todavía.

Capítulo 13



Charlie

No me reconocía en el espejo. ¿De verdad esa era yo? Nate estaba detrás de mí con la mandíbula desencajada, mirándome de arriba abajo. Mi hermano jamás me había visto prepararme para una cita. A lo mucho, me había visto con un vestido sencillo, como el de girasoles. Pero jamás con uno que se ajustaba perfectamente a cada curva de mi cuerpo. Pasé mis manos por el exterior de mis muslos. El dobladillo del vestido me llegaba por las rodillas. El color amarillo pastel hacía juego con mi pelo castaño y mis ojos verde bosque.

Apenas llevaba maquillaje, un poco de sombra de ojos color marrón y un delineado muy sutil. Los labios eran lo que más resaltaba, debido al gloss rosa. Respiré hondo y me giré hacia Nate y nuestra abuela. Ella tenía una sonrisa cálida en su rostro.

—Estás preciosa, cariño —dijo.

—¿De verdad? Es la primera cita que tengo en… años.

—Nunca te he mentido, Charlie.

—Lo sé, abuela. Es que… no sé, quiero estar presentable.

—¿Te gusta ese hombre?

—Sí, supongo. Aunque me irrita la mayor parte del tiempo. —Mi abuela se rio.

—Tu abuelo hacía lo mismo conmigo.

Nate por fin reaccionó. Se puso delante de mí y tomó mis manos. Ahora había una sonrisa donde antes había una boca abierta por la sorpresa.

—Hermana, estás impresionante —murmuró.

—Gracias, hermano.

—Tendré que romperle la cara a Ezequiel si te dice todo lo contrario.

Sonreí, porque dudaba mucho que él hiciera eso, dado sus palabras anteriores hacia mí. Pensar en eso me puso nerviosa. Quería que Ezequiel recorriera mi cuerpo con su lengua y esa era una verdad que me costaba aceptar. Me sentía mal teniendo una cita con un hombre, estando yo casada aún. Pero, en parte, él tenía razón. Yo no estaba haciendo nada malo, no era mi culpa que Andy no hubiera firmado los papeles del divorcio todavía. Así que no pensaría en lo malo que era que tuviera una cita cuando aún no era del todo libre. Y preferí enfocarme en Ezequiel. Sí, eso era lo que quería, pensar en él y en nuestra noche.

Solté las manos de mi hermano y recogí mi bolso de la cama. No sabía a dónde me iba a llevar Ezequiel, así que había decidido ponerme unos tacones no muy altos. Igualmente, él seguía siendo mucho más alto que yo.

Salí por la puerta de casa. Ezequiel ya me esperaba junto a su Ford. Sonreí al tiempo que negaba con la cabeza, él entornó los ojos. Recorrí el corto camino de entrada.

—Buenas noches — lo saludé.

—Ni siquiera sé qué decir, Charlotte. —Sus ojos vagaron por mi cuerpo y no me sentí insegura, porque sabía que él no tenía ningún pensamiento negativo sobre mí—. Joder, chica de ciudad, estás preciosa.

—Gracias. Tú tampoco estás nada mal. —Me reí, era tan raro verlo fuera de los pantalones vaqueros y camisas de cuadros—. El traje te sienta muy bien.

—Es de Adam, yo ni siquiera tengo uno.

—Deberías de tener al menos uno, estás muy guapo.

Ezequiel sonrió. Luego se inclinó hacia mí para dejar un beso en mi mejilla. Me sonrojé de inmediato, lo noté, mis mejillas ardían. Su sonrisa creció cuando se separó de mí. Ezequiel me abrió la puerta del copiloto y me ayudó a subir a su pick-up. Lo vi rodeando el coche y subiéndose al lado del conductor.

—¿Dónde vamos? —pregunté.

—A Cody, hay un restaurante muy elegante y a las mujeres os gusta eso, ¿no?

—No acabas de decir eso —me reí. Ezequiel frunció el ceño—. ¡No es cierto! —Mi voz salió demasiado aguda—. Ezequiel no a todas las mujeres nos gusta lo mismo.

—Adam lleva a todas sus citas a este restaurante, él fue quien me lo recomendó.

—Ezequiel, no tienes que llevarme a un restaurante lujoso o elegante. Lo digo en serio.

—Entonces, ¿al bar de Marlow?

—Ese parece un gran plan.

—Pero… llevas un vestido demasiado elegante, Charlotte.

—Este vestido lo he elegido para ti, no para el lugar a donde me llevas.

Emitió un suave gruñido y no supe muy bien cómo reaccionar, aunque de repente comencé a reírme a carcajadas.

—No puedes decirme algo así y reírte, chica de ciudad, es de mala educación.

—¿Mala educación? Estaba siendo sincera.

—Entonces yo también seré sincero y te diré que me encantaría ver lo que traes puesto debajo de ese vestido. —Mi risa se detuvo

abruptamente.

—¿Siempre eres tan directo?

—Si algo me interesa, sí. Y tú, Charlotte Pierson, me interesas mucho.

Me mordí el labio inferior. Me gustaba su sinceridad, era algo nuevo para mí.

—Y Adam no es un gran ejemplo —murmuré.

—¿Por qué dices eso?

—Conozco a tu hermano prácticamente desde que llegué aquí y lo he visto con diferentes mujeres en un corto periodo de tiempo. Las lleva a ese restaurante para meterse en la cama con ellas.

—Bueno, eso tampoco suena tan mal.

—Por el amor de Dios —me reí.

—¿Qué? Soy un hombre cachondo.

Mis ojos se abrieron. Me reí, Ezequiel sonrió y empezó a reírse también. Cuando el coche se detuvo en el bar de Marlow, mi estómago estaba dolorido por las risas. Hacía mucho tiempo que no me lo pasaba tan bien y la noche solo había empezado. Ezequiel me abrió la puerta de la pick-up tras bajarse y rodearla. Me dolían las mejillas de sonreír. Y se sentía bien ese ligero dolor. Ezequiel me tomó de la mano, entrelazando nuestros dedos.

—No quiero que huyas —dijo.

—¿Por qué iba a huir, viejo de rancho? —Él sonrió. Acaricié su mano con mi pulgar—. No tenía pensado salir corriendo.

—Bien, eso me gusta.

Entramos en el bar, lleno de conversaciones y risas. Me gustaba mucho este lugar y lo prefería a cualquier restaurante elegante. Aquí me sentía como si estuviera en casa; esa familiaridad y calidez no se conseguían en cualquier sitio. Nos sentamos al fondo, en una cabina

aislada del resto, perfecta para esta cita. Me senté frente a Ezequiel. Cogí la carta, lo mismo que hizo él, y comencé a leerla.

—¿Qué quieres pedir? —me preguntó al cabo de un rato.

—Creo que pediré el solomillo de vaca al whisky. —Me pareció ver una leve sonrisa en la cara de Ezequiel—. ¿Y tú?

—Entrecot a la parrilla. —Entorné los ojos—. ¿Qué?

—Tengo la sensación de que ocultas algo.

—No oculto nada, chica de ciudad.

—Dímelo —exigí—. Has sonreído cuando he dicho lo que quería pedir.

—No es cierto.

—¡Lo es! —exclamé, riéndome—. Ha sido una sonrisa breve, pero la he visto y no vas a engañarme.

—Está bien. Marlow siempre compra carne a mi rancho y me emociona que pruebes el producto por el que he trabajado.

Una cálida sonrisa apareció en mi rostro. ¿Tan fácil era hacerlo feliz? Apoyé los codos en la mesa y lo miré fijamente.

—¿Qué más venden aquí que provenga de Bison Valley? —le pregunté.

—El pollo frito y las verduras, estas las cultivan mis padres y las venden a la gente del pueblo.

—Entonces me gustaría pedir una parrillada de verduras.

La intensidad en la mirada de Ezequiel me ponía nerviosa en el buen sentido. Mientras la música country sonaba de fondo, nos quedamos en silencio, mirándonos a los ojos. Negué con la cabeza, sonriendo.

—¿Qué? —preguntó.

—Es raro.

—¿El qué?

—Verte sin sombrero —admití—. Siempre estás con él. La verdad es que pensé que aparecerías con uno.

—Lo tengo en el coche, puedo ir a por él si tanto lo echas de menos. O quizás… —La sonrisa que desplegó me hizo tragar grueso —. A lo mejor es que quieres ponértelo y montar al vaquero.

—Oh, Dios —me reí—. En Laramie no existe esa norma.

—Claro que sí, pero no has ido a ningún rodeo y por eso no la conocías.

Pensé en Jack, él adoraba los rodeos y, definitivamente, le encantaría conocer a Ezequiel y su rancho. Mierda. Jack sería el niño más feliz en este pueblo, adoraría ir al colegio de aquí y hacer amigos con los que hablar de toros. Seguramente, empezaría a entrenar para ser el mejor *rider* cuando fuese adulto.

—Charlotte, ¿todo bien?

—Sí —musité—. Me he acordado de alguien.

—Entiendo. —Levanté la vista hacia Ezequiel, me estaba observando con atención.

—No es lo que piensas —dije rápidamente al ver en su mirada algo de preocupación y… ¿celos?—. En Laramie dejé a un niño de nueve años al que adoraba —confesé—. Jack… es increíble y le encanta el rodeo. Pensaba en que este pueblo sería como un sueño para él.

—¿Jack era algo tuyo?

—Sí y no… Es complicado.

—No tienes que hablar de ello si no quieres.

—En realidad, quiero, pero duele. Verás, cuando conocí a mi… ex, ya tenía un hijo. —Ezequiel carraspeó, parecía incómodo—. Nunca me importó —continué—, porque Jack era increíble. Respetuoso, bueno y amable. —Esbocé una sonrisa—. También era revoltoso.

Pero cuando hablaba del rodeo, sus ojos se iluminaban y no podía dejar de parlotear. Lo poco que sé de este deporte, es por él.

—Parece un gran chico.

—Lo es.

Nos sirvieron la cena un rato después. Ezequiel me hablaba de su rancho, de todo el trabajo que había en uno especialmente grande e importante como Bison Valley. No solo tenían toros de rodeo, sino también otros animales con los que comerciaban y exportaban carne a todo el país. Jared y Ben eran quienes se encargaban de esa parte. Me enteré de que Jared había estudiado en la universidad marketing y contabilidad. Mientras que Adam y Ben habían optado por no estudiar y dedicarse a trabajar duramente en el rancho familiar.

—¿Y tú? —pregunté.

—Fui a la universidad —respondió.

—Lo siento, pero no me lo parecía. —Ezequiel levantó una ceja.

—¿Otra vez prejuzgando, Charlotte?

—¡Sí! No tienes pinta de haber estudiado en la universidad.

—¿Y eso por qué?

—Porque eres todo rudo por fuera y un maleducado.

El tenedor se detuvo en su plato. Fruncí los labios en una fina línea, evitando que la carcajada que burbujeaba en mi pecho saliera, solo lo estaba molestando y parecía haber funcionado.

—Charlotte —susurró, provocando que una corriente eléctrica recorriera mis piernas—, no eres la más indicada para hablar de educación. —Mi mandíbula se desencajó.

—Soy educada —protesté.

—Claro, por eso me has sacado el dedo medio más veces de las que puedo contar. —Había comenzado a hacer ese gesto y él se dio

cuenta. Empezó a reírse—. Charlotte, me encantaría que fueras una jodida maleducada conmigo en la cama. —Mi corazón se aceleró.

—De verdad que no tienes filtro.

—¿Para qué? Sé lo que quiero y voy a por ello.

Me froté la cara con las manos, esta conversación había tomado un rumbo… La carcajada salió de mí antes de que pudiera sofocarla. Miré a Ezequiel, mordiéndome el labio inferior.

—Jamás había conocido a nadie como tú —le dije.

—Espero que eso sea un cumplido.

—Sí, lo es. Pero eres un poco raro.

—¿Y ese insulto a qué viene ahora?

—No es un insulto… Bueno, no del todo. Es que a veces eres tan gruñón y otras tan… cachondo.

—Puedo ser ambos. Ser gruñón no me exime de ser un hombre al que le gustan las mujeres.

Dejé los brazos sobre la mesa y apoyé mis pechos sobre ellos. Mi escote debió pronunciarse, porque los ojos de Ezequiel bajaron a la velocidad del rayo.

—Mis ojos están más arriba, viejo de rancho.

—Me gustan las vistas que tengo.

—Por el amor de Dios, Ezequiel —murmuré riéndome.

—Charlotte, te lo digo total y completamente en serio. Quiero tenerte en mi cama y hacerte cosas indecentes.

Suspiré. No estaba acostumbrada a tratar con hombres tan directos como él. En realidad, solo había tratado con Andy, él había sido mi primero en todo.

—Sin prisa —murmuró.

—¿Debo agradecértelo?

—Por supuesto, si por mi fuera te follaría en el baño de este bar.

Una bola de aire se quedó atascada en mi garganta. Ezequiel se rio. Sentí el calor subiendo por los dedos de mis pies, recorrer mis piernas y llegar a mi centro. Me removí en la silla.

—Baila conmigo —exigió Ezequiel.

—¿Bailar?

—Sí, me arriesgaré a que me pises los pies.

Puse los ojos en blanco. Aun así, acepté la mano que me ofreció. Me llevó a la pista de baile, donde las parejas bailaban una canción que me había acompañado durante mi viaje a donde me encontraba ahora. Una canción que me gritó que había esperanza para mí. Ezequiel rodeó mi cintura con su brazo. Apoyé la mejilla en su pecho, justo sobre el corazón, dejando que la letra de *When I Get Where I'm Going* nos envolviera. Cerré los ojos y me dejé llevar por el vaivén de su cuerpo, como si, por un momento, el mundo se hubiera detenido solo para nosotros. Ezequiel me guiaba con delicadeza de un lado a otro de la pista, moviéndonos lentamente.

Apreté los dedos en su espalda, se había quitado la chaqueta y la corbata. Me sentí como en una película romántica, viviendo el momento perfecto de los protagonistas. Y pensé en mis abuelos, en la historia de amor que habían vivido. Cuántas veces me contó mi abuelo que le encantaba llevar a mi abuela a bailar. Todo lo que yo había querido era algo como lo que ellos habían compartido. Ese amor incondicional, lleno de pequeños momentos felices y divertidos. Andy jamás me dio nada de eso y Ezequiel, sin ser nada mío, ya me había proporcionado algo que siempre quise: bailar una canción lenta en una cita.

—Gracias —susurré.

—¿Por qué, Charlotte?

—Por la cita. —Me dio un beso en la cabeza—. Ha sido la mejor que he tenido nunca. —*Y la única*, pensé.

—Entonces, ¿te gustaría repetir? —Mi pecho vibró por la risa.

—Me encantaría.



Ezequiel aparcó la pick-up a un lado de la calle. Todas las luces de mi casa estaban apagadas, mi abuela y mi hermano ya debían de estar dormidos. Nate tenía que levantarse temprano para ir a trabajar al rancho y mi abuela solía irse a dormir la primera.

Los dedos de Ezequiel acariciaron un lado de mi cuello. Mis vellos se erizaron con su contacto. Giré la cabeza, insegura, y lo miré a los ojos. Ezequiel se inclinó en su asiento hacia mí, dejando su cara a escasos centímetros de la mía.

—¿Puedo? —preguntó.

—Sí.

Sus labios rozaron los míos. Luego me besó. Lo hizo con calma, sin ningún tipo de urgencia. Mis labios se separaron y dejaron entrar su lengua. Ezequiel me tomó por la nuca y dio un tirón de mi pelo. Mi cabeza cayó levemente hacia atrás y él profundizó el beso. Maldita sea, sabía besar. Tiró de mí hacia él, sentándome de lado en su regazo. Su mano libre se posó en mi muslo expuesto, pues el vestido se me había levantado. Me dio un suave apretón mientras seguía desgastando mis labios con su beso.

El volante se me clavó en la espalda, pero no dolía, quizás porque estaba demasiado concentrada en la boca de Ezequiel. Él se detuvo. Ambos jadeando. Presionó su frente contra la mía.

—Será mejor que salgas de este coche, chica de ciudad. —Sonreí ampliamente, me gustaba el efecto que tenía en él, era adictivo gustarle tanto a alguien—. Eres preciosa, Charlotte. —Deslizó un dedo por mis labios—. Y hay muchas cosas que quiero hacerte ahora mismo; en todas ellas, tú estás desnuda.

—No puedes decirme algo así y pretender que me vaya a casa.

Ezequiel se rio. Me dio un corto beso en los labios al tiempo que abría la puerta de su lado. Me ayudó a bajar y después bajó él. Recorrimos el camino de entrada tomados de la mano.

—¿Cuándo puedo volver a llevarte a cenar? —me preguntó ansioso—. O podemos hacer otra cosa.

—¿No estarás muy ocupado con la competición? —Se rascó la barba.

—Sí, ni siquiera me había acordado del rodeo y eso nunca me había pasado.

—¿Te distraigo? —Asintió sonriendo—. Puedo pasarme por Bison Valley el domingo. Creo que mi abuela y tu madre ya habían quedado.

—¿Nos estamos escondiendo?

—No, es que… Me preocupa cómo se puedan tomar esto tus hijas.

—Entiendo. No lo había pensado.

—Lo supuse, no eres de pensar mucho. —Ezequiel elevó una ceja, haciéndome reír.

—Bien, el domingo en el rancho. Pero te advierto que eso no cuenta como cita.

—No pretendía que contara como cita, solo era una excusa para verte.

—Sabía que te encantaba verme. —Solté una carcajada. Ezequiel me empujó contra una pared. Puso una mano junto a mi cabeza; me había arrinconado entre su cuerpo y la pared.

—Me gusta cuando te ríes, chica de ciudad. —Besó mi mejilla—. Es un sonido agradable y encantador. —Recorrí con mi dedo índice la dureza de su pecho—. De verdad que deberías entrar en casa, Charlotte.

—¿Y si no lo hago?

—Te follaré aquí mismo y quiero escucharte gritar mi nombre, creo que los vecinos se escandalizarían.

—Definitivamente, lo harían.

Me puse de puntillas para besarlo. Ezequiel me tomó por la cintura y me atrajo hacia él. Murmuró un «joder» entre beso y beso al tiempo que amasaba mi trasero. Se separó de mí a regañadientes, yo tampoco quería que lo hiciera, pero realmente tenía que entrar en casa.

—Nos vemos el domingo —dije, abriendo la puerta.

—Sí, hasta el domingo, chica de ciudad.

—Sueña conmigo, viejo de rancho.

Bufó sonoramente al tiempo que se daba la vuelta para ir hacia su coche.

—Me voy a masturbar pensando en ti, Charlotte Pierson.

Se me escapó una carcajada mientras lo observé subirse a su coche. Ezequiel era raro y divertido, tan sincero que a veces asustaba, pero me gustaba y… Sí, realmente me gustaba ese hombre.

Capítulo 14



Charlie

Era lunes. Tres días después de mi cita con Ezequiel. Nos habíamos vuelto a ver antes de que pudiéramos organizar nuestra segunda cita. Primero fue en su rancho y después en una reunión en el colegio. Luego de que terminé de hablar con todos los padres sobre el final de curso, él se quedó un rato más conmigo en la clase. Nos estuvimos besando todo el rato, ninguno de los dos pudo reprimir las ganas que teníamos de seguir por donde lo dejamos el viernes. Eso fue hace unas horas. Tras separarnos, ambos llegamos a una conclusión: queríamos dar un paso más. ¿Era demasiado pronto? Quizás. Pero no me importaba.

Ya estaba vestida para encontrarme de nuevo con él. Vendría a recogerme y me llevaría a Cody. Esto no era nada romántico y… a la mierda con todo. No quería ser romántica en estos momentos. Solo quería sentir todo lo que se me había negado durante mi matrimonio con Andy. Quería tener pasión, besos acalorados como los que Ezequiel me dio en la clase y en su coche después de nuestra cita. Quería ser inapropiada por una vez en mi vida.

Quería… *vivir*.

Le confesé a mi terapeuta que durante toda la relación con Andy me había sentido como si estuviera muerta, como si solo tuviera que actuar como se esperaba de mí. La pasión, el deseo, las ganas de

hacer locuras, nada de eso había existido. Ella comprendió lo que quería decirle y me comentó que, por desgracia, no era la primera ni la última mujer en sentirse así. Había estado atrapada en una relación herida de muerte desde el inicio. Lo único bueno que había sacado de eso era a Jack.

Él había sido un regalo. Confesé en terapia que, pensándolo en frío, no estaba segura de qué habría sido de mí sin él en mi vida. Y comencé a sentirme culpable y mal por no poder hacer nada por Jack. Mi terapeuta me dijo que esos sentimientos eran normales, pero que, después de todo, yo no era la madre biológica del niño y no podía hacer nada por cambiar su vida. Tenía razón; sin embargo, seguía sintiéndome mal por Jack. Y, en realidad, tenía tantísimas ganas de volver a verlo y abrazarlo. Lo extrañaba muchísimo cada día. Pero si me arriesgaba a llamarlo, sabía que era muy posible que Andy contestara esa llamada o estuviera cerca y no estaba preparada para hablar con él.

Aparqué todos esos pensamientos a un lado. Ya tendría tiempo de eso en otro momento. Me di un último vistazo en el pequeño espejo del vestíbulo de mi casa y salí. La pick-up de Ezequiel ya se encontraba aparcada en la calle. Me dijo que dejaría en casa de sus padres a las niñas con la excusa de que necesitaba entrenar para el campeonato de rodeo. Al parecer, todos se lo creyeron. Subí al coche en medio de la noche. Me reí. Parecíamos dos adolescentes escabulléndose para hacer travesuras. Me mordí el labio inferior. Esta tontería que estábamos haciendo para estar los dos solos un rato era más emocionante que toda mi relación con Andy. Y me daba cuenta de que quería más de estas escapadas a altas horas de la noche. De que quería explorar con Ezequiel todas y cada una de las travesuras que existían e inventar otras solo para nosotros dos.

Lo miré mientras conducía por la oscura carretera que iba hacia Cody. Me incliné hacia él, sintiéndome totalmente valiente, aunque mañana estaría más que avergonzada por mi comportamiento. Le di un beso en el cuello.

—No deberías hacerme eso mientras conduzco.

—¿Te pongo nervioso?

—Me pones cachondo, chica de ciudad. —Empecé a deslizar la mano por su muslo, sintiendo la aspereza de su pantalón vaquero—. Cariño, si sigues provocándome, no llegaremos a Cody.

—Creo que me gusta cómo suena esa idea.

Ezequiel desvió la pick-up por un camino oscuro y silencioso. Las luces del coche iluminaban los gruesos troncos de los árboles. El coche daba pequeños saltos por los baches en el camino de tierra. Se detuvo frente a un pequeño lago, iluminado por la luz de la luna. Ezequiel echó su asiento hacia atrás, luego me tomó por las caderas y me subió a horcajadas sobre su regazo. Se me había escapado un gritito por la sorpresa. Era la primera vez que un hombre me cogía en volandas. Me sujetó por la nuca, sin perder tiempo para estrellar sus labios contra los míos. Mi corazón latía rápido dentro de mi pecho. Estaba excitada y nerviosa. Sería mi primera vez en… mucho tiempo.

—Cariño, quiero hacerte muchas cosas sucias. ¿Me dejas?

—Sí, por favor, hazlo.

Ezequiel gruñó. Mi vestido salió volando de mi cuerpo, me había parecido escuchar la tela crujir. Pero ahora eso no era importante. Arranqué la ropa del cuerpo de Ezequiel. No sabía muy bien qué hacía, solo me movía por instinto y creí haberle arañado en el pecho sin querer. ¿De dónde había nacido esta urgencia? Podría ser porque no había dejado de mirarme con intensidad durante toda la reunión. ¿O puede que fuera porque yo misma me lo estaba comiendo con los ojos mientras les explicaba cosas a los padres?

Los labios de Ezequiel cayeron sobre mis pechos. Su lengua humedecía mi piel mientras mis caderas comenzaron a frotarse contra él como si tuvieran vida propia. No me resistí, no me negué nada de lo que mi cuerpo pidiera. Jamás volvería a hacer algo así. Yo era importante, mis sentimientos, mis deseos y mis necesidades lo eran. Nunca más volvería a ser el felpudo de nadie. Así que dejé que

Ezequiel me diera lo que tanto deseaba ahora. Me quitó el sujetador y lo lanzó al otro asiento. Sus labios envolvieron uno de mis pezones.

—Oh, joder —gemí.

—Son preciosos, Charlotte. —Sus dedos se clavaron en la tierna carne de mi cintura—. Eres jodidamente guapa. Y tu cuerpo es… una maldita provocación.

Comencé a desabrochar su cinturón y a bajar la bragueta de su pantalón vaquero. Se me escapó un jadeo al sentir el enorme y grueso bulto que se escondía tras la ropa de Ezequiel.

—¿Asustada, chica de ciudad? —Lo miré a los ojos, entornando los míos.

—Ni por un segundo.

Ezequiel sonrió. Lo vi extender el brazo a los asientos traseros. No pude evitar reírme al ver lo que había cogido. Dejé que me pusiera su sombrero en la cabeza.

—Ponte el sombrero y monta al vaquero —dijo.

—Encantada, viejo de rancho.

Saqué su pene de sus pantalones con su ayuda. Realmente era grande y venoso. Lo acaricié mientras Ezequiel abría el envoltorio de un condón. En cuanto lo tuvo, se lo quité de la mano y lo deslicé por su longitud endurecida. Las costuras de mis bragas cedieron por los tirones que Ezequiel había dado de ellas.

—Móntame, Charlotte. —Lo alineé con mi entrada. Me deslicé lentamente, mirándolo a los ojos. Ezequiel gruñó y ese fue mi único aviso. De un empujón lo tenía dentro de mí—. Muévete, joder. Fóllame.

Me agarré de sus hombros desnudos. El vaivén de mis caderas comenzó de inmediato. Eché la cabeza hacia atrás. No podía creer que estuviera teniendo sexo en un coche. Andy jamás habría accedido a hacer algo así. Me moví rápido sobre Ezequiel, me sentía estirada de la mejor forma posible. Llena. Sus gemidos se mezclaban

con los míos. Me apretó los pechos con sus grandes manos y gemí. No sabía que eso pudiera gustarme.

—Charlotte —dijo, gimiendo—. Cariño, eres espectacular. Mira tus pechos, cómo rebotan, joder.

—Ezequiel —jadeé—, te sientes tan bien dentro de mí.

Me apoyó contra el volante, la bocina comenzó a sonar de forma constante mientras Ezequiel me embestía con fuerza. Me agarré a la parte posterior de su cuello con una mano y al volante con la otra. Estaba obscenamente abierta de piernas para él, aunque apenas había luz y no podía ver muy bien. Y, en parte, me alegraba de que así fuera. Grité su nombre y gemí. El sudor caía por mi frente. Mi pegajosa piel se rozaba con la de Ezequiel y hacía que mil fuegos se encendieran en mi interior. Tenía la respiración acelerada, el aire pasaba a mis pulmones a cuentagotas. Mis labios se separaron, dejando pasar un gritito de placer. ¿Dónde estaba tocando Ezequiel dentro de mí?

—¡No te detengas! —exclamé—. Joder, joder.

—¿Ahí es donde te gusta?

—Sí, sí, sí. —Me folló más fuerte, me embistió embravecido, como si tuviera algo en mi contra, pero también quisiera verme disfrutar.

—Maldita sea, chica de ciudad. Follarte es la cosa más placentera que he hecho nunca. —No dejaba de mirarme a los ojos mientras me embestía—. Eres perfecta.

Mi vientre se apretó, haciéndome gritar. Las chispitas aparecieron en mis ojos. Ezequiel gritó fuerte mi nombre y me besó brevemente. Nuestras respiraciones se mezclaban. Estábamos sudados, hechos un asco. Pero… *felices*. Él sonreía y sabía que yo también lo estaba haciendo.

—Acabo de follarme a la profesora de una de mis hijas. —Me reí —. Joder, ya quiero volver a hacerlo.

—Yo también.

—Entonces vayamos a Cody.

—A Cody, pues.

Capítulo 15



Ezequiel

—Papá. —Miré por encima de mi hombro—. ¿Podemos hablar, por favor?

Asentí a Emily, ella entró en la cocina y se sentó en una silla. Bajé el fuego de la estufa de la cocina. Hoy había terminado mi trabajo antes de tiempo porque Nate se empeñó en que me fuera a casa y que él se encargaba de las tareas pendientes, que no eran muchas ni muy difíciles. Así que en cuanto llegué, comencé a cocinar para mí y para mis hijas, ellas estaban a punto de llegar del colegio. Me senté al lado de mi hija. La sentía nerviosa, como si no estuviera muy segura de lo que tenía que decirme. Tomé sus manos y les di un beso, sonrió y pareció calmarse un poco.

—Dime, mi cielo —dije con suavidad.

—Quiero volver a terapia. —Mi corazón dio un vuelco. No había nada que pudiera hacerme más feliz que esto—. Esta mañana, durante el recreo, he estado hablando con Charlie y ella me ha animado a intentarlo otra vez.

—¿Estás segura? Me haría muy feliz que hablaras con un profesional de tus sentimientos. Aunque sabes que yo siempre voy a estar aquí para escucharte, sé que no puedo darte tan buenos consejos. —Emily se levantó de su silla y se sentó en mi muslo. Rodeó mi cuello con sus brazos.

—Te quiero muchísimo y eres el mejor padre del mundo, pero tienes razón, tus consejos no son muy buenos. —Le di un suave pellizco en el costado, haciéndola reír. Emily sacó del bolsillo de su pantalón una tarjeta y me la entregó.

—Venías preparada, ¿eh?

—Me la dio Charlie, dijo que había estado buscando una buena. Esta terapeuta lleva un año aquí en el pueblo y tiene buenas reseñas en Google y también tiene muchas cartas de recomendaciones de su antiguo lugar de trabajo, eso dijo Charlie.

Le di un beso en la cabeza a mi hija, luego la apreté contra mi pecho. Tenía que agradecerle a Charlotte esto que había hecho por mi hija y por mí. Joder, le estaría eternamente agradecido. Emily necesitaba esta terapia y, después de cómo acabaron las cosas con su anterior terapeuta, creí que jamás querría volver a ver a uno. Quizás Nate o su abuela podrían ayudarme a encontrar un buen regalo para Charlotte; quería que fuera algo especial para ella. De repente, los girasoles vinieron a mi mente. A ella parecía encantarles.

Emily se estiró para darme un beso en la mejilla, luego se levantó de mi muslo y salió corriendo a buscar a su hermana para comer. Me froté la cara con las manos, tratando de calmar los nervios que habían empezado a recorrer mi cuerpo. Saqué mi móvil del bolsillo trasero de mi pantalón vaquero; necesitaba agradecerle a Charlotte lo que había hecho por mi hija. Así que le envié un mensaje.

Ezequiel: Gracias por lo que has hecho por mi hija, chica de ciudad. Cuando llegues a casa de mis padres, dile a Ben o a Jared que te lleven al establo de los caballos. Te estaré esperando allí.

Su respuesta no tardó en llegar.

Charlotte: No tienes que agradecerme nada, viejo de rancho. Pero allí estaré.

Esbocé una sonrisa. Tenía muchas ganas de verla, sobre todo, después de cómo acabó nuestra cita del viernes y la que tuvimos anoche. Joder, anoche fue increíble. El viernes nos habíamos besado

y yo cumplí con lo que le dije, en cuanto estuve a solas en mi habitación, hice cosas muy inapropiadas pensando en ella. Pero en cuanto a anoche… Ni siquiera podía describir lo que pasó entre nosotros. Mis hermanos habían tenido razón todo este tiempo. Charlotte… me gustaba —mucho— y yo era el único que no lo veía, hasta ahora. Tenía tantas ganas de avanzar con ella y explorar esta relación, tener más citas y llevarla a lugares de mis tierras que ella nunca había visto. Estaba seguro de que le encantaría toda la naturaleza que componía el rancho Bison Valley. Hoy comenzaría por llevarla a una hora de mi casa, al oeste, más cerca del parque de Yellowstone.

Quería enseñarle mi hogar y que ella lo amara tanto como yo. Podía ser que tuviera algo de inseguridad debido a Wendy. Ella había amado Eagle Creast, hasta que un día eso cambió y decidió que este pueblo ya no era para ella. Quería más. Un lugar más lujoso, más cosmopolita. Así que se fue y no miró atrás. Nunca volvió la cara para ver lo que dejaba atrás. Un año después, se acordó de las dos niñas que había abandonado. O simplemente intentó restregarme por la cara que había rehecho su vida con un hombre rico de Montana. En cualquier caso, a mí no me importaba. Wendy salió de mi vida y de mi corazón la misma noche que se fue de esta casa. Borré cualquier recuerdo de ella: fotos, decoraciones, mantas… Cualquier cosa que dejara atrás, excepto a mis niñas.

Echando un vistazo atrás, quizás debería haber hecho más para impedir que Wendy regresara a la vida de mis hijas cuando quisiera. Pero estaba agotado física y mentalmente.

—Papi. —La voz dulce de Kitty me sacó de mis pensamientos. Fruncí el ceño al mirarla, tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué ha pasado, Kitty?

—Es… ella. —Lo supe, porque Kitty no solía referirse a Wendy como “mamá”, no la conoció nunca de esa forma—. Ha hecho llorar a Emily.

—¿Qué? —Di un salto de la silla. En dos pisadas, me encontraba al pie de la escalera, donde estaba Emily, sentada en un escalón totalmente abatida—. Mi cielo.

—Ha llamado. Me ha dicho que tengo que ir a Montana con ella para… —Emily sollozó—. Para cuidar de los gemelos, porque su esposo y ella se van de crucero o algo así. Le he dicho que no quería y me ha respondido que nunca debería haberme tenido.

—¿Qué coño…? —gruñí—. Ve con tu hermana a casa de los abuelos, mi cielo.

—¿Qué vas a hacer, papá?

—Cometer un asesinato.

—¡Papá, no puedes hacer algo así! —chilló, al tiempo que se levantaba del escalón. Su móvil cayó rodando por la escalera hasta llegar a mi bota—. ¿Por qué mamá me hace esto?

—Emily…

—No soy suficiente para ella, ¿verdad? —Su pecho subía y bajaba rápidamente—. No tengo el pelo tan bonito como Gemma Lockwood o la gemela a la que trata como a si fuera su hija. Tampoco tengo tantos vestidos ni tan hermosos. Y no soy guapa, no como ella desearía.

—Mi cielo, eso no es cierto. Tú eres la adolescente más guapa que he visto en mi vida. Y tu pelo es tan largo y del color de la miel, es precioso.

Subí un escalón, pero Emily dio un paso atrás, alejándose de mí. Mi corazón comenzó a aporrear con fuerza contra mi pecho, al mismo tiempo que mis ojos se desviaban hacia el líquido rojizo que comenzaba a caer del interior de la manga de la camiseta de mi hija. Subí los escalones de dos en dos. Emily trató de huir, pero la atrapé antes de que pudiera lograrlo. No sabía qué estaba haciendo, solo me movía en automático. Sabía que había agarrado a Kitty con mi otro brazo y la había empujado dentro de la pick-up. También supe que até a Emily con los cinturones de seguridad, aunque ella se retorciera

mientras gritaba. Kitty lloraba asustada. Yo también lo estaba. Aun así, hice lo que debía y me subí al volante y arranqué el motor.

Los llantos de mis hijas me acompañaban mientras conducía hacia el hospital local. Por suerte, abrieron uno aquí en el pueblo y no tenía que viajar hasta Cody. Crucé el rancho a toda velocidad. También el pueblo. En menos de diez minutos ya nos encontrábamos en urgencias. Emily estaba siendo atendida por los médicos y Kitty lloraba en mi hombro.

—Ezequiel. —Me giré abruptamente al oír mi nombre detrás de mí—. Te vimos irte del rancho como alma que lleva el diablo, ¿qué ha pasado?

Me derrumbé en los brazos de Adam. Ben tomó a Kitty y la consoló mientras Jared y Adam se encargaban de escucharme. Balbuceé cada palabra, las lágrimas no dejaban de caer de mis ojos. Apenas era capaz de hacer conexiones mentales, no podía encajar lo que mi hija había intentado y solo esperaba que me dejaran verla y abrazarla. Quería tener a mi niña en mis brazos. ¿Por qué había pasado esto? Tenía la respuesta y no quería hacerle frente. Aunque sabía, en lo más hondo de mí, que Emily solo había actuado de esta forma por culpa de su madre.

Habíamos estado tan cerca de conseguir ayuda para ella. Pero Wendy siempre tenía que destruirlo todo. Siempre destruía todo lo que Emily lograba. Estaba harto, cansado de todo esto. Y debería haberlo hecho mucho antes. Le pedí a Ben que hablara con Reyan y consiguiera que Wendy firmara una renuncia voluntaria de sus derechos y deberes como madre de Kitty y Emily y una orden de alejamiento. No quería que Wendy se acercara nunca más a mis hijas, ni siquiera por teléfono. Mi hermano pequeño asintió y le entregó mi hija a Jared. Kitty se había quedado profundamente dormida.

—Reyan lo conseguirá, sabes que cuando se propone algo, lo logra —dijo Adam.

Asentí. Reyan estaba a punto de terminar la carrera, pero sus profesores lo tenían en alta estima. Gracias a ellos —y a los contactos de sus padres— ya había representado varios casos… y los había ganado todos.

Adam me empujó suavemente por el hombro hacia una silla de la sala de espera.

—¿Dónde están papá y mamá? —pregunté.

—Vienen de camino.

—Tenían invitados.

—Sí, por eso no se han venido con nosotros.

—Gracias —les dije a Jared y a él.

—Sabes que siempre puedes contar con nosotros, hermano —me dijo Jared.

Suspiré, sabía lo difícil que era para él estar en este lugar, donde tanto tiempo había pasado. Por eso le estaba especialmente agradecido. Ben se acercó a nosotros. Jamás había visto a mi hermano pequeño con la cara tan roja por el enfado. Se sentó a mi lado.

—Reyan ya está trabajando en ello. Me ha dicho que tienes que demandar a Wendy, Zek. Esta vez debes llevarla a juicio.

—Bien, que prepare todo. —Mi hermano asintió.

—También me ha dicho que va a hablar con una amiga de uno de sus profesores. Según Reyan, esta mujer es importante en el mundo legal y ha ganado infinidad de casos con niños de por medio.

—Vale —dije derrotado.

—Yo me encargo de esto, hermano. —Ben me dio un suave apretón en el hombro.

Adam había salido un rato para entretener a Kitty. Mis padres llegaron hacía ya tres horas y mi móvil había estado sonando sin parar. Miré la pantalla, solo una notificación de tantas me interesaba. Charlotte me había dicho que si necesitaba hablar con alguien, estaría ahí para mí en cualquier momento. El resto de notificaciones eran de Wendy. Reyan se había dado prisa y le había enviado los documentos de la renuncia de sus derechos y deberes. Por supuesto, no estaba dispuesta a eso y no sabía por qué, quizás solo quería ejercer control sobre nosotros. No es que quisiera a las niñas. Se fue, las dejó.

—¡Papi! —Kitty corrió hacia mí, sonriendo. La tomé en mis brazos y le di un fuerte abrazo—. El tío Adam dice que me va a comprar dos hamburguesas de Marlow.

—¿En serio te ha dicho eso?

—Sí, una para mí y otra para Emily. Así se pondrá bien, ¿verdad? —Mi corazón dio un vuelco.

—Sí, mi vida. Seguro que tu hermana se pone mejor con una hamburguesa de Marlow.

—Son sus favoritas, papi. —La voz de Kitty se rompió. Froté su espalda con mi mano.

—Kitty Cat, ¿quieres que nos vayamos a casa y pasemos por el bar de Marlow de camino? —le preguntó mi padre. Ella se giró hacia él en mis brazos y asintió.

—Vale, abuelito, pero me tienes que traer de nuevo para dejarle la hamburguesa a Emily. —Mi padre la cogió en sus brazos.

—Lo haremos, princesa. Y después nos iremos a casa.

—Pero mañana vamos a volver aquí para ver a Emily, ¿verdad?

—Claro que sí —respondió mi madre mientras salían de la sala de espera—. Emily te echará mucho de menos esta noche y mañana querrá darte besos. —Kitty asintió, conforme con lo que su abuela le decía.

Respiré hondo cuando desaparecieron por las puertas automáticas de la sala de urgencias. A los pocos minutos, el médico que había atendido a Emily nada más llegar al hospital, se acercó a mis hermanos y a mí para informarnos del estado de mi hija. La herida no había sido profunda, aunque se había quedado a escasos centímetros de alcanzar las venas. Si ese hubiera sido el caso, Emily no estaría aquí ahora. En este momento, mi hija se encontraba consciente y había hablado con la terapeuta de urgencias; sentí algo de alivio tras escuchar eso. El médico nos llevó al box donde la tenían. Los ojos de mi hija se llenaron de lágrimas al vernos.

—Lo siento mucho, papá. No quería asustarte, es que no me encontraba bien. —Me incliné hacia ella y le di besos por toda la cara.

—No me pidas perdón, mi cielo. Sé que solo te estabas sintiendo mal por… —Preferí quedarme callado—. Te quiero muchísimo, Emily.

Sus tíos la llenaron de besos, igual que había hecho yo, aunque eso no sirvió para que me regalara una de sus risas. Me senté en el borde de la cama, tomando la mano del brazo herido con cuidado de no tocar la venda.

—Kitty va a traerte una hamburguesa de Marlow —le dijo Adam.

—No tengo hambre, tío Adam. Y tampoco quiero verla, me siento avergonzada.

Jared dio un paso adelante y le dio un beso en la frente, acariciando su pelo con delicadeza.

—Sabes que no debes sentirte avergonzada por esto, ¿verdad? —susurró Jared, con la voz suave y firme—. Lo que ha pasado no es tu culpa. A veces el dolor se vuelve tan grande que una parte de nosotros se pierde y ya no sabe cómo seguir adelante. Solo… eres humana, princesa. —Le acarició el pelo con más ternura—. Y en cuanto a Kitty, ella no está enfadada y no te juzga. Quiere estar contigo, abrazarte, recordarte lo mucho que te ama. Todos te amamos. No estás sola, ni lo estarás nunca.

Le sequé las lágrimas de los pómulos a mi hija. Sus ojos se desviaron de su tío a mí.

—¿De verdad Kitty quiere verme, papá?

—Sí, tus abuelos se la han llevado porque estaba un poco inquieta. Pero les exigió que la trajeran aquí después de comprar las hamburguesas. Dijo explícitamente que una era para su hermana mayor.

—Vale. ¿Y cuándo va a venir?

—Se fueron hace nada, princesa—respondió Adam—. Tardarán un poco en regresar.

—¿Por qué no descansas un rato y duermes? —pregunté.

—Pero me despiertas cuando Kitty venga con mi hamburguesa, ¿vale?

—Por supuesto, mi cielo. Duérmete, tus tíos y yo te cuidamos desde aquí.

Capítulo 16



Ezequiel

Ayudé a Emily a cambiarse de ropa, la que trajeron mis padres por la mañana temprano cuando supieron que iban a darle el alta a mi hija. Emily había estado dos noches en observación y había hablado con la terapeuta de nuevo. La doctora nos recomendó que debía empezar la terapia, pero también dijo que Emily era reacia y que no se le podía obligar a ir, que eso sería peor. Tenía que salir de ella tanto asistir a terapia como abrirse sobre lo que la estaba matando por dentro.

—¿Te duele el brazo? —le pregunté. Ella negó con la cabeza. Tenía las mejillas algo enrojecidas, le avergonzaba hablar de la herida—. Te quiero, mi cielo. —Le di un beso en la cabeza—. Vamos, tu hermana nos espera en casa.

—Papá, quiero ir directamente a nuestra casa.

Solté un suspiro. Sabía que eso era lo que querría hacer, ahora mismo, apenas deseaba ver a nadie. Recogí la ropa sucia de la cama que trajo puesta el otro día y la eché dentro de la bolsa.

—Por favor, quémala o tírala. —La voz de mi hija era casi inaudible. Asentí.

Tomé a Emily de la mano y salimos juntos de la sala de urgencias tras despedirnos de los médicos y las enfermeras que la habían estado atendiendo; habían sido muy amables y cariñosos con mi hija y conmigo. Emily se abrazó a mi cintura mientras caminábamos hacia el coche. Ni mis hermanos ni mis padres estaban aquí por

petición de mi hija. Dijo que no quería tener público cuando se marchara del hospital y ellos habían cumplido con su deseo. Ayudé a mi hija a subirse al asiento de copiloto. La vi echando un vistazo hacia atrás y rápidamente miró hacia delante.

—Mi cielo. —Sus ojos se posaron sobre mí—. No hay nada ahí atrás, solo la silla de Kitty. —Ella asintió.

—Creí que habría…

—No —la interrumpí—. Está limpio.

—Lo siento mucho, papá. —Metí un mechón de pelo detrás de su oreja—. Sé que no quieres que me disculpe, pero es que de verdad lo siento.

—Y lo sé, todos los sabemos. Tu… —Apreté los dientes—. Wendy pagará por esto y por todo el daño que te ha hecho, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, papá —respondió en un hilo de voz.

Le di un beso en la frente antes de cerrar la puerta y dejar la bolsa en el suelo de los asientos traseros. Rodeé el coche y me subí al lado del conductor.

—¿Has hablado con Charlie? —me preguntó de repente.

—Sí, me dio saludos para ti y dijo que tenía muchas ganas de verte.

—¿Por qué?

—Porque Charlotte te quiere, mi cielo.

—No lo entiendo, papá. Soy un desastre.

Respiré hondo. Con calma, puse mi mano sobre el muslo de mi hija y le di un suave apretón. Quería abrazarla y decirle lo mucho que valía.

—Emily, todos las personas somos un desastre. ¿Crees que existe el ser humano perfecto? No, mi amor, eso no es así. Yo cometo

muchos errores y seguirá pasando porque es algo natural. —Mi hija agachó la cabeza.

—Me siento insuficiente, papá.

—Pues no lo eres. Para mí, para tu hermana, para tus tíos y tus abuelos, eres mucho más que suficiente. Y Charlotte también lo ve.

—Nate me dijo después del cine que yo podía ser tan fuerte y valiente como la Viuda Negra —murmuró.

—Ya lo eres, mi cielo. Y saldremos de esto los dos juntos, siempre voy a estar a tu lado.

—¿Me lo prometes?

—Te lo juro, Emily. Tu hermana y tú sois lo mejor que me ha pasado en la vida, jamás podría alejarme de vosotras. Jamás sería feliz sin mis hijas, mi cielo.

Emily esbozó una pequeña sonrisa. Para mí eso fue más que suficiente. Sabía que no teníamos un camino fácil por delante, pero siempre estaría ahí para mis hijas.

—Papá, ¿puedo invitar a Charlie a casa? Me gustaría pasar la tarde con ella.

—Por supuesto, mi cielo. Puedes invitar a quien quieras.



Llegamos a casa hacía ya casi una hora y lo primero que hizo Emily fue correr hacia Kitty y abrazarla. La zarandeó de un lado a otro con los pies en el aire, Kitty no dejaba de reírse. Mis padres, que se habían estado quedando en mi casa para cuidar de mi hija pequeña, nos dejaron a solas tras llenar de besos y abrazos a Emily. Hablaría con ellos más tarde sobre las recomendaciones de los médicos. Tenía que convencer de alguna forma a Emily de que volviera a aceptar ir a terapia; estaba seguro de que Charlotte era la persona indicada para convencerla.

Terminé de preparar la comida para los cuatro. Charlotte dijo cuando Emily la llamó que hoy terminaba antes de tiempo en el colegio y que se pasaría por aquí enseguida. Emily la invitó a comer con nosotros.

—Ya está la mesa puesta, papá —me avisó Emily.

—Sí, papi, ya está toooodo preparado. ¿Puedo ponerme mi vestido de girasoles, por favor?

—Corre a vestirte, Kitty Cat —dije, y ella corrió escaleras arriba. Negué con la cabeza sonriendo.

—Papá —murmuró Emily en voz bajita al tiempo que se sentaba en un taburete de la isla de la cocina—. ¿Podemos ir de compras el sábado? A mí también me gustaría tener un vestido de girasoles.

Fruncí el ceño levemente mientras dejaba sobre la encimera un plato lleno de patatas al horno.

—Mi cielo, no tienes que imitar el estilo de nadie. —Sus labios se afinaron en una línea.

—No es eso, es que quiero ir a juego con mi hermana, sé que a ella le hará ilusión.

Apoyé las manos en la encimera, mirando fijamente a mi hija.

—Sabes que te compraré todo lo que me pidas, pero no quiero que hagas cosas por los demás solo por hacerlos felices. Tienes que pensar en ti y en lo que tú quieres.

—Pero eso es ser egoísta, ¿no? —Me encogí de hombros.

—Emily, no está mal ser egoístas de vez en cuando, ¿de acuerdo? Ahora dime, ¿prefieres un vestido de girasoles o un nuevo sombrero?

Se quedó en silencio, sopesando mi pregunta. Dejé que el tiempo transcurriera en silencio. Quería que mi hija fuera egoísta, que ambas niñas lo fueran. Al menos, en este sentido. Sí, me gustaba que Kitty hiciera cosas por Emily y viceversa, pero no quería que todo girara en torno a los demás. También tenían que pensar en lo que

ellas querían. Aunque mi Kitty tenía ese concepto muy bien aprendido, pues ella siempre hacía cosas que la hacían feliz primero a ella y después a los demás. Excepto si se trataba de su hermana mayor. Como a mí, a Kitty le encantaba ver sonreír a Emily.

Salí de la cocina para dejar la comida en la mesa del comedor. Estaba un poco nervioso, era la primera vez que Charlotte iba a ver mi casa. Eché un vistazo rápido a mi alrededor, buscando cualquier cosa fuera de lugar. Exhalé un suspiro, luego me acerqué al sofá, donde los juguetes de Kitty están desperdigados. Mi labio superior se enroscó en una mueca de asco al coger una de las muñecas.

—Esta sí que es fea, joder —murmuré.

—Papá. —Di un respingo al escuchar la voz de Emily tan cerca de mí—. Kitty se enfadará si te escucha decir eso de Castora.

—¿Cómo cojones se le ocurrió ese nombre? —Emily se encogió de hombros.

—Dijo que tenía los dientes como un castor.

Jesús. Kitty tenía una mente digna de estudio para tener solo cinco años. Aunque tenía razón, la jodida muñeca tenía los dientes como un castor. El pelo, amarillo chillón, estaba enredado y sucio, víctima de los revolcones de Kitty por la tierra y el barro cuando llovía. La ropa estaba rota por algunos lados, pero no había forma de tirarla y comprarle otra. Kitty le tenía demasiado cariño a esta cosa… Castora.

La dejé en el sofá. Si mi hija bajaba las escaleras y no la veía en su sitio, tendría un gran problema como *"abuelo irresponsable"*.

—Recuérdame que jamás permita que tu hermana les ponga nombres a sus futuros hijos humanos —le dije a Emily. Ella soltó una risita baja. Sonreí por dentro.

—Te lo recordaré, papá. Y prefiero el sombrero vaquero y unas nuevas botas.

—Ya los tienes, mi cielo.

Emily y yo giramos la cabeza hacia la puerta abierta de casa cuando escuchamos el sonido de un coche acercándose. Emily chilló emocionada, mencionó que tenía muchas ganas de que Charlotte conociera nuestro hogar y de enseñarle su habitación. Y yo… En realidad, también estaba muy emocionado de tenerla en mi casa.

—¡Charlie! —chilló Emily al tiempo que salía corriendo hacia ella. Se abrazó a Charlotte.

—Hola, cariño. ¿Cómo te encuentras?

—Un poco mejor.

—Entonces, tenemos que conseguir que estés mejor del todo. —Emily asintió sonriendo. Los ojos de Charlotte se posaron sobre mí—. Hola, Ezequiel.

—Hola, Charlotte.

Se acercó a mí con Emily de la mano. Le di un beso en la mejilla, alargando el momento durante un rato.

—¡Profe! ¡Profe! —Charlotte se separó de mí y miró a Kitty dar un giro sobre un pie, con el otro levantado, la falda de su vestido ondeó en el aire.

—Guau —murmuró Charlotte. Kitty sonrió, encantada por la atención que recibía de su profesora—. Estás preciosa, Kitty.

—Es mi vestido superfavorito y tiene girasoles, como el tuyo.

—Te queda espectacular. —Charlotte pasó su brazo por encima de los hombros de Emily. Le dio un golpecito con la cadera a mi hija, haciéndola reír.

Tragué grueso. No sabía qué tenía Charlotte que tanto calmaba a Emily. Joder, era como un don o algo así. Me aclaré la garganta.

—La comida está lista —dije.

Emily guio a Charlotte a la mesa de comedor al tiempo que le señalaba a cosas de la casa. Mi hija se sentó en su lugar de siempre y le pidió a Charlotte que se sentara a su lado. Las observé durante

todo el rato. Charlotte escuchaba atentamente a Emily mientras mi hija le contaba lo que había hablado con la terapeuta del hospital. No entendía nada de por qué Emily era tan abierta con esta mujer. Pero tampoco me importaba, siempre y cuando ella estuviera bien. Si había encontrado en Charlotte a alguien en quien podía confiar, yo estaba bien con eso.

Mis ojos conectaron con los de Charlotte en más de una ocasión. Me habría gustado estar a solas con ella y... hablar, solo quería eso. Tener un adulto a mi lado con el que desahogarme. Podría haberlo hecho con mis hermanos o mis padres, pero quería que fuera Charlotte. Y comprendí que quizás eso era lo mismo que le pasaba a Emily.

—Papá ganará este año, otra vez. —Fruncí el ceño—. No puedes perdértelo, Charlie.

—Por nada del mundo me perdería el espectáculo.

—Este año no participo en el rodeo —dije.

Emily me miró confundida. Todavía no le había comentado nada, pero era algo que había decidido ayer de madrugada, mientras la cuidaba en ese box de urgencias.

—No puedes hacer eso, papá. Todos los años ganas el campeonato de rodeo.

—Mi cielo... —Solté un suspiro—. No gano siempre y este año no puedo participar.

—Papi, tú eres el supercampeón —dijo Kitty sin dejar de revolver las verduras en su plato.

—¿Es por mi culpa, papá? —preguntó Emily.

—Claro que no. Quiero cuidaros a tu hermana y a ti, si participo en el rodeo, tendré menos tiempo libre con los entrenamientos. Ya he perdido demasiado tiempo en eso.

—Pero papá... —Emily agachó la cabeza, comenzó a juguetear con la comida en su plato.

—¿Y si yo las cuido? —intervino Charlotte—. El colegio está a punto de acabar y, de hecho, termina antes de que comience el rodeo. Estoy teniendo las tardes libres y me aburro. —Le dio un empujoncito a Emily en el hombro con el suyo—. Puedo cuidar de estas dos chicas preciosas mientras tú entrenas.

Emily me miró con los ojos llenos de esperanza. Dejé a un lado el tenedor y me recosté en la silla, mirando fijamente a la mujer que se acababa de ofrecerse a cuidar a mis hijas solo para que yo participara en el jodido rodeo e hiciera feliz a Emily.

—¿Estás segura? —le pregunté.

—Tan segura como tú subido a un toro. —Emily arrugó el ceño y se rio—. ¿Qué he dicho?

—No es muy seguro subirse a un toro, Charlie —respondió entre risas.

Charlotte puso los ojos en blanco y le dio un pellizquito en el costado a mi hija, haciéndole cosquillas. Joder, cuando estaba con ella, Emily no dejaba de reír. Mi hija volvió a poner sus ojos en mí.

—Entonces… —musitó.

—Está bien —dije. Emily chilló feliz, levantando los brazos—. Pero tenéis que venir a verme a entrenar por las tardes, esa es mi única condición.

—¡Oye, tienes mucha cara! —exclamó—. Encima de que voy a cuidar a tus dos princesas, exiges cosas. Maldito viejo de rancho.

Las niñas se rieron, no pude evitar reír también. Charlotte era un soplo de alegría en esta jodida casa. Lo que me hizo pensar en que eso podría extenderse a… mucho tiempo.

Capítulo 17



Charlie

Apoyé los codos sobre el borde superior de la puerta de madera. Emily se fue con sus tíos a montar a caballo y, de paso, se llevó a Kitty. Me pidió que me quedara aquí hasta que ella volviera, no tenía ningún problema con eso, pues me gustaba estar en este rancho. Me encontraba en el establo de las vacas, observando a un pequeño ternero ser amamantado por su madre. Ezequiel estaba dentro, ayudando a la joven vaca. Era su primer bebé y lo había tenido mientras él estaba en el hospital con Emily.

Solté una bocanada de aire, atrayendo la mirada de Ezequiel. Le dediqué una sonrisa. Podía ver en su mirada lo cansado que estaba. Quería ayudarlo, pero no sabía muy bien cómo hacerlo. No debía ser fácil para él cuidar de dos niñas, una de ellas con depresión y la otra con tan solo cinco años. Supuse que por eso me ofrecí a cuidar de las niñas por las tardes mientras él entrenaba para el rodeo. Sabía que podrían haberlo hecho los padres de Ezequiel, pero ya hacían demasiado por él y por las niñas y a mí no me importaba cuidar de ellas.

Ezequiel se levantó del pequeño taburete de madera cuando el ternero fue capaz de amamantar por sí solo. Salió de la cuadra. Rodeó mi cintura con su brazo y dio un tirón de mi cuerpo, pegándolo al suyo.

—¿Te he dicho lo mucho que me gusta verte en mi rancho?

—Creo que en la última media hora, lo has dicho como trescientas veces.

—Pues que sean trescientas una. —Esbocé una amplia sonrisa.

Me besó al tiempo que me empujaba con su cuerpo hacia atrás, hasta que mi espalda chocó contra la pared de madera del establo de las vacas. Ezequiel me devoró con el beso. Le hizo cosas a mi cuerpo que no había sentido nunca. Sus manos bajaron por mis costados, por mis muslos… Subió la falda de mi vestido lentamente, sin dejar de besarme. Se me escapó un gemido. No deberíamos estar haciendo esto aquí, alguien podría entrar y vernos. ¿Qué más daba eso ahora mismo? Solo quería disfrutar de él, de sus labios moviéndose por mi mandíbula, bajando por mi cuello. De sus manos explorando mi cuerpo sin ningún pudor. ¿Dónde estaba la Charlotte que se habría escandalizado por esto? No lo sabía y no quería saberlo.

Clavé mis uñas detrás del cuello de Ezequiel, ganándome un gruñido de su parte.

—Sería tan fácil follarte aquí mismo, chica de ciudad.

Gemí. Imaginé eso, a él tomándome aquí, y lo quería. Ezequiel levantó mi muslo a su cintura. Su boca era imparable en mi piel. Se frotó contra mí.

—Dime algo, cariño —susurró con voz muy ronca—, ¿estás mojada para este viejo de rancho?

—Sí —musité excitada.

—Joder. De verdad que quiero follarte.

—Creo que no tenemos tiempo para eso.

Ezequiel presionó su frente contra la mía. Yo también quería estar con él tan… íntimamente. Cerró los ojos. Realmente parecía agotado. No debió dormir nada en el hospital, lo cual era normal. Su hija de trece años había intentado suicidarse.

—Deberías irte a dormir un poco, Ezequiel.

—No puedo… —Le di un beso en los labios.

—Vete, yo cuido de las niñas. Necesitas dormir, mañana tienes que entrenar.

—Charlotte, he accedido a que cuides de mis hijas por las tardes para hacer feliz a una de ellas, pero no tienes que hacer nada más.

—Lo sé, es que quiero hacerlo. Te puedo ayudar, ¿vale? No estás solo en esto. Ve a dormir, yo me encargo de Emily y de Kitty.

—Está bien. La verdad es que estoy agotado… —Frunció el ceño—. No. He estado agotado otras veces y esto no tiene nada que ver.

—Vete —dije riéndome.

—Ven conmigo hasta que me quede dormido.

—Ezequiel, no confío en ti estando en una cama en este momento. —Sonrió—. En serio, tienes que dormir.

—Pero no puedo quitarte las manos de encima, cariño.

Puse mis manos en su pecho y comencé a empujarlo. De verdad que tenía que irse y descansar. Ezequiel se resistió un poco, podría haberme detenido, pero sabía que su cuerpo le estaba pidiendo a gritos una cama y no precisamente para lo que su otro cerebro —más pequeño y pervertido— quería. Conseguí que me hiciera caso y nos llevara de regreso a su casa, que no estaba muy lejos de los establos de las vacas. Aun así, no me soltó en todo el camino, trató de meterme mano cada vez que me pegaba demasiado a él. Aunque también me hizo reír a carcajadas, pues parecía más un adolescente que un hombre de casi cuarenta años.

Le quité el sombrero cuando cruzamos el umbral de la puerta de su casa, que, por cierto, era preciosa y cálida. Había algunos juguetes de Kitty desperdigados por ahí y eso solo la hacía más agradable. Aquí se respiraba vida. Ezequiel subió las escaleras casi arrastrando los pies. Soltaba algún que otro suspiro. Me mordí el labio inferior al tiempo que tomé una gran bocanada de aire. Este pobre hombre no estaba pasando por su mejor momento. Me puse manos a la obra y

comencé a recoger lo que él no había visto. Me di cuenta de que trató de que todo estuviera en perfecto orden. Limpié la cocina y los platos de la comida. Luego el salón… La puerta de casa dio un golpe, Kitty corría, riéndose. Emily la atrapó, lo que la hizo chillar.

—Cariño, cariño —susurré—, no hagáis ruido, vuestro padre está durmiendo.

Kitty me miró ceñuda, con las manos en puños sobre sus caderas. Reprimí una carcajada. Estaba tan mona con su vestido de girasoles, sus botas de cowgirl y el pelo trenzado.

—Papi nunca duerme de día —musitó para sí misma, pensativa—. ¿Está malito?

Me acuclillé en el suelo, quedando a la altura de su cara.

—No, cariño. Tu padre solo está cansado. —Levanté la vista, Adam entró sonriendo.

—No puedo creer que hayas convencido a Ezequiel de echarse una siesta —dijo con burla.

—Lo necesitaba. —Me encogí de hombros, restándole importancia—. Emily, creo que tienes deberes.

—¿En serio? —protestó.

—Sí, tráelos y te ayudo. —Rodó los ojos hacia atrás, pero obedeció.

—Parece que lo tienes todo controlado —dijo Adam—. ¿O me necesitas?

—No, puedes irte. Puedo cuidar de las chicas yo sola, no serán las primeras niñas a las que me enfrente.

—Yo no soy una niña —se quejó Emily, que venía con su mochila —. Ya tengo trece años.

—Y será mejor que te quedes con esa edad —gruñó su tío—. Puede que a tu padre no le importe demasiado, pero como te vea con novio, lo crucifico.

—¡Adam! —exclamé en un susurro—. No puedes decir esas cosas delante de Kitty.

—Ella será la siguiente en ser adolescente, me niego a que conozcan a ningún cabronazo que les rompa el corazón.

Lo empujé por el pecho, pero era imposible moverlo, sobre todo porque él medía algo más de dos metros y yo más de veinte centímetros menos que él. Adam se reía.

—Niñas, ayudadme —supliqué.

—Emily, tenemos que deshacernos de la bestia inmunda —dijo Kitty.

Se me escapó una carcajada. Mis fuerzas comenzaron a fallar justo cuando las niñas se acercaron y me ayudaron a empujar a… *la bestia inmunda*.

—Vete, bestia —espetó Kitty.

—Sí, muévete, bestia —la secundó Emily. Mi pecho temblaba por mi risa silenciosa.

—Llévate tu inmundicia a otro lado, apestoso —gruñía Kitty.

Miré a Emily de soslayo, tenía la cara colorada por aguantarse la risa.

—Jesús, ¿dónde aprende esas cosas? —le susurré.

—De los empleados de papá —respondió, riéndose bajito—. Tío Adam, por favor, muévete. —Emily apoyó la frente en el duro pecho de su tío, él le dio un beso en la cabeza. Se movió de repente, haciéndonos caer hacia delante a las tres a la vez—. Eso ha dolido.

Me quité un zapato y se lo lancé a Adam, que lo esquivó con un rápido movimiento de cabeza. Le saqué el dedo medio. Emily y Kitty me imitaron.

—A mi hermano le va a encantar cuando le cuente las obscenidades que le estás enseñando a sus hijas.

Me levanté del suelo rápidamente, pero él corrió hacia su caballo, se subió de un salto y se marchó. Dios, estos chicos Bennet… Negué con la cabeza. Cada uno de ellos tenía una personalidad diferente al resto, pero el conjunto era simplemente genial. Ayudé a Emily a levantarse del suelo.

—¿Te has hecho daño? —Sacudió la cabeza.

—Solo quería molestar a mi tío, sé que se va a sentir mal durante toooodo el día. —Esbocé una sonrisa—. ¿Me ayudas con los deberes?

—Por supuesto que sí. Kitty, cariño, ¿por qué no vas a por tu libro de colorear?

—¿Y también tengo deberes de esos?

—Claro que sí, ya eres una niña grande.

—¡Mimi, soy una niña grande, como tú!

Mis labios se afinaron. Era imposible que Kitty no gritara en vez de hablar.

Saqué del horno la tarta de manzana y hojaldre. La cocina tenía una mezcla de olores que podría despertar a un muerto. Hice el pastel de carne de mi abuela y lo acompañé con verduras salteadas. Kitty no parecía muy feliz con esto último. Emily estaba en la isla de la cocina, terminando sus deberes mientras yo cocinaba para nosotras y para Ezequiel, cuando se despertara, claro.

Dejé la bandeja en la encimera. Emily levantó la vista de su libreta.

—Huele muy bien —dijo—. A papá no le salen los pasteles de ningún tipo.

Sonreí. Podía imaginar a Ezequiel intentando cocinar un pastel para sus hijas.

—Cuando quieras uno, dímelo y lo haré para ti.

—¿De verdad?

—Sí. —Emily soltó un suspiro tembloroso—. ¿Qué pasa, cariño?

—Soy una carga, ¿verdad?

Me acerqué a ella, pasé mi brazo por encima de sus hombros. Emily recostó la cabeza en mi hombro.

—No lo eres, Emily. Las cosas que estás sintiendo, lo que tu cerebro te dice, no son ciertas. ¿Quieres que te cuente un secreto?

—Sí.

—Yo también estuve como tú. Alguien me hizo sentir que no valía nada.

—¿Quién?

—Un hombre que estaba en mi vida. Yo lo amaba de verdad, estaba cegada por él. Así que no me di cuenta de que las cosas que me decía no estaban bien. En mi interior trataba de justificar sus palabras.

—¿Porque lo querías?

—Sí. Pero el amor no puede justificarlo todo, por mucho que quieras a esa persona.

—Mamá me ha hecho mucho daño, Charlie —sollozó.

—Lo sé, cariño, y no debería ser así. Una madre debe amar y proteger a sus hijos como una leona. No debe destruirlos, jamás debe romperles el corazón. —Emily me abrazó—. Y si una madre hace eso, no merece que sus hijos la quieran.

Froté su espalda delicadamente. Emily sollozaba en mi hombro. Vi a Kitty subirse a un taburete y a la encimera, gateó por encima de esta para llegar a su hermana.

—Mimi —susurró—, ella no es buena, pero tú sí y yo te quiero mucho.

Emily levantó la cabeza de mi hombro. Rompí el abrazo y ella cogió a su hermana para achucharla.

—Yo también te quiero mucho, Kitty Cat.

Ezequiel entró en la cocina con el ceño fruncido y gesto soñoliento. Les dio un beso a cada una de sus hijas y luego se quedó mirándome, como si no supiera si hacer lo mismo conmigo. Así que me levanté del taburete y rodeé la isla.

—He hecho la cena —dije, mirándolo a los ojos. Ezequiel asintió —. Debería irme ya.

—No, por favor —dijo Emily apresuradamente. Miró a su padre—. Papá, ¿se puede quedar Charlie a dormir? Tenemos una habitación libre y ella puede dormir ahí. —Mis cejas escalaron por mi frente.

—Mi cielo —comenzó Ezequiel, con la voz ronca por el sueño—, creo que Charlotte no tiene aquí un pijama y mañana tiene que trabajar.

—Está bien —musitó Emily, derrotada.

Me mordí el labio inferior, no quería verla así. Ezequiel no dejaba de mirarme, como si esperase a que discutiera con él. No lo hice, pero cedí a la petición de Emily.

—Puedo levantarme más temprano y recoger mis cosas en mi casa antes de ir a trabajar —dije. Los ojos de Emily brillaban.

—Podemos ver una película después de cenar. El tío Jared me ha dicho que hay una de Los Vengadores que me va a encantar.

Esbocé una sonrisa. Rápidamente, desvié la vista hacia Ezequiel y lo que vi en sus ojos calentó cada rincón de mi cuerpo. Algo me decía que no iba a dormir mucho esta noche. Su boca se curvó por un lado por un solo segundo.

—Te dejaré una de mis camisetas para que estés más cómoda — dijo. Me miró de arriba abajo, aunque la isla no lo dejaba ver mucho más debajo de mis caderas, me sentí totalmente expuesta. Recordé

que así mismo me tuvo en su coche, expuesta y abierta para él y mis mejillas empezaron a arder—. Y un pantalón de chándal.

—Gracias —dije con voz ronca. Carraspeé—. La cena está… caliente.

Dios, quería morirme de la vergüenza en este momento. Ezequiel pasó por mi lado. No. Se detuvo a mi lado y se inclinó hacia mi oído.

—La cena no es lo único caliente, chica de ciudad —susurró.

Capítulo 18



Ezequiel

Estaba lleno. La cena que Charlotte había preparado estaba buenísima y comí más de lo que mi estómago podía resistir solo por vicio. Joder. Era una buena cocinera y Kitty no se había reprimido al compararla conmigo. Dijo que me amaba con todo su *enorme corazón,* pero que Charlotte era mejor cocinera. La maldita tarta de manzana y hojaldre estaba de muerte. Kitty atrajo mi atención, dándose palmaditas en la barriga.

—Igual que papi —dijo, provocando las risas de Charlotte y Emily.

—Jesús, Kitty Cat —murmuré—. Yo no tengo barriga.

—Sí tienes, papá. —Entrecerré los ojos hacia Emily—. Un poquito de barriguita, papá. Pero te amamos igual.

Charlotte asintió con una sonrisa en los labios, mirándome directamente a los ojos.

—¿Algo que decir de mi escultural cuerpo, chica de ciudad? —Su sonrisa se amplió.

—Tienes cuerpo de papá. —La miré ceñudo.

—¿Eso qué quiere decir?

—Bueno… —dijo, alargando la letra e—. No tienes abdominales marcados, pero no estás gordo. Tienes músculo, sin estar como… tus hermanos pequeños, sobre todo Adam. —Levanté una ceja ante los

celos que comenzaban a formarse dentro de mí. Charlotte me mostró sus dientes en una sonrisa enorme.

—¿Te gusta el cuerpo de Adam? —pregunté secamente, lleno de celos y algo de… envidia por mi hermano. Charlotte sacudió la cabeza.

—No, Adam no me gusta.

—Es una bestia inmunda. —Giré la cabeza hacia mi pequeña Kitty, ella me sonrió, esa típica sonrisa que mostraba cuando no quería que nadie la regañara—. A Charlie no le gustan las bestias inmundas, papi.

—¿Y yo qué soy? —le pregunte muy seriamente.

—Tú eres un rey, papi. Tu sombrero es la corona. —Kitty arrugó el ceño, como si estuviera pensando sus próximas palabras—. Pero te falta una reina. —Desvió su mirada a Charlotte—. ¿Quieres ser la reina de papi? —Emily y ella se rieron.

—Papá no necesita una reina, Kitty Cat —respondió Emily.

Solté un suspiro. No necesitaba ninguna reina, ya tenía a alguien. Me puse de pie, arrastrando las patas de la silla por el suelo. Emily y Kitty se quejaron a gritos por el molesto ruido que hice. Las imité con burla, ganándome que mis hijas se rieran. Kitty se subió a la mesa y saltó hacia mis brazos, aferrándose con sus brazos a mi cuello, como si fuera un mono. Ordené a Emily que limpiara la mesa y dejara todo en el fregadero para poner el lavavajillas. Kitty se bajó de mis brazos y ayudó a su hermana.

—Ven conmigo —le dije a Charlotte mientras las niñas recogían la cena—, voy a prestarte ropa para dormir.

Guie a Charlotte por la casa hasta llegar al pasillo de la segunda planta. Señalé a la izquierda.

—Por allí está mi habitación, al final de pasillo a la izquierda, la tuya es la de enfrente. —Señalé al otro lado—. Por allí están las de mis hijas y otra más de invitados.

—Es una casa enorme —dijo con admiración.

—Sí. Mis padres se aseguraron de que cada casa que construyeron para sus cuatro hijos tuviera más de tres habitaciones. —Caminé por el pasillo, iluminado por los apliques de las paredes.

—Querían nietos, ¿no? —Asentí. Charlotte iba detrás de mí, se agarró a mi camiseta—. ¿Y tú quieres más hijos?

—Si te digo la verdad, no es algo que me haya planteado. Pero... podría hacerlo.

—Entiendo.

Me eché a un lado y extendí mi brazo, dejándola pasar por delante de mí a mi habitación. Me quedé apoyado en el marco de la puerta mientras ella observaba todo. Charlotte se había detenido en medio de la habitación. Observaba en silencio. Y no era solo por curiosidad... Era algo más profundo. Como si, al examinar mi refugio, intentara entenderme.

La habitación estaba iluminada por la luz cálida del anochecer que se colaba entre las cortinas de lino. Las paredes en blanco hueso, salpicadas por los últimos rayos de sol, le daban a todo un aire sereno. Sobre la cama de madera maciza, con sábanas de algodón y una manta de cuadros doblada a los pies, descansaba mi sombrero. El que estaba algo gastado, con el ala doblada de tanto quitármelo y ponérmelo. Entre los postes de la estructura de madera, colgaba con orgullo sobre el cabecero, el lazo con el que gané mi primera competición de rodeo. Al otro, un cuadro antiguo con fotos en blanco y negro de mis hermanos y yo de pequeños montando a caballo. Y en la pared junto al enorme armario, una escopeta antigua descansaba en un soporte de madera, más decorativa que otra cosa, pero todavía útil si hacía falta.

En las estanterías, entre libros y alguna figurilla de vaquero tallada en madera por Ben cuando era pequeño, descansaban varias fotos. Charlotte se acercó a una de ellas: yo, con Emily sentada sobre mis hombros y Kitty abrazándome la pierna mientras reía sin

dientes. Fue el día que arreglamos la cerca tras la tormenta, y ellas se empeñaron en “ayudar”. Me estorbaron más que otra cosa. Pero nos lo pasamos bien y terminamos los tres resfriados.

No había ningún tipo de lujo aquí, pero sí el calor de un hogar, el que yo sentía cada vez que veía a mis hijas.

El sillón de cuero junto a la ventana tenía la forma de mi cuerpo, el respaldo hundido por tantas noches en las que me senté a cuidar de Kitty. Debería haberlo tirado, pero tenía tanto apego al maldito mueble que me era imposible. A su lado, una mesita con una taza vacía, con una pila de libros infantiles y el dibujo arrugado que Kitty me había dado hacía unos días: nosotros tres, con sombreros gigantes y caballos con cuernos: los unicornios que supuestamente teníamos en uno de los establos.

Charlotte se fijó en todo eso. Estaba sonriendo mientras sujetaba otra de las fotografías de la librería. Y yo supe, por primera vez en mucho tiempo, que no me molestaba que alguien viera quién era en realidad. Me acerqué a ella, un poco nervioso, era la primera mujer que dejaba entrar en esta habitación después de que Wendy se marchara. Los ligues ocasionales que tuve durante la temporada de rodeo jamás estuvieron en mi casa o en mi rancho, las llevaba al motel del pueblo. Allí es donde solían ir los vaqueros con las conejitas a pasar una noche.

Rodeé la cintura de Charlotte con mi brazo y bajé la cabeza. Sus dedos recorrieron la fotografía.

—Me gusta —musitó.

—Ese fue el primer cumpleaños de Kitty. Solo nosotros tres.

—¿Por qué? —Me encogí de hombros.

—Quería que… No sé, que solo fuéramos los tres ese día. Lo celebramos al día siguiente otra vez con mi familia. Pero…

—Lo entiendo —me interrumpió—. Habías estado solo con tus hijas y querías celebrar que lo hiciste bien. —La tomé por la barbilla

con mis dedos y levanté su cabeza. Los ojos de Charlotte estaban llenos de lágrimas y dolor.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque cada 10 de enero celebro el cumpleaños de mi hija. Ella nació muerta, Ezequiel. Ese día no solo murió ella, también comenzó a morir algo dentro de mí. Me consumió una enfermedad brutal, una putrefacción silenciosa que me llevó al borde del abismo. Pero, pese a todo, aprendí a celebrar cada año que sigo viva, que ella nunca morirá en mi mente ni en mi corazón. Celebro que, en algún otro universo, mi hija está viva y feliz. Aunque sé que eso es una estupidez…

—No lo es. —Posé mis labios brevemente sobre los suyos. No podía imaginar el dolor por el que estaba pasando y por todo el que había pasado. Si alguna vez me faltara alguna de mis hijas…—. Lamento mucho tu pérdida, Charlotte.

—Gracias —dijo con la voz completa y absolutamente rota.

—¿Tu ex era el padre? —Asintió, al tiempo que dejaba sobre la librería la fotografía.

—Hace dos meses trasladaron la tumba de mi hija a Eagle Creast. Pero aún no la he visitado.

—¿Por qué?

—No tengo fuerzas. El corazón se me rompe y vuelvo a caer en ese pozo. Mi terapeuta me ha estado ayudando a entender lo que me pasa.

—Por eso comprendes tan bien a Emily. —Se rio sin ganas.

—Y a Jared —murmuró—. Creo… creo que venir aquí fue algo bueno, pero al mismo tiempo me da miedo todo.

—No lo parece, Charlotte. Eres una mujer fuerte y valiente, una que no se calla nada y que mete la pata constantemente. —Esta vez se rio de verdad. Aparté el pelo de su cara, el que se había pegado a su piel por las lágrimas derramadas—. ¿Tienes miedo a vivir?

—Sí —admitió—. Aunque... me has ayudado mucho sin pretenderlo. Jamás habría hecho lo que hicimos en el coche. —Sus mejillas se volvieron de un tono rosa bonito y dulce.

—Me gustó lo que hicimos en el coche. —Soltó una suave risita—. Podemos repetir esa noche en el coche y en Cody cuando las niñas se hayan dormido.

—Me gustaría mucho.

—Y si te llevo a los establos podrás gritar a gusto mi nombre. —Me golpeó suavemente en el pecho—. Emily y Kitty suelen dormir como borrachos, no van a notar que nos hemos ido.

—¿Por qué quieres llevarme a otro lugar? —Un surco apareció en su ceño. Miró hacia mi cama—. ¿Es por... tu exesposa? Esa era su cama...

—No —la callé—. Esa cama no era en la que dormía Wendy. Me deshice de todo lo que ella tocó cuando nos abandonó. —Respiré hondo—. Te voy a follar en mi cama, Charlotte, ya sea esta noche o cualquier otra. Pero me gusta oírte gritar mi nombre cuando te corres, joder. ¿No lo notaste en el coche?

—Sí, eras un salvaje.

Di un tirón de su cintura. Sus senos se pegaron a mi pecho. Metí la mano por debajo de la falda de su vestido y apreté su trasero gordo y precioso.

—Nunca he follado así, Charlotte. Es decir, solía hacerlo rápido con las conejitas para quitarme las ganas, pero... —Ataqué su boca sin previo aviso. Devoré sus labios, me tragué sus ligeros gemidos—. Contigo disfruto de verdad. Me descontrolo... Soy un salvaje porque tú me gustas y porque no quiero acabar cuando estoy dentro de ti.

La empujé contra la pared. Envolví mis brazos alrededor de sus piernas y la levanté del suelo, me rodeó la cintura con ellas mientras comenzaba a besarla desesperado por sentir cada parte de ella. Me froté contra su centro. La necesitaba, la quería aquí y ahora. Y sabía que no podía, que esto no duraría tanto como yo quería. Pero

disfrutaría de cada segundo que mis hijas me permitieran. Se me escapó un gruñido gutural. Lamí la longitud del cuello de Charlotte. El sabor dulce a vainilla se coló por mis papilas gustativas, haciéndome perder el control. La necesitaba.

—¡Papá!

Me separé rápidamente de Charlotte. Los pasos de Emily sonaban cada vez más cerca. Abrí el armario de mi derecha y saqué de él una camiseta de manga corta blanca y unos pantalones de chándal grises. Cerré la puerta del armario justo cuando Emily apareció bajo el umbral de la entrada de mi habitación.

—¿Qué pasa, mi cielo? —Se cruzó de brazos.

—Kitty quiere volver a poner la película de los dinosaurios y yo quiero ver la que me recomendó el tío Jared.

Me giré hacia Charlotte, que se estaba limpiando los labios disimuladamente. Bajó la mirada a mi entrepierna.

—Ezequiel —susurró.

—Lo sé. —Le entregué la ropa—. Emily ve a preparar palomitas, enseguida bajo y hablo con tu hermana.

—Vale, pero no tardes, estaba diciendo que iba a llamar a la policía para que me arrestaran por mala hermana.

Se me escapó una carcajada. Estaba seguro de que Kitty llamaría a la oficina del sheriff si no me apresuraba a bajar y calmar las cosas.

—Se ha ido —dijo Charlotte. Metí la mano por dentro de mi pantalón y me ajusté la erección.

—Voy a enseñarte tu habitación, ven conmigo.

La tomé de la mano, aunque no dimos ni dos pasos y ya estábamos en la habitación frente a la mía. Podría haberla llevado más cerca de las niñas, en la otra habitación de invitados, pero quería tenerla cerca de mí.

—Es preciosa, Ezequiel.

Esta habitación no era tan grande como la mía y no tenía baño propio.

—La decoré yo. —Charlotte levantó una ceja, como si no me creyera—. Es en serio, chica de ciudad. No tengo tan mal gusto. —Ella se rio—. Te dejo para que te cambies. No tardes mucho.

—¿Y eso por qué?

—Vendré a buscarte y te bajaré sobre mi hombro.

—Me gustaría verte intentarlo —murmuró.

—Charlotte. —Puso sus ojos sobre mí—. Te bajaré en mi hombro. Puedo contigo y creo que ya lo he demostrado.



Mi rodilla se rozó con la de Charlotte. Emily estaba sentada al otro lado de ella y Kitty en mi regazo, dormida profundamente desde hacía un rato. La película estaba a punto de acabar y nunca había tenido tantas ganas de ver unos créditos finales. Quería mandar a Emily a su habitación a dormir, pero mañana no tenía que ir al colegio y sería sospechoso porque no tenía ninguna excusa para darle. Mi pecho se hinchó al tomar una larga bocanada de aire. Aparté la manta del cuerpo de Kitty y me levanté.

—Voy a acostarla en su cama —susurré—. Y me iré a mi habitación. —Miré a mi hija—. En cuanto termine la película, a la cama.

—Pero mañana no tengo colegio.

—Tú no, pero Charlotte tiene que levantarse muy temprano y tiene que dormir.

—Vale, papá —se burló Charlotte—. ¿Quieres que rece al Niño Jesús antes de irme a dormir? —Emily se rio bajito.

Apreté los dientes, era una provocación en toda regla y ella lo hacía conscientemente. Lo pagaría con su cuerpo. Subí las escaleras, anhelante, por lo que vendría pronto. Debería tener a Charlotte más

veces por las noches. Aunque levantaría sospechas. Tenía que hablar con mis hijas pronto, no quería seguir escondiéndome solo por querer tener a una mujer a mi lado. Kitty no se lo tomaría mal, pero no estaba tan seguro de Emily. La única mujer que había visto conmigo era a su madre.

Dejé a Kitty en su cama con cuidado y la arropé.

—Buenas noches, mi amor —susurré, y le di un beso en la frente —. Te quiero, Kitty Cat. —Se dio la vuelta hacia el lado donde estaba Castora para abrazarla. Puta muñeca, tenía que lavarla, joder.

Dejé la puerta entreabierta tras salir de la habitación de mi hija. Me topé con Charlotte y con Emily, que subían las escaleras. Mi hija le dio un abrazo a Charlotte.

—Buenas noches, Charlie —dijo—. Gracias por quedarte a dormir esta noche.

—No tienes nada que agradecerme, cariño. Me lo he pasado muy bien. Descansa y nos vemos mañana.

Mi hija se volvió hacia mí, hizo lo mismo que con Charlotte, añadiendo un beso en la mejilla. Pasé junto a Charlotte, con el cuerpo tan tenso que temía sufrir una lesión. Escuchaba sus pasos descalzos detrás de mí. Maldita sea, quería cogerla en brazos y llevarla directamente a mi habitación. Pero Emily aún estaba despierta y solo esperaba que no tardara mucho en dormirse. Aunque con la medicación, sabía que eso pasaría pronto.

Me encerré en mi habitación. Sentado en el borde de la cama, contemplé la puerta, ansioso por que se abriera y Charlotte entrara por ella. Ni siquiera habían pasado diez minutos desde que nos separamos en el pasillo. Me levanté de un salto. Joder, estaba ansioso por tenerla en mis brazos. ¿Qué me había hecho esta mujer en tan poco tiempo? Tenía un don, ¿verdad? Sí, tenía que ser eso. Ella sabía cómo meterse debajo de la piel de un hombre solo y... Charlotte se había metido profundamente bajo mi piel. Esa comprensión hizo que mi corazón latiera tan rápido que un ligero

dolor me recorrió por el brazo izquierdo. Puse mi mano sobre mi corazón. ¿Me estaba dando un infarto?

De repente quería abrazarla fuerte y no soltarla. Recordé lo que me había contado sobre su hija, una niña que nació muerta. Charlotte perdió a su bebé. El dolor se volvió más agudo. Ella había soportado ese sufrimiento. Había traído a su hija desde Laramie hasta aquí y no se había atrevido a visitarla por miedo a volver a derrumbarse. La puerta se abrió. Mi corazón dio un fuerte latido al ver a Charlotte adentrarse en silencio en mi habitación. Caminó hacia mí con las manos entrelazadas delante de ella, mordiéndose el labio inferior. No lo soporté más, el peso de las emociones me había arrollado y ahora la necesitaba en serio. *La quería*. Sin perder más tiempo, rodeé su cintura con mi brazo y la pegué a mí. Mi mano libre ahora descansaba sobre su nuca, mis dedos enredados entre los mechones de su pelo castaño.

—Eres jodidamente preciosa y fuerte y valiente. Charlotte, eres una mujer increíble.

—Ezequiel…

—No —la interrumpí—. Quiero que me escuches con atención. —Ella asintió—. Me gustas muchísimo y te prometo que voy a hablar con Emily y con Kitty cuanto antes, no quiero que nos escondamos.

—¿Estás seguro?

—Sí, creo que nunca he estado tan seguro de algo.

—Vale.

Y choqué mis labios con los suyos, separándome momentáneamente para deshacerme de su camiseta y de la mía. Sus manos exploraban mi cuerpo y las mías apretaban cada carne de ella. Joder. Era un escándalo de mujer. La recosté sobre mi cama con cuidado, sin dejar de besarle esos labios regordetes que tenía. Los suaves sonidos que se producían dentro de ella, se atascaban en su garganta. Recorrí su cuello con mi boca. Sus pechos se veían apetecibles, así que los devoré sin piedad. Charlotte se mordía el

labio inferior, reprimiendo sus gemidos. Besé su vientre desnudo, las pocas estrías que, seguramente, se habían producido por su embarazo. Los pantalones de chándal ya no estaban en su cuerpo, tampoco sus bragas. Separé sus muslos, la expuse ante mí. El calor de su aroma se deslizó dentro de mí, arrancándome un gruñido animal.

Deslicé mi lengua entre sus pliegues. Charlotte gimoteó y se movió. La sujeté por los muslos y los rodeé con mis brazos. Dejé que mis manos descansaran en sus caderas, y me perdí en ella. La consumí… y me consumí también. Charlotte intentó no gritar y lo logró, pero algunos gemidos simplemente no podía reprimirlos. Alcancé un condón del cajón de mi mesita de noche sin detener mis constantes caricias con la lengua. Se corrió mientras me deshacía de mis pantalones. La agarré por las caderas y la dejé más al centro de la cama. Abrí el envoltorio del condón y lo deslicé por mi pene.

—Cariño, estoy a punto de volverme un salvaje de verdad.

—Vale —susurró jadeante.

Me introduje dentro de ella de un empujón. Charlotte arqueó la espalda y yo eché la cabeza hacia atrás. El placer era tan bueno como la otra noche. Era ella quien me hacía sentir salvaje y desbocado. La sujeté por las caderas y no perdí más el tiempo. Comencé a entrar y salir de su interior al tiempo que la miraba a los ojos. Había algo erótico y diferente en hacerlo. Me gustaba esto. Me gustaba estar unido a ella y no solo físicamente. Se aferró con los puños a las mantas de mi cama. Aceleré los movimientos de mis caderas, chocando contra Charlotte más fuerte. Sus pechos rebotaban arriba y abajo.

—Joder, cariño, ¿de verdad te he dicho lo preciosa que eres? Eres una maldita diosa. —Gruñí fuerte—. Charlotte, ¿te gusta que te folle así?

—Sí, sí. —Gimoteaba, perdida en el placer—. Ezequiel, por favor.

—Dime qué quieres, cariño.

—Por favor…

Me tumbé sobre ella, apoyándome sobre mis codos. Gemí suavemente al sentir su cuerpo desnudo presionado contra el mío.

—Córrete, cariño.

Dejé caer mi boca sobre la suya, acallando su último gemido. Un gruñido burbujeó en mi pecho cuando la seguí por el precipicio del clímax. Ahora solo quería cuidarla y abrazarla, ella lo merecía.

Capítulo 19



Charlie

Había pasado una noche maravillosa con Ezequiel. Después de tener sexo, me acostó a su lado y me abrazó. Nunca me había sentido tan a gusto con un hombre. Mucho menos que uno adorara mi cuerpo, como lo hizo Ezequiel anoche. No me sentí incómoda en ningún momento. En Cody le pedí que dejáramos la luz de la habitación apagada y accedió a regañadientes. En el coche, apenas podía verme por la falta de luz. Pero anoche no me dio la oportunidad de hacer esa misma petición. En cuanto me tuvo en sus brazos, me desnudó y se adueñó de todo mi cuerpo. Solté un suspiro. Iba a tener que acostumbrarme a eso, pues a Ezequiel le gustaba mucho mi cuerpo.

—Tienes las mejillas rojas.

Levanté la cabeza al tiempo que soltaba un jadeo. Mónica me dedicó una sonrisa. Palpé mis mejillas, efectivamente, estaban ardiendo, así que debían de estar tan rojas como dos tomates. Me abaniqué con la mano, como si eso fuese a solucionar algo.

—¿Algo que contar?

—No —suspiré—. Solo estaba… pensando.

—Por supuesto, lo que me gustaría es conocer esos pensamientos.

Abrí la boca para responder, pero los gritos de Kitty me alertaron. Venía hacia Mónica y hacia mí corriendo, llamándome por mi nombre y era extraño, ella siempre me llamaba *"profe"* y no Charlie.

—¿Qué pasa, cariño? —le pregunté.

—Charlie, es Willa, no deja de llorar.

Me levanté de un salto y seguí a Kitty al fondo del parque infantil del colegio. Willa se encontraba hecha un ovillo en una esquina del cajón de arena. Me arrodillé a su lado. Willa se sobresaltó cuando puse mis manos sobre ella.

—¿Te has caído? —le pregunté.

—No —respondió con la voz rota—. Quiero ir con Knox.

Levanté a Willa con cuidado y la senté en mi regazo, sus bracitos rodearon mi cuello. No dejaba de llorar. Balbuceaba que quería ir con su hermano mayor.

—Si me cuentas qué pasa, quizás yo pueda ayudarte —le dije.

—No puedes, profe.

—¿Por qué? —pregunté. Kitty me miró ceñuda.

—Su papá es malo —dijo.

—Kitty, no digas esas cosas —la regañó Mónica.

Kitty se giró hacia ella con las manos en puños sobre las caderas.

—Robert es muy malo, hace llorar a la mamá de Willa y a Willa —espetó.

Miré a Mónica mientras me levantaba del suelo. Kitty se apresuró a tomar mi mano y acompañarnos a la clase, donde estaríamos más tranquilas para hablar Willa y yo. Mónica se quedó en el patio vigilando a los demás niños. Senté a Willa en mi escritorio. Kitty se subió a mi silla y después al escritorio, se sentó al lado de su amiga. Me observaban atentamente sacar de mi bolso un paquete de pañuelos de papel. Le sequé las lágrimas a Willa y con unas toallitas que siempre solía tener cerca en un cajón del escritorio, le limpié los manchurrones de tierra de la cara.

—Cuéntame qué ha pasado, cariño —le dije.

—Papi se ha ido de casa. —Cerré los ojos unos segundos y los volví a abrir—. Anoche mamá estaba llorando mucho y Knox… se enfadó. Le dio patadas a un mueble.

Joder. Knox apenas tenía nueve años, era un niño y no tenía por qué estar viendo a su madre llorar, mucho menos a causa de su propio padre. Acuné la cara de Willa entre mis manos.

—Escúchame, cariño, no llores más, ¿de acuerdo? Voy a llamar a tu madre y hablaré con ella. La ayudaré con el problema que sea que tenga.

—¿De verdad? —Asentí—. ¿Y no va a llorar nunca más? No me gusta cuando mami llora.

—Lo intentaré, te lo prometo.

Willa y Kitty me abrazaron. Rodeé a ambas niñas con mis brazos. Cerré los ojos y respiré hondo. No pude evitar pensar en Jack. Mi niño… Él había visto a sus padres insultarse, discutir cada día. ¿Qué estaría pasando con él ahora? Se me apretó el corazón y esa sensación de que lo había abandonado volvió con mucha más fuerza de la que esperaba. Me sentía tremendamente culpable por haberle dejado con esos dos imbéciles que tenía como padres. Pero, ¿qué podía hacer yo? No podía traerlo a Eagle Creast conmigo, no era mi hijo. Abrí los ojos cuando Willa y Kitty rompieron el abrazo y se abrazaron entre ellas. El sonido del timbre del final del recreo sonó. Las ayudé a bajar de mi escritorio. Se tomaron de la mano y se fueron hacia su mesa. Me dejé caer en mi silla, resoplando por el momento de tensión que acababa de vivir.

Mientras sacaba mi móvil del bolso volví a pensar en Jack. Lo extrañaba muchísimo y cada día más. Le envié un mensaje a Poppy. Jamás me había puesto en contacto con ella por nada que no fuera algo del colegio. A veces, yo le daba clases a Knox. Y era la tutora de Willa. Pero esta vez me ponía en contacto con ella para tomar un café por la tarde. Le envié otro mensaje a Ezequiel para preguntarle si podía invitar a Poppy a sus hijos al rancho esta tarde. Recibí respuesta antes de que los niños entraran en clase y se sentaran en

sus sitios. Tanto Ezequiel como Poppy dijeron que sí. Así que volví a guardar el móvil y… dejé que la mañana pasara. Lenta. Anodina. Pero pasó.

Cuando llegué al rancho una hora más tarde después de terminar mi jornada laboral, vi a todos los empleados ir de un lado a otro con los toros que iban a participar en la competición de rodeo. Quedaban pocos días, solo cinco, y todos parecían bastante nerviosos. Ezequiel me contó anoche lo que significaba para un rancho que uno de sus competidores ganara: prestigio, contratos, fama y una buena cantidad de dinero. Bison Valley era famoso en el mundo del rodeo. Ezequiel lo era. En casa de sus padres había una habitación llena de todos sus trofeos, los cuales no eran pocos. Quería verlos y me prometió que me los enseñaría uno de estos días.

Me acerqué a Emily por detrás, que estaba subida al primer travesaño inferior del recinto donde su padre estaba subido a uno de los toros. Kitty estaba al lado de Emily con su abuela Susan.

—Hola, chica guapa —saludé a Emily.

—¡Charlie! Papá lleva toda la mañana entrenando.

—Gracias por ofrecerte a cuidar de mis nietas, Charlie —me dijo Susan.

—Es un placer cuidar de estas dos princesas.

—¡Yo no soy una princesa! —chilló Kitty enfadada. Susan puso los ojos en blanco.

—Ahora le ha dado por decir que es una guerrera que lucha contra bestias inmundas —me explicó la madre de Ezequiel.

—Por Dios —me reí. Kitty tenía algo serio contra su tío Adam y me encantaría saber qué era.

Emily se inclinó hacia mí. Como si hubiera leído mis pensamientos, me susurró:

—El año pasado, el tío Adam tiró a la basura una de las muñecas favoritas de mi hermana porque estaba muy sucia y rotísima. Kitty

todavía no lo ha olvidado.

Se me escapó una fuerte risotada y me despedí de Susan entre risas. Kitty era rencorosa y se la tenía jurada a su tío Adam. Al levantar la vista, me encontré con los ojos de Ezequiel. Ben estaba sujetando al toro para que su hermano mayor se bajara. Se dirigió hacia aquí. Sufrí un pequeño calambre en el vientre mientras lo veía acercarse. Ezequiel alzó una ceja en dirección a su hija pequeña. Kitty se rio.

—¿Mucho trabajo? —le pregunté.

—Sí, el rodeo es en cinco días y apenas he parado a descansar.

—No te preocupes por tus chicas, yo las cuido.

Esbozó una media sonrisa al tiempo que se ajustaba los guantes. Ezequiel regresó donde sus hermanos lo esperaban para seguir practicando la monta del toro. Mientras tanto, Emily me explicaba lo que pasaría en el campeonato. El primer día habrá una ceremonia de apertura desde las cinco de la tarde. Después se desplegará un desfile de jinetes, tanto de toros como de caballos. Asistirá gente de todo Wyoming e incluso del sur del país. Los puestos de comida y bebida estarán abiertos desde temprano para que los asistentes se diviertan antes del espectáculo.

La emoción empezó a burbujear en mi pecho. Era mi primer rodeo y estaba impaciente por ver qué me depararía.

—El día dos es *La Noche de los Toros*. —Kitty asintió.

—¿Y eso qué quiere decir? —pregunté.

—Papá, el tío Ben y los otros participantes montarán en sus bestias y darán un pequeño espectáculo para el público. —Emily sonrió mientras me explicaba esto—. Aunque no tendrán que aguantar encima del toro tanto tiempo como el día del *Bull Riding*.

—¿Cuánto deben durar en cada día?

—En *La Noche de los Toros*, tres segundos. Pero la noche del *Bull Riding*… son ocho.

—Y eso es mucho, ¿verdad? —Emily se mordió el labio inferior y asintió al mismo tiempo.

Ezequiel debía permanecer ocho segundos montado encima de un toro embravecido de casi mil kilos. Solté una bocanada de aire. Él parecía tenerlo todo controlado, pero no sería lo mismo allí, rodeado de gente gritando y vitoreándolo.

—Mi padre lo hará bien —murmuró Kitty—. Él es el supercampeón y tiene muchos trofeos.

—Mantendrá el título este año —añadió Emily.

—Estás orgullosa de tu padre, ¿no es cierto?

—Sí. Él me enseñó a montar en toro.

—¡¿Qué?! —Emily se rio.

—De mayor seré una rider como mi padre.

—Jesús, Emily, creo que le va a dar un infarto.

—A él no, pero a mis abuelos y a mis tíos sí. —Su risa era contagiosa—. Pero mi padre me apoyará. Quiero ser como él.

Froté su espalda. Era algo demasiado bonito y peligroso al mismo tiempo.

—Vamos a vuestra casa —dije—. Poppy y sus hijos deben de estar a punto de llegar.

Emily se bajó de inmediato del travesaño y Kitty me dio la mano. Fuimos a la casa caminando. Emily me iba contando todo sobre el resto del campeonato y Kitty se metía de vez en cuando para señalar detalles que a su hermana se le olvidaban, o eso decía la pequeña. Abrí la puerta de la casa de Ezequiel, las niñas se retaron mutuamente a una carrera para ver quién era la primera en llegar a la cocina. Evidentemente, ganó Emily, ya que tenía las piernas más largas que Kitty.

Preparé la merienda para ellas y los hijos de Poppy entretanto llegaban. Kitty y Emily estaban discutiendo detrás de mí. Bueno, no

era una discusión como tal, sino bromas entre ellas. Me recordó a Nate y a mí, teníamos las mismas peleas… Las seguíamos teniendo y eso no cambiaría nunca. Él debía saber cuál era su lugar como hermano pequeño.

—¿Se puede?

Levanté la vista de la taza de café humeante y esbocé una sonrisa tensa. El vientre de Poppy había crecido, ¿no? Mierda, no podía pensar en eso ahora. Yo la había invitado aquí para hablar. Knox y Willa me saludaron de manera efusiva antes de reunirse con Emily y con Kitty en la isla de la cocina. Poppy dejó el bolso sobre la encimera.

—Hola —me saludó.

—Hola, Poppy, gracias por venir. —Ella asintió.

—¿Tú también sientes la tensión en el ambiente o es cosa mía? —Me reí.

—No es cosa tuya. Perdón, es que… no estoy acostumbrada a —moví las manos por el aire— esto. No suelo quedar con padres fuera del colegio. —Sacudí la cabeza. Estaba siendo una tonta.

—No te preocupes, estoy igual. Hace tanto tiempo que no tomo un café con alguien que tengo la sensación de que en esa época aún había dinosaurios sobre la Tierra.

—Estoy empezando a entender muchas cosas de Willa. —Poppy se sonrojó, luego soltó una carcajada—. Siéntate, por favor. ¿Quieres leche en el café?

—Sí, te lo agradecería —dijo suspirando.

—Knox. —Le guiñé un ojo—. ¿Quieres algo de beber, cariño?

—Batido de chocolate, por favor.

—Yo también, profe.

—Willa —suspiré—, no necesitas llamarme “profe” ahora.

—Está bien, Charlie Pierson.

—Jesús, Willa, solo Charlie está bien. Tienes que comenzar a dejar de llamar a la gente por su nombre completo —le dijo su madre.

—Pero su apellido es Pierson, igual que el de Nathaniel. —De repente, Willa me miró ceñuda—. ¿Dónde está Nathaniel? Me debe una bolsa de patatas fritas.

Dejé la taza de café de Poppy delante de ella, que negaba con la cabeza.

—Nate no te debe nada, mocosa malcriada —replicó Poppy con tono bromista—. Está obsesionada con eso.

—¿Y por qué cree que Nate le debe una bolsa de patatas fritas? —Poppy puso los ojos en blanco.

—Mi hija cree que todo el mundo le debe algo. Y antes de que preguntes, no tengo respuesta para eso. El caso es que cuando conoció a tu hermano en la fiesta del pueblo, se estaba comiendo unas patatas fritas y ella se enfadó porque no le ofreció ninguna.

—Oh, lo siento.

—No lo hagas. Tu hermano ni siquiera se dio cuenta de que ella lo estaba mirando.

—Estoy segura. Nate le habría ofrecido si así fuera.

—No le debe nada, Charlie. Es que Willa… Es Willa.

—Sí —dije riéndome. Miré a Emily—. ¿Por qué no te llevas a los chicos grandes a ver una película? —Asintió. Cogió la merienda que les preparé y salieron los cuatro juntos de la cocina.

—¿De qué querías hablar? —me preguntó Poppy.

—No sé si Willa te lo ha contado, pero esta mañana, durante el recreo, estaba llorando desconsoladamente.

Poppy suspiró mientras se frotaba la barriga. Tragué grueso al tiempo que apretaba la taza entre mis manos.

—Robert se ha ido —confesó Poppy—. ¿Mi hija te lo ha contado?

—Sí, lo hizo. Lo siento.

—Está bien, no me afecta… No por mí, sino por mis hijos. Pero creo que esto era lo mejor para todos, no dejábamos de discutir.

Me senté en el taburete de su lado.

—Lo siento si parezco indiscreta, pero ¿os vais a divorciar? —Poppy le dio un sorbo al café y luego asintió en silencio.

—Aún no se lo he dicho a los niños, aunque creo que Knox lo intuye.

—Los niños saben más de lo que nos quieren hacer creer.

—Dímelo a mí, no hay forma de ocultarles nada a Knox ni a Willa. —Señalé su vientre con la barbilla—. Viene en mal momento —musitó.

—¿Qué vas a hacer? —Sacudió la cabeza lentamente, con los ojos llenos de lágrimas que, posiblemente, no se atrevía a derramar—. Puedes contar conmigo para cualquier cosa, Poppy. Voy a estar cuidando de Emily y de Kitty por las tardes. Si necesitas una mano amiga para cuidar de tus hijos, cuenta conmigo. O si solo quieres desahogarte y tomar un café.

—Te lo agradezco, Charlie. Creo que me vendrá bien. Últimamente, no he hecho más que trabajar en el hospital y siento que mis hijos pasan demasiado tiempo sin mí.

—¿Quién los cuida cuando trabajas?

—Mi madre, ella vive en mi casa desde que mi padre falleció.

—Siento lo de tu padre.

—Oh, tranquila, era un bastardo infiel.

Hice una mueca de asco con el labio, haciendo reír a Poppy. Entre sorbo y sorbo comenzamos a entablar una conversación más profunda. Ella era quien más hablaba, o se desahogaba, despotricando de lo mal marido que había sido Robert en el último año. Mencionó a la tal Mackenzie un par de veces y, aunque ella no quería admitirlo en estos momentos, yo sabía que esa mujer había tenido algo que ver en su divorcio.



Para cuando Ezequiel regresó a su casa, era de noche. Las niñas ya habían cenado y estaban durmiendo cada una en su habitación, y Poppy y sus hijos hacía horas que se habían marchado. Ezequiel se acercó a mí por detrás y me abrazó. Olía a limpio, pues se acababa de duchar.

—Podría acostumbrarme a esto de regresar a casa y verte aquí —susurró en mi oído.

—No vayas tan rápido, vaquero.

—Contigo no quiero tomarme ni un solo descanso, Charlotte. Quiero tenerte a todas horas a mi lado.

Mi boca se curvó hacia arriba. Era dulce que me dijera esas cosas. Me giré y rodeé su cuello con mis brazos. La boca de Ezequiel cayó sobre la mía, sin reservas ni timidez. Ezequiel sabía lo que quería y era a mí, a mis labios.

—¿Por qué no llevas uno de tus vestidos? —preguntó molesto—. Podría estar follándote ya.

—Eres un viejo cachondo.

—Sí, ¿y qué? —Me reí bajito—. Charlotte, me gusta estar en tu compañía y me gusta intimar contigo.

—No lo había notado.

—Entonces, tendré que esforzarme más.

Ezequiel me dio la vuelta bruscamente. Lo dejé hacer con mi cuerpo lo que quiso. Y lo disfruté. Disfruté de tener intimidad como nunca antes había disfrutado nada. Ezequiel tomaba de mí lo que deseaba y yo hacía lo mismo con él.

Cuando salí de su casa, era bien entrada la madrugada. Por suerte, mañana no tenía que trabajar. Eché un vistazo a la casa antes de meterme en mi coche. Fruncí el ceño. Me había parecido ver una luz de la segunda planta encendida, pero debía de haber sido Ezequiel llegando a su habitación. Entré en mi coche y puse rumbo a mi casa. Estaba cansada después de un largo día.

Capítulo 20



Charlie

Algunos niños habían llorado desconsoladamente durante la despedida de su adorada *Clase Girasol*. Habían estado en ella desde que cumplieron tres años. Otros habían llorado porque jamás de los jamases volverían a verme y su *corazoncito* se había roto. Por más que les expliqué que me seguirán viendo al año siguiente, muchos se negaron a creer que eso era posible. Los padres que asistieron a la pequeña fiesta que organicé en la clase a última hora, tuvieron que explicarles que no dejarían de verme. Tampoco importó. Al final, algunos se fueron llorando.

Acababa de llegar a mi casa. Salí al coche, buscando en el bolso las llaves de casa mientras recorría el camino de entrada. Tenía tantas cosas aquí metidas que me costaba encontrarlas.

—Charlie.

Me quedé completamente congelada ante esa voz. El aire se atascó en mi garganta, era incapaz de respirar. Mi vista se nubló. Me mareé y quería vomitar. Recosté la cadera contra la barandilla de la corta escalera.

—¡Charlie!

—Jack —murmuré sin aliento. Unos pequeños brazos rodearon mi cintura—. Mi niño —sollocé.

—Charlie, tenemos que hablar.

Me cubrí la boca con la mano y apreté, conteniendo el vómito que amenazaba con salir. Mis ojos se encontraron con los de Andy. ¿Cómo me había encontrado? Sacudí la cabeza, las lágrimas que habían escapado de mis ojos volaron por el aire.

—¿Por qué te fuiste? —preguntó.

Sujeté a Jack por los hombros cuando me giré. Tenía que irme de aquí.

—Jack, tienes que soltarme, cariño.

—No te vayas, por favor, por favor.

Mis brazos colgaban flácidos a mis lados. La ansiedad abriéndose paso por cada fibra de mi ser, haciendo eco por cada centímetro recorrido. Se me entumecieron los dedos de las manos.

No te vayas, por favor.

El dolor en mi pecho abrió una brecha enorme, tan grande como lo es el sol. Le devolví el abrazo a Jack, sin darme cuenta de que mi niño estaba llorando.

—Lo siento mucho, cariño —dije con la voz rota.

Estaba desolada por él. Andy se acercó por mi periferia derecha. Lo seguí con la mirada. Había cambiado físicamente estos meses. Parecía derrotado, su barba no estaba arreglada como siempre. Las manchas oscuras bajo sus ojos me decían que no había dormido muy bien.

—¿Podemos hablar? —Noté el dolor en su voz, pero no pude sentirme mal. Ya no—. Por favor, Charlie.

Me recompuse lo mejor que pude y asentí. Jack por fin se separó de mí, justo cuando la puerta de casa se abrió y mi abuela se asomó. Mocca se entremetió por sus piernas, ladrando.

—No me lo puedo creer —masculló mi abuela.

—Abuela, ¿puedes llevarte a Jack? Andy y yo tenemos que hablar.

—¿Estás segura? —Fulminó con la mirada a Andy.

—Sí —respondí. Me senté en el banco de madera que instalé en el pequeño porche de la casa cuando nos mudamos. Andy se dejó caer a mi lado—. ¿Cómo me has encontrado?

—Tus padres. Me costó convencerlos, si te digo la verdad.

—No deberían haberte dicho nada.

—Charlie, estaba desesperado. Te he estado buscando por todos lados.

—Pues no sé para qué.

—¿Que no sabes para qué? Eres mi esposa.

Apreté los dientes con tanta fuerza que los oí rechinar. Andy me miró con el ceño fruncido. ¿De verdad no se había dado cuenta de por qué me había ido? ¿Tan tonto era? Solo tenía que sumar dos más dos.

—Mis padres murieron, Charlie.

Eso me dejó con la sangre helada. Andy comenzó a contarme todo lo que había ocurrido en Laramie con él y con Jack después de marcharme. Jessica se fue a otro estado con su nuevo novio, al que engañaba con Andy. Así que ese pobre hombre no llegó a enterarse de la joyita que tenía por novia. Cuando vendí la casa, Andy tuvo que mudarse con sus padres. Jessica le dio la custodia completa de Jack, renunció a sus derechos como madre, no quería tener nada que ver con el niño. En ese momento, la odié más que nunca. ¿Cómo podía hacerle algo así a su hijo? No lo comprendía y jamás lo haría. Los padres de Andy se hicieron cargo de Jack. Hasta que un día, yendo por la noche al hospital porque Jack tenía mucha fiebre, tuvieron un accidente. El padre de Andy estaba tan cansado que cerró los ojos un momento y se estrellaron contra otro coche que venía de frente.

Jack apenas resultó herido, un par de arañazos aquí y allá. Pero el padre de Andy murió en el acto y su madre pocos días después en el hospital. Andy y Jack se quedaron completamente solos. Desde

entonces, intensificó sus esfuerzos por encontrarme. Mis malditos padres me vendieron. Andy les ofreció cinco mil dólares de la herencia que sus padres le habían dejado y ellos aceptaron. Cuando mi abuela se enterase de esto… los desheredaría.

—No sé cuidar de Jack yo solo, Charlie.

—Está más delgado —comenté en voz baja.

—Sí, joder, claro que está más delgado. Apenas quiere comer y cuando lo hace me grita. Ni siquiera me habla todo el tiempo.

—¿Y te extraña, Andy? Tu hijo no te conoce, ha perdido a las dos personas que lo cuidaban.

—Y también te perdió a ti. Dime qué hice para que me abandonaras de esa forma.

—No seas cínico, Andy. Sabes perfectamente lo que estabas haciendo con Jessica.

Andy se atragantó con su propia saliva. Me volvió la cara, como si de repente tuviera vergüenza. Bien, porque es así como debería sentirse.

—No pretendía que te enteraras —musitó.

—¿No me digas? Joder, Andy. No solo me engañaste, sino que te descubrí con ella en nuestra propia cama y en el quinto aniversario de nuestra hija. ¿Siquiera te acuerdas de ella?

—Sí —dijo en voz casi inaudible.

—Eres un maldito mentiroso.

Nos quedamos callados. Demasiado tiempo, quizás. El cansancio se había esfumado de mi cuerpo como cuando soplas un diente de león y sus semillas salen volando. Observé el cielo despejado de principios de junio. No hacía un calor sofocante ni extremo. Se estaba bien.

—Dame otra oportunidad, lo haré mejor esta vez.

—¿Me estás hablando en serio?

—Por favor, Charlie. Hazlo por Jack, te necesita.

—No intentes manipularme con él —espeté.

Andy me miró directamente a los ojos. El marrón de su iris estaba totalmente apagado.

—No me voy a dar por vencido, Charlie. Voy a recuperarte.

—Para el carro, Andy. No tienes nada que recuperar, yo no te amo.

—Puede que no te acuerdes porque he sido un gilipollas, pero sí me amas.

—Te lo digo en serio, no te amo, ya no. —Me levanté del banco—. Tienes que irte.

—¿Y Jack, qué?

Cerré los ojos. Ojalá Jack no tuviera que irse con él, pero era su padre. Andy tenía que ponerse las pilas y comenzar a ser un adulto. Su hijo lo necesitaba.

—Es tu responsabilidad, Andy —respondí con voz rasposa, ahogada por las emociones negativas que me embargaban.

Dejé a Andy atrás y entré en la casa. Seguí la voz de Jack y de mi abuela a la cocina, pero antes de entrar, me sequé las mejillas y los ojos con la manga de mi cárdigan de entretiempo. Los ojos de Jack brillaron cuando me vio aparecer. Le di un beso en la cabeza. Mi abuela le había puesto algo de comer. Me senté al lado de Jack en otra silla y lo miré en silencio. Tenía las mejillas hundidas. La piel pálida y cenicienta, como si estuviera perdiendo la vida lentamente. Acaricié su pelo, sucio y áspero. Los ojos vacíos de Jack se apartaron un instante de la comida para mirarme. Le dediqué una débil sonrisa.

—No quiero irme, Charlie. Por favor, no me obligues a irme.

Se me escapó un sollozo. Jack ya había perdido demasiado y estaba a punto de perderme a mí también. Me encontraba confundida, a la deriva, no sabía qué hacer para ayudarlo.

—Sé que ya no quieres a mi padre, pero a mí me sigues queriendo, ¿verdad?

—A ti siempre voy a quererte, Jack —dije con voz queda.

Andy se asomó al umbral de la entrada. Rápidamente, la ira entró en juego dentro de mí. ¿Qué demonios estaba haciendo con su vida y la de su hijo? Jack parecía estar enfermo, maldita sea. Y esto no era algo que hubiera pasado de pronto, tenía que llevar meses en mal estado.

—¿Cuánto hace que murieron tus padres? —le pregunté.

Andy vaciló en su respuesta, así que Jack respondió por él. Walter y Helen fallecieron un mes después de que yo me fuera. Jack llevaba en este estado varios meses. Mi abuela se enfrentó a Andy, llamándolo inmaduro y mal padre. Yo también quería gritarle a ese inútil que no sabía cuidar ni de sí mismo. Pero Jack ya había tenido suficiente. Esperé a que terminara de comer, luego hablé.

—Cariño, sube al piso de arriba y entra en la última habitación del pasillo a la derecha.

—¿Es la tuya?

—Sí, necesitas dormir un poco.

—Vale.

Me dio un abrazo y se marchó. Cuando no hubo rastro de él, me acerqué a Andy.

—Tienes una semana para encontrar un trabajo y marcharte de esta casa —le dije—. Pero voy a advertirte de algo. —Andy me miraba perplejo—. Tú y yo no somos ni seremos nada, Andy. Ni amigos, ni esposos, ni nada. En cuanto encuentres un empleo fuera de este pueblo, te vas. Y firmarás el divorcio sin protestar. ¿Me has escuchado?

—Sí.

—No vas a volver a tomarme por tonta nunca más, Andy. Si hago esto, es por Jack, él sí merece todas las oportunidades del mundo. Espabila, al menos, hazlo por tu hijo.

—Te demostraré que he cambiado, Charlie.

Puse los ojos en blanco. Andy no había cambiado, solo esperaba que de verdad lo hiciera por su hijo. En lo que a mí respectaba, a él podían darle por culo.



Al día siguiente, me preparé para el primer día de rodeo. Ezequiel me había regalado un sombrero nuevo. Era mucho el mejor que el que yo me compré hace un par de meses. Me pidió que me lo pusiera con el vestido de girasoles y con mis botas de cowboy, que si hacía eso, él estaría mucho más concentrado. Sabía que sería todo lo contrario, pero había algo travieso en distraerlo un poquito. Sonreí… y enseguida dejé de hacerlo, al recordar que Andy me había encontrado y había regresado a mi vida, arrasando con todo como un huracán.

Ayer tuve que ir a ver a mi terapeuta urgentemente. Me sentí tan arrollada por las emociones que tenía dentro de mí y por la ansiedad, que no lo soporté. Me ayudó. Aunque cuando regresé a casa y vi a Nate discutiendo con Andy, volví a sentirme mal. Al parecer, mi hermano se había enterado de la razón por la que decidí dejar todo atrás y marcharme de Laramie. Le pegó un puñetazo a Andy, delante de Jack.

Me miré en el espejo una última vez antes de salir de la habitación. Mi atuendo era perfecto para el primer día de rodeo. Cogí mi móvil de la mesita de noche y salí al pasillo. Mientras me dirigía a la cocina, revisé las notificaciones de mi móvil. Apenas había tenido noticias de Emily desde el viernes. Ezequiel me dijo que estaba un poco baja de ánimos.

—Guau. —Levanté la vista y le sonreí a Jack—. Está guapísima, Charlie.

—Gracias, cariño. —Me acerqué a él y le di un beso en la cabeza—. ¿Has comido bien?

—Muy bien.

—Me alegro. Ahora, termina lo que hay en el plato, voy a llevarte a un lugar que te va a encantar.

—Charlie. —Miré por encima de mi hombro a Andy, anclado en el umbral de entrada a la cocina—. Joder, nena, estás… increíble.

—Me llevo a Jack conmigo —dije, ignorando su comentario.

—Voy con vosotros, si no te importa.

—Sí, me importa. Tienes que buscar empleo.

—He estado haciendo llamadas toda la mañana y he concertado algunas entrevistas en Cody y al sur de Montana para estos días.

Entorné los ojos. Por supuesto, no creía ni una sola palabra suya. Jack apretó mi mano suavemente, atrayendo mi atención.

—Es verdad, Charlie —dijo—. Lo he visto usando tu portátil para buscar trabajo y lo he escuchado hablando por teléfono con mucha gente.

Andy se acercó por mi izquierda.

—Esta vez estoy cambiando de verdad, nena. Para merecerte.

—Andy, te dije que no iba a pasar nada entre nosotros. —Me alejé de él—. Jack, nos vamos en cinco minutos, ¿de acuerdo, cariño? —Asintió.

A regañadientes, tuve que aceptar que Andy nos acompañara. Era cierto que Jack necesitaba pasar tiempo con su padre y Andy tenía que empezar a responsabilizarse por él. Me sorprendió saber que sí había estado buscando trabajo y me alegraba que quisiera cambiar,

al menos por su hijo. Jack merecía tener un buen padre y no la mierda que ha tenido desde que nació.

Detuve el coche en el aparcamiento que el ayuntamiento había habilitado para la competición. Jack chilló cuando se percató de a dónde lo había traído. Nate se bajó del coche resoplando.

—¿Qué? —le pregunté.

—Mira a la pequeña pelirroja que se dirige hacia aquí.

Negué con la cabeza sonriendo. Willa se acercaba de la mano de Kitty, con Knox siguiéndolas de cerca.

—Jack, ven conmigo, voy a presentarte a unos niños increíbles —dije y me bajé del coche.

Jack me tomó de la mano, tímido y en silencio, mirando a los niños que se acercaban a nosotros. Knox fue quien más interés puso en Jack, observándolo con atención. Inmediatamente, Kitty dio un paso al frente con el ceño arrugadísimo. Sus ojos saltaban de Jack a mí y viceversa.

—Kitty, este es Jack —le dije.

—¿Sabes jugar? —Jack me miró confundido. Luego volvió a mirar a Kitty.

—Sí, sé jugar.

—Vale, entonces podemos ser superamigos.

—Por Dios, Kitty —suspiré. Ella sonrió.

—Papi quería verte antes de montar en el toro —dijo.

—Vale, iré a verlo ahora. —Asintió, pero se quedó pensativa. El gesto seguro de su cara cambió a uno más tristón—. ¿Qué ocurre?

—Emily ha estado muy callada desde hace días. No quiere jugar conmigo y la he escuchado gritarle a papá. Discutían mucho.

Las palabras de Kitty me confundieron. Ezequiel no me había contado que Emily le había estado gritando. ¿Y por qué lo había

hecho? Ella idolatraba a su padre. Agarré fuerte la mano de Jack sin darme cuenta de lo que hacía. Kitty, Knox y Willa se fueron con Nate y mi abuela.

—¿Quién es el padre de esa niña? —preguntó Andy.

—Ni se te ocurra ponerte celoso —espeté.

Me dirigí con Jack… con Andy persiguiéndonos, al recinto donde los toros estaban siendo preparados para el pequeño espectáculo de esta noche. La boca de Jack se había abierto levemente, observándolo todo. Me alegré por él, sabía que esto le iba a gustar. Pero no podía dejar de pensar en Emily y en Ezequiel. Me topé con Adam, que también parecía agotado. Apenas sonrió cuando me vio.

—Hola, Charlie —saludó en voz baja. Sus ojos se posaron brevemente en Andy, detrás de mí, y en Jack—. Tienes visita, por lo que veo.

—Sí. Adam…

—¡Adam Bennet! —chilló Jack, de repente entusiasmado—. Charlie, ¿conoces a Adam Bennet?

—Sí, supongo que sí. —Adam se rio—. ¿Eres famoso o algo así? —le pregunté.

—¿Yo? Solo un poco. —Le guiñó un ojo a Jack—. Lo va a flipar cuando sepa que conoces al *Jinete de Acero*.

—¿De qué estás hablando? —le pregunté. Jack comenzó a inquietarse, daba saltitos y chillaba emocionado—. Vale, ¿qué me estoy perdiendo?

—El Jinete de Acero es como llaman a Ezequiel Bennet en el rodeo —murmuró Andy, ahora a mi lado.

—Sí, Charlie. El Jinete de Acero es el campeón de los campeones. Ganó muchísimos campeonatos de rodeo por todo el país. —Jack hiperventilaba para este momento.

—Vale, cariño, es hora de calmarse —le dije.

—El chico está emocionado —comentó Adam sonriendo—. Zek está… ocupado.

—¿Dónde? Tengo que hablar con él.

—No es el mejor momento, hazme caso.

—¿Es por Emily? —Adam asintió—. ¿Qué es lo que ha pasado con ella?

—Ezequiel te lo contará, Charlie. Es quien debe hacerlo.

Capítulo 21



Ezequiel

—Mi cielo, por favor, háblame. —Emily me ignoró otra vez. Llevaba con este tira y afloja todo el fin de semana—. Está bien, no me hables, pero al menos escúchame.

La cabeza de mi hija giró en mi dirección, sus ojos escupían fuego y en ellos había tanto dolor como rencor. Joder. Intenté dar un paso hacia ella, pero se echó atrás. Jared la tomó por los hombros.

—Emily, tienes que hablar con tu padre.

—No —masculló—. Es un traidor y no pienso hablar con él.

—¿Y conmigo? —Mi hija se abrazó a la cintura de mi hermano.

Jared me dio un leve asentimiento antes de salir del redil de Triturahuesos con Emily. Solté una larga bocanada de aire y me apoyé en la valla de hierro del redil. Estaba agotado. Entre el duro entrenamiento de estos últimos días y la situación con Emily apenas había dormido. Encima, apenas había visto a Charlotte más allá de presentarme de noche en su casa para pasar algo de tiempo con ella. No le había querido contar lo que estaba pasando con mi hija porque no sabía cómo hacerlo y que ella no hiciera una tontería. Maldita sea, no quería perderla. Me había dado cuenta de que me gustaba más de lo que yo pensaba. Hasta he llegado a la conclusión de que quizás me esté enamorando de esa increíble mujer. ¿Existían los flechazos a primera vista? Antes no creía en ellos, pero desde que conocí a Charlotte… No dejaba de pensar en ella, de desear estar a su lado y

escucharla hablar de cualquier cosa. Pensar en perderla hacía que mi corazón sufriera microinfartos.

Apreté fuertemente el hierro de la valla. Me encontraba entre la espada y la pared. Emily quería una cosa y yo otra. Se suponía que mi vida estaba consagrada a la de mis hijas, que yo debía velar por ellas y sobre todo por Emily. Pero no podía aceptar sus condiciones, las cuales tampoco entendía. Es que no sabía qué había pasado con la mentalidad de mi hija, por qué cambió de un momento para otro.

—Ezequiel.

Di un respingo al oír la voz de la mujer de la cual estaba completamente y casi enamorado. Levanté la vista del suelo, aunque no fueron los ojos de Charlotte los que me recibieron, sino los de un hombre al que no conocía. Se encontraba detrás de ella, no oculto, no parecía que necesitara ocultarse. Solo se comportaba de una forma… casi posesiva. Me escudriñaba con la vista. ¿Mi atuendo? ¿Mi cara? ¿Quizás mi sombrero? Puede que examinara todo de mí. Un chispazo sucedió en mi columna vertebral, enderezándome de inmediato. Charlotte me sonrió, aunque esa sonrisa jamás llegó a sus preciosos ojos verdes. Me percaté del niño que se aferraba a su mano, tenía la boca abierta y me miraba como si no creyera nada de lo que estaba viendo.

—Charlotte —la saludé.

Ella se aclaró la garganta y le dio un empujoncito por la espalda al niño de ojos azules.

—No, Charlie —susurró no muy bajo—, me da vergüenza. —Ella se rio.

—Ezequiel no te hará nada —le aseguró Charlotte. Sus ojos volvieron a posarse en mí—. Ezequiel, este es Jack. —Fruncí el ceño, ese nombre me sonaba… Joder. Ya sabía quiénes eran el niño y el cabrón que se cernía por encima de Charlotte—. Es muy fan tuyo.

Me quité el sombrero, mirando al niño, decidiendo ignorar las ganas que tenía de abalanzarme sobre el cabrón del marido de

Charlotte y dejarlo tumbado en el suelo. Hinqué una rodilla en la tierra llena de pequeñas piedras para estar a la altura de la vista del niño.

—Encantado, Jack.

—Eres el Jinete de Acero —musitó. Eso me hizo sonreír de verdad, pues solo los más fans del rodeo me llamaban así.

—Ese soy yo —dije.

—Mi abuelo hablaba mucho de ti. —Por alguna razón, miré a Charlotte. Algo en su mirada me dijo todo lo que tenía que saber.

—¿Es cierto lo que dice Charlotte? —le pregunté al niño. Él asintió—. Entonces… ven conmigo, te voy a presentar a Triturahuesos. —Sus ojos brillaron con la misma emoción que los de mi hija Emily cuando la monté en su primer toro.

—No deberías ir, Jack —dijo el bastardo al que ya odiaba con toda mi alma—. No es seguro.

Sacudí el ala de mi sombrero y me lo puse de nuevo.

—Triturahuesos no le hará nada —dijo Charlotte con seguridad.

El bastardo se inclinó hacia ella, dejando su cara a escasos centímetros de Charlotte.

—¿Confías en esa bestia, nena? —le susurró, como si fueran dos amantes que se adoran. Charlotte lo empujó por el pecho.

—Sí, confío en esa bestia y en todas las bestias Bennet.

Mi boca se curvó por un lado. Abrí la puerta del redil. El niño entró tímido, observándome todo el rato. Le di un suave toque con mi dedo índice en la punta de la nariz, haciéndolo reír. Los labios de Charlotte se curvaron hacia arriba. Su marido se quedó fuera.

—Tenemos que hablar —me susurró.

—Ya lo creo, chica de ciudad. ¿Qué hace aquí?

—Es una larga historia —dijo suspirando.

—¡Charlie, ese es Triturahuesos! —Señaló con su dedo índice hacia el enorme toro—. Ha sido el supercampeón durante años.

—Sí que eres fan —murmuré.

—Jack lleva siendo fan del rodeo desde que nació, ¿verdad? —intervino Charlotte. Jack asintió—. Su abuelo Walter le enseñó todo lo que hay que saber.

Levanté una ceja, mirando a Charlotte.

—¿Y nadie te enseñó a ti, chica de ciudad? —Me golpeó en el brazo con su puño, provocando la risa de Jack—. Qué violenta eres.

—Te estás ganando un puñetazo —protestó. Abrí la boca, pero ella continuó hablando—. Y no soy violenta, solo me defiendo de los viejos de rancho. —El niño soltó una risita.

—Ven conmigo, Jack, tienes que alejarte de esta terrible mujer —dije.

—¡Ezequiel! —chilló Charlotte.

Mi espalda tembló por la risa. Charlotte intentó abalanzarse sobre mí, pero la tomé por las muñecas cuando soltó a Jack, la giré y pegué su espalda a mi pecho.

—¿Ese cabronazo sabe que eres mía? —Se le escapó un jadeo.

—No soy de nadie. —Le di un beso en el cuello—. Bueno… puede que un poco tuya.

—Mía al completo, Charlotte.

Le di un suave apretón en la cintura antes de soltarla. Jack estaba un poco impaciente cuando nos detuvimos delante de Triturahuesos.

—Es más grande de lo que pensaba —dijo el niño.

—¿Quieres tocarlo? —le pregunté.

—Sí, por favor. —Sonreí de forma inconsciente ante su educación.

¿De verdad este niño era hijo de un ser tan miserable como el marido de Charlotte? Tomé la mano —un poco temblorosa— de Jack y la puse sobre el lomo de Triturahuesos. El toro ni se inmutó, solía ser bastante tranquilo en el día a día, excepto cuando teníamos que entrenar o competir. La boca de Jack se abrió, luego sonrió y le chilló a Charlotte que estaba acariciando a un campeón. Mi pecho se hinchó con orgullo. Triturahuesos y yo habíamos vivido una buena vida de competencia en competencia desde que él cumplió cuatro años. Antes de eso, tenía otro toro al que extraño cada día. Murió hace algunos años. Miré a los ojos a Triturahuesos.

—Este será su último rodeo —le dije a Jack—. Y también el mío.

—¿Y Ben? —preguntó.

Mi boca se curvó por un lado. Este chico estaba metido en el mundo del rodeo hasta las trancas.

—A Ben le quedan muchos años, chico. Podrás seguir disfrutando de los Bennet.

—¿Y qué va a pasar con Triturahuesos?

—Vivirá en el rancho hasta que llegue su hora de partir de este mundo.

Jack se quedó mirando al toro, pensativo, durante unos minutos. Al rato, miró a Charlotte.

—Quiero ser bull rider, Charlie. —Ella le acarició la cabeza con ternura—. ¿Puedo quedarme contigo y aprender a ser un rider en este lugar? —Charlotte se mordió el labio inferior—. Te prometo que me portaré bien y nunca te daré ningún problema.

—Joder —murmuré con un gruñido—. Oye, Jack, ¿te gustaría conocer a Rayo Negro? —Su cabeza giró hacia mí rápidamente.

—¡¿Rayo Negro!? —chilló emocionado.

—¡Adam! —vociferé. Mi hermano levantó la cabeza—. Ven aquí, hay un fan de tu caballo.

Me crucé de brazos mientras mi hermano entraba en el redil con una sonrisa en la cara. Se llevó a Jack al recinto donde algunos caballos ya estaban esperando a mañana, que será cuando salgan al ruedo y les muestren a los asistentes sus mejores trucos. Adam es quien más trofeos tiene en esta categoría del rodeo, haciendo acrobacias sobre su caballo.

Charlotte y yo nos quedamos a solas, por fin. Le hice un gesto con la cabeza para ir a un lugar más tranquilo, lejos de la vista de su marido. Joder, en serio que lo odiaba. Abrí la otra puerta del redil y conduje a Charlotte a uno de los prados donde algunos de los participantes de la competición de este año estaban entrenando una última vez.

—¿Qué hace aquí tu marido? —le pregunté sin preámbulos.

—Se presentó ayer, Ezequiel. Cuando llegué a casa después del colegio, me sorprendió.

—¿Y por qué no se ha ido? —Charlotte suspiró.

—Por Jack. No tengo corazón para dejarlo ir con Andy.

—Joder, Charlotte. No puedes dejar que…

—Ezequiel —me interrumpió—, no voy a dejar que Andy vuelva a meterse en mi vida. Hemos hecho un trato.

—¿Cuál? —Me crucé de brazos.

—Le he dado una semana para que encuentre un empleo y se marche.

—¿Y confías en él?

—No, claro que no. Pero necesito asegurarme de que Jack va a estar bien antes de dejar que se marche. —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Ha perdido todo, Ezequiel. Sus abuelos murieron, los padres de Andy, y ellos eran los únicos que cuidaban de él.

—¿Y su madre?

Charlotte se encogió de hombros al tiempo que negaba con la cabeza. La atraje a mis brazos. Me rodeó la cintura con los suyos.

—Jessica se ha ido con su novio a vivir a otro estado, le dio a Andy la custodia completa y renunció a sus derechos y deberes como madre.

—Jodida zorra —gruñí.

—No puedo… Solo será una semana.

—Por Jack.

—Sí, solo por él. Además, el trato con Andy incluía que firmaría el divorcio.

—Bien, esa parte me gusta más.

Charlotte apoyó la barbilla en mi pecho, sonriendo. Le di un beso en la frente y otro en los labios.

—No me gusta no verte todo el rato —le dije.

—Ya, a mí tampoco. Te echo mucho de menos cuando no estoy contigo.

—Ahora cuéntame qué ha pasado con Emily. Adam no ha querido decir nada.

Exhalé un suspiro. No tenía ni la más mínima idea de por dónde empezar a contarle a Charlotte todo lo que debía decirle sobre Emily. Podía intuir su reacción y, quizás, podía convencerla de hacer todo lo contrario. No lo sabía, solo tenía la esperanza de que así fuera. Para colmo, su marido estaba aquí. ¿Y si ella corría a sus brazos? Joder, no iba a pensar en eso. Yo le gustaba a Charlotte tanto como ella a mí, podía notar eso.

—Te has quedado muy callado —murmuró.

—Es que no quiero que te alejes de mí.

—¿Por qué haría algo así?

Porque Emily nos había descubierto. Porque mi hija no me quería cerca de ella. Porque Emily pensaba que éramos unos traidores solo por gustarnos. Porque Charlotte haría lo que creía correcto. Por muchas cosas que no quería decir. Porque algo dentro de mí me gritaba que estos eran mis últimos momentos con esta mujer y no quería eso. La besé en los labios desesperadamente. ¿Se olvidaría del asunto con este gesto? Claro que no. Aunque ella recibió mi beso con mucho agrado, todo se estaba derrumbando a mi lado. Sabía que no podía retrasar la conversación por mucho más tiempo.

—¡Aléjate de mi padre!

Charlotte dio un brinco hacia atrás. Sus ojos llenos de horror contemplando a una enfurecida Emily que se acercaba a nosotros con mi hermano Jared detrás de ella tratando de detenerla. Emily se interpuso entre Charlotte y yo.

—No te acerques a él, traidora.

—Emily, yo…

—¡No me hables! —le gritó.

Cogí a mi hija por los hombros y la alejé todo lo que pude de Charlotte.

—Basta con esto, Emily.

—¡No!

—¡He dicho que basta! —Sus ojos se abrieron, pues jamás le había gritado de esta forma—. Tengo derecho a rehacer mi vida, mi cielo. Tienes que entender eso.

—¡No puedes!

Emily me empujó en un descuido mío y salió corriendo en dirección opuesta a mí. Mi hermano suspiró y se fue tras ella. Pero lo que me rompió de verdad fue a Charlotte llorando con la cabeza gacha como si hubiera cometido un crimen. Di un paso hacia ella y se echó atrás, alejándose de mí.

—No hagas esto, Charlotte.

—Tengo… —Tragó grueso, con la voz rota—. Tengo que irme de aquí, Ezequiel.

—¡Charlie! —Apreté la mandíbula. El bastardo de Andy había logrado llegar hasta nosotros—. Nena, ¿qué ocurre?

—Nada, solo tengo que dar un paseo.

—Charlotte, por favor, hablemos.

—Más tarde, Ezequiel. —Miró a su marido—. Jack está con Adam donde los caballos, ve a por él y vayámonos a casa. No me encuentro demasiado bien.

—Sí, por supuesto. Déjame cuidar de ti, nena. Jack y yo lo haremos.

Capítulo 22



Charlie

Mis manos estaban temblando y no sabía por qué. Me sentía mal, nauseabunda. Le había hecho daño a Emily inconscientemente. Ella no me quería cerca de su padre. El alboroto de las conversaciones de la gente me molestaba en los oídos. Jack parecía molesto y Andy me estaba ayudando a llegar a mi coche. Mi abuela y mi hermano querían venir conmigo, pero les dije que era mejor que se quedaran aquí y disfrutaran del rodeo.

—Lo siento, Jack —suspiré—. Puedes quedarte con Nate y…

—Quiero estar contigo, Charlie. Te voy a cuidar para que te pongas bien, ¿vale?

—Vale, cariño.

—Los dos cuidaremos de Charlie —dijo Andy—. Dame las llaves del coche, nena.

—Tienes que venir a recoger a mi abuela y a mi hermano más tarde.

—No te preocupes por nada, yo me ocupo de todo.

Asentí, no muy convencida, pero ahora solo quería marcharme de aquí y alejarme de todo el lío que yo misma había formado. Debería haber hablado con Emily, pero ni en mil vidas pensé que se tomaría tan mal mi relación con su padre. Jack me había aceptado desde el primer día que aparecí en su vida, claro que en ese momento era

mucho más pequeño que Emily ahora. Quizás ese fue un factor. No lo sabía. Tenía que pensar en muchas cosas.

No tardamos mucho en regresar a casa. En cuanto entré por la puerta, me fui directamente al sofá. Estaba mareada. Andy se acuclilló a mis pies y Jack se sentó a mi lado con Cheddar en su regazo. El gato me observaba, como si supiera que algo me pasaba y no me extrañaría, pues cuando perdí a mi bebé, Cheddar y Mocca estuvieron a mi lado constantemente. Recosté la espalda en los mullidos cojines del sofá.

—Jack, ¿puedes ir a por un vaso de agua para Charlie? —dijo Andy.

—Sí, papá.

Andy se sentó a mi lado cuando su hijo desapareció de nuestra vista.

—No tengo por qué darte ninguna explicación, Andy.

—Tampoco iba a pedírtelas.

—¿En serio? —Él agachó la cabeza, mirándome de reojo—. Di lo que tengas que decir.

—¿Te has acostado con él?

—Sí. ¿Algo más?

—No. —Soltó un suspiro—. Bueno, sí. —Puse los ojos en blanco—. Has cambiado mucho, Charlie.

—No he cambiado. Solo me he recuperado a mí misma. Me perdí contigo, Andy. Vivía solo para complacerte, para hacerte feliz, y en el proceso me olvidé de hacerme feliz a mí.

—¿Tan mal lo hice?

—Los dos lo hicimos mal. Yo no debí aguantar tanto y tú no debiste engañarme con Jessica. Si querías estar con ella, solo tenías que decirlo y te habría dado el divorcio.

—No quería estar con Jessica.

—Oh, genial. Entonces me engañaste solo por acostarte con ella.

—La cagué, joder.

—Sí.

—Perdóname, quiero estar contigo.

—¿Te has dado cuenta ahora?

—No. Cuando te fuiste me sentí… Apenas estuve durmiendo, tenía miedo de que te hubiera pasado algo. Desapareciste, Charlie.

—Mi abuela y mi hermano también.

—Sí, y eso era lo más jodido de todo, no había nadie que me diera una maldita pista de ti.

Me quedé callada. Sí había alguien, o dos alguien, que le dio una pista sobre mí. Literalmente, esos dos alguien le dijeron dónde estaba por un módico precio. Mi abuela los llamó para gritarles e informarles que no recibirían *ni un puto duro* de la herencia que mi abuelo dejó y la que ella dejaría cuando se fuera de este mundo. Por supuesto, no faltaron las llamadas de mis padres para quejarse y llorar. Según ellos, necesitaban el dinero para un viaje en crucero con sus amigos. Eso era lo único importante para mis padres: viajar y viajar con sus malditos amigos.

Resoplé, agotada por todo.

—Esa niña no te quiere, Jack, sí.

—No hables de Emily, ni siquiera la conoces, Andy.

—Charlie, dame otra oportunidad, por favor. Lo haré mejor esta vez, seré el hombre que mereces.

Quería gritarle y… pegarle, aunque Ezequiel apareciera por esa puerta y me llamara violenta mientras sonreía. Mi corazón se estrujó. Quería que él entrara por esa puerta y me llamara violenta. Pero sabía que lo más probable era que jamás nos volviéramos a ver de esa

forma. Él ya no vendría a buscarme para pasar un rato en su coche, así como tampoco me enviaría mensajes diciéndome que tenía que ponerme su sombrero con urgencia. Esos estúpidos mensajes sexuales que me enviaba a cada hora del día, sin importar si estaba sola o acompañada, en el colegio o en mi casa.

Se me escapó un sollozo. Andy pasó su brazo por encima de mis hombros y me atrajo hacia él. Dejé que me abrazara porque era lo que necesitaba en estos momentos y, en algún momento, él había sido mi amigo, mucho antes de que me pidiera salir en la universidad. Sollocé en su hombro. El panorama que tenía por delante no me gustaba. Había comenzado a amar la vida en este pueblo, mi trabajo, mis niños. Ahora todo cambiaría. Las reuniones con los padres serían incómodas. Mi relación con Emily cambiaría y muy posiblemente también mi relación con Kitty. ¿Y si la gente del pueblo se enteraba de todo lo sucedido y comenzaban a mirarme mal? ¿O si los padres del colegio dejaban de confiar en mí como profesora por haber tenido una breve relación con un padre? No quería nada de eso.

Me separé de Andy, con la cara empapada de lágrimas. Él las secó con sus dedos.

—No debería haber comenzado nada con Ezequiel —murmuré.

Andy no dijo nada. Pero, ¿qué había que decir sobre esto? Era yo quien había metido la pata. Primero por haber aceptado la primera cita con Ezequiel y segundo por no haberle contado a Emily lo que había sucedido entre su padre y yo.

—La cagué, Andy.

—Todos cometemos errores, Charlie. No te sientas mal.

Jack regresó de la cocina con mi vaso de agua, el que me tomé de un solo tirón, como si no hubiera bebido en días.

—¿Por qué esa niña no te quiere? —preguntó Jack.

—No es que no me quiera… —Respiré hondo—. Es complicado, cariño. Ella no ha tenido una infancia fácil.

—Pues yo te quiero mucho, Charlie.

Mi boca se curvó por los lados. Las palabras de Jack no eran un milagro para cambiar mi estado de ánimo, pero eran un consuelo que lo mejoraba.

—Gracias, cariño. Yo también te quiero mucho.

—Te voy a hacer un té —dijo Andy.

Se levantó y desapareció en la cocina. Oí el tintinear de la vajilla y el ruido de la tetera de mi abuela, la que me regaló cuando me casé con Andy.

Jack me miró como si esperara que estuviera vigilándome, esperando a que me desmoronara otra vez. Y estaba a punto de hacerlo. Sonreí por fuera, aunque por dentro sentía que me estaba partiendo en dos. Cerré los ojos. El silencio de la casa me estaba abrumando. Me incomodaba que todo estuviera tan en calma por fuera y dentro de mí hubiera una tormenta a punto de desatarse. Porque sabía que, en algún momento, todo se volvería peor de lo que ya estaba. Esta calma solo precedía al caos absoluto. Y eso me asustó.

Pensé en Ezequiel. Ese hombre que había irrumpido en mi vida no hacía mucho… ¿Cómo podía doler tanto alguien que había llegado tan tarde a mi vida? No lo sabía. Pero él se había colado en mi corazón y pensar en eso me dolía mucho.

—¿Puedo ver la tele un rato? —preguntó Jack, sin moverse de mi lado.

—Sí, por supuesto que sí, cariño. Ni siquiera tienes que preguntar.

Andy regresó con la taza de té humeante. La tomé con las dos manos, sintiendo de inmediato el calor filtrándose por mis dedos. Le di un sorbo. Sabía exactamente igual a cómo la recordaba. Andy solía prepararme este té cuando tenía muchos exámenes.

—Gracias —murmuré.

—Dos cucharadas de azúcar y un poco de miel. —Sonreí de verdad—. Parece que esto era lo único que hacía bien.

—No es…

—Charlie, no intentes mentir para hacerme sentir mejor. Es la verdad. Aunque a mí me cueste asumirlo. No he sido un buen novio y mucho menos un buen esposo.

El sonido de la tele me distrajo por un momento. Jack había puesto el programa que retransmitía en directo el rodeo de Eagle Creast. El presentador dio paso a los participantes de este año. Entonces vi a Ezequiel por detrás del hombre que no dejaba de hablar a la cámara. Mi corazón se aceleró cuando el presentador dijo su nombre. Ezequiel no parecía nada feliz, de hecho, sus hombros estaban caídos y se notaba que no quería estar ahí.

—Yo he hecho eso —musité para mí misma—. He traicionado a Emily… Soy una traidora. —*Como Andy*, pensé.

Me levanté de un salto. La taza cayó en algún lugar en el suelo de madera. Mis manos temblaban tanto como el resto de mi cuerpo, y mi mente era un torbellino. Andy me tomó por los hombros.

—Cálmate, no has hecho nada.

—Le he hecho daño a Emily y a Ezequiel.

—Charlie, no es cierto.

—Debería haber hablado con Emily sobre mí y su padre y no lo hice.

—Por favor, tranquilízate. Me estás asustando.

El aire comenzaba a faltarme. A mi alrededor, todo se emborronaba y daba vueltas. Ya no veía con nitidez la cara de Andy y la voz de Jack, llena de miedo, era solo un eco tardío y lejano. En mi mente solo podía ver a Ezequiel y a Emily tristes por mi culpa. ¿Por qué no hablé con ella antes de aceptar la cita de su padre? Sentí que mis rodillas fallaban y mi cuerpo caía al suelo. Esperé el golpe, pero nunca llegó. Sin embargo, me parecía estar flotando por el aire y los

recuerdos comenzaron a atropellarme uno tras otro sin descanso. Vi a mis padres diciéndome que ahora yo sería quien cuidaría de Nate porque ellos tenían una vida que vivir y que yo ya era grande, pero solo tenía ocho años. Llamé a mi abuelo, quien vino corriendo a por nosotros cuando mis padres se fueron ese mismo día. Lloré tanto porque pensé que se habían ido para siempre. Pero mi abuelo me consoló, me dijo que él me amaba tanto que jamás podría dejarme sola.

Recordé cuando me enteré de que estaba embarazada... Y el día en que perdí a mi bebé.



Mis ojos se abrieron lentamente, la luz me molestaba, así que los cerré otra vez. Escuchaba el murmullo de voces hablando, creía que de mí. Algo en mi mente no dejaba de gritar, era yo... o quizás otra versión de mí. Tenía ganas de vomitar. Alguien estaba hablándome, instándome a que abriera los ojos. Apenas tenía fuerzas para hacerlo; aun así, lo logré al cabo de un rato.

Me encontraba en un hospital. No recordaba nada de lo que había pasado ni cómo llegué aquí. Mi abuela y mi hermano estaban en la habitación. Y habían llorado mucho. El médico me estaba explicando algo, sin embargo, no le presté atención, no quería escuchar lo que tenía que decirme. Todo era mentira, ¿verdad? Yo... Comencé a llorar. No sabía por qué, solo tenía ganas. Mi abuela me abrazó, mientras que Nate me dio la espalda. Si pensaba que eso haría que no me diera cuenta de que también estaba llorando, se equivocaba.

Pasaron las horas, pregunté por Andy y la única respuesta que obtuve fue que todavía no había venido. ¿Por qué? Nadie lo sabía. Cuando apareció, horas después, discutimos muy fuerte. El personal médico lo tuvo que sacar de mi habitación hasta que se tranquilizara. Mi corazón estaba destrozado y me negaba a pensar en lo que había sucedido. En lo que se había convertido mi vida a partir de ahora. En todo lo que este suceso significaba para mí.

"Será difícil que vuelvas a quedar embarazada". Esas fueron las palabras del médico que tanto me negué a escuchar y que, aun así, escuché. Mi vida se había acabado de cierto modo. Siempre supe que sería madre, que quería quedar embarazada. Ahora, esa posibilidad se había esfumado.

Las siguientes horas no fueron mejores. Me dieron varias crisis nerviosas al escuchar bebés llorando. Uno de esos bebés solo estaba en mi mente. Era ella, mi niña. Lloraba para que la consolara, pero era algo que no podía hacer, pues su cuerpecito ya no estaba conmigo. Mi hija nació muerta. La infección que había contraído me había provocado un parto prematuro y la muerte de mi hija antes de nacer. Ella no había tenido la oportunidad de ver este mundo. Y yo ni siquiera la había podido ver a ella. No sabía de qué color era su pelito, jamás sabría si se parecería a mí o si tendría mi color de ojos. Nunca me llamaría mamá... Puede que nadie me llamara de esa forma jamás.

Dos días después me dieron el alta en el hospital. Tenía que seguir tomando medicación para terminar de curar la infección en mi útero. No quería ir a casa y ver a Andy, no en ese momento. Así que mi abuela y mi hermano me llevaron a donde les pedí: al cementerio. Allí, en la lápida de mi hija, no había nada más que una fecha: 10 de enero de 2013. El día de su nacimiento y el de su muerte.



Abrí los ojos abruptamente. Mi pecho subía y bajaba. Alguien me empujó por los hombros, dejándome de nuevo sobre la superficie blanda y mullida.

—Con calma.

—Poppy —susurré. Ella me sonrió. Miré a mi alrededor—. ¿Qué hago en el hospital? —pregunté.

—Te ha dado un ataque de pánico y te has desmayado.

Suspiré. Poppy me explicó todo con pelos y señales. Jack y Andy me trajeron al hospital cuando caí al suelo. Ya aquí, los médicos y enfermeros se encargaron de mí y me pusieron medicación por vía intravenosa. De eso hacía ya unas cuantas horas. El doctor que me atendió, me daría el alta pronto, pues lo que me había ocurrido no requería de hospitalización.

Media hora más tarde, ya estaba de regreso en casa. Andy había llamado a mi abuela para informarle de lo que me había pasado, así que tanto él como ella habían dejado el rodeo para ir al hospital.

Aún me sentía mareada y confusa cuando Andy me ayudó a llegar a mi habitación. Solo quería dormir durante días y que todo esto pasara. Deseaba que todo fuese una pesadilla de la que despertaría pronto y que todo siguiera como antes. Porque, estando en el hospital, me di cuenta de algo que me consumía por dentro:

Me había enamorado perdidamente de Ezequiel Bennet.

Y lo peor era que no estaba segura de si había algo que pudiera hacer para convencer a Emily de que mis sentimientos por su padre eran reales, que quería estar a su lado y al de ella y su hermana. Pensé en ella durante toda la noche, apenas dormí. No podía cerrar los ojos sin ver a Emily llorando, enfadada porque nos había visto a su padre y a mí besarnos. Y ella tenía razón en algo: yo era su amiga. Aún me consideraba su amiga, así que tenía que hablar con ella. Quisiera escucharme o no. Solo quería pedirle perdón por no haber hablado antes.

Por la mañana temprano, salí de la cama con cuidado de no despertar a Jack, que se había empeñado en dormir conmigo para cuidarme. A los dos minutos, ya se encontraba profundamente dormido y eso me hizo sonreír. Le di un beso en la cabeza antes de salir de mi habitación y dirigirme en pijama a la cocina. La palabra traidora seguía resonando en lo más profundo de mi mente. No podía olvidarla. Y me dolía en el alma que Emily hubiera sentido eso viniendo de mí. Andy se encontraba en la cocina cuando entré, lo que me extrañó, con la vista perdida y una taza de café en la mano.

—Buenos días —murmuré en voz baja, acercándome a la cafetera.

Andy frunció el ceño al verme.

—No has dormido —señaló, y asentí—. Deberías quedarte en la cama, nena.

—Deja de llamarme así, por favor. Nunca me pusiste un nombre ñoño, Andy. ¿Por qué ahora? —Se encogió de hombros—. Da igual.

El teléfono fijo de la casa comenzó a sonar sin parar. Lo alcancé de la pared y apreté el botón para atender la llamada.

—*Soy Charlie* —dije.

—*Charlotte*. —Mi corazón se aceleró al escuchar la voz de Ezequiel—. *Necesito tu ayuda*.

—*¿Por qué tu voz suena tan desesperada?*

—*Porque lo estoy. Llevo toda la noche buscando a Emily, ha desaparecido.*

Capítulo 23



Ezequiel

Miré a Emily de soslayo. Si alguien pudiera morir con una sola mirada, ese sería yo. Charlotte se había ido del lugar acompañada de su marido y del hijo de este. Quise ir tras ella, pero mi hija me lo impidió. Y aquí nos encontrábamos ahora, con ella aferrada a mi cintura mientras me bloqueaba el camino.

—Emily… —suspiré—, Charlotte ya se ha ido. Suéltame.

—Dame tu palabra de que no vas a ir a buscarla.

—Sabes que esto no es justo, ¿verdad?

—Hazlo, papá, o dejaré de hablarte para siempre y me iré a vivir con los abuelos.

Apreté la mandíbula. Mi hija mayor me estaba chantajeando y funcionó, porque de mis labios salieron las palabras que ella quería escuchar. Le prometí que no iría a buscar a Charlotte. Cuando Emily me soltó, di media vuelta y caminé por donde había venido con Charlotte. Crucé el redil donde Triturahuesos seguía pastando, ajeno al puto lío que acababa de montarse de la nada. Me sentía mal, física y emocionalmente mal. Quería gritar, golpear cosas y decirle a mi hija que no podía dictar mi vida como ella quisiera. Pero sabía que debía de tener cuidado con lo que le decía a Emily. Dejé caer mi cuerpo en el pasto, la espalda apoyada en los travesaños de hierro del redil.

Emily me miraba a lo lejos, no había felicidad en sus ojos, no había ninguna emoción buena. Había hecho lo que ella quería, ¿por qué no estaba feliz? La vi correr a su izquierda, por donde vino cuando nos sorprendió a Charlotte y a mí besándonos. Agaché la cabeza y la metí entre mis brazos, apoyados en mis rodillas. Hace cinco años, Wendy me rompió el corazón y tuve que salir adelante yo solo con una niña de ocho años y otra recién nacida. Nadie me dijo cómo calmar los cólicos que Kitty sufría cada dos por tres. Me negaba a pedir ayuda, a día de hoy; no sabía qué quería demostrar. El caso es que me entregué por completo a mis hijas. Sí, de vez en cuando y solo durante la época de rodeo, me acostaba con alguna mujer al azar. El resto del año, mi tiempo y mi vida pertenecían exclusivamente a mis hijas.

Cuando Charlotte apareció en mi vida por primera vez, sentí deseo. Pero no un deseo carnal —que también—, sino uno más profundo. Me gustaba molestarla solo para que me respondiera con esa inteligencia tan suya y esa violencia innata en ella que tanto me divertía. Esos malditos vestidos de girasoles que tanto le gustaban, porque no solo tenía uno, no… Charlotte tenía al menos cinco de diferentes estilos y estampados.

Con ella, creí que por fin la vida mejoraría tras cinco años de absoluta soledad. Porque no lo demostraba a menudo, pero me sentía jodidamente solo en mi casa. Mis hijas no eran la compañía que tanto anhelaba, por mucho que las amara.

—Papi. —Levanté la vista. Mi pequeña Kitty puso su mano en mi mejilla—. ¿Estás triste?

—Un poco.

Mi hija se metió entre mis piernas y me abrazó por el cuello, susurrándome que ella me amaba y que siempre lo haría. Una lágrima cayó por mi mejilla. Ni siquiera cuando Wendy se fue, lloré. Pero ahora sabía que mi relación con Charlotte había acabado para siempre. Ella haría lo que creía correcto, no volvería a acercarse a mí de esa forma. Lo vi en sus ojos. Vi el dolor que se apoderó de ella

cuando Emily la llamó traidora. No me hizo falta leer su mente para saber lo que estaba pensando. Su marido la traicionó a ella de todas las formas posibles y mi hija la había llamado de esa forma.

El dolor no hizo más que extenderse por todo mi cuerpo cuando me levanté del suelo. Las piernas amenazaban con fallarme. Kitty me tomó de la mano, acompañándome a todos lados mientras comenzaba a prepararme para el inicio del rodeo. No tenía ánimos, pero me había comprometido. ¿Duraría los tres segundos encima del toro mañana? Lo dudaba mucho. Temía el día de la competición de verdad. Era en cuatro días y sabía que lo que sentía solo iría a peor. Kitty se fue con mis padres, que estaban fuera del redil

Agarré la soga de Triturahuesos, el animal se movió de inmediato. Caminé arrastrando los pies, sin ganas ni energía para nada. La emoción por este rodeo se había esfumado. Quería mostrarle a Charlotte de lo que era capaz. Apreté la soga con fuerza, provocando que Triturahuesos se moviera incómodo. Resopló y sacudió la cabeza, mugió ligeramente.

—No vamos a ganar este año —le dije, como si me pudiera entender.

Abrí la puerta del redil y pasé por delante de Triturahuesos. La voz del maestro de ceremonias comenzó a sonar por los altavoces. Escuché la risa inconfundible de Robert Taylor.

—Bennet, este año seré yo quien consiga ese trofeo —se burló.

—Bien por ti, ya era hora de que ganaras un año.

—Menudo espectáculo habéis dado tu hija y tu… esa profesora.

—Se llama Charlotte —gruñí.

—Sí, esa.

—Que te jodan, Bobby.

—Más tarde —se rio Mackenzie Sanders, que estaba a su lado como su perrita faldera.

Casi vomité. Por el pueblo ya corría la noticia de que Robert se había ido de su casa, había dejado a Poppy y le iba a pedir el divorcio. Se rumoreaba que la relación entre Mackenzie y Robert había comenzado desde antes de que Robert decidiera dejar a su esposa. Yo estaba seguro de eso. Mackenzie y él siempre actuaron en público como si fueran una pareja.

Adam acudió en mi rescate. Me llevó a duras penas al lugar de presentación de los toros, justo detrás del presentador. Me sentía muy mal. Mis hombros estaban bajos, mi mente en otro lugar y con otra persona. Mi hermano me dio una suave palmada en la espalda, no dije nada mientras lo observaba meterse entre el público. Adam no había mencionado nada, me conocía bien y sabía que este no era el mejor momento para hablar de lo que había sucedido. Él no insistiría, no ahora.

Las risas, los vítores, la voz del presentador… todo quedó en un segundo plano cuando mi mente regresó a Charlotte. En esa imagen que se había quedado grabada a fuego en mi mente: ella marchándose con su marido y su hijastro. Tenía la cara rota por el dolor. Yo sabía que ella no le había querido hacer daño a Emily.

Había perdido a Charlotte para siempre. No era una exageración ni un pensamiento impulsivo. Era la verdad. Podía entender el dolor de Emily. Era yo quien debía haber hablado con ella y no lo hice porque creí que era pronto. Elegí a mi hija por encima de Charlotte y lo haría mil veces más. Pero no podía evitar pensar en que podría haber manejado las cosas de otra forma. Aunque también debía de admitir que tenía miedo. Miedo de que Emily volviera a intentar suicidarse. Jamás me perdonaría que mi hija se hiciera daño por mi culpa.

¿Y si volvía a intentarlo?

La comencé a buscar con la vista. No vi a mis hermanos y tampoco a mis padres entre el público. ¿Dónde se habían metido todos? Mi corazón comenzó a acelerarse. Los nervios pusieron mis vellos como escarpias. Empecé a ahogarme. Alguien me quitó de la

mano la soga de Triturahuesos, era Ben. Sus labios se movían y, por alguna razón, no podía escucharlo bien. Mi hermano me tomó por las mejillas. Ben era algo más bajo que yo.

—Ezequiel, céntrate.

Parpadeé un par de veces. Ahora escuchaba a mi hermano. Aunque no me hacía ni pizca de gracia lo que me estaba diciendo. Emily no estaba por ningún lado. Mis padres y mis hermanos la estaban buscando. Kitty se había quedado al cuidado de Poppy. Salí corriendo como alma que lleva el diablo. El miedo embotaba mi mente. ¿Dónde había ido mi cielo? Los peores pensamientos cruzaron mi cabeza al tiempo que yo corría por cada establo. Adam iba al mismo ritmo que yo por el otro lado, buscando a mi hija, gritando su nombre.

Mis labios se movían por sí solos, llamaba a mi niña. Mi Emily no estaba por ningún lado. Salí del recinto de la celebración del rodeo. Las calles del pueblo estaban iluminadas por el sol de la tarde. Mis padres la llamaron al móvil, pero no respondía y la localización estaba desactivada. ¿Y si había llamado a Wendy? Su madre usaría esto en mi contra para llevársela y hacerme daño, estaba seguro. Con el corazón en puño, corrí por las calles del pueblo, las busqué en cada rincón. Me desvié por la salida de Eagle Creast al rancho. El sudor ya estaba corriendo por mi espalda y mi frente, pero me negué a disminuir la velocidad. Podría encontrar a Emily yendo al rancho caminando, no quedaba tan lejos del pueblo, aunque la carretera era peligrosa por no estar iluminada.

Tropecé un par de veces con las piedras que me encontré por el camino. Mi móvil no había sonado en ningún momento, así que mis hermanos o mis padres no habían encontrado a mi hija.

Tardé algo más de quince minutos en llegar al rancho. No había nadie en casa de mis padres, la puerta estaba completamente cerrada y las luces apagadas. Busqué a Emily en nuestra casa y también en la de Adam. La busqué por los establos. Su caballo estaba en el prado, donde ella lo dejó esta mañana.

Caí de rodillas al suelo, agotado por el maldito día de mierda que estaba teniendo. Ni siquiera me di cuenta de cuántas horas estuve arrodillado, pensando en todo lo que hice mal con Emily. Recordé la primera vez que la tuve en mis brazos. Ahí supe lo que era el amor incondicional. Supe que le daría a mi hija cualquier cosa que me pidiera. Pero también recordé la mañana en la que se despertó y su madre no estaba en casa.



El whisky corría por mi garganta, quemándolo todo a su paso. Apenas eran las siete y ya me encontraba medio borracho. Había leído una y otra vez la carta que Wendy me había dejado. Aunque la descubrí saliendo a hurtadillas de la casa con una maleta. Sabía lo que estaba haciendo y discutimos. Por suerte, las niñas no se despertaron, al menos Emily. ¿Cómo iba a contarle que su madre se había ido?

—Papi.

Se me escapó un quejido gutural. No me atrevía a mirarla a los ojos. ¿Qué se suponía que debía decirle a Emily? Solo tenía ocho años. Ni siquiera yo con treinta y tres años entendía por qué Wendy se había ido. Si quería alejarse de mí, si ya no me amaba, solo tenía que pedir el divorcio. Pero, ¿por qué dejar atrás a sus hijas también? Joder, acabábamos de tener un bebé al que ni siquiera le habíamos puesto nombre porque ninguno le gustaba a mi esposa. Ahora entendía por qué. Su problema no eran los nombres, sino su vida. No quería esto.

Emily puso sus manitas, tan pequeñas y delgadas, sobre mis mejillas. Mis ojos se abrieron para encontrarse directamente con los suyos.

—¿Por qué has llorado? —me preguntó.

—No es nada, mi cielo.

—Estás triste, no me gusta cuando lo estás.

—Te quiero muchísimo, Emily.

—Lo sé, papi. Tú eres el mejor padre del mundo.

La rodeé con mis brazos y la atraje hacia mí, metiéndola entre mis piernas. Ella no estaba entendiendo nada, no sabía por qué su padre estaba llorando como un niño pequeño. Pero daba igual, porque Emily tenía tan buen corazón que, sin entender por qué estabas mal, ella te abrazaría hasta que volvieras a estar bien. Después te contaría cualquier cosa que ella supiera que te haría reír. Era mi niña alegre y divertida, esa que siempre estaba riendo y chillando por todos lados mientras huía de sus tíos.

—Te quiero, mi cielo —susurré.

Me dio un beso en la mejilla y se separó de mí. Mi niña sonrió y supe lo que venía, uno de los chistes tan malos que mi padre le había contado. Me reí cuando terminó.

—Es muy malo, mi cielo.

—¡Es el mejor chiste del mundo, papi!

Negué con la cabeza, sonriendo. Emily me observó en silencio. Tenía que armarme de valor y hablar con ella seriamente. Así que la agarré por la cintura y la senté en mi muslo. Aparté el pelo de su delicada carita de ángel, porque eso era mi niña: un pequeño y hermoso ángel.

—¿Qué pasa, papi?

—Sabes que te quiero, ya te lo he dicho y no me cansaré nunca de decírtelo. —Ella asintió—. Quiero que sepas que nada de lo que voy a decirte es tu culpa, no tienes nada que ver en este asunto.

—No entiendo, papi.

—Verás... los adultos a veces no estamos felices con lo que tenemos. Así que... —me aclaré la garganta— dejamos a un lado todo y perseguimos lo que de verdad queremos. —Emily frunció el ceño—. Lo que quiero decirte es que... no es fácil ser adulto, mi cielo. Tu madre no era feliz aquí.

—¿Dónde está mami?

—Se ha marchado, mi cielo.

—¿Ya no me quiere? —preguntó con los ojos llenos de lágrimas.

—Tu madre te quiere, pero… no quería esta vida, ya no.

Emily se bajó de mi muslo. En silencio, abandonó la cocina y la perdí de vista, pero escuché sus pasos subiendo las escaleras. Los días siguientes fueron los más difíciles de mi vida. Entre el trabajo, una niña recién nacida y otra de ocho años que había dejado de hablar, apenas descansé. Tenía ojeras bajo los ojos, me dolía el cuerpo y el alma por mi niña. Emily ya no era la misma. No había chistes malos, tampoco esas sonrisas que me encantaban. En su lugar, había oscuridad y tristeza. Los ojos de Emily estaban tan hinchados y rojos que solo con verla me llenaba de ira. Quería arrasar con todo. Mi hija estaba sufriendo un dolor indescriptible y yo no podía hacer nada por aliviarlo.

Era de noche, otra vez, cuando salí corriendo por el pasillo, chocándome con las paredes. Corrí hacia el grito de auxilio de mi hija. Era la misma pesadilla de todas las noches. Esa en la que ella estaba sola en mitad del campo, a oscuras, sin nadie que la abrazara o la consolara. Emily no me contó su pesadilla, la leí en su libreta del colegio. Había hecho dibujos de una niña sola y a su lado, una familia feliz. Luego escribió lo que soñaba. ¿Cómo podía un padre matar a los monstruos que atormentaban a su hija cuando dormía? Simplemente, no podía. Me limitaba a sentarme con ella en su cama y abrazarla hasta que dejaba de llorar.

—Estoy aquí, mi cielo. No voy a ir a ninguna parte.

Emily lloraba sin consuelo, no había nada que yo dijera que la consolara. Wendy se llevó con ella más de lo que pretendía. Robó la felicidad y el brillo de nuestra hija. Se llevó con ella las risas y los chistes, las canciones ridículas y los juegos. Se llevó el alma de Emily.

—Ezequiel, reacciona.

Levanté la vista. Adam estaba arrodillado frente a mí. Mis mejillas estaban empapadas de mis lágrimas. El sol ya estaba saliendo por el horizonte y mi cuerpo estaba medio congelado.

—¿Dónde está mi hija? —pregunté con voz ronca—. Llévame con ella, Adam.

—No la hemos encontrado, hermano.

—¡Llévame con mi hija! —vociferé. Jamás le había gritado a ninguno de mis hermanos y me arrepentí de inmediato de haberlo hecho—. Adam, por favor —dije con desesperación—, necesito ir con mi hija ahora mismo.

—La seguimos buscando, hay gente ayudando…

—Charlotte. —No sabía si había hecho una pregunta o lo había afirmado, pero Adam negó con la cabeza. Saqué mi móvil del bolsillo de mi pantalón y marqué el número de su casa sin dudarlo ni un segundo. Ella respondió casi de inmediato.

—Soy Charlie.

—Charlotte, necesito tu ayuda.

—¿Por qué tu voz suena tan desesperada?

—Porque lo estoy. Llevo toda la noche buscando a Emily, ha desaparecido.

—Dime dónde nos vemos, estaré allí en diez minutos.

—En la plaza del pueblo.

Adam me llevó hasta allí. Cuando me bajé del coche, Charlotte ya se encontraba en la plaza en compañía de su hermano, su abuela y su marido. Jack también estaba, aferrado a su mano. No me reprimí y la abracé, lo necesitaba, a pesar de que sabía que esto era lo que lo había comenzado todo.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó sin devolverme el abrazo.

—Emily desapareció anoche.

—Ezequiel, deberías haberme llamado.

—No lo pensé, solo quería encontrar a mi hija.

—Está bien. —Se separó de mí—. ¿La habéis buscado por todos lados?

—Sí. —Respondió mi hermano, dando un paso adelante—. Hemos recorrido todo el pueblo, Ezequiel la ha buscado por el rancho y no hay ni rastro de mi sobrina.

—¿Y el colegio? —preguntó Charlotte.

Mi hermano y yo nos miramos confundidos. No habíamos mirado en el colegio porque es imposible entrar cuando está cerrado. Charlotte soltó una gran bocanada de aire.

—Creo que está ahí —dijo.

—No puede ser, el colegio está cerrado por la noche.

—Emily se cuela en el patio de los niños pequeños saltando la valla de separación, Ezequiel.

Tragué grueso. Sabía que Emily hacía eso, pero no pensé en la valla que separaba el patio de los niños grandes del de los pequeños.

—Sigo sin entender cómo mi sobrina ha podido colarse en el colegio —comentó mi hermano.

—En el patio de los mayores hay un hueco en la verja metálica, iban a repararlo, pero aún no lo han hecho. Creo que Emily está en nuestro banco.

—¿Y eso por qué lo crees? —le pregunté.

—Es donde me cuenta todas sus cosas, donde me confesó que se sentía insuficiente para su madre. —Charlotte me dio la espalda—. Le dije que cada vez que lo necesitara, me buscara en ese mismo banco y que la abrazaría tan fuerte que la risa volvería a ella.

Un nudo de emoción se atascó en mi garganta. Podía ser que Emily se hubiera colado en el colegio buscando a Charlotte. Miré a mi derecha, donde se encontraba el colegio. Anoche lo pasé de largo, ni siquiera pensé en él. Charlotte se me adelantó y se dirigió hacia él. La seguí de cerca. Rodeamos todo el recinto hasta encontrar el hueco. Cuando llegamos a la valla de separación de los patios, Charlotte se detuvo.

—Déjame a mí —dijo—. Ella quiere hablar conmigo.

—Joder. Bien, vale.

Me pegué a la valla mientras Charlotte abría la puerta con una llave.

—Venías preparada —murmuré.

—Sí.

La perdí de vista a los pocos segundos. El banco que mencionó no se veía desde aquí. No podía quedarme quiero en un lado, caminé de arriba abajo, nervioso por lo que pudiera pasar. ¿Y si Emily no estaba aquí y Charlotte solo estaba ganando tiempo para decírmelo? Golpeé con mi puño una pared, no demasiado fuerte, pero lo suficiente como para romper mi piel y hacerme sangre. No aguanté más y fui en la misma dirección en la que había ido Charlotte. Su voz recorrió el camino hacia mis oídos.

—Has asustado a tu familia, cariño.

—Lo siento —susurró mi hija.

Sentí alivio inmediato. Me quedé escondido detrás de una columna del edificio de clases de los niños pequeños. Dese aquí podía ver a Emily y a Charlotte de espaldas, sentadas en el banco.

—Es que no me gusta ver a papá triste y anoche… estaba muy triste y sé que fue por mi culpa.

—También por la mía. Deberíamos haber hablado contigo hace tiempo.

—Charlie, no tengo nada contra ti.

—Me alegra oírlo.

—Pero no te quiero con mi padre, no quiero que él esté con nadie.

—Sabes que eso no es justo para él, ¿verdad? —Emily sollozó—. Cariño, algún día, vas a ser mayor y conocerás a alguien. Te irás de casa de tu padre y él necesitará tener a alguien a su lado.

—Pero no quiero, Charlie.

—¿Por qué? —Emily negó con la cabeza—. Está bien, no me lo cuentes. Pero quiero que sepas que tu padre te adora con toda su alma y corazón.

—Yo también lo quiero a él.

—¿Qué puedo hacer para que te sientas más tranquila?

—No lo sé. Solo… por favor, ayúdame a que papá no esté triste y que no implique que estés con él como novia. ¿No podéis ser amigos?

—Me temo que es tarde para eso, cariño. Las relaciones de los adultos son muy complicadas. Ojalá fuera así de fácil.

—¿Y entonces qué?

—No te preocupes. ¿De acuerdo? Yo me encargaré de todo.

Emily abrazó a Charlotte. Me acerqué a ellas, atrayendo la atención de la mujer de la que me había enamorado. Emily se sobresaltó al notar mi presencia.

—Papá, lo siento mucho, no quería asustarte.

La levanté del banco en brazos. Las piernas de mi hija rodearon mi cintura. La sostuve pegada a mi cuerpo tan fuerte que sentí que jamás la soltaría. No podía hacerlo.

—Vamos a casa, mi cielo. Es hora de volver al rancho.

Capítulo 24



Charlie

Hoy era la noche del Bull Riding y Jack estaba muy emocionado. Habíamos estado asistiendo cada día al rodeo a ver los espectáculos. Mi niño estaba tan feliz. Su cara brillaba con más luz y más alegría. Ya no tenía ojeras bajo los ojos y su piel tenía buen color. Ayer lo llevé al rancho de Poppy para que jugara con Knox y Willa. Allí nos encontramos con Susan, que había llevado a Kitty a pasar un rato con su amiga. Le pregunté cómo seguían las cosas con Emily y dijo que había estado más tranquila, aunque apenas hablaba con nadie. No pude evitar sentirme triste por ella y por Ezequiel, porque sabía que él la adoraba y cada vez que su hija estaba mal, él se ponía mil veces peor.

Solté el vaso sucio en el fregadero de la cocina justo cuando Andy entró resoplando. Me dio un beso en la mejilla.

—¿Cómo ha ido? —le pregunté.

Esta mañana se levantó temprano para ir a dos entrevistas de trabajo en Cody. La última, la de ahora, había sido por videollamada, pues el trabajo era en Santa Mónica, California.

—Me han contratado —dijo sonriendo de oreja a oreja.

—¡Enhorabuena, Andy! —chillé emocionada genuinamente. Había sido testigo de lo mucho que se había esforzado para cada entrevista, se había preparado a conciencia y ahora estaba recibiendo los frutos—. Mierda, en serio, me alegro muchísimo por ti.

—Gracias por creer en mí después de todo.

Le di un suave empujón por el pecho.

—Sabía desde hace mucho que podías.

Asintió. Se quedó mirándome durante un rato, como si quisiera decirme algo y no se atreviera. Aunque en realidad no era necesario, era consciente de lo que quería saber de mí.

—Sí —dije.

—¿Lo dices en serio? —Asentí.

—Pero tengo condiciones.

—Por supuesto.

Me iría con él a Santa Mónica, lo había estado pensando y esto era lo mejor para todos. Él me había prometido mantenerme hasta que encontrara un empleo nuevo. Dijo que me lo debía y que era una forma de pagarme por todo lo que había hecho por Jack desde que lo conocí. Al principio no me gustó la idea, pero con el paso de los días, esa idea me empezó a parecer maravillosa. Me di cuenta de que no podía seguir en Eagle Creast sin tener la tentación de ir corriendo a buscar a Ezequiel. Quería hacerlo con cada fibra de mi ser. Lo echaba de menos. Extrañaba salir a hurtadillas de mi casa para encontrarme con él en su coche e ir a cualquier lugar íntimo a besarnos y estar juntos. Necesitaba abrazarlo y sentir su calor, su gran cuerpo pegado al mío.

Me di la vuelta rápidamente cuando sentí las lágrimas en mis ojos, amenazando con salir. No había hecho otra cosa más que llorar estos días. Ya casi había pasado una semana desde que hablé con Emily en el colegio. Vi a los Bennet en el rodeo más de una vez y los saludé, pero no fui capaz de permanecer cerca de ellos mucho tiempo. Sobre todo cuando veía a Emily mirarme. Conocía esa mirada de culpabilidad y me dolía que ella se sintiera así. No era culpable de nada, solo que las circunstancias no eran las idóneas y ella no estaba bien mentalmente. Al menos, había aceptado regresar a terapia, Susan me lo dijo.

Me giré hacia él y lo miré a los ojos.

—Mi abuela y mi hermano se vienen con nosotros.

—Lo suponía —dijo con una sonrisa que me recordó al Andy que conocí cuando tenía veinte años—. Me parece bien, Charlie. ¿Qué pasa con nosotros?

—Ahora mismo no puedo pensar en eso, Andy. Si vas a estar incómodo con esta situación, puedo buscarme otra cosa.

—No, no. Te daré espacio y tiempo.

—Bien. En cuanto a Jack, me ocuparé de él.

—Se alegrará saber que vienes con nosotros.

Sonreí por un lado. Definitivamente, Jack se pondría feliz al saber que íbamos a vivir juntos otra vez y que no nos separaríamos nunca más.

—¿Algo más? —Negué con la cabeza, por ahora no tenía nada más que decir—. Quiero que seamos felices, Charlie. Jack, tú y yo. —Me tomó las manos—. Sé que la he cagado mucho contigo y que no merecías todo el daño que te hice. Te doy mi palabra de que eso no volverá a ocurrir nunca.

—Andy, no sé si puedo volver a confiar en ti como pareja y ahora mismo no puedo pensar en estar con nadie.

—Lo entiendo, solo quería que supieras eso. Por favor, tenlo en cuenta, te quiero de verdad.

—Vale, lo tendré en cuenta.

—Gracias, nena. —Me dio un beso en la mejilla—. Voy a prepararme para esta noche.

—Sí… —Solté un suspiro—. Jack tiene sus botas de cowboy guardadas dentro de una caja en el armario.

—Joder, la cara que puso ayer por la tarde cuando se las compraste.

—Sus ojos brillaban.

—Creo que tenemos un pequeño cowboy, nena.

—Estoy segura de eso.

Jack estaba enamorado del mundo del rodeo. Se pondría algo triste al saber que nos íbamos a vivir a Santa Mónica, pues allí la cultura del rodeo era casi inexistente. Era una ciudad costera, lo que suponía que su cultura estaba orientada al turismo. Apoyé las manos en la encimera. Tampoco era mi lugar ideal para vivir, demasiado calor y una vida nada tranquila, una ciudad grande… no un pueblo pequeño como Eagle Creast. Aquí todo el mundo se conocía y eran como una gran familia. Pero no podía seguir pensando en eso, en una semana me mudaría a Santa Mónica y ese sería mi nuevo hogar. Lo único bueno de todo esto era que estaría con Jack.

—¡Charlie, ya estoy listo!

Me di la vuelta. Una enorme sonrisa floreció en mi cara al ver a mi niño vestido completamente de cowboy. Me cubrí la boca con la mano. Jack dio un giro sobre sí mismo, el sombrero que Adam le regaló la otra noche casi sale volando de su cabeza. Me acerqué a Jack, ajusté su chaleco marrón, igual al mío, pero sin flecos.

—Estás guapísimo, cariño —le dije.

—¿Parezco un rider?

—Por supuesto que sí.

Jack asintió. Nate y mi abuela aparecieron al mismo tiempo.

—Maldita sea, Jack, pareces todo un profesional —le dijo mi hermano—. Vamos al coche.

Jack le dio la mano a mi hermano. Mi abuela le dio un beso en la mejilla al niño cuando pasó por su lado. Luego me miró a mí. Tenía que hablar con ella y contarle sobre nuestros planes. Resoplé al sentir un suave calambre en el bajo vientre.

—¿Todo bien, cariño? —me preguntó mi abuela.

—Sí, síntomas premenstruales.

—Es lo único bueno que tiene la menopausia.

Me reí. Miré el calendario de mi móvil, me quedaban pocos días para que la regla me bajara. Cada mes era lo mismo desde que sufrí el aborto, los síntomas premenstruales se sentían un poco más intensos. Guardé el móvil en mi bolso y me lo colgué en el hombro. Andy y mi abuela salieron de casa, dejándome sola. Eché un vistazo antes de cerrar la puerta y coger mi sombrero. Echaría de menos esta casa. Pero irme era lo mejor para todos. Cerré la puerta tras de mí. Recorrí el corto camino de la entrada y me subí al asiento del copiloto. Andy se estaba riendo.

—Dice Jack que esta noche se subirá a uno de esos toros y demostrará lo que vale —me explicó.

Me giré en mi asiento, mirando a Jack fijamente con los ojos entornados.

—Más te vale no subirte a uno de esos enormes toros hasta que no tengas al menos cien años —le dije.

—¡Pero eso es muy viejo! —chilló riéndose—. Se me van a romper todos los huesos.

Me coloqué en mi asiento riéndome. Jack y mi abuela se sumergieron en una conversación sobre la osteoporosis en la tercera edad. Se me escapó un resoplido.

—¿Estás bien? —me preguntó Andy—. Últimamente pareces más cansada.

—No estoy durmiendo muy bien.

Y esa fue la razón de que me quedara medio dormida en el corto trayecto desde mi casa al recinto donde se celebraba el rodeo. Jack me despertó dándome un beso en la mejilla y luego se esperó a que me espabilara un poco antes de bajar del coche. Estaba demasiado estresada con todo lo sucedido con Emily y Ezequiel. Mi terapeuta ya me dijo que esto podría pasarme y que debía tener cuidado si no

quería enfermarme. Me ajusté el sombrero, tratando de ocultar mi cara. Mierda, me sentía como si hubiera cometido un crimen. Quizás no sería tan malo mudarme a Santa Mónica. Aunque me encantaba Eagle Creast, estaba comenzando a sentirme incómoda, como si todo el mundo supiera lo que pasó —que lo saben— y me estuvieran vigilando. Sabía que esto último no era así; sin embargo, no podía evitar sentirme un poco incómoda.

—¿Vamos al puesto a por algo de beber? —preguntó Andy.

—Sí, creo que me vendrá bien un café.

Él se rio suavemente. Nos dirigimos en silencio al puesto de café más cercano a la zona donde se celebraría el rodeo. Apenas quedaba media hora para el comienzo. Algunas personas llevaban aquí todo el día, pero nosotros decidimos venir solo para este último espectáculo. Hoy se celebraría el campeonato de Bull Riding. Adam volvió a ganar por tercer año consecutivo con su caballo Rayo Negro en el espectáculo de acrobacias sobre el animal. Ben también participa esta noche en el Bull Riding con su propio toro, pero dijo que no tenía muchas esperanzas de ganar, puesto que su hermano tenía muchísima más experiencia que él y también estaba Robert Taylor, que solía quedar segundo.

—¿Café con leche? —preguntó Andy.

—Sí, por favor.

—Charlie, vamos a ver los toros mientras papá pide, por favor —suplicó Jack.

—Ve, enseguida os pillo —dijo Andy.

Nos acercamos al redil donde había un toro enorme y grisáceo; me recordaba a Triturahuesos. Ayudé a Jack a subirse encima del segundo travesaño inferior.

—¡Es Rompecuellos! —chilló Jack—. Es el toro de Benjamin Bennet.

Sonreí ampliamente. Jack se sabía los nombres de cada toro y cada rider. Dio pequeños saltitos encima del travesaño.

—Algún día serán los ganadores —dijo con confianza.

—Estoy segura, cariño.

—¡Charlie! —Miré a Andy por encima de mi hombro—. Ven aquí, no tienen leche.

—Jack, quédate aquí y no te muevas.

—Vale.

No tardé mucho en ir al puesto de cafés y volver con Jack. Pero me quedé paralizada cuando vi quién estaba con él. Ni siquiera me había dado cuenta de que me había acercado tanto, aunque ellos no se dieron cuenta de mi presencia.

—Es buena —dijo Jack.

—Lo sé.

—¿Y por qué no la quieres? —Emily se quedó callada—. A mí me gusta mucho Charlie.

—¿Por qué? —Jack se encogió de hombros—. Me cae bien y se ha portado bien conmigo.

—Entonces no deberías odiarla.

—No lo hago —espetó Emily.

—Ella llora mucho por ti. Creo que te quiere, porque también ha llorado por mí y por mi hermanita que está en el cielo y a nosotros nos quiere mucho.

El café cayó de mi mano al suelo. Me alejé un poco de los niños, con el estómago temblando de nervios. Me apoyé en un poste de madera cercano a donde se encontraban.

—¿Tienes una hermana? —le preguntó Emily.

—Sí. Charlie la tuvo en su barriga, pero murió cuando nació.

A Emily se le escapó un jadeo.

—No lo sabía —dijo.

—Ojalá Charlie volviera a estar con mi padre.

—Ella no quiere a tu padre. —Noté la molestia en el tono de Emily.

—No, quiere al tuyo. Y tú eres tonta.

—¿Por qué me insultas?

—No lo hago, solo estoy diciendo la verdad.

—¿Y por qué crees eso?

—Porque si Charlie quisiera a mi padre, eso significaría que ella sería mi madre y Charlie es la mejor madre del mundo.

No lo soporté más y me fui de ahí. Las lágrimas ya habían comenzado a caer por mis mejillas. El dolor y el orgullo luchaban uno contra otro dentro de mí. Quería a Jack con todo mi corazón, y para mí, también era mi hijo. Pero jamás lo había escuchado hablar así de mí y me sentí orgullosa. Al mismo tiempo, no podía evitar que mi corazón doliera por la mención a mi hija… su hermanita, como él había dicho. Me detuve en un establo donde tenían a un toro mugiendo.

—¿Charlie? —Me limpié las lágrimas rápidamente. Pero Ben ya me había visto—. ¿Estás bien?

Asentí. Mi boca se quedó abierta antes de que pudiera decir nada, un hombre que no conocía apareció por detrás de Ben. Era guapísimo y de piel tan morena como la tierra húmeda tras la lluvia. Sus ojos eran oscuros —casi negros—. Sonreí tímidamente.

—Hola —saludó—, soy Reyan.

—Oh.

Ben carraspeó, atrayendo mi atención.

—Sí, él es mi amigo —dijo.

—Entiendo… Bueno, yo ya me iba, no quería interrumpir…

—No has interrumpido nada —dijo Reyan—. Estábamos terminando de preparar a Triturahuesos.

Fruncí el ceño. Incliné la cabeza a un lado para ver mejor al toro que no dejaba de mugir cuando entré a este establo.

—¿Por qué estaba mugiendo? —pregunté.

Ni Reyan ni Ben me dieron una explicación, se limitaron a sonreír y quedarse callados. Le di a Ben un par de palmadas en el pecho.

—Tu amigo es muy guapo —susurré—. Buen provecho.

—No es lo que crees, Charlie.

—Yo no creo nada y me da igual lo que hagáis. Pero a Triturahuesos sí parecía importarle.

—Joder, no digas nada, por favor.

—¿Decir qué? —pregunté sonriendo—. No he visto nada y vosotros tampoco.

—Por supuesto —dijo Reyan.

La voz del presentador sonó por los altavoces, dando comienzo al Bull Riding. Me despedí de Reyan y de Ben y me dirigí a las gradas. Jack, Andy, mi abuela y mi hermano ya estaban allí. Me regañaron un poco por haber desaparecido sin decir nada. Aunque agradecí que no me pidieran explicaciones, pues no quería dar ninguna. Me senté entre Andy y Jack.

—Te quiero, cariño —le dije a Jack. Le di un beso en la cabeza—. No tienes ni idea de cuánto te quiero.

—Y yo a ti, Charlie.

—¡Bienvenidos a esta increíble noche de rodeo! —exclamó el presentador. Hoy había más gente que los otros días—. Queridos asistentes, lo que se va a vivir esta noche aquí —señaló al suelo con el dedo índice— es pura magia. Diez riders dispuestos a todo por

permanecer ocho segundos… ocho segundos encima de un toro de casi mil kilos. ¡Un toro encabritado y furioso! —La gente chilló, eufórica.

Jack se puso en pie, silbando y animando cuando los riders comenzaron a saltar al ruedo. Mis ojos se clavaron en Ezequiel. Iba vestido de negro de pies a cabeza, como un maldito ángel de la muerte, y juro que jamás lo había visto tan jodidamente sexy. Los chaps de cuero, con flecos que se movían al ritmo de sus pasos, abrazaban sus muslos gruesos con descaro, tal y como me gustaría hacerlo yo. Bajo ellos, los jeans ajustados apenas lograban contener toda esa potencia contenida en sus piernas. El chaleco protector se ceñía a su torso como una segunda piel, marcando cada línea de sus hombros anchos y el pecho que tanto me gustaba besar… No debí pensar en eso. Aunque luego estaba el sombrero. Negro, impecable, lanzando una sombra sobre su rostro que lo hacía parecer aún más guapo. Nunca se lo había visto puesto, y ahora no podía dejar de imaginar todas las cosas que me encantaría hacer con Ezequiel con el sombrero sobre su cabeza o la mía, no lo había decidido.

Ezequiel se lo ajustó con una mano mientras con la otra se aseguraba el chaleco. Tragué saliva con fuerza. Maldita sea… estaba tan caliente con esa ropa que tuve que contener un gemido.

—¡Ánimo, Jinete de Acero! —gritó Jack.

Vi la sonrisilla que se dibujó en el rostro de Ezequiel al mirar hacia aquí. Jack le aplaudía sin desistir, con tanta energía que me animó a mí a imitarlo. Comencé a vitorear el nombre del Jinete de Acero. En este momento me daba igual todo, solo quería que Ezequiel ganara este año, ya que sería su última competición. Los riders y el presentador salieron del redil de competición, dejando solo al presentador. Observé a Ezequiel moverse hacia las vallas donde lo esperaban Jared y Adam. Ezequiel se subió a Triturahuesos.

—El último rodeo —susurré.

—El Jinete de Acero será el primero en salir —anunció el presentador—. Todos atentos y… silencio, que llega la bestia…

¡Triturahuesos!

Triturahuesos salió desbocado, provocando que Ezequiel se sujetara a la soga con más fuerza. Sus muslos se apretaron contra el lomo del animal, que no dejaba de saltar sobre sus patas, dando patadas al aire con las traseras. Miré el marcador. ¿Por qué pasaban tan lentos los segundos, o eran mis nervios? Andy me arrebató mi sombrero, pero lo recuperé rápidamente de su cabeza. Él se rio. De repente, todo se quedó en silencio. Murmullos. Jadeos colectivos. Mis ojos viajaron hacia el ruedo. Ezequiel estaba en el suelo. Adam y Ben sujetaban a Triturahuesos y Jared estaba corriendo hacia su hermano mayor. No lo dudé e hice lo mismo. Bajé las escaleras de las gradas. Alguien gritó mi nombre, pero no le hice caso. Subí los travesaños de la valla y salté por encima, casi cayéndome al pisar el suelo. Me arrodillé al lado de Ezequiel.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté a Jared.

—Se ha distraído —masculló.

—¿Qué? ¿Con qué?

No le dio tiempo a responder. Ezequiel abrió los ojos y le dio un manotazo a mi sombrero para entregarme el suyo.

—Es el único que puedes ponerte —murmuró con dolor en su tono.

—¿De qué hablas? Ese era mi sombrero —le dije—, tú me lo regalaste.

—Te ha visto quitarle a tu marido el sombrero y ponértelo —señaló Jared.

Puse los ojos en blanco. ¿Ezequiel se había molestado porque recuperé mi sombrero?

—Me lo quitó, viejo de rancho. Yo solo lo estaba recuperando.

Ezequiel soltó un quejido. Los médicos se habían acercado a nosotros. Me apartaron de él.

—No parece tener nada roto —dijo uno de los médicos—. ¿Puedes levantarte?

—Sí.

Aun así, lo ayudaron a ponerse en pie. Los ojos de Ezequiel estaban fijos en mí, observándome.

—Te queda mejor que el otro —dijo.

—Ezequiel…

—El sombrero del Jinete de Acero es tuyo, chica de ciudad. Yo no lo voy a usar más. —Los médicos y Jared se alejaron—. También puedes quedarte con mi corazón.

—Ezequiel, yo…

—Cuídalo, Charlotte. Seguro que lo haces mejor que yo. Y sé feliz.

Capítulo 25



Ezequiel

Quería sentarme y descansar. Mi ánimo había decaído considerablemente en las dos últimas semanas. El rodeo terminó hacía una. De Charlotte me separé hacía dos. Miré por la ventana hacia el prado donde Kitty estaba corriendo detrás de uno de los terneros que se había acercado a la casa con su madre. Emily estaba en algún lado de la casa de mis padres. Se había vuelto más solitaria que nunca. Ya ni siquiera tenía ganas de hablar con sus tíos.

Salí por la puerta trasera de la cocina. Mi ceño se frunció automáticamente al ver lo que Kitty tenía en la boca. Adam tenía la cara colorada de tanto reírse.

—¡Kitty, suelta eso! —vociferé, caminando hacia ella a pasos agigantados. Le arrebaté de la mano el puto condón—. ¿De dónde has sacado esto?

—¡Papi, son mis globos especiales! —protestó—. Pero no se inflan tan fácilmente. ¿Me ayudas?

—Ve dentro, Katherine.

Su cara se arrugó con evidente enfado. Me ignoró por completo y se cruzó de brazos.

—Devuélveme mis globos especiales, papá.

—Estos no son globos —gruñí.

—¡Sí son!

—Katherine, no me enfades más y ve dentro.

Mi hija se marchó dando pisotones. Fulminé con la mirada a mi hermano, quien levantó las manos en señal de rendición.

—¿Se lo has dado tú? —le pregunté.

—Claro que no, te recuerdo que hace años que no vivo en casa de papá y mamá y tampoco voy con un condón en el bolsillo todo el rato. —La mirada de Adam se desvió a mi derecha—. Además, ahí hay una caja y es de la marca que tú usas.

Gruñí enfadado. ¿Cuándo se había colado Kitty en mi habitación y me había robado la caja de condones? Debió de ser esta mañana mientras me duchaba. Joder, tenía que buscarle alguna actividad veraniega para que estuviera entretenida. Cogí la caja de condones del suelo y se la lancé a mi hermano.

—Tíralos.

Ignoré sus protestas y entré en casa. Fui directo hacia Kitty, esta vez se iba a enterar de lo que valía un peine. No podía ir por ahí cotilleando en cajones ajenos y robando cosas; eso no estaba bien. Me senté a su lado en el sofá. Seguía de morros, con los brazos cruzados sobre su pecho, mirando hacia la televisión apagada.

—Katherine, mírame.

—No, me llamo Kitty Girasol.

—¿Qué coño dices?

—¡Que me llamo Kitty Girasol como mi profe!

Me froté la cara con las manos, resoplando. Esta situación no solo me había afectado a mí, sino también a Kitty. Se había dado cuenta de que ya nunca veía a Charlotte. Nate trabaja aquí y lo ve mucho. Agnes, por otro lado, visita bastante a mi madre. Pero Charlotte… Me recosté en el sofá.

—No quiero que se vaya —sollozó Kitty.

—Charlotte no se va a ir a ningún lado, princesa. La verás el año que viene en clases.

Sacudió la cabeza, haciendo volar las lágrimas que habían caído por los rabillos de sus preciosos ojos azules.

—Agnes le dijo ayer a la abuela que se iban hoy. Las escuché despedirse.

—¿A dónde van los Pierson? —Miré por encima de mi hombro a Emily.

—No te hablo, ya no te quiero, Emily.

—Papá, ¿Charlie se marcha del pueblo?

—No lo sé, mi cielo.

—¡Se marcha para siempre! —gritó Kitty a pleno pulmón. Se abrazó a mi cuello mientras lloraba—. No quiero que la profe Girasol se marche, papi.

Froté la espalda de mi hija con delicadeza. Estaba desconsolada. Por más que le expliqué que esa era una decisión de Charlotte, Kitty no lo entendía. Terminó durmiéndose en mi regazo al cabo de unos minutos demasiado largos. Para ese entonces, Emily se había sentado en el sillón individual de mi padre. Volvía a estar callada, con la mirada perdida.

Eché la cabeza hacia atrás, mirando hacia el techo. Tenía ganas de gritar y romper cosas. Quería ir a buscar a Charlotte y atarla a mí de alguna forma para evitar que se fuera. Nate no me había comunicado nada a mí. No sabía qué cojones estaba pasando. Pero si era cierto que Charlotte se iba, lo haría con su esposo. Mis hermanos y mis padres entraron en la casa.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ben.

—Kitty dice que los Pierson se van hoy —murmuró Emily.

Mis padres se miraron a los ojos. Los vi sentarse en el sofá, como cuando mis hermanos y yo éramos pequeños y nos tenían que dar

alguna noticia, ya fuera buena o mala.

—Sí, es cierto —dijo mi madre—. Charlie y su familia se marchan hoy de Eagle Creast.

—¿Se va con su esposo? —preguntó Emily.

—Princesa, ese no es asunto nuestro. Lo que Charlie haga con su vida, es cosa suya —le dijo mi padre.

Miré a Adam, él también me miraba a mí. Joder. Nate había hablado con él para despedirse. Conocía a mi hermano lo suficiente como para no necesitar que dijera una maldita palabra.

—Te lo iba a decir mañana —susurró Adam—. Nate me lo contó hace unos días.

—Joder —gruñí. Me levanté del sofá con cuidado de no despertar a Kitty.

Todo esto me estaba sobrepasando. No solo el asunto con Charlotte, sino también el puto asunto que tenía con Wendy. Nos encontrábamos en plena guerra judicial. La muy zorra había solicitado la custodia de nuestras hijas, alegando que Emily corría peligro bajo mi tutela. No sabía cómo, pero se enteró del intento de suicidio de mi hija y le había dado la vuelta a las cosas para hacer ver que yo había sido el causante. Al menos, eso era lo que decía la demanda que me llegó ayer.

Salí de la casa de mis padres dando un portazo. Mi vida se había vuelto una absoluta mierda. Jamás me sentí tan solo y tan cansado, ni siquiera cuando tuve que cuidar de mis hijas cuando su madre nos dejó. El vacío que Charlotte había dejado en mí dolía como si mil puñales se me clavaran a un ritmo constante en el pecho. Se me escapó un sollozo. Dolía mucho perder a alguien a quien amaba de verdad, a alguien en quien había confiado como un idiota enamorado sin apenas conocerla. Ella era la chispa que le faltaba a mi vida y ahora ya no la tenía. Ya no era solo que la quisiera a mi lado, es que la necesitaba.

Nada podía consolarme, ni haber ganado el campeonato de rodeo de este año, ni mis hijas, ni nada. Amé a Wendy, claro que lo hice. Pero lo que tenía con Charlotte iba más allá. Era una conexión que jamás había experimentado con nadie, con ninguna otra mujer. Era esa picardía que despertaba en mí. El constante cambio que provocaba en mi ánimo. Podía estar molesto con ella y al mismo tiempo fascinado con su boca de sabelotodo. Adoraba su mala educación conmigo y su violencia para resolver las cosas. Joder. Extrañaba que me amenazara con pegarme por molestarla.

Comencé a recordar nuestra última vez juntos. Cómo nos divertimos estando en brazos del otro como dos adolescentes escondidos en mi pick-up en un camino solitario en las salidas del pueblo. Charlotte no quiso ir a un hotel, no queríamos perder tiempo. Parecía que, de alguna forma, sabíamos que nuestro tiempo juntos estaba contado.

La risa de Charlotte era como una droga para mí. Cada vez que tenía la oportunidad, la provocaba. Como ahora, que la tenía atrapada en los asientos traseros de mi coche, retorciéndose entre carcajadas por mis cosquillas. Las lágrimas le resbalaban por las sienes. Jodidamente guapa. Amable. Buena. Maldita sea. Charlotte era un sueño que cualquier hombre querría alcanzar.

Y era mía. Ella aún no lo sabía, pero lo era.

Le besé la mejilla mientras mis manos subían por sus muslos. Tocarla era una necesidad. Su piel era suave y adictiva. Enganché los dedos en la cinturilla de sus bragas de encaje y las deslicé por las piernas.

—Ezequiel —gimió.

Busqué a tientas en el bolsillo trasero de mis jeans un condón. Extrañado, me incorporé. Rebusqué en mi cartera. Nada. Me incliné sobre los asientos delanteros y abrí la guantera. Tampoco.

—Joder —gruñí.

—¿Se te ha olvidado coger un condón? —su tono rebosaba burla —. Estás muy viejo, abuelo.

Solté un gruñido y me senté de nuevo, arrastrándola de la cintura hasta sentarla a horcajadas en mi regazo.

—¿Abuelo? —mascullé.

—A las personas mayores se les olvidan las cosas.

—Cariño, estoy muy duro… y a punto de demostrarte lo que este abuelo puede hacerle a tu cuerpo.

—¿Oh, y qué puedes hacerme, abuelo?

—Charlotte… no me provoques.

Se acercó a mi cara, nuestros labios casi rozándose. Una sonrisa se dibujó en los suyos cuando comenzó a moverse contra mi erección, dura como una maldita barra de acero.

—Cariño, por favor…

—Tomo la píldora, viejo de rancho.

Me desabroché el cinturón y el pantalón con torpeza por la prisa, con los dedos temblándome. Estaba al límite. Esta mujer me volvía loco. Me acaricié bajo su atenta mirada. Le gustaba. Lo veía en sus ojos hambrientos. Mi chica de ciudad… tan cachonda como yo.

—Ven, restriégate ahora. Déjame sentir tu calor.

—Me gusta cuando me hablas así… tan sucio.

—¿Te gusta que este viejo de rancho te hable sucio? —Charlotte se mordió el labio inferior mientras se elevaba sobre mí en sus rodillas—. ¿Y quieres que te folle?

—Sí.

—Móntame, cariño.

Me quitó el sombrero de la cabeza y se lo encasquetó con descaro justo cuando empezó a deslizarse por mi polla. Gemimos al mismo tiempo. Charlotte movía las caderas hacia delante y hacia atrás, marcando su propio ritmo.

—Joder, joder… —gemí—. Eso es, cariño. Muévete para mí.

Charlotte se movía sobre mí con ese vaivén lento y sensual que me volvía loco, con las manos apoyadas en mis hombros, con el maldito sombrero todavía calado en la cabeza, como si fuera la vaquera más jodidamente sexy del mundo. Y lo era, ella podía ser lo que quisiera. Mis manos estaban en su cintura, guiándola, pero también sosteniéndome, porque la manera en que me apretaba, lo húmeda que estaba, lo caliente que se sentía… iba a ser mi maldita perdición.

—Mírame, Charlotte —le ordené con la voz ronca—. Quiero ver cómo me montas.

Sus ojos verdes se clavaron en los míos, chispeantes, desafiantes, pero tan dulces que me atravesaron el pecho. Había algo más que deseo en esa mirada. Algo que no me atreví a nombrar, pero que me quemó por dentro. Sus labios se separaron para dejar salir un gemido.

—Estás tan dentro… —susurró, con las mejillas enrojecidas.

—Y voy a llegar más hondo, cariño. No te quepa duda.

La empujé suavemente hacia atrás, haciéndola arquear la espalda. Una de mis manos bajó hasta su trasero, apretándolo con fuerza. Me encantaba lo gordo que era, perfecto para mis grandes manos. La otra se desvió hasta su pecho, por encima del top del vestido, y luego por el escote, hasta que sentí su pezón entre mis dedos.

—Ezequiel… —gimió, temblando—. Vas a matarme.

—No, cariño. Voy a darte el mejor puto orgasmo del mundo.

Charlotte comenzó a cabalgarme más rápido, desesperada por más. Cada gemido suyo era un himno. Cada movimiento, una llama más que se prendía dentro de los dos. Y yo… yo estaba perdido. Hipnotizado por el vaivén de sus caderas, por el sonido de nuestros cuerpos chocando, por el calor que me envolvía. Me atreví a mirar hacia abajo, ver cómo mi pene se perdía dentro de ella y era la mejor imagen que jamás había visto en mi vida. Tan perfecta como lo era ella.

—Eres mía, Charlotte —le gruñí contra la boca—. Toda jodidamente mía.

—Sí… —jadeó—. Soy tuya, Ezequiel.

El clímax llegó como un latigazo. Primero para ella, que gritó mi nombre al romperse sobre mí. Después para mí, que no pude más que aferrarme a su cuerpo y hundirme en el suyo con un rugido contenido.

Nos quedamos así, respirando con dificultad, pegados, sudorosos, conectados. El sombrero cayó entre risas suaves y sus dedos se enredaron en mi pelo mientras me abrazaba.

—Este viejo de rancho todavía tiene lo suyo —murmuró contra mi cuello.

Me reí. Ella era tan dulce y guerrera. En ese instante supe que, si ya me tenía atrapado antes, ahora no tenía escapatoria.



El grito de Adam me sacó de mis pensamientos. Miré hacia atrás, girando mi tronco. Todo pensamiento sobre Charlotte salió volando de mi mente cuando vi a mi hermano venir hacia mí. Y no parecía muy feliz.

—Emily se ha ido en su caballo.

—¿Qué?

—Nos acabamos de dar cuenta Ezequiel.

¿Cuánto tiempo había pasado aquí fuera pensando en Charlotte?

—Se fue sin hacer ruido. No sé dónde ha podido ir. ¿Crees que ha vuelto a colarse en el colegio?

Negué con la cabeza. Creía que sabía a dónde había ido mi hija esta vez.

Capítulo 26



Charlie

Tenía el cuerpo adolorido. Había pasado otra noche nefasta, dando vueltas en la cama, sin poder pegar ojo. Hoy partíamos hacia Santa Mónica en coche, un largo viaje, pero no teníamos otra opción, pues no podía abandonar mi viejo Chevy. Casi veinte horas de viaje en coche. Jack estaba... devastado. Sí, esa era la descripción perfecta para su estado de ánimo. No quería irse de Eagle Creast, se había enamorado de este pueblo tanto como yo. Cuando su padre y yo le contamos hace dos días que nos iríamos a Santa Mónica y que viviríamos al lado de la playa, se enfadó y se escondió en su habitación hasta la cena. A mi niño le gustaba estar en el campo, rodeado de animales y libertad.

Guardé en la caja otro utensilio de cocina. De verdad que estaba agotada. Por suerte, Nate se había ofrecido a intercambiarse con Andy para conducir. Si lo hacía yo, acabaríamos todos en el hospital. Algunos de nosotros con algo más que un rasguño o un hueso roto. Apoyé la cadera contra la encimera mientras dejaba caer la cabeza en una caja cerrada. Quería dormir durante horas.

—Charlie, papá dice que si has acabado con... —Jack frunció el ceño al entrar en la cocina—. ¿Te encuentras bien?

—Solo estoy cansada, cariño.

—Ven —dijo, tomándome de la mano para llevarme a una silla—, siéntate y yo guardo las cosas.

Me reí silenciosamente. Jack era un niño demasiado atento y amable y tan cariño que dolía. Se esforzaba por ser bueno, con todo lo que había vivido a su corta edad; sería entendible que fuera rebelde e inquieto. Pero no, él tenía un corazón enorme. Lo observé embobada guardar lo que quedaba de la cocina. Esta era la última caja. Una empresa de mudanzas vendría a por los muebles y los llevaría hasta California a nuestra nueva casa. Andy había comprado una con la herencia que sus padres le habían dejado. Dijo que era grande, cinco habitaciones y que estaba a las afueras de la ciudad, en un suburbio lleno de familias. A Jack le vendría bien ese ambiente. Seguramente había niños por todos lados.

Me levanté de la silla, sufriendo un leve mareo. Mis ojos se cerraron solo, así que solo escuché los pasos de Jack acercándose apresuradamente a mí. Me dio un suave apretoncito en la mano.

—Estoy bien, cariño —dije, abriendo los ojos—. Ve a decirle a tu padre y a Nate que vengan a por las últimas cajas y las dejen en el salón, donde puedan verlas la empresa de mudanza.

No pareció muy convencido; aun así, obedeció. Agarré mi chaqueta, ahora tenía un poco de frío. Salí de la casa arrastrando los pies.

—Charlie, estás pálida, cariño —dijo mi abuela.

—Estoy cansada, abuela —musité.

—Necesitas algo de beber. Nate ve a… —El relincho de un caballo calló a mi abuela—. Jesús.

Levanté la vista del suelo. Los cascos del caballo sonaban cada vez más cerca. Mi corazón comenzó a acelerarse, lo que provocó que me encontrara peor. Andy me alcanzó rápidamente cuando mis piernas temblaron, me sujetó por un brazo. No sabía si me sentía así por mi malestar o por ver a Emily bajarse de su caballo y acercarse a mí. Parecía muy nerviosa, balbuceaba sin sentido o era yo quien no la entendía. Respiré hondo.

—Más despacio, cariño —le dije.

—No te vayas, por favor.

—¿Qué?

—He sido una tonta —dijo, mirando a Jack—. Pero ya no lo soy, lo prometo. No puedes irte y dejarnos a papá, a Kitty y… a mí. Te prometo que nunca más me portaré mal. No te vayas, Charlie. —Emily juntó las manos bajo su barbilla, gesticulando una súplica.

Comencé a hablar, pero una náusea me tomó por sorpresa y me hizo cerrar la boca de golpe. Andy tiró de mi brazo, alejándome de Emily, que comenzaba a protestar. Me encontraba confusa.

—Tenemos que hablar, Charlie.

—Andy, no creo que sea un buen momento.

—Nena, escúchame. ¿Vas a dejarme por lo que ha dicho esa niña? ¿Qué pasa con Jack?

—Andy… —Lo miré directamente a los ojos mientras las náuseas y el mareo hacían estragos en mí—. Andy, creo que no me encuentro nada bien.

Acunó mi cara entre sus manos y chocó sus labios contra los míos. Reprimí el vómito que amenazó con salir de mí. Y eso solo provocó que las náuseas empeoraran. El estrés y la ansiedad me estaban matando lentamente. ¿O era el desamor? Alguien empujó a Andy, lejos de mí. Había sido Emily, que ahora le gritaba a Andy por besar a la novia de su padre.

—Ella no es nada de tu padre, niña.

—¡Es su novia y tú no eres nada!

Emily lo golpeó en la mejilla con su puño. Mis ojos se abrieron y rápidamente la agarré por los hombros para apartarla de Andy.

—No puedes hacer eso, cariño —le dije.

—¡Pues que no te bese! Tú solo puedes besar a mi padre.

—Por Dios, Emily. No puedes hacerme esto ahora.

—¿Por qué? Quieres a mi padre y él a ti. Nunca lo había visto tan triste. Ha llorado, Charlie.

Agaché la cabeza, con las manos aún apoyadas en los hombros de Emily. Me dolía saber que Ezequiel había llorado por mí. Joder, quería ir a su rancho y abrazarlo fuerte.

—No puedo dejar a Jack —susurré—. Él me necesita.

—Kitty y yo también. Está mal, Charlie. Sé que he sido egoísta, pero tenía miedo.

—Lo sé, cariño, siempre lo supe.

—No quería que papá también me abandonara. Si él y tú os amabais mucho, nos olvidaría a Kitty y a mí, igual que mamá se olvidó de nosotras.

La atraje hacia mí, fundiéndonos en un abrazo. Sabía que eso era lo que ella estaba pensando desde el primer momento, pero no había forma de hacerle ver que yo jamás habría permitido algo así. Y mucho menos que Ezequiel se olvidaría de las dos niñas a las que adoraba.

—Quédate, por favor —sollozó—. Jack puede vivir con nosotros en el rancho, hay habitaciones en casa.

Ojalá todo fuera tan fácil como ella deseaba. Miré a Andy por encima de mi hombro, se estaba frotando la zona donde Emily le había pegado. Me hizo poner los ojos en blanco. Vamos, era una niña de trece años delgaducha. No podía haberle dado tan fuerte.

—Tenemos que irnos ya —espetó.

—Enseguida.

—Se nos hará tarde, joder.

—He dicho que nos iremos enseguida —mascullé.

—Por favor, Charlie —lloró Emily.

—Charlie. —Mi cabeza giró hacia la vocecita destrozada de Jack—. Puedes quedarte aquí, sé que quieres y que ya no amas a mi padre, sino al padre de Emily y Kitty. No pasa nada. Yo siempre te voy a querer, aunque estemos lejos. Te prometo que nunca voy a olvidarte.

Miré al cielo, con las lágrimas corriendo por mis mejillas. Jack no podía decir algo así y esperar a que me quedara de brazos cruzados. ¿Pero qué podía hacer? Me encontraba atrapada en un callejón sin salida. Solo podía contentar a una parte de esta encrucijada. Si me quedaba aquí, Jack estaría destrozado, y si me iba, Ezequiel, Emily y Kitty pasarían por el mismo dolor. No existía una opción para partirme en dos y hacer felices a todos. Me sentía como el rey Salomón cuando tuvo que decidir a qué madre darle el bebé.

Emily rompió el abrazo. Me di la vuelta hacia Andy.

—Joder —suspiró.

—No sé qué hacer —me sinceré—. Y siento que voy a tener un ataque de pánico otra vez.

Andy golpeó mi Chevy con la palma de su mano. Luego abrió el maletero y sacó de su maleta una carpeta, que me entregó.

—¿Qué es esto? —pregunté confusa.

—Los papeles del divorcio firmados. —Tragué grueso al tiempo que abría la carpeta y hojeaba los papeles—. También… Maldita sea.

Mis labios se separaron para dejar salir un jadeo. No podía ser cierto lo que estaba leyendo.

—¿Qué significa esto, Andy?

—Yo jamás voy a ser un buen padre, Charlie.

—¿De qué hablas? Te has estado esforzando estas últimas semanas.

—No —dijo riéndose—. Todo era una farsa. —Lo miré con el ceño fruncido, no estaba entendiendo nada—. No hay trabajo en Santa Mónica, me lo inventé para alejarte de este pueblo.

El malestar comenzó a revolverse con más fuerza dentro de mí. ¿Me había vuelto a mentir? Y yo, como una estúpida, había caído de nuevo en su red de mentiras. Le entregué a Emily la carpeta con todos los documentos. Andy dio un paso atrás.

—Déjame hablar antes de que intentes golpearme tú también.

—¡¿Qué es lo que quieres explicar, Andy?!

—Cálmate, hay algo más que debo decirte… Muchas cosas en realidad.

—¿Ahora vas a decirme que Jessica no dejó atrás a Jack?

—Eso era verdad. —Cerró los ojos unos segundos. Cuando los abrió, apareció la derrota—. No puede venir conmigo, Charlie. Sabes que no tendrá la vida que merece.

—Lo estás abandonando, Andy.

—No. Lo estoy dejando contigo porque sé que será feliz y que lo vas a cuidar. Yo nunca podré darle la vida que él merece y tú sí. Serás una buena madre para Jack.

—Joder, Andy. —Me reí sin ganas.

Andy había hablado con un abogado para que preparara los documentos de adopción de Jack. En esos papeles solo faltaba mi firma. Andy ya los había firmado. Quería darme a Jack en adopción. Y de repente, sentí que la encrucijada en la que estaba metida, se había solucionado por arte de magia. Solo necesitaba estampar mi firma en esos documentos y Jack sería mío para siempre, no tendríamos que separarnos. Podríamos vivir en Eagle Creast. Emily me aceptaba como la novia de su padre. Podría volver al lado de Ezequiel y enamorarme de él más cada día. Me sentí mareada por tantas emociones. Abrumada.

—Tengo algo más que decir.

Se me escapó un quejido. No estaba segura de querer seguir escuchando a Andy.

—Di lo que sea de una vez —gruñí.

—Verás, Charlie. —Se aclaró la garganta—. Quería contártelo hace mucho, pero tuve miedo.

—Al maldito grano, Andy.

—¿Recuerdas que intentamos tener otro bebé y no te quedabas embarazada?

—No saques ese tema. Eso no viene al caso ahora mismo.

—De hecho, sí. No era problema tuyo que no te quedaras embarazada. —Sentí como si un cubo de agua helada cayera sobre mí. No quería entender lo que estaba diciendo—. Me hice la vasectomía cuando me dijiste que estabas embarazada por primera vez.

Mi puño salió volando hacia la cara de Andy, justo a su nariz, la cual crujió, aunque no sangró. Deseé que sangrara y que se retorciera de dolor. Ya no me encontraba mal. No estaba nauseabunda ni mareada. Ahora estaba muy cabreada. Le di una patada en la espinilla a Andy.

—Tan violenta.

Di un respingo al tiempo que me giraba hacia el hombre a mi derecha. Ezequiel tenía una sonrisa en su cara. Desvió la mirada hacia su hija.

—Te prometo que solo intentaba arreglar las cosas, papá.

—Ya hablaremos, Emily. —Sus ojos se posaron sobre mí de nuevo —. Chica de ciudad, ¿pensabas ir a algún lado?

Mi corazón no dejaba de aporrear contra mi pecho, desgarrándome desde dentro. Tenía mil pensamientos corriendo por mi mente y no podía hacer ninguna conexión… o casi ninguna. Porque había una emergiendo lentamente hasta hacerse más clara. Andy se había hecho una vasectomía y yo… había tenido relaciones con Ezequiel sin protección. Me había estado sintiendo mal en la última semana. Más cansada, con dolor de senos y con náuseas. Creí

que era por todo el estrés de la ruptura con Ezequiel. Sacudí la cabeza. Ezequiel dio un paso hacia mí.

—Espera —le dije.

—He esperado demasiado.

—No lo entiendes.

—Lo entiendo, Charlotte. Y todo va a salir bien.

—Pero Andy…

—Lo he escuchado y, a decir verdad, te hice una promesa. —Lo miré ceñuda. ¿De qué promesa hablaba? Mis ojos se abrieron y él sonrió antes de girarse hacia Andy y darle un fuerte puñetazo que lo lanzó contra mi viejo Chevy—. Eso es por Charlotte y su hija, bastardo infeliz. —Lo golpeó de nuevo en la otra mejilla—. Y eso por hacerle creer que su cuerpo es indeseable. Aquí el único indeseable eres tú.

Andy cayó al suelo gimoteando. Ezequiel negó con la cabeza, después me tomó de las manos y besó mis nudillos. No sabía qué decirle. Le mentí con respecto a las píldoras, nunca las había tomado. Bajé la vista al suelo.

—Charlotte, mírame, cariño. —Lo hice a regañadientes, no por molesta, bueno, sí lo estaba, pero no con él. En sus ojos solo había calma—. Firma esos documentos.

Se me escapó un jadeo. Rápidamente, busqué a Jack con la mirada. Estaba tan enfadada, tan confundida, que olvidé que había estado presenciando toda la escena.

—Jack, cariño —balbuceé. Se soltó de la mano de Nate y corrió hacia mí. Sus bracitos rodearon mi cintura.

—No quiero irme de tu lado, por favor, déjame quedarme.

—Emily, dame la carpeta —musité. Mi abuela sacó un bolígrafo de su bolso y me lo entregó. Respiré hondo, entretanto, Ezequiel me

dio la espalda para ayudarme a firmar los documentos de adopción de Jack—. Vale —me dije a mí misma.

Eché un vistazo a Andy, que se levantaba del suelo. Ahora sí sangraba por la nariz. Estampé mi firma en cada uno de los documentos requeridos.

—¿Y ahora qué? —le pregunté a Andy.

—Reyan, lo conocí en la noche del Bull Riding, él te ayudará a terminar el proceso.

Mi mandíbula se desencajó ligeramente.

—Lo tenías todo planeado —le dije.

—Sí, sabía que había una posibilidad de que te echaras atrás. —Andy miró a Jack—. Nunca serás feliz conmigo, Jack. —Se pasó la mano por el pelo con rabia—. Te mereces algo mejor que Jessica o yo. Y sé que Charlie te dará la vida que mereces y tanto deseas, todo el amor que ni tu madre ni yo supimos… o quisimos darte. Lo siento mucho, Jack.

Él volvió la cara hacia el otro lado, ocultándose con mi cuerpo. Pasé un brazo por encima de Jack, tratando de protegerlo, como si ese simple gesto fuera a servir para algo. Su madre lo había abandonado, su padre lo estaba haciendo en este momento. Por más que Jack quisiera quedarse conmigo, sabía que esto le dolería. Él solo quería ser amado por sus padres y ambos le habían fallado. Le lancé a Andy las llaves de mi viejo Chevy.

—Es tuyo —le dije—. Quiero que te largues de aquí y no vuelvas a aparecer nunca, Andy.

Nate y Ezequiel se acercaron al coche para sacar nuestras cosas de él. Me arrodillé en el suelo, a la altura de la cara de Jack. Sequé sus lágrimas con mis pulgares.

—Te quiero, cariño. Eres mi hijo y siempre lo has sido, aunque no te lo dijera.

—¿Nunca me vas a dejar? —preguntó con la voz rota. Tomé la mano de Emily—. No os dejaré a ninguno, Jack. Os quiero por igual y eso no va a cambiar nunca, en mi corazón hay espacio suficiente para ti y para las chicas.

Mi abuela carraspeó. Se había cruzado de brazos.

—Creo que deberías ir al hospital en este mismo momento, Charlotte Pierson.

Mis ojos se abrieron. Todo el malestar había desaparecido cuando Andy me confesó…

—¡Te voy a matar, Andrew Carson! —vociferé.

El bastardo se apresuró a meterse en el coche y salir disparado de aquí. Esperaba no volver a verlo nunca más y estaba segura de que no volvería a tener noticias de él. Podía joderse en lo que a mí respectaba. Andy ya no existía ni en mi vida ni en la de Jack.

Capítulo 27



Ezequiel

Tomé la mano de Charlotte y le besé los nudillos. Kitty no había dejado de saltar sobre sus pies cuando se encontró con Charlotte. Mis padres la habían traído al hospital cuando se despertó y se dio cuenta de que Emily y yo no estábamos en casa. Se enfadó y dejó de hablarnos a los dos durante dos largos minutos. Luego nos perdonó con la condición de que teníamos que servirle la comida durante una semana, como si no lo hiciéramos siempre. Preguntó por qué estábamos aquí, fue Charlotte la que se encargó de explicárselo y, más tarde, les contaríamos al resto de la familia lo que había ocurrido. Ahora estábamos en el box, esperando los resultados de la analítica que Poppy le había hecho a Charlotte. Solo estábamos nosotros dos, pero toda nuestra familia se encontraba en la sala de espera.

Poppy le sonrió a Charlotte cuando entró por la puerta.

—La doctora vendrá enseguida, ya tiene los resultados de la analítica —nos dijo. Se sentó en el taburete con ruedas y le dio un apretoncito a Charlotte en el antebrazo—. ¿Por qué pareces tan asustada?

—Porque lo estoy.

Acaricié el pelo de Charlotte con delicadeza. Sabía que había algo que no me estaba contando y que era eso lo que la tenía tan asustada. La puerta del box se deslizó, una doctora muy joven entró. Me

resultaba familiar, aunque no hacía la conexión en mi mente. Poppy trató de levantarse del taburete, pero la doctora la detuvo.

—Tú lo necesitas más que yo —le dijo con una voz dulce y tranquila—. Soy la doctora James, señora Pierson.

—Por Dios, no me llames "señora", me siento como si fuera mi abuela —murmuró Charlotte, provocando las risas de las dos mujeres —. Entonces… —titubeó.

—Estás embarazada. —A Charlotte se le escapó un jadeo—. ¿Quieres hablar de ello?

Charlotte me miró, le di un beso en la frente. El silencio se instaló en la pequeña habitación, haciendo que el aire se espera con la tensión acumulada. Había miedo flotando por todos lados. Pero no me importaba nada, quería estar con Charlotte en todo momento. No habíamos planeado esto y evidentemente me había mentido sobre los anticonceptivos que no tomaba. No estaba enfadado; de hecho, era todo lo contrario. Me encontraba feliz con esta noticia y las mujeres se dieron cuenta, todas me miraban raro.

—¿Qué? —pregunté—. Voy a ser padre.

—Ezequiel… te mentí.

—No me importa.

Poppy soltó una risilla nerviosa.

—Es el primer hombre al que escucho decir algo así sobre una mentira con un embarazo —musitó. Ayudé a Charlotte a acomodarse mejor en la camilla.

—Te mentí aquella noche en tu coche. —Su voz salió firme y segura—. No he tomado nunca píldoras y yo… —Respiró profundamente—. Por Dios —rio sin ganas—, creí que nunca podría quedarme embarazada de nuevo.

Acaricié su mejilla con mi pulgar. Sus ojos estaban empezando a aguarse con lágrimas. Era consciente de que esta conversación se encaminaba hacia el fallecimiento de su hija.

—Con tranquilidad, cariño —le dije.

—Fue un 10 de enero de 2013 —susurró—, estaba de veinticuatro semanas cuando sentí un fuerte dolor en mi vientre. Me encontraba en una pastelería, comprando un pastel de cumpleaños para Jack. Su cumpleaños era al día siguiente. —Charlotte tragó grueso—. En ese momento no lo sabía, me había sentido algo enferma, pero pensé que era normal debido al embarazo, a los estudios y al trabajo.

Cerré los ojos unos segundos, en un burdo intento de calmar la ira que empezaba a gestarse dentro de mí. No podía creer que su marido hubiera sido tan poco hombre como para permitir que ella trabajara estando embarazada, se ocupara de Jack y todo eso mientras seguía estudiando, con el estrés que esto último suponía. El olor a desinfectante del box se intensificó, o quizás solo eran mis sentidos que se acomodaban a la ira.

—Perdí el conocimiento —continuó—. Cuando desperté, ya me encontraba en el hospital y todo había pasado. Andy no estaba allí, solo mi abuela y mi hermano. —Su voz se rompió—. Ella tampoco estaba, Ezequiel. Se había ido para siempre, nació muerta y yo ni siquiera pude sostenerla en mis brazos nunca.

Poppy y la doctora James se limpiaron las lágrimas. Las mías cayeron por mis mejillas sin que pudiera hacer nada por retenerlas. Charlotte se aferró a mi cintura, llorando desconsolada.

—¿Qué causó el parto prematuro? —preguntó la doctora con la voz quebradiza.

—E. Coli —respondió Charlotte en un hilo de voz—. Me provocó corioamnionitis y… y… —La doctora James puso su mano sobre la pierna de Charlotte.

—Eso provocó que tu bebé naciera muerta —intervino ella. Charlotte asintió—. No tiene por qué volver a pasar en este embarazo, si es eso lo que te preocupa.

—Sí, tengo miedo. Tengo mucho miedo de que me vuelva a suceder algo así.

Poppy, Charlotte y yo nos quedamos mirando a la doctora, que se sentó a un lado de la cama de Charlotte.

—Haremos seguimientos constantes. ¿Te trataron para la bacteria?

—Sí.

—Eso es muy bueno. Gracias por contar esto, aunque haya sido muy difícil para ti. —Hizo un esfuerzo para no llorar—. Lo que has contado —dijo con la voz rota por la emoción— es muy traumático y entiendo que tengas miedo. Pero te juro que no voy a permitir que algo así te vuelva a suceder.

Charlotte sonrió de verdad por primera vez en todo el tiempo que llevábamos aquí.

—Lo primero es que vamos a empezar con cultivos vaginales y urinarios para descartar cualquier bacteria en las próximas semanas —dijo la doctora James—. Vamos a hacer controles frecuentes, y si aparece cualquier signo de infección, actuaremos rápido. No dejamos margen. Además, tenemos a Poppy para que el seguimiento sea aún más cercano.

—Estaré encantada de ayudarte en todo lo que esté en mis manos —intervino ella.

—Gracias a las dos —sollozó Charlotte.

La doctora James me miró un instante. Fruncí el ceño, confundido con su comportamiento hacia mí. ¿Me conocía de algo?

—Hannah —la llamó Poppy—, podríamos dejarlos a solas para que hablen.

—Sí, por supuesto.

—Hannah —murmuré... Joder.

Ella se apresuró a salir del box sin mirar atrás. Agarré a Poppy por el brazo.

—Que Jared se marche con los niños a casa, por favor —le dije en tono suplicante.

—Ya se lo he dicho, Ezequiel. No te preocupes.

—Gracias.

En Eagle Creast apenas había secretos. La historia de Hannah James y de mi hermano era muy conocida por todos. Jared no podía encontrarse con ella bajo ningún concepto. Apoyé las manos en el piecero de la cama cuando Poppy cerró la puerta.

—¿Qué pasa con la doctora James? —preguntó Charlotte.

—Esa es una larga historia para otro momento, cariño. Ahora, vamos a lo importante. —Mis ojos se enfocaron en ella—. Estás embarazada de mi hijo.

—Siento haberte mentido —dijo cabizbaja—. De verdad creí que no podía quedarme embarazada y tenía muchas ganas de estar contigo.

Esbocé una sonrisa. Tenía el pálpito de que me habría dado igual saber que sí podía quedar embarazada, porque yo también tenía —y tengo— muchas ganas de estar con ella.

—Iremos a casa con los niños —dije mirando al suelo—, descansaremos y comeremos bien. Luego, cuando todas las emociones se hayan calmado un poco, hablaremos del bebé y de lo que haremos. ¿Te parece bien?

Charlotte no respondió. Cuando levanté la vista, la vi dando cabezazos, se estaba quedando dormida. Me reí en silencio y me acerqué a ella.

—Cariño.

—¡¿Qué?! —chilló asustada.

—Tranquila, solo te estabas quedando dormida.

—Lo siento, no he estado durmiendo muy bien…

—Vamos a casa.



Charlotte se había quedado dormida durante el viaje. La llevé a mi cama, donde la acosté y cubrí con una fina manta de verano. Ahora me encontraba preparando el almuerzo para los cinco… Joder, cinco, ahora éramos cinco en esta casa. Porque no iba a permitir que Charlotte se fuera de aquí. Ella todavía no lo sabe, pero pretendo que mude sus cosas y las de Jack a mi casa, que se convierta en su casa. Ni mi hijo ni ella se irían y, por supuesto, Jack tampoco.

Sacudí el pelo de Jack cuando pasó por mi lado para coger los vasos.

—¿Qué va a pasar conmigo?

Su pregunta no me sorprendió. Solo podía imaginar la confusión y la incertidumbre que debía tener el pobre niño. Le quité el vaso de la mano y lo dejé sobre la isla. Luego me hinqué rodilla en el suelo para estar cara a cara con él. Puse mis manos en sus hombros.

—Perteneces a Charlotte y ella a mí, eres parte de esta familia tanto como lo son Emily y Kitty.

Los ojos de Jack se llenaron de lágrimas, sus brazos rodearon mi cuello.

—Gracias por dejarme vivir contigo, Ezequiel.

Froté su espalda con mis manos y le di un suave apretón.

—No tienes nada que agradecerme, campeón. Te prometo que cuidaré de tu madre.

Jack se rio suavemente y se separó de mí.

—¿Crees que a Charlotte le gustaría que la llamara “mamá”?

—Estoy convencido de que sería la mujer más feliz si lo hicieras, ella te quiere muchísimo y yo… aprenderé a quererte también.

Jack asintió. Le di un ligero apretón en los hombros y lo dejé ir. Emily y Kitty no tardaron en entrar a por más cosas para poner la mesa. Dejé la comida en el fuego, cocinándose lento, para ir a buscar a Charlotte a mi habitación. Me detuve abruptamente en el umbral. La escasa luz que entraba entre las cortinas gruesas, me dio una vista preciosa de ella acostada en mi cama. Tenía una mano sobre su vientre, la manta fina se había arrugado en su cintura. Era como si, inconscientemente, quisiera proteger al bebé que crecía dentro de ella. *Mi hijo*. Iba a ser padre otra vez. Y luego estaba Jack. No culpaba al niño por las mierdas que su padre había hecho contra Charlotte, jamás haría algo así y eso sería injusto para él. De verdad deseaba quererlo y me esforzaría por lograrlo. No, Jack merecía ser feliz y esperaba que encontrara esa felicidad en esta familia que se había formado de un día para otro.

—Qué desastre —dije riéndome bajito.

Negué con la cabeza. Todo era un caos, pero me gustaba… Solo me gustaba porque este caos pertenecía a Charlotte. Me senté en la cama, acariciando la mano que ella tenía sobre su vientre. Se sobresaltó un poco y abrió los ojos.

—Hola, cariño —la saludé en voz baja—. ¿Has descansado?

Se restregó los ojos con los nudillos y asintió. Me incliné hacia delante y le di un beso en la mejilla. La tenía caliente y eso me hizo reír. Sí había descansado, tenía una pequeña marca de la almohada.

—¿Dónde están Jack y las niñas? —preguntó soñolienta.

—Esperándonos para comer.

—Tenemos que hablar de todo esto, Ezequiel.

—No, ahora tienes que alimentarte a ti y a nuestro bebé.

Dejó caer la cabeza sobre la almohada, poniendo los ojos en blanco. Me recosté sobre ella, sin llegar a aplastarla con mi peso, poniendo una mano a cada lado de su cuerpo. Nuestras caras quedaron a escasos centímetros de distancia.

—Chica de ciudad —murmuré con voz rasposa—, no deberías ponerle los ojos en blanco al padre de todos tus hijos.

Levantó una ceja y me empujó por la frente, sin ningún tipo de éxito porque no me alejé como pretendía que lo hiciera. Esbocé una sonrisa. Charlotte tenía las mejillas rojas y esta vez no era por haber dormido.

—¿Por qué te pones colorada? —le pregunté.

—No lo sé.

Desvió la mirada hacia la puerta, algo que yo también hice de forma instintiva. Emily, Kitty y Jack nos estaban observando descaradamente. No pude evitar reírme.

—Fuera de aquí los tres.

—¡Papá! —protestó Emily.

—Fuera.

—¡No es justo! —chilló Kitty, cruzándose de brazos—. El bebé se queda con vosotros.

Charlotte, Emily y Jack se rieron sin compasión de mi dulce niña.

—Kitty Cat, el bebé no puede separarse de Charlotte todavía —le dijo su hermana.

—¿Va a crecer como el hermano de Willa que está en la barriga de su madre?

—Sí —respondió Emily.

Los ojos de Kitty se abrieron de par en par.

—Bueno, pero yo lo cuidaré siempre cuando Charlie lo vomite.

Una carcajada estruendosa salió de lo más profundo de mí. Las ocurrencias de Kitty siempre me sorprendían y a veces no sabía de dónde sacaba tanta imaginación.

—¿Dónde has aprendido que los bebés se vomitan, Kitty? —le preguntó Jack.

—Me lo dijo Willa —dijo convencida, como si tuviera la verdad absoluta—. Vio a alguien vomitar un bebé.

—Por Dios —murmuró Charlotte—. No quiero saber por qué Willa ha dicho algo así.

—Es amiga de Kitty, eso debería darte una pista —dije—. Les encanta llamar la atención.

—Con algo así, definitivamente la llamarían.

—Arriba, chica de ciudad, es hora de comer.

—Sí, que me muero de hambre —se quejó Kitty, haciendo reír a Jack.

—¿Siempre es así? —le preguntó él a Emily.

—Y la que te espera, ahora tú eres su hermano mayor también.

—¡Sí, como Willa! —Kitty se abalanzó a por Jack, encerrándolo entre sus pequeños brazos. Él se reía a carcajadas.

—Hace muchos años que en esta casa no se escuchaban tantas risas —musité.

Los dedos de Charlotte recorrieron mi mejilla. Le di un beso en una de las yemas.

—En serio que tenemos que hablar.

—Lo sé, pero eso tiene que esperar, porque tú y el bebé necesitáis alimentaros bien. He preparado filetes de Angus y verduras al horno.

—Eso suena demasiado bien.

Capítulo 28



Charlie

La suave brisa fresca acariciaba mi cara y se sentía extremadamente bien. Después de comer, sentí la necesidad de salir y sentarme en las escaleras de entrada de la casa de Ezequiel, bajo la sombra de un gran árbol. Este lugar era precioso. Desde aquí podía ver las Rocosas. Jack estaba sentado entre mis piernas, en un escalón inferior. Emily a mi izquierda y Kitty a la derecha con esa muñeca con mal aspecto, pero ella la quería mucho por lo que había podido ver. Emily recostó la cabeza en mi hombro, le di un beso en la coronilla.

Aún me costaba asimilar que estaba embarazada otra vez y de Ezequiel. Respiré hondo. Todo esto me parecía una locura, bonita, pero locura al fin y al cabo.

—Charlie. —Miré a Kitty—. ¿De verdad tienes un bebé en el cielo?

—Sí, cariño.

—¿Y cómo se llama?

—No tiene nombre —dije con voz temblorosa.

—¿Por qué?

—No lo sé, ninguno me parecía adecuado.

—¿Te puedo decir uno?

—Claro, cariño.

Jack giró la cabeza hacia Kitty, muy atento a lo que estaba a punto de decir.

—Me gusta mucho Leilani.

Algo se removió dentro de mí. Como si una pieza encajara después de mucho tiempo, como si algo que dolía profundamente se hubiera calmado. Me froté el pecho con el puño.

—Significa "flor celestial" o "niña celestial" —intervino Emily—. El verano pasado hubo una niña de intercambio en el colegio que venía de Hawái y se llamaba así. Ella vino a comer una vez a casa y nos explicó el significado de su nombre.

Y a Kitty se le había quedado eso grabado. Mis ojos conectaron con los de Jack, él tenía una sonrisa en su cara.

—¿Te gusta? —le pregunté.

—Sí, me gusta mucho, es un nombre muy bonito.

—Bien, creo que nos quedaremos con Leilani para ella.

Mis ojos se desviaron al cielo. Quería creer que mi hija, que Leilani, me estaba viendo y era feliz por mí y porque por fin tenía un nombre para poner en su lápida. Ya no estaría vacía, ahora pondría Leilani Pierson, como siempre debió ser. Ella era mía y solo mía. Al igual que Jack pronto llevaría mi apellido. Ezequiel me informó que Ben se había pasado por la casa cuando yo estaba dormida y se había llevado los papeles de la adopción y del divorcio para dárselos a Reyan cuanto antes. Le estaría eternamente agradecida, pues quería desligarme de Andy para siempre y lo más rápido posible. Y también quería eso para Jack.

Ezequiel salió de la casa. Bajó las escaleras y se sentó en el césped frente a mí. Necesitaba hablar con él de todo esto y lo que íbamos a hacer. Puse los ojos en blanco internamente. No podía creer que otra vez me había quedado embarazada sin buscarlo. Esta vez única y exclusivamente mi culpa, por haberle mentido a Ezequiel. Aunque también me mintieron a mí. El maldito Andy. Joder. Otra vez me había quedado embarazada por culpa de él y de mí.

—Estás pensando mucho. —La voz de Ezequiel empujó a un lado mis pensamientos.

—Tenemos que hablar.

—Estoy comenzando a odiar esa frase.

—Es que tenemos que hacerlo.

—¿Qué es lo que quieres hablar, Charlotte?

—Quiero saber cómo lo vamos a hacer. Ahora no tengo trabajo, renuncié a mi puesto en el colegio.

—Hablaré con la directora, no tendrá reparos en readmitirte.

Resoplé frustrada. Me estaba empezando a agobiar con el maldito asunto y Ezequiel parecía demasiado relajado. ¿Es que no estaba sufriendo una crisis existencial? Quizás era que yo la estaba viviendo por los dos.

—¿Por qué estás tan tranquilo? —pregunté finalmente —. Te mentí, Ezequiel.

Emily me miró con el ceño fruncido. Agaché la cabeza al tiempo que remetía detrás de mi oreja un mechón de pelo.

—No lo podías saber, Charlotte. Creías que no podías tener hijos. Te mintieron.

—Pero debí contarte la verdad —musité.

—Joder. Vale, no me importa, ¿de acuerdo? Me da igual si me mentiste con eso o no.

—¿Por qué?

Ezequiel esbozó una media sonrisa, mirándome con tanta intensidad, que me dio un pequeño escalofrío.

—Porque te quiero, porque estoy enamorado de ti y porque me encanta saber que vas a estar atada a mí de por

vida. ¿Eso me convierte en un egoísta? Sí, y no me importa.

—¿Me quieres?

—Con todo mi corazón, chica de ciudad.

—Yo también te quiero.

Jack se hizo a un lado riéndose. Ezequiel extendió una mano hacia mí —que acepté encantada— y me sentó entre sus piernas, abrazándome con sus fuertes brazos.

—Te quiero, Charlotte. Debí habértelo dicho antes, pero me di cuenta tarde.

—En eso nos parecemos.

Observé a los niños, que hacían lo mismo con nosotros. Me sentí un poco avergonzada de repente.

—Charlie. —La vocecilla de Kitty no sonaba muy segura—. Si vas a tener un bebé con papá y Jack ahora es tu hijo, ¿yo también? Willa tiene una mamá, yo nunca he tenido una.

Mi corazón se apretó. No pude reprimir el sollozo que se me escapó. Ezequiel me dio un beso en la frente.

—Ahora somos una familia, Kitty Cat —le dijo a su hija—. Charlotte, Jack y el bebé van a vivir con nosotros en esta casa.

Kitty asintió con una sonrisa satisfecha. Movía los pies en el aire. Sus ojos se abrieron y miró a su hermana.

—¡Mimi, voy a ser hermana mayor como tú!

—Ay —murmuré con la voz rota. Ezequiel se rio—. Odio esta parte del embarazo, no la recordaba.

—Tengo que ir a casa de mis padres para hablar con ellos —me dijo Ezequiel—. Y llama a tu hermano.

Separé la cabeza de su pecho para mirarlo a los ojos.

—¿Para qué tengo que llamar a Nate?

—Cariño —dijo riéndose—, creo que Jack y tú vais a necesitar vuestras cosas aquí.

—¿Decías en serio lo de vivir aquí?

—Cuando se trata de ti, siempre hablo en serio.

—¿Estás seguro de todo esto? Quizás podríamos vivir cada uno en nuestra casa y vernos…

—Charlotte —me interrumpió, poniendo una mano en mi vientre—, os quiero a los tres conmigo cada día. Eso significa que viviréis aquí.

—Está bien.

—Quiero cuidarte durante todo el embarazo y después de eso. Además, no es fácil tener un recién nacido llorando cada dos horas o por cualquier cosa. El bebé es de los dos y no pretendo verlo durante un rato todos los días. Lo quiero siempre conmigo y a ti también.

—Me preocupa Jack —susurré.

—Él está bien, hemos hablado de hombre a hombre.

Me reí. Aunque también me gustaría hablar con él a solas. Todo ha sucedido demasiado rápido y no he tenido la oportunidad. Ni siquiera he hablado con mi abuela y mi hermano. Tenía que hacerlo, pero ahora mismo no quería pensar en eso. Me encontraba demasiado bien en los brazos de Ezequiel, con los niños delante de nosotros, cuchicheando de algo. Sonreí. Quizás nada de esto había sido buscado o no era como siempre lo imaginé, pero era perfecto para mí. Tenía a Jack conmigo para siempre, a dos niñas que me querían en sus vidas y en su familia. Tenía a un hombre que estaba enamorado de mí de verdad. No. Nada de esto había sido como en ese cuento de hadas que soñé cuando era pequeña; sin embargo, en mi corazón sentía que era muchísimo mejor.

Incliné la cabeza hacia atrás para mirar a Ezequiel. Sus ojos se desviaron de los niños y se encontraron con los míos. Me dio un beso en la punta de la nariz. Definitivamente, era perfecto.

—Leilani —le susurré.

—Os escuché. Es un nombre precioso, cariño.

—Necesito grabarlo en su lápida.

—Y lo haremos, juntos.

—Vale.

—Te quiero muchísimo, Charlotte.

—Y yo a ti.

El móvil de Ezequiel empezó a sonar. Lo sacó del bolsillo de su pantalón, pude ver el nombre de Reyan parpadeando en la pantalla. Su pecho se hinchó por la larga bocanada de aire que tomó, luego lo soltó lentamente.

—Emily, lleva a Jack a ver los animales y llévate a tu hermana —dijo sin dejar de mirar la pantalla del móvil.

—Vale, papá.

Ezequiel esperó a que los niños estuvieran lo suficientemente lejos para pulsar el botón de la pantalla y contestar a la llamada. Me reacomodé entre sus piernas. La voz de Reyan saludó desde el otro lado.

—*El juicio contra Wendy es en tres meses* —dijo sin rodeos.

—*Tres meses* —suspiró Ezequiel—. *¿Qué tengo que hacer?*

—*Preparar a las niñas. El juez querrá escuchar las versiones de ellas. En cuanto a Emily, sería bueno que tuviéramos el informe de un terapeuta.*

—*Vale, trataré de convencerla de comenzar la terapia.*

—*Ezequiel*.

—*Dime*.

—Es importante que todos estéis preparados para lo que se viene. El abogado de Wendy está yendo a por todas, irá a hacer daño y a desestabilizaros, sobre todo a ti.

—¿Qué quieres decir?

—He recibido una notificación del juzgado, están reclamando los informes médicos de Emily para desacreditarte como padre y hacerle ver al juez que no las cuidas ni las proteges.

—¡Joder!

Me sobresalté con el grito de Ezequiel, que hizo eco entre los árboles. Froté su antebrazo, intentando calmarlo.

—Eso es precisamente lo que buscan, Ezequiel —dijo Reyan.

—¿Y qué hago? Intentan culparme por la mierda que hizo Wendy.

—Y no se lo voy a permitir. El testimonio de Emily es el más importante. —Reyan se quedó callado durante unos minutos—. *Van a intentar manipularla.*

—Por esto nunca quise demandar a Wendy, maldita sea. Sabía que ella haría algo así, no le importan las niñas, solo salvar su puto culo —masculló Ezequiel.

—Vamos a ganar, ¿de acuerdo? Consigue que Emily vaya a terapia.

—Bien, lo haré.

—Estamos en contacto.

Me puse de rodillas entre las piernas de Ezequiel y acuné su cara entre mis manos.

—Todo va a salir bien, mi amor.

Esbozó una débil sonrisa.

—Me gusta que me llames así —murmuró—. No sé qué voy a hacer con Emily, no quiero que nada de esto le afecte.

—Déjame a mí hablar con ella.

—Gracias por llegar a mi vida, Charlotte.

Lo abracé por el cuello. El cuerpo de Ezequiel estaba tenso y eso no me gustaba. Lo quería tranquilo y relajado, él no merecía pasar por algo como esto.

La cena había sido deliciosa. De la tarta de frutos rojos —que los niños habían recolectado del huerto de Susan y Richard— no había quedado ni una miga. Encontré en la nevera de Ezequiel mantequilla e hice la masa para la tarta mientras hablaba con mi hermano y mi abuela, que habían venido al rancho a traer mis cosas y las de Jack. Ambos estaban felices por mí. Era la primera vez en meses que ya no viviría con ellos. Cuando Nate se fue a hablar con los niños y me quedé a solas con mi abuela, le conté sobre mis preocupaciones entre lágrimas. Tenía tanto miedo con este nuevo embarazo, pero ella me calmó y me dijo que esta vez no me iba a pasar lo mismo porque tenía a mi lado a un buen hombre. Y le creí, porque tenía razón. Ezequiel era todo lo que Andy nunca fue. Me había costado convencerlo de que me dejara preparar la cena para los cinco.

Era nuestra primera noche como familia… Mierda, éramos una familia de verdad. Ahora tenía a un niño bajo mi tutela y dos revoltosas que chillaban jugando. Había sonreído al ver a Jack pellizcarse de broma con Emily mientras esperaban la cena. Me alegraba tanto verlos relajados y felices.

—Emily, ¿puedes ayudarme? —le pregunté.

—Sí.

Se levantó de la mesa y vino hacia mí. Le di un beso en la frente y un abrazo.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó.

—Estupendamente, cariño. Solo quería hablar contigo.

—¿Sobre qué?

Me apoyé en la encimera de la isla y me crucé de brazos, todo mientras Emily entornaba ligeramente los ojos, como si estuviera tratando de averiguar qué quería decirle.

—¿Qué piensas de ir a terapia? ¿Aún sigue en pie? Sé que estuviste yendo unos días. ¿Qué pasó?

Se encogió de hombros.

—¿Papá te ha dicho que hables conmigo sobre eso?

—No, en realidad no. Quería hablar él contigo, pero le dije que me dejara a mí.

—¿Me acompañarías?

—Por supuesto que sí.

—Me sentía mal contándole a la terapeuta sobre mi madre —se sinceró.

—Es difícil, lo entiendo. Mi madre me vendió.

Sus ojos se abrieron con horror. Mi pecho vibró por la risa. Eso había sonado peor de lo que pretendía.

—Le dijo a mi exesposo dónde estaba —me corregí.

—¿Por qué?

—Por dinero, cariño.

Emily bufó.

—Igual que la mía, solo le importa el dinero.

—Mi padre también es así, al menos el tuyo te quiere con locura.

Una sonrisa floreció en su rostro. Asintió.

—¿Podemos ir mañana? —me preguntó.

—Llamaré por la mañana y preguntaré si puede atendernos por la tarde.

—Gracias, Charlie.

Acuné su cara entre mis manos, acariciando sus mejillas con mis pulgares.

—No tienes nada que agradecer, sabes que te quiero muchísimo, Emily. Solo quiero que todos seamos felices.

—Yo también, de verdad.

Ezequiel sonrió al entrar por la puerta. Pasé mi brazo por encima de los hombros de Emily y la atraje hacia mí.

—Papá, Charlie me va a acompañar a terapia —dijo Emily.

—¿De verdad, mi cielo?

—Sí, quiero ir y ser mejor persona. Igual que el tío Jared.

La sonrisa de Ezequiel se ensanchó por la mención de su hermano. Luego le ordenó a Emily que se fuera a su habitación a dormir. Jack y Kitty habían sido los primeros en caer tras la cena; estaban completamente agotados después de un día de tantas emociones. Ezequiel se acercó a mí, atrapándome entre su cuerpo y la encimera. Presionó su frente contra la mía.

—Es hora de que tú y yo hablemos, chica de ciudad.

—Vale —susurré con un toque de excitación en la voz. Deslicé mis dedos por su mandíbula cubierta por el vello de su espesa barba—. ¿Entonces… Jack y yo ya nos hemos mudado?

—Sí, eso es un hecho. —Ezequiel me tomó por la cintura y me subió a la encimera. Reprimí un gritito. Me seguía pareciendo increíble la fuerza que tenía, aunque debía ser normal, pues su trabajo ameritaba tal fuerza—. Vas a tener a mi bebé, Charlotte.

Apreté los labios, dibujando una línea fina. Eso también era un hecho. Estaba embarazada de Ezequiel y muerta de miedo.

—No sé qué decir a eso, más que lo siento.

—Charlotte, no quiero que te disculpes otra vez por estar embarazada. Te dije que no me importa y es la verdad. —Acarició mi vientre por encima de una de las camisetas de manga corta que me había prestado. Tenía mis pijamas, pero Ezequiel no me dejó abrir la maleta, dijo que era mejor que durmiera con su ropa—. Nunca pensé en volver a ser padre.

—Ya… yo tampoco. —Me reí sin ganas.

—Esto va a salir bien, cariño. Sé que tienes miedo, pero estoy aquí para cuidar de ti y del bebé… y también de Jack.

—Él es mi responsabilidad, Ezequiel.

—No —dijo, negando con la cabeza—. Las niñas te quieren y sé que Kitty terminará llamándote mamá. —Se me hizo un nudo en la garganta, me emocionaba que me llamaran así—. También lo hará Jack, me lo dijo.

—¿Te dijo que me… va a llamar mamá?

Ezequiel me dedicó una dulce sonrisa.

—Me dijo que quería llamarte “mamá”, pero que no estaba seguro de si a ti te gustaría que lo hiciera.

—¿Y qué le respondiste?

—Que serías la mujer más feliz del mundo si él te llamaba "mamá", porque lo quieres muchísimo. —Metió un mechón de mi pelo detrás de mi oreja—. Y le dije que yo aprendería a quererlo.

—Entiendo.

—Charlotte, esta es nuestra nueva realidad. Tú y yo hemos formado esta familia llena de niños y me gusta.

—Es que no quiero… —Me calló con un beso.

—Deja de pensar tanto en las cosas, chica de ciudad.

—Sí, bueno, no todos somos fósiles con lapsos mentales como para olvidar todo, viejo de rancho.

Me apretó los muslos con sus dedos, haciéndome gemir suavemente.

—Vamos a la cama, Charlotte, te necesito y voy a demostrarte lo que este viejo aún puede hacer.

—Eso suena como un gran plan.

—¿Quieres que te folle?

—Sí.

—Yo quiero que me montes, me gusta cuando lo haces.

—Entonces, deberías darme tu sombrero.

Ezequiel se carcajeó. Me gustaba su risa, tan masculina, tan tosca y ronca. Envolví su cuello con mis brazos y dejé que me llevara a *nuestra* habitación. Sí, habíamos comenzado una familia con piezas de otras partes. Pero así éramos nosotros, Charlotte y Ezequiel. Una chica de ciudad que se mudó a un pequeño pueblo y conoció al mejor hombre del mundo, un cowboy que era once años mayor que yo y que se había enamorado de mí.

Capítulo 29



Charlie
3 meses más tarde

Se me escapó un fuerte jadeo y mis ojos se abrieron. Me giré rápidamente hacia la mesa con las manos en la barriga que ya había comenzado a crecer.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ezequiel asustado.

Di un fuerte grito de felicidad, haciendo que todos se levantaran de la mesa. Adam y Ezequiel corrieron hacia mí. Nate se había quedado paralizado y mi abuela y Susan se estaban riendo. Toda la familia estaba en nuestra casa hoy, no había ningún motivo para celebrar. De hecho, no había nada que celebrar. Estos tres últimos meses se habían vuelto un caos y una locura. Ezequiel había intentado ocultarme algunas cosas de Wendy para que no afectara al embarazo. Pero al final, me acababa enterando de todo por Kitty y por Jack, que habían resultado ser dos cotillas de cuidado.

Wendy no había cesado en sus intentos por limpiar su imagen pública en Eagle Creast, nadie entendía por qué hacía eso, si este ya no era su pueblo. Un día, se presentó en el rancho, queriendo hablar a solas con Ezequiel. Más tarde, me enteré gracias a Adam —otro cotilla— que ella le había estado suplicando por volver aquí y reanudar su familia. No pude evitar sentirme celosa y querer agarrar a Wendy de los pelos. Incluso me subí al nuevo SUV que Ezequiel me regaló para ir hasta Montana a buscarla y pegarle. Ezequiel solo se

empezó a reír mientras sus hermanos pequeños me sujetaban. Me llamó violenta durante una semana entera.

Eso, sí, la próxima vez que vi a Wendy sí le pegué y me gané una amonestación del sheriff del pueblo, la muy estúpida había ido a denunciarme. Pero Hannah me hizo un informe médico donde justificaba mi comportamiento como un síntoma más del embarazo. El sheriff conocía a los Bennet, así que desestimó la denuncia de Wendy. No me siento especialmente orgullosa, pero antes de salir de la oficina del sheriff le mostré los dos dedos medios a Wendy. Y de nuevo, Ezequiel se reía como si hubiera hecho la mayor maldad del mundo.

Las manos de Ezequiel y Adam palpaban mi barriga, intentando averiguar si todo estaba bien.

—Charlie, responde, te has quedado callada. —Me reí ante el tono urgente de Adam.

—Todo está bien, bestia inmunda. Es que he sentido al bebé.

Soltó un resoplido molesto y al mismo tiempo de alivio. Adam era un tío increíble con las niñas y con Jack, también con el nuevo bebé. Cuando Ezequiel no podía acompañarme a las visitas médicas, él se despertaba temprano para terminar su trabajo y venir a recogerme a casa y llevarme al hospital. Nunca permitían que Jared lo hiciera, aunque se ofreció en múltiples ocasiones. No querían que se enterase de que Hannah había regresado al pueblo y lo entendía, ahora lo entendía todo.

—Me va a dar un infarto —protestó.

—Eso no es por Charlie —dijo Kendra, que también había aceptado mi invitación—. Estás viejo.

Adam levantó una ceja. Él era quien había ido a recoger a Kendra y a su hijo, Jaden, al pueblo para traerlos aquí. Poppy y sus hijos también estaban presentes. Jack se había hecho muy amigo de Knox y de Jaden.

—Solo tengo 34 años, soy chaval —espetó de broma Adam.

—Eso es muy viejo —añadió Kitty—. Tienes arrugas en la frente y pelos blancos, los he visto.

Richard y Ezequiel soltaron una risotada. Adam se cruzó de brazos al tiempo que se sentaba de sopetón en su silla. Odiaba que lo llamaran viejo y no lo era, pero Kitty sí que era una experta en molestar a su tío. Ezequiel me llevó de regreso a la mesa. Me había levantado para ver una pequeña flor que estaba creciendo en las raíces del gran árbol junto a nuestra casa. Habíamos instalado una mesa de jardín y sillas a su alrededor para el verano. Hicimos muchas comidas y cenas con nuestra familia y amigos. Mi favorita siempre sería cuando nos presentamos oficialmente como una familia delante de todos.

Me senté en mi silla, frotando mi vientre; mi bebé todavía se movía. A veces, se me hacía muy difícil volver a acostumbrarme a los movimientos dentro de mí. La primera vez, hace casi una semana, lloré a mares. Recordé el primer movimiento de Leilani dentro de mí. Deseaba que ella estuviera aquí en este momento, pero ahora quería creer que mi hija me estaba viendo desde el cielo vivir por las dos. Y sabía que ella era feliz por mí… y por sus hermanos. Jack había empezado a hablar más de su hermanita en el cielo y Kitty lo imitaba. Había adoptado a Leilani como su hermanita pequeña que estaba entre las nubes cuidándonos. Cada vez que íbamos a visitarla al cementerio del pueblo, Kitty le dejaba un rato a Castora para que jugara con ella en el cielo.

Miré a Emily y sonreí. Desde que comenzó la terapia, estaba muchísimo más relajada, más feliz y eso hacía que tanto Ezequiel como yo sonriéramos más. Aunque hoy no estaba muy feliz que digamos, pues Emily había invitado a un amigo del colegio. Me preguntó si podía traerlo y, por supuesto, que le dije que sí. Todos sospechábamos que no era un amigo, pero tampoco íbamos a obligarla a hablar. Me reí en silencio al recordar las caras de sus tíos cuando se enteraron esta mañana de que Emily traería a alguien a la comida. Levi era un buen chico, yo lo conocía del colegio —en el que

me habían readmitido en cuanto Ezequiel habló con la directora— y lo poco que había visto de él me tranquilizaba como madre.

—Mamá —me llamó Jack. Todavía me emocionaba que me llamara así, hacía que las mariposillas revolotearan por mi estómago —. Tienes que venir conmigo.

—¿A dónde, cariño?

—Tengo una cosa que enseñarte, pero no puede verla nadie más.

Me levanté de la silla, frunciendo el ceño. Miré de soslayo a Ezequiel y lo pillé sonriendo; al darse cuenta de que lo había pillado, levantó las manos en señal de rendición.

—Yo no sé nada.

—Sí, claro, y yo me lo creo.

Jack y Ezequiel se habían convertido en muy buenos amigos, aunque Jack no lo llamaba "papá" y no sabía si algún día lo haría. A Ezequiel no le importaba, lo deseaba, pero solo si él estaba listo para ello. Tal y como prometió, aprendió a quererlo y sucedió muy rápido, como todo lo que tiene que ver con él.

—Abuela, ven tú también —dijo Jack a mi abuela.

—Me siento afortunada por esta invitación, no me gusta quedarme con la intriga.

—¿Y yo qué? —protestó Adam—. Te estoy entrenando para ser el mejor rider, merezco saber qué vas a enseñarles a tu madre y a tu abuela.

Jack se rio y negó con la cabeza. Oh, no, él no daría su brazo a torcer. Seguí a Jack a unos metros de la parte trasera de la casa, donde las obras ya habían terminado. Ezequiel había estado construyendo un nuevo establo para meter más animales. Alguien me cubrió los ojos de repente mientras seguíamos caminando, supe que había sido mi abuela por la suavidad y las ligeras arrugas de sus manos. Ella me guiaba para que no me tropezara.

—¿Qué estáis tramando? —pregunté.

—Mamá, te quiero muchísimo —dijo Jack.

—Lo sé, cariño.

—Emily y Kitty también te quieren mucho. —Asentí—. Y Ezequiel te quiere de otra forma, eso lo he aprendido. —Me reí, era algo que Adam le había dicho, intentando ayudar a que nuestra familia no sufriera más malentendidos.

—Te quiero de formas en las que nunca pensé que se podía querer a alguien. —Di un respingo al escuchar a Ezequiel tan cerca de mí. Las manos de mi abuela se fueron levantando de mis ojos lentamente—. Te quiero con todo, Charlotte Pierson. Quiero una vida contigo, con el nuevo bebé, con Jack, con Emily y con Kitty. Quiero despertarme junto a ti cada mañana y acostarme a tu lado cada noche.

Ezequiel hincó una rodilla en el suelo y Jack le entregó una caja con estampado de girasoles. Las lágrimas se agolparon en mis ojos rápidamente. Mi cuerpo temblaba, embriagado de felicidad y otras emociones. Ezequiel abrió la tapa de la caja. Dentro se encontraba un precioso anillo, tenía forma de girasol y pequeños diamantes de color blanco y uno amarillo en el centro. Me cubrí la boca con las manos, era el anillo más bonito que había visto en mi vida.

—Charlotte, soy el hombre más afortunado del mundo teniéndote a mi lado, pero quiero dar un paso más y que lleves mi apellido. ¿Quieres casarte conmigo?

—Sí, claro que sí.

Ezequiel deslizó por mi dedo índice el anillo. Luego se levantó y me besó en los labios. Me abracé a él, con miedo de que todo esto solo fuera un sueño y él desapareciera. Mi historia de amor no había sido perfecta, pero era mía y me encantaba.

—Le pedí la mano a tu abuela y me dijo que sí —susurró en mis labios.

—¿De verdad has hecho eso?

—Por supuesto, chica de ciudad.

Sollocé, recordando que mi abuelo había hecho eso mismo para poder casarse con mi abuela. Ezequiel había cumplido con mis expectativas en el amor y las había superado…

—Hay algo más —dijo.

—¿Más? —pregunté riéndome, al tiempo que sorbía por la nariz.

—Date la vuelta, Charlotte.

Había algo que me ponía nerviosa y no era malo, pero mi corazón no dejaba de latir con fuerza dentro de mi pecho, como si quisiera salirse. Los brazos de Ezequiel me sujetaron por la cintura cuando mis rodillas decidieron que era momento de volverse flan.

—Invernadero pequeña Leilani —leí del gran cartel de madera—. Ezequiel… ¿qué es esto?

—Mira dentro.

No había paredes de madera como en un establo para animales, eran de cristal, al igual que el techo y las puertas que Emily y Jack abrían. El color amarillo inundó mi visión. Cientos de girasoles nos recibieron. Sollocé más fuerte. Ezequiel había mandado a construir un invernadero de girasoles para mí. Negué con la cabeza, no podía creer que alguien me quisiera tanto como para hacer algo así por mí.

—Te quiero, Charlotte Bennet. Ahora y siempre.

Me di la vuelta hacia él.

—Yo también te quiero y soy la mujer más feliz del mundo y seré la mejor esposa para ti y la mejor madre para nuestros hijos.

—No necesitas decirme eso, ya eres la mejor madre y la mejor esposa.

—Te quiero, Ezequiel, de verdad que no sabes cuánto.

—Nuestra vida comienza a partir de mañana, cariño.

Capítulo 30



Ezequiel

Retorcí las manos sobre mi regazo; los nervios me carcomían como las termitas a un viejo mueble de madera. Estaba muy nervioso mientras escuchaba a mi hija dar su testimonio delante de personas que realmente no la conocían, que no sabían por todo lo que había pasado por culpa de la mujer que estaba sentada con aires de superioridad en la mesa de mi derecha con su abogado. Ambos olían a petulancia y a dinero. El esposo de Wendy sentado detrás de ella entre el público. Me había dedicado un par de miradas soberbias. Eran tal para cual.

Miré hacia atrás por encima de mi hombro, mi preciosa mujer me dedicó una sonrisa de ánimo. Joder, estaba preciosa, el embarazo le daba luz a su rostro, aunque ella se quejara de que estaba fea. No era verdad. Mi Charlotte nunca había estado tan guapa como ahora que llevaba a mi bebé dentro de ella. Devolví mi vista a la niña que se deshacía en llantos en el estrado. Emily contó cómo se sintió desde que se enteró de que su madre se había marchado. Cómo lo pasó el año que estuvo sin saber nada de ella y el tiempo de después, cuando Wendy iba y venía a placer. Habló también de la llegada de los gemelos a su vida, de cómo eso la destrozó y la hizo sentir que no servía como hija.

Contó con pelos y señales cómo su autoestima descendió hasta el nivel del subsuelo y se quedó ahí estancada. Comenzó a creer que ella no era guapa, que no era inteligente y que no vestía como a su madre

le gustaría, que por eso se fue. Se culpó por el abandono de Wendy. Apreté los puños por encima de la mesa. Estaba a un paso de mandarlo todo a tomar por culo y golpear a Wendy, me daba igual que fuera una mujer, merecía que alguien le pegara. Reyan me dio un suave apretón en el antebrazo.

—Emily lo está haciendo muy bien —susurró.

Asentí. Yo no me sentía así. No, la ira era una extensión más de mí en estos momentos y quería dejar que me controlara. Si iba a la cárcel, tenía a Charlie para cuidar de nuestros hijos. ¿Cuánto tiempo me caería por darle un puñetazo a Wendy en esa nariz falsa que se había puesto? ¿Un año? ¿Dos, quizás? Merecía la pena arriesgarme.

—Mi padre estuvo ahí siempre.

Fue la voz de Emily lo que me hizo salir de mi profundo estado de ira. Mis nervios se calmaron cuando ella me sonrió. Le contó al juez el punto más bajo y doloroso que nunca había vivido: su intento de suicidio. Emily tragó grueso y yo con ella. Quería tener a mi niña en mis brazos y abrazarla tan fuerte que cualquier mal que tuviera se fuera de ella.

—Comprendí que ese día, aunque no me lo digan, le hice daño a mucha gente. Lo que hice no estuvo bien y es algo que jamás quiero repetir. —Miró al juez directamente a los ojos—. Yo… —Su voz se entrecortó, agarró un pañuelo de papel y se sonó los mocos—. Lo que más me dolió fue ver la cara de miedo de mi hermana pequeña. Me daba vergüenza estar delante de ella sabiendo lo que hice.

—Es suficiente —dictó el juez—. Emily, por favor, acompaña al alguacil a una sala donde estarás con tu familia.

Mi niña asintió y se levantó de la silla. El alguacil se la llevó por la puerta que daba a otro de los pasillos de los juzgados de Cody. La llevarían a la sala donde la esperaban mis padres y Jared. Adam y Ben se encontraban con Charlotte y su abuela detrás de mí. Nate se había quedado en mi casa cuidando de Kitty y Jack. Poppy se ofreció a ayudarlo con los niños.

El abogado de Wendy la llamó a dar su testimonio. La maldita zorra empezó con mentiras sobre mí, diciéndole al juez que yo la controlaba, que no dejaba que saliera del rancho sin mi compañía o la de mis hermanos. Que cuando se fue solo estaba tratando de huir de mí y que tenía tanto miedo que por eso tardó un año en regresar a por sus hijas. Pero que yo no le había dejado verlas ni llevárselas. El juez desestimó todo lo que dijo, pues ella no tenía ninguna prueba de lo que decía. En cambio, Reyan había presentado todos los informes médicos de Emily, tanto el de urgencias como el de la terapeuta. Wendy se bajó del estrado fingiendo, haciendo el mayor teatro de su vida.

Reyan se puso de pie, ajustándose la chaqueta del traje. Se aclaró la garganta y comenzó a contar cómo Wendy se había ido sin mirar atrás. Sin preocuparse por su hija de ocho años y su bebé recién nacido, que ni siquiera tenía nombre para ese momento. Le contó al juez y a los asistente cómo no se preocupó porque la niña a la que acababa de dar a luz tuviera un nombre. Cómo no se enteró de cómo se llamaba hasta un año después. Derribó de un soplo la burda historia que Wendy había contado entre lágrimas falsas y balbuceos incoherentes.

—Me gustaría que viera un vídeo sobre la pequeña Katherine Bennet, señoría —le dijo al juez.

—Adelante.

Reyan asintió hacia el alguacil junto a la televisión de la sala. Me agarré con fuerza a los brazos de la silla al ver la sonrisa de Kitty en la pantalla. En ella no había ninguna maldad. Mi niña era el ser más puro de este mundo y lo estaba demostrando en ese vídeo mientras le sonreía a una desconocida.

—Hola, Kitty —la saludó la psicóloga infantil que Reyan me dijo que contratara.

—Hola —respondió con su dulce voz—. ¿Eres doctora?

La sala se rio. Mi boca se curvó por un lado, amaba a esa niña con todo mi jodido corazón.

—Algo así, Kitty.

—Yo no me siento enferma.

—No lo estás. Solo quiero hacerte unas preguntas, ¿puedo?

—Vale, pero que no sean superdifíciles.

La psicóloga soltó una risilla, que hizo sonreír a mi niña. Las piernas de Kitty se movían en el aire. Ese día la llevé a la consulta de la doctora Mitchell en Cody. Charlotte y yo esperamos fuera durante una hora. La silla era demasiado alta para Kitty, sus pies quedaban colgando.

—¿Cómo es tu padre? —le preguntó la psicóloga.

—Papá es el mejor del mundo mundial. —Tragué grueso—. Nos quiere mucho a Emily y a mí… —Kitty frunció el ceño—. Y ahora también quiere a Jack, es mi nuevo hermano.

—Vaya, tienes otro hermano, me alegro mucho por ti. —Kitty asintió—. ¿Tu padre te trata bien?

—Bueno, a veces se enfada conmigo porque me porto mal, pero papá es muy bueno.

—¿Te ha pegado alguna vez?

Kitty se mostró ofendida, su boca se abrió y se cruzó de brazos, asesinando con la mirada a la psicóloga. Escuché la risa tosca de Adam detrás de mí.

—¡Papá nunca nos ha pegado! —chilló mi niña—. Esas cosas no se dicen, doctora mala.

Reyan se cubrió la boca con la mano, tratando de sofocar la risa. Los asistentes no fueron tan disimulados.

—Jesús —murmuré.

La adoraba, joder. Kitty era la niña más extraña del mundo y era mía, mi pequeña niña.

—Lo siento, no era mi intención ofenderos a ti y a tu padre —se disculpó la doctora—. ¿Puedo preguntarte sobre su novia?

Los ojos de Kitty brillaron de inmediato ante la mención de Charlotte.

—Papi antes siempre estaba solo, pero ya no. Charlie es… mi nueva mamá, la quiero mucho. —Kitty se puso de pie sobre la silla, se apoyó en la mesa con las manos y se inclinó hacia delante—. Me da dulces de chocolate a escondidas de papá —susurró—. Pero no le digas nada, ¿vale?

—Vale —susurró la doctora.

Cerré los ojos unos segundos, la risa silenciosa amenazaba con no ser tan apagada. Estaba a pocos minutos de salir corriendo de esta sala e ir a buscar a mi familia. Quería estar con mis hijos y con mi mujer. El vídeo continuó. La psicóloga le hacía preguntas a mi hija sobre el rancho, sobre su vida, el colegio. Sobre todo lo que tuviera que ver con su entorno.

—Una última pregunta, Katherine.

—Vale, tengo cosas que hacer.

Esta vez la risa escapó de mí antes de que pudiera controlarla. Joder. Le compraría el maldito poni que tanto estaba pidiendo últimamente.

—¿Quieres mucho a tu hermana Emily?

Mis ojos volaron hacia la pantalla. Kitty se sentó sobre la mesa, mirando hacia abajo. Sollozó.

—Se hizo daño —balbuceó—. Porque ella llamó y le dijo cosas feas.

—¿Quién es ella?

—Su madre.

Respiré hondo.

—¿Te refieres también a tu madre? —le preguntó la psicóloga.

—Wendy no es mi madre, yo no la quiero. Pero a Charlie sí, porque ella cuida a Emily y la quiere mucho.

—¿Y Wendy no?

Kitty sacudió la cabeza con tanta fuerza que las lágrimas salieron disparadas, se abrazó rápidamente al cuello de la doctora.

—Tranquila, pequeña.

—No quiero que Emily se haga daño. ¿Le puedo llevar más hamburguesas de Marlow?

—¿A tu hermana le gustan las hamburguesas?

—Sí, las de Marlow son sus favoritas. Cuando estuvo malita en el hospital, le llevé una y se puso buena.

—Quieres mucho a tu hermana, ¿verdad?

—Sí. Emily es mi mejor amiga en el mundo. Bueno… Willa también.

Reyan le hizo una señal al alguacil para que terminara de reproducir el vídeo de la sesión de psicología de mi hija. El juez carraspeó.

—¿Tiene algo que decir la defensa? —preguntó, mirando al abogado de Wendy.

—No, señoría —respondió él.

—A la luz de todas las pruebas aportadas y los testimonios de las hijas de Ezequiel Bennet y Wendy Marshall, condeno a la demandada, Wendy Marshall, a pagar los cinco años de retrasos de manutención por el cuidado de las niñas y una multa de veinte mil dólares por el impago de dicha manutención. Una orden de alejamiento hasta que ambas niñas cumplan la mayoría de edad a los veintiún años. Un período de cuatro años de prisión por su

implicación en el intento de suicidio de la menor Emily Bennet. Y servicios a la comunidad tras la salida de prisión. —Wendy se levantó de la silla para protestar, pero rápidamente su abogado la volvió a sentar—. Señora Marshall, puede recurrir la sentencia, pero le aseguro que no sacará nada de provecho.

El juez dio por finalizado el juicio. No tenía fuerzas para levantarme de la silla mientras veía a la mujer que dio a luz a mis hijas ser arrestada por el alguacil. Reyan me dio un suave apretón en el hombro.

—Tus hijas… Emily por fin podrá tener paz —me dijo.

—Gracias, hermano —dije con la voz rota—. Has salvado a mis niñas.

—Ellas han hecho la parte más difícil, Zek.

—Lo sé, joder. Tengo que pensar en un enorme regalo para las dos.

Reyan miró hacia atrás.

—Creo que ya se lo has dado. Charlie las quiere.

—Joder —suspiré, ahogando las lágrimas—. Esa mujer ha sido el mejor regalo para todos.

—Te ha dado un niño y otro en camino.

Me reí. Jack era un regalo, por supuesto que sí. Y el bebé que llegaría en unos meses era otro. Me levanté con decisión. Ahora sentía la urgencia de llegar hasta mi maldita mujer y llevármela a casa con nuestros hijos. Mis labios encontraron los suyos antes de que ella pudiera hablar. Charlotte Pierson me había regresado la vida que Wendy se llevó con ella. Había hecho que mi casa volviera a estar llena de energía, de peleas tontas por el mando de la televisión y niños chillando y riendo. Le había dado un soplo de vida al alma triste de mi Emily.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida, Charlotte.

—Vaya, para ser un viejo de rancho, eres muy elocuente con tus palabras.

—Vayamos a casa, cariño. Tenemos muchas cosas que hacer y nuestros hijos nos esperan.

—¿Sabes? Volver a casa nunca había sonado tan bien como ahora.

—Sí, suena demasiado bien. —Puse mis manos en su vientre hinchado por mi bebé—. Hasta que Jay salga y nos amargue las noches con sus llantos.

—Sigue sonando demasiado bien.

—Joder, suena de puta maravilla.

—Vayamos a por nuestra Emily y volvamos a casa antes de que Kitty y Jack se apoderen de Nate y Poppy.

Sonreí. La vida era buena, realmente buena, al lado de Charlotte. Y solo podía imaginar todo lo que nos esperaba cuando nuestro hijo Jay naciera. Sería un caos de llantos y gritos por todos lados, pero sería nuestro caos.

Nuestra familia.

Próximo libro



Enfermera Amapola

Poppy siempre creyó que su vida estaba escrita: casarse con Robert, el chico malo del pueblo, y formar una familia en Eagle Creast. Pero cuando Robert pidió el divorcio mientras esperaba su tercer hijo, todo cambió.

Sola, con dos hijos y otro en camino, y con una agenda agotadora como enfermera, Poppy apenas tiene tiempo para ella misma. La soledad pesa más que nunca.

Entonces aparece Nate, el hermano de su nueva amiga Charlie, ofreciéndose a cuidar de sus hijos y darle un respiro en medio del caos. El roce se convierte en complicidad, y la complicidad en algo mucho más profundo.

Pero Poppy duda: Nate tiene 25 años, ella 33, y un pasado que parece ponerlos en caminos distintos.